

Phillip Finch



f2f

Un asesino en @ internet



Lectulandia

¿Invitaría usted a un asesino a su casa? Si tiene un ordenador y un módem, quizás ya le haya abierto la puerta...

Verba es el nombre de un lugar de reunión virtual, *on line*, donde cualquier usuario de Internet puede acercarse a conversar, discutir o seducir con total impunidad. Así, cuando en pantalla aparece un mensaje macabro, firmado con el seudónimo Copo de Nieve, las respuestas no se hacen esperar: burlas, reprimendas o abiertos desafíos. A cada interlocutor, Copo de Nieve le envía una advertencia: «Estás marcado». Poco después aparecerá el primer cadáver y, rápidamente, el segundo. La policía está desorientada. Quien no conoce el mundo de la informática, no puede sospechar lo que está ocurriendo. Mientras tanto, el asesino va preparando las citas con sus víctimas f2f, *face to face*, cara a cara. Y sólo una mente tan brillante como la del asesino será capaz de descifrar la clave secreta de su lógica homicida.

*f2f* es una novela llena de tensión y suspenso, que sumerge al lector en un nuevo modo de concebir el crimen. Una historia de ficción que puede convertirse en una aterradora profecía de nuestro tiempo.

**Lectulandia**

Phillip Finch

**f2f**

**Un asesino en @ internet**

ePub r1.0

Titivillus 03.12.16

Título original: *f2f*  
Phillip Finch, 1996  
Traducción: Margara Averbach

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**mas libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Ángela y Daniel,  
con mucha esperanza y todo el amor

# **PRIMERA PARTE**

**Copo de nieve  
24-25 de marzo**

# Prólogo

## AVISO:

Tu vida está en peligro. En este mismo instante, mientras lees, estás al alcance de un asesino. La muerte está detrás de ti, silenciosa e invisible. En cualquier momento sentirás su aliento helado en la nuca, cuando ella se incline a tocarte el hombro..

En poco tiempo y por obra mía morirá de forma espantosa y grotesca una persona que haya recibido este mensaje. (¡Podrías ser tú!).

Te dices: «Imposible. Yo no».

Crees que no te conocen y que pasas inadvertido. Palpas el buffer de distancia que media entre tú y el creador de este mensaje. Tu intimidad te reconforta.

No hay buffer que valga. El hecho de que te haya llegado el mensaje es la prueba de que soy capaz de estar dondequiera que estés tú.

En cuanto a la intimidad, ya no existe. La hemos sacrificado por la conveniencia; es nuestra ofrenda de fuego a Don Electrón. Los detalles digitalizados de tu existencia son de dominio público, están al alcance de cualquiera que tenga una pizca de inteligencia y de habilidad. Estás al descubierto. Estás tan abierto ante mí como una puta desnuda y atada a las cuatro patas de una cama. Y te voy a sondear a placer. Con cuidado, sin prisas, voy a hacer una vivisección de tu cuerpo, voy a examinarte y a destriparte. Estás a mi merced.

Te CONOZCO.

El conocimiento es poder.

El poder es mío.

No puedes esconderte.

¿Respuestas?

Así se anunció el asesino a las ocho menos cuarto de la noche del viernes de la última semana de marzo. Transmitió el texto (lo «subió») al tablón público de mensajes de Comunicaciones Verba.

Verba era uno de los miles de servicios *on line* disponibles para usuarios de

ordenador. Algunos, como los gigantes comerciales CompuServe y Prodigy, eran almacenes de datos e información al servicio de millones de abonados.

Verba estaba lejos de operar a esa escala. Era un servicio gratuito apoyado económicamente por una fundación de investigaciones sociales de San Francisco, que dependía a su vez de un grupo informal de creadores de *software*, y por otras personas que debían su prosperidad a los ordenadores y a la revolución informática. No obstante, entre los expertos de la comunicación *on line* era un lugar de reunión muy popular. En general, los usuarios de Verba eran razonablemente ricos y educados y tenían menos de cincuenta años. Casi todos compartían un entusiasmo particular por el futuro informático y confiaban en su buena posición dentro de ese futuro. Este rasgo bastaba para separarlos del resto de la humanidad.

Físicamente, Verba consistía en una serie de ordenadores conectados a un canal de ochenta y cuatro líneas telefónicas en la oficina de la fundación, sita en la zona sur de Market Street de San Francisco. Más de la mitad de los usuarios de Verba vivía en la zona de San Francisco y para ellos el coste era el de una llamada local. En cierto sentido, sin embargo, las redes *on line* como Verba hacen de la geografía algo muy relativo. Para una persona con un ordenador y un módem, una red *on line* es tan accesible como la más cercana conexión telefónica.

Todas las semanas, Verba grababa unas ocho mil conexiones individuales por línea telefónica externa. Los usuarios se encontraban dentro del sistema electrónico de Verba y utilizaban ese espacio para charlar, discutir, hacer cábalas y flirtear a través del medio digital del teclado del ordenador.

Nadie revisaba los mensajes que se dejaban en el tablón público o en otros lugares del servicio: nadie los aprobaba, nadie los rechazaba. Verba estaba concebido como un medio verdaderamente abierto. Lo único que estaba prohibido era la publicación de material sometido a las leyes de propiedad intelectual; y ésa era una prohibición por motivos legales.

Casi todos los servicios *on line* permiten el uso de un alias, llamado *handle*, pero la mayoría exige que los usuarios se inscriban con su dirección y nombre verdaderos en el servicio.

Verba no lo hacía. Muchos usuarios se registraban con un alias para tener acceso a un buzón de correo electrónico donde se podían recibir y almacenar mensajes personales. Pero incluso los usuarios que se registraban entraban con alias distintos algunas veces: asumían otras personalidades y vagaban por el sistema como desconocidos recién llegados.

En resumen, Verba era un gigantesco baile de máscaras y cualquiera podía entrar, salir y cambiar de disfraz constantemente.

Por lo tanto, era imposible identificar a Copo de Nieve.

Los registros de Verba sólo revelaban que su llamada había durado menos de dos minutos, lo suficiente para entrar en el sistema y dejar el mensaje en el tablón.

Copo de Nieve podía estar en cualquier parte.



Copo de Nieve podía ser cualquiera.

El tablón de mensajes era el servicio más popular de Verba. El anuncio de Copo de Nieve se parecía mucho, superficialmente, a otros mensajes de maníacos que aparecían con regularidad. Nadie se alarmó.

Cinco usuarios diferentes contestaron al anuncio. Aunque los mensajes se dirigían a Copo de Nieve, aparecieron en el tablón público y todo el mundo pudo leerlos.

A: Copo de Nieve

DE: Joyboy

Aclaremos las cosas: quieres matar a alguien y se lo haces saber al mundo antes de hacerlo.

Bien, de acuerdo.

En segundo lugar, quisiera hacerte una pequeña crítica literaria: «La muerte está detrás de ti, silenciosa e invisible». ¿No te pasas un poco?

A propósito, bonito alias... Aunque le sobran algunas letras, so Capullo.

A: Copo de Nieve

DE: Petimaître

Estás descubierta. Todo el mundo sabe ya que eres...

GILIPOLLAS.

A: Copo de Nieve

DE: Chaz

Eres la típica basura amoral que ensucia esta institución, tan noble en todos los demás aspectos. Sugiero que se forme un comité de censura que cree un método por el cual se revise este tipo de material para que no llegue a unidades centrales de procesamiento decentes y sensibles.

Para ser justos, debo reconocer que me intriga mucho la imagen de la puta sin ropa. Atada. Y sondeada a placer. Te juro que me la pone gorda.

A: Copo de Nieve y Chaz

DE: Porcia

Os recuerdo que los cerdos sexistas de hoy son las chuletas de mañana.

A: Copo de Nieve

DE: Avatar

Un mensaje interesante el tuyo. Me parece excelente la reflexión sobre la intimidad. Sí que somos vulnerables y estoy seguro de que en algún momento, en algún lugar, alguien se aprovechará de nuestra vulnerabilidad, tal como tú señalas.

Pero que seas tú esa persona me parece bastante improbable.

Hablas demasiado. ¿Te atreverías a ponerlo en práctica?

El tono despectivo de la mayoría de las respuestas no era extraño. Los usuarios serios de Verba tenían poca paciencia con las chiquilladas. En la jerga de la red, estaban «flameando» a Copo de Nieve.

Copo de Nieve entró en Verba por segunda vez a las 5.45 de la madrugada siguiente. Fue al tablón y miró los mensajes que habían dejado a su nombre.

Unos minutos después subió su segundo texto.

A: Flameadores

DE: Copo de Nieve

Permitidme contestar.

PETIMAÎTRE: Tu sarcasmo es como una daga en mi corazón. Voy a tener que devolverte el favor.

PORCIA: Cuando caiga la cuchilla, recuerda que fuiste tú quien sugirió la metáfora de la carnicería.

CHAZ: Un chiste genial. Para morirse.

JOYBOY: ¿Qué me paso? Tú, espera; todavía no has visto nada.

AVATAR: Digamos que tomo tu mensaje como un desafío amistoso. Ya tendrás ocasión de juzgar mis esfuerzos por ti mismo. No creo que salgas desilusionado.

Tu inteligente respuesta es refrescante. Por

desgracia, no te garantiza inmunidad. Como los demás, estás cogido.

Copo de Nieve no abandonó el sistema inmediatamente. Se quedó en línea, en el tablón. Unos minutos más tarde, el sistema recibió otro mensaje.

A: Copo de Nieve

DE: Ziggy

Basta, por favor. A todo el mundo le gustan las bromas, pero tu fanfarronería no tiene lugar en este tablón. Y como te sale muy bien, resulta más desagradable aún.

No hay duda de que eres inteligente y muy listo. Eres capaz de cosas mejores que esta charada grotesca. Es una lástima que desperdicies tus facultades y desaproveches este maravilloso medio con algo semejante.

Copo de Nieve contestó en seguida. Como a aquella hora el volumen de comunicaciones era escaso, el ordenador de Verba (un Sun Sparcserver 1000) ponía los mensajes en el tablón casi instantáneamente. Copo de Nieve y Ziggy habían comenzado un diálogo incómodo.

A: Ziggy

DE: Copo de Nieve

No es una broma.

A: Copo de Nieve

DE: Ziggy

Podríamos comentarlo. ¿Chat?

Ziggy proponía entrar en uno de los servicios más utilizados de Verba. En una tertulia, o foro, o chat, se habla en «tiempo real», es decir, las letras que pulsa cada uno de los interlocutores en su respectivo teclado aparecen instantáneamente en la pantalla de los demás.

Otras personas podían entrar en la conversación y añadir sus comentarios. En realidad, lo que hacía Verba era crear una sala de reuniones electrónica para propiciar una conversación entre Ziggy y Copo de Nieve, dejando la puerta abierta para que entrase quien quisiera.

A: Ziggy

DE: Copo de Nieve

Pasemos a canal privado.

Es decir, otra conexión directa, pero limitada a ellos dos, sin intervención de nadie más. Lo que Copo de Nieve proponía era que entraran en la sala de reuniones y cerraran la puerta con llave.

A: Copo de Nieve

DE: Ziggy

¿Por qué?

A: Ziggy

DE: Copo de Nieve

Digamos que soy tímido y retraído.

Ziggy se quedó en silencio durante más de tres minutos.

A: Ziggy

DE: Copo de Nieve

¿Estás ahí?

A: Copo de Nieve

DE: Ziggy

Vale, canal privado.

Abandonaron el tablón público de mensajes y buscaron una conexión privada, que se creó automáticamente.

En sentido informático, Copo de Nieve y Ziggy se estaban presentando personalmente.

Copo de Nieve> Eres mujer.

Ziggy> Mi sexo no tiene nada que ver con esto.

Copo de Nieve> Un hombre lo negaría. Sí, eres mujer, seguro. Además, tienes una forma de expresarte muy indirecta y femenina, no te comprometes en seguida y eso también es femenino. Eres

precavida, una cualidad femenina. Eso es bueno.

Ziggy> ¿Por qué?

Copo de Nieve> La precaución es necesaria en este caso. Ahí fuera hay un mundo frío y cruel. Y aquí dentro también. Especialmente ahora que he decidido reafirmar mi personalidad.

Ziggy> Por favor, basta. Esto no tiene gracia.

Copo de Nieve> Te lo repito. No es una broma. Pero no me crees.

Ziggy> Supongamos que sí te creo. ¿Quieres hablar de ello?

Copo de Nieve> Mientras sea interesante...

Ziggy> ¿Por qué quieres matar a alguien?

Copo de Nieve> Porque puedo. Para sentar un precedente. Para probar que se puede hacer. Además, en este tablón hay mucha gente lista. Me interesan los listos.

Ziggy> ¿Por qué?

Copo de Nieve> Porque creen que lo tienen todo bajo control.

Ziggy> ¿Y tú eres más listo que nadie?

Copo de Nieve> La palabra listo no basta para describirme.

Ziggy> ¡Ah!, eres único en tu género. Una mente privilegiada.

Copo de Nieve> Es un hecho. Piensa lo que quieras.

Ziggy> ¿Y cómo piensas hacerlo? Matar, quiero decir.

Copo de Nieve> Me estás pidiendo que estropee algunas grandes sorpresas.

Ziggy> ¿Sorpresas? ¿En plural?

Copo de Nieve> No tengo límites.

Ziggy> ¿Piensas atravesar todo el sistema y cometer un asesinato?

Copo de Nieve> Eso está más cerca de la verdad de lo que crees. La red me sirve hasta el momento del golpe de gracia. Después se necesitará un contacto personal para terminar el trabajo.

Ziggy> ¿Y cómo llegarás hasta nosotros? Aquí somos anónimos.

Copo de Nieve> Eres anónimo mientras pasas inadvertido.

Ziggy> No me gustas. Realmente me sentiría mejor si te mantuvieras lejos de la red.

Copo de Nieve> Lo siento. Eso no pasará. En realidad, te sugiero lo mismo.

Ziggy> ¿Y por qué tendría que estar lejos de la red?

Copo de Nieve> Porque desde ahora es un lugar peligroso. Y porque tú serías muy fácil.

Ziggy> No me digas que un prodigio como tú se contentaría con una meta fácil.

Copo de Nieve> Éste es el segundo aviso. Dos más de los que se suelen tener en la vida.

Ziggy> Quiero terminar esta conversación.

Copo de Nieve> Es la decisión más sana que has tomado en mucho tiempo. Lástima que la hayas tomado demasiado tarde.

Ziggy> ¿Por qué?

Copo de Nieve> Porque me he fijado en ti.

La joven que usaba el seudónimo Ziggy cortó la conexión con Copo de Nieve, pero lo hizo de una manera inusual, apagando el ordenador.

Miró cómo se oscurecía la pantalla del monitor. El zumbido del ordenador se convirtió en silencio.

Había entrado en Verba y en otros servicios *on line* cientos de veces. Nunca había cortado una sesión de manera tan brusca, con tan poco estilo. Pero Copo de Nieve la asqueaba: había sentido la necesidad instintiva de estar lo más lejos posible de él. Apagando el ordenador había eliminado a Copo de Nieve de su universo.

O eso creía ella.

Copo de Nieve salió de Verba unos segundos después de perder la conexión con Ziggy. Volvió a entrar en la red, esta vez marcando un número que no aparecía en la guía y que los administradores del sistema reservaban para uso técnico. Aunque el uso de dichos números era en teoría restringido, cualquier persona con algo de paciencia y astucia podía descubrirlos.

Cuando se conectó, el sistema le pidió una contraseña de acceso. Las contraseñas también podían descubrirse con paciencia, astucia y maña.

Copo de Nieve escribió una serie de siete caracteres y el ordenador le permitió acceder.

Esta vez no hubo saludos. Copo de Nieve ya no estaba en las pantallas de uso público, sino en el interior del sistema.

Usó las herramientas operativas del sistema para buscar todos los mensajes de las últimas catorce horas que incluyeran la cadena «Copo de nieve».

Cambiar o borrar archivos de texto del ordenador de Verba requería el nivel más alto de acceso, lo que se conoce como rango «raíz» o de «superusuario». La contraseña que usaba Copo de Nieve no le permitía estos privilegios. Pero sí podía alterar la etiqueta con que el sistema identificaba los mensajes que enviaban los usuarios. Esta información comprendía la fecha y la hora en que el mensaje había entrado en el sistema.

Copo de Nieve cambió la fecha de todos los archivos que el ordenador recuperó, incluyendo los mensajes que él mismo había enviado al tablón de anuncios y las respuestas recibidas. Atrasó las fechas para que todos los archivos parecieran una semana más antiguos.

A las siete menos cuatro minutos salió del sistema.

Cuatro minutos después, a las siete en punto, el potente ordenador principal de Verba inició dos de sus faenas diarias de mantenimiento.

La primera consistía en repasar los directorios en busca de los archivos de texto que se hubieran enviado durante las últimas veinticuatro horas y copiarlos en una cinta magnética que uno de los técnicos de Verba almacenaría posteriormente.

Estos archivos eran una de las razones principales de la existencia de Verba. La red se había concebido como un experimento social en curso: los directores de la fundación que financiaba Comunicaciones Verba creían que aquel repertorio de cintas permitiría trazar en el futuro el perfil de los usuarios de ordenadores *on line* durante la última década del siglo xx.

Aquella mañana, cuando el ordenador central buscó los nuevos mensajes, pasó por alto aquellos cuya fecha había atrasado Copo de Nieve. Ni los mensajes que habían enviado al tablón de anuncios ni las respuestas correspondientes quedaron copiados en la cinta de archivo.

Posteriormente, el ordenador ejecutó la segunda de sus tareas diarias. Había marcado ya todos los mensajes de más de una semana de antigüedad durante la revisión de directorios, incluyendo los archivos con la fecha modificada por Copo de Nieve.

Luego, el sistema borró todos los archivos que había marcado para cumplir con la política de Verba según la cual ningún mensaje debía permanecer en el sistema más de siete días. Toda mención de Copo de Nieve desapareció del sistema.

\* \* \*

Copo de Nieve había dejado de existir. Pero el hombre que había usado este alias volvió a entrar en las líneas de acceso público de Verba después de las siete de la mañana, esta vez con otro nombre.

Había creado un «bot» (por «robot»), un programa de instrucciones que marcaba el número y entraba en Verba automáticamente. Una vez dentro, lo que hacía este programa no se distinguía de lo que hacía una persona.

Su tarea era vigilar a varios usuarios: rastrearlos y copiar sus mensajes para que Copo de Nieve pudiera leerlos más tarde. Si uno de sus blancos entraba en una tertulia, el «bot» registraba todo lo que sucedía mientras esa persona estaba presente en el grupo.

Para evitar que lo detectaran, el «bot» estaba programado para mantenerse en línea menos de una hora por conexión. Después de ese tiempo, se desconectaba. Luego volvía a llamar, entraba en el servicio con otro nombre y reanudaba la vigilancia del sistema. El «bot» era capaz incluso de mantener una conversación rudimentaria si se dirigían a él.

El programa permitiría a Copo de Nieve vigilar Verba casi constantemente, incluso mientras durmiera.

Sus blancos eran seis alias introducidos por él en el programa:

- Chaz
- Petimaître
- Avatar
- Porcia
- Joyboy
- Ziggy

Estaban fichados.



## **SEGUNDA PARTE**

**Salomé**

**17-26 de abril**

El cadáver que había sobre la mesa tenía una máscara de pulpa roja. Al menos eso parecía a primera vista. Alguien le había arrancado la piel de la frente, la nariz y las sienes, las mejillas, las mandíbulas y la barbilla.

Toda la piel, de oreja a oreja, del principio del cabello a la quijada. La carne viva estaba raspada y como cruda. Esto resaltaba más los ojos blancos sin párpados y el rictus sonriente de la boca.

Lee Wade se apartó unos pasos mientras el forense auxiliar situaba la cámara directamente sobre la cabeza del cadáver. La cámara estaba en un dispositivo que colgaba del techo de la sala de autopsias y giraba con suavidad al extremo de un brazo articulado. Un cable negro conectaba el dispositivo a un mando de plástico que el médico tenía en la mano izquierda.

El *flash* destellaba cada vez que el pulgar del técnico apretaba el botón negro del mando.

¡Fap!, imagen de la cabeza y los hombros.

¡Fap!, lo mismo en primer plano.

¡Fap!, perfil izquierdo.

¡Fap!, perfil derecho.

Después de cada foto, el forense hacía girar la cámara buscando un ángulo diferente. A Wade le recordaba a un fotógrafo de grandes almacenes. Rápido y mecánico.

¡Fap!

—No se han encontrado fragmentos de piel en la escena del crimen... ¿verdad?  
—dijo el forense.

—Verdad —dijo Wade.

—Entonces, el asesino tiene que ser asiático.

—Joder, qué agudo... —dijo Wade—. ¿Y de dónde saca usted eso?

—Del hecho de que no da la cara —dijo el forense con tanta seriedad que Wade, que tenía treinta y ocho años y era sargento de detectives de la policía de San Francisco, necesitó unos segundos para entender el chiste.

—Muy bueno —dijo cuando finalmente lo comprendió.

El forense no se detuvo ni un segundo, siguió moviendo la cámara, apretando el botón, rodeando el cuerpo lentamente, fap, fap, fap.

En el brazo articulado de la cámara había un micrófono. El médico dictaba mientras movía el dispositivo y sacaba fotos.

—Hombre blanco bien alimentado, totalmente desarrollado, de unos veinticinco años. *Rigor mortis* totalmente aposentado en las extremidades. Lividez en la parte dorsal. Herida redonda de objeto punzante, de aproximadamente un centímetro de diámetro, en el extremo inferior de la aréola del pezón izquierdo. Herida similar en la posición correspondiente del dorso superior izquierdo.

Las dos heridas parecían corresponderse. Las había causado un instrumento largo y afilado, algo parecido a un punzón de romper hielo que había atravesado el corazón de la víctima entrando por el pecho y saliendo por la espalda.

Llevaba muerto unas doce horas. Alguien que había salido a correr lo encontró a eso de las seis de la mañana, tendido boca arriba, bajo un eucalipto, cerca de la entrada de Golden Gate Park por Twelfth Avenue.

Lee Wade observó mientras el médico sacaba un escalpelo y hacía una incisión en forma de Y para abrir el cuerpo desde el pecho hasta la entrepierna. Unos cuarenta minutos después, durante el examen de las vísceras, el médico señaló un bulto en la parte superior del recto. Abrió el tejido y descubrió que la obstrucción era una burbuja de plástico transparente de tres centímetros de diámetro.

Parecía, y era, una de esas cápsulas que llevan premios en interior y se venden en máquinas por veinticinco o cincuenta centavos en algunos supermercados y quioscos. Las dos mitades estaban selladas con algo que tras los análisis se comprobó que era nitrilo acrílico, pegamento común.

Dentro de la cápsula, claramente visible, había un papel blanco enrollado.

s< q

El forense auxiliar utilizó una sierra para cortar la cápsula. Sacó el papel con unas pinzas y lo estiró; el papel suele conservar las huellas dactilares, aunque más tarde se comprobó que aquél no contenía ninguna.

Wade miró por encima del hombro del forense. Impreso en el papel, en letra tipo Courier de 12 puntos, estaba el siguiente mensaje:

```
CARNEWARE versión 1  
4-16  
Captado: 17424 05071  
Eliminado: 17441 05086
```

Lee Wade sabía que a veces, en los rincones a los que no llegaba el sol, se encontraban cosas muy extrañas. Fragmentos de cosas que se perdían cuando el juego quedaba fuera de control. Pero aquello no parecía estar allí por casualidad. Había sido colocado expresamente, para que lo encontraran en aquel momento. Un mensaje en una botella.

—¿Significa algo para usted? —preguntó al forense.

—Absolutamente nada.

—Para mí tampoco —dijo Lee Wade—. Alguien está jugando. No me gusta esta mierda.

Las huellas dactilares del cadáver pertenecían a Donald Arthur Trask, último

domicilio conocido, Chestnut Street, distrito Marina. Cuando Wade aparcó frente a la casa, vio que era un bloque de tres plantas con cuatro viviendas por planta. A diferencia de muchos de los edificios del barrio, había sobrevivido al terremoto del 89.

El nombre D.A. Trask figuraba en el buzón del piso 3.º C.

La casera, que vivía en el apartamento 1.º A, era una tal señora Alexander. Mientras subían, le comentó que Don Trask era un buen chico, que vivía solo, no causaba problemas y pagaba el alquiler puntualmente.

La señora Alexander era una vieja regordeta de cabello gris recogido en un moño. A Wade le recordaba a la señora Jruschov, a la que había visto en una foto cuando era niño.

—¿Tenía algún amigo? —preguntó Wade—. ¿Gente que haya venido más de dos o tres veces?

—No he visto a ningún amigo —dijo ella.

—¿Y chicas? ¿O chicos?

—Nunca he visto a nadie.

—Vamos... —dijo Wade—, vive usted en la planta baja, entre la escalera y la puerta principal. Y... ¿cuántas viviendas para vigilar? ¿Sólo once? ¿Me está diciendo que no ve quién entra y quién sale?

—Claro que me fijo —dijo ella—. Siempre. Por eso sé que Donald no tenía amigos.

Abrió la puerta y le dejó entrar.

El piso era sencillo y estaba ordenado. Muebles escandinavos, observó, de esos que vienen embalados y se montan en casa. Un par de platos en el fregadero, una toalla húmeda que colgaba del riel de la cortina del baño. Todo lo demás daba la impresión de estar en orden.

No parecía el escenario de un crimen. En aquel lugar nadie había acuchillado el corazón de un hombre y luego le había arrancado la piel de la cara. No lo habían matado allí.

Wade pasó una hora en el piso, buscando algo que le dijera quién había sido Donald Trask, a quién había conocido y por qué lo habían matado.

No había mucho. Un paquete de cartas con matasellos de Valparaíso, Indiana: sus padres. Otro fajo con matasellos de Bloomington, Indiana: su hermana mayor. Cheques anulados y un par de facturas sin pagar, pero en general todo al día.

Donald Trask tenía un televisor, un equipo estéreo y un ordenador en un escritorio de roble situado en un rincón del salón.

Wade se detuvo un momento frente al ordenador. El monitor estaba apagado, pero la máquina emitía un zumbido. Encendió el monitor y observó la pantalla, que se iluminó. Lee Wade, a sus treinta y ocho años, pertenecía a la última generación de norteamericanos que se había acostumbrado a usar los ordenadores siendo ya adultos, no cuando eran niños y por tanto mucho más adaptables. La última generación para la

que los ordenadores eran un fenómeno confuso y complejo. Wade opinaba que había dos opciones: o entrabas en esa mierda... o te quedabas al margen.

Y él se había quedado al margen. Los ordenadores estaban invadiendo el trabajo policial: gradualmente se iban instalando en algunos despachos. Lo que él sabía sobre ellos era que cuando uno no tenía más remedio que usarlos, la solución era buscarse a uno de aquellos novatos de veintidós años y decirle que lo hiciera funcionar.

Así que cuando el monitor terminó de iluminarse, su primera impresión fue de sorpresa. Porque lo único que vio fue unas tostadoras volantes. Escuadrones de tostadoras aladas que se movían por la pantalla. «Tiene que ser una broma», pensó Wade, esperando que pasara algo más.

Pero la escena no cambió. Sólo tostadoras, interminables grupos de tostadoras volando. Le sorprendía que Donald Trask o cualquier otra persona pudiera sentarse frente a la pantalla y mirar aquello durante más de un minuto.

Lee Wade no había oído hablar de los salvapantallas. No sabía que nadie se sienta a mirar cómo vuelan las tostadoras, no sabía que si tocaba una tecla, cualquier tecla, las tostadoras se desvanecerían y él vería lo que había estado haciendo Donald Trask antes de salir de su casa para encontrarse con la muerte.

Por eso no tocó el teclado. Se inclinó, apagó el monitor, buscó el interruptor del ordenador y lo apagó también.

El zumbido del ordenador desapareció en el aire. El silencio era un vacío. Lee Wade había perdido la oportunidad de comprender no sólo el asesinato del hombre sin rostro sino todo lo que sucedía a su alrededor.

El montador de Kate Lavin, un joven llamado Terrence, terminó de trabajar a las cinco de la mañana. Sin decir una palabra, se dirigió a un rincón de la cabina de montaje, se hizo un ovillo en el suelo y se durmió.

Kate ocupó su lugar frente al teclado. Trabajó sin descanso durante dos horas, recuperando imágenes de la memoria digital de la mesa de montaje informática Avid. Las imágenes corrían hacia delante y hacia atrás, a veces fotograma a fotograma: globos aerostáticos sobre el cielo de Nuevo México.

Kate era una mujer menuda y ágil de treinta y tres años. Llevaba vaqueros, camiseta blanca y un busca en el cinturón. Tenía el pelo corto y cuidado, y un bonito rostro que mucha gente no apreciaba a primera vista. Casi todos los que la conocían se fijaban primero en sus ojos, que eran vivos, inquietos e inteligentes.

A las 7.23, con los ojos cansados, echó atrás la silla para alejarse de la consola. Había estado en la cabina durante casi veinticuatro horas seguidas.

Todavía no había terminado. Y el primer montaje tenía que estar listo en dos horas y treinta y siete minutos.

Se levantó, se estiró y salió de la cabina hacia un vestíbulo enmoquetado. A un lado estaban las puertas de otras dos habitaciones pequeñas, idénticas a la que acababa de abandonar. Al otro lado, una ventana ancha que daba a una sala de control: una docena de monitores, varias estanterías para cintas de vídeo, mezcladoras de sonido y paneles de control.

Kate fue por el pasillo hasta llegar a la salida de incendios, la atravesó y entró en un estudio de televisión en sombras del tamaño de un gimnasio. Allí había más monitores y televisores sobre estantes y soportes móviles. Cruzó el estudio, pasó por encima de los manojos de cables de televisión y eléctricos, dejó atrás las cámaras del estudio y llegó a una doble puerta situada al fondo.

La puerta daba al exterior. Kate salió al aire de la mañana. Sausalito, California: Puerta Siete, frente a la bahía.

La brisa era húmeda y el suelo del aparcamiento estaba resbaladizo. En el cielo unas nubes bajas empezaban a deshacerse. Frente a ella había un estuario, más allá estaba la joroba verde de Angel Island y más lejos todavía la silueta azul y gris de los edificios de San Francisco, al otro lado de la bahía.

Kate Lavin tomó una bocanada de aire fresco. El aire la reconfortó y la devolvió a la realidad.

En aquel momento entró un coche en el aparcamiento. El conductor tenía más o menos la edad de Kate. Aparcó y se dirigió hacia la entrada principal del edificio del estudio. Un hombre que va a su trabajo.

Al pasar la saludó con la mano, susurró un «¡Hola!» e inclinó la cabeza. El gesto de un empleado hacia su jefa.

Porque aquel edificio era de Kate. Poseía la propiedad que daba a la bahía, el

edificio bajo y ancho con el rótulo que decía KL MEDIA y todo su contenido. Un estudio completo, instalaciones para teleconferencias, un par de conexiones por satélite. Equipos y servicios completos de montaje y posproducción de cine y vídeo.

Ellis Hoile no había reparado en gastos.

Había fundado la empresa un año después de su boda, en un momento en que había recibido mucho dinero por los derechos de autor de sus programas informáticos comerciales: un programa de gráficos y un administrador de bases de datos del que se vendieron cientos de miles de copias. Kate quería hacer cine documental y a Ellis le interesaba el aspecto técnico de la producción.

No era hombre que pudiera resistirse a los artilugios electrónicos, fueran cuales fuesen. Cuando dejaron de comprar equipo, él y Kate tenían una instalación de vídeo de las mejores de la costa oeste de Estados Unidos. Estaban en el negocio.

Se divorciaron después de cuatro años. Fue idea de ella, pero Ellis no se opuso. Dejó que las cosas siguieran su curso. Aunque el estudio representaba mucho más de la mitad del capital de los dos, Ellis se lo había cedido en el acuerdo. Había hecho todo lo posible para que la separación resultara fácil, probablemente mucho más fácil de lo que debería haber sido, según Kate.

A veces ésta se preguntaba por qué. Tal vez había sido un acto de amor, un gesto para conservar la amistad que había entre ellos. O tal vez se había cansado del estudio: Ellis siempre se cansaba de sus juguetes.

Fuera cual fuese el motivo, ella se había quedado con el estudio, gratis y libre de gastos. Las operaciones cotidianas las llevaba un gerente porque Kate quería seguir haciendo películas: era su mayor satisfacción, su placer más grande. Y era buena en eso.

Volvió al edificio. Se lavó la cara y volvió a la cabina.

Terrence seguía encogido en el rincón. El reloj de la pared marcaba las 7.34 y el café estaba frío.

La película era un documental de cincuenta y un minutos encargado por una cadena de televisión por cable. Kate había prometido mandar el copión por satélite a las diez de la mañana para que el cliente tuviera una primera impresión del producto. No era un plazo absolutamente obligatorio, pero ella quería cumplir siempre con todos los plazos, y a mil cuatrocientos dólares la hora le molestaba mucho derrochar tiempo de conexión con el satélite.

La película estaba lista, pero faltaba una secuencia de tres minutos y medio al final de la primera parte. Era un momento clave, un momento que determinaría el resto de la película. Hacía falta un pasaje lírico, con música, para destacar la gracia y la belleza de los globos aerostáticos.

Había elegido como fondo la Sinfonía n.º 35 de Mozart, el segundo movimiento. Una música que, como los globos, era al mismo tiempo juguetona y majestuosa. Y se había reservado algunas de las tomas más espectaculares de los globos atravesando el paisaje desértico de Albuquerque.

Pero la cosa no era fácil. No se trataba sólo de poner música bonita a imágenes bonitas; había que montar los planos para que siguieran el ritmo de la partitura y también había que ajustar sus cambiantes estados de ánimo.

Esta secuencia era la clave de la película, estaba segura de ello. Tenía que salirle bien.

Lo que estaba a punto de completar habría sido imposible en los años ochenta en tan sólo dos horas. Los documentales se montaban en mesas de montaje Steenbeck. Las salas de montaje estaban festoneadas con cientos de fragmentos de película, tomas individuales que había que examinar, pasar por una moviola y cortar y pegar literalmente a mano en una bobina.

El montaje electrónico de películas (inventos como el Avid, el escáner Rank y el Editdroid de George Lucas) lo había cambiado todo. Las imágenes de los negativos se digitalizaban y almacenaban en unidades de disco duro de ordenador y cada fotograma recibía un código de tiempo individual. El montador usaba el teclado para recuperar las tomas, montar y ensamblar una secuencia, tal vez distintas versiones de una secuencia.

El Avid estaba en un Apple Macintosh. El ordenador corría con la mecánica del montaje, pero ninguna máquina era capaz de tener impulsos artísticos. Esto seguía siendo misión de los seres humanos, una misión gobernada por la inteligencia humana, la intuición y las emociones.

Y la energía humana.

Kate Lavin se sentó otra vez frente al teclado y trató de olvidar el cansancio. Tenía que concentrarse en el trabajo, poner a un lado todo lo demás, centrar la mente. Lo había hecho muchas veces. Y en unos minutos lo estaría haciendo de nuevo.

Puso manos a la obra. Lo único real era el trabajo, los planos, la música. Se olvidó del cansancio y del tiempo.

Se entretuvo en la última toma, un largo plano aéreo de un globo sobrevolando un cerro de piedra arenisca y luego un retroceso de la cámara para poner al descubierto otros quince o veinte globos flotando sobre el paisaje mientras las cuerdas de Mozart subían, explotaban y se desvanecían.

Kate miró el reloj: las nueve y treinta y siete minutos.

Tecleó una orden, se volvió a sentar y miró la secuencia de principio a fin. Luego otra vez.

Las nueve y cuarenta y cinco.

Se levantó, despertó a Terrence zarandeándolo y salió al vestíbulo. Llamó a la puerta de cristal de la cabina de control y cuando le abrió una técnica, dijo:

—Esta maravilla tiene cita con el pájaro a las diez en Galaxy 4. Ponla ahí arriba. Creo que ya está lista para volar.

Salió del edificio y volvió directamente a casa. Se quedó dormida antes de quitarse los zapatos.



La despertó el trino del buscapersonas. La habitación estaba a oscuras. Tuvo que buscar a tientas la lámpara de la mesilla de noche antes de leer el mensaje.

Era una sola palabra:

PATSY

Tenía que ser Ellis. Cada vez que quería hablar con ella, mandaba un nombre, el nombre de pila de una cantante, siempre un nombre distinto. Cuanto más importante era la cantante, según los gustos de Ellis, más lo era la llamada. Así que Kate no sólo tenía que conocer a las cantantes sino también saber lo que Ellis opinaba de ellas.

Ellis venía haciéndolo desde hacía años y sin razón alguna salvo, tal vez, que con Ellis nada era corriente.

Kate pensó: «Patsy, Patsy. Patsy Cline». La llamada era importante.

Intentó llamarlo. Comunicaba.

Tenía la sensación de que había estado llevando la misma ropa hacía un mes. Se la quitó y fue desnuda a la cocina. Vivía en una casa flotante al final del muelle de la Puerta Siete, a cinco minutos del estudio.

A un lado de la cocina había una puerta de corredera de cristal. En el exterior estaba la bahía, ancha, inmensa, y las luces lejanas de San Francisco.

Bebió agua de una botella que había en la nevera y trató de comunicar con Ellis por el teléfono de la cocina.

Dijo:

—¿E?

—¿Qué ha pasado con la cena? —dijo él.

—¿La cena? —dijo ella, tratando de poner orden en su cabeza—. ¡La cena! ¡Mierda! Lo siento, E, se me olvidó.

—Eso parece —su voz era amable.

—Tuve una sesión maratónica en la cabina de montaje... Y me dormí. Se me olvidó...

—No importa —dijo él.

«Es cierto», pensó ella. No le importaba. No había muchas cosas que pudieran alterar a Ellis. En cierto modo era un rasgo hermoso en la personalidad de cualquiera: ser tan tranquilo, estar tan por encima de las pequeñas pasiones y manías que agitaban la vida de los demás.

Pero, por otro lado, las alteraciones significaban sentimientos. Significaban que una era importante para el otro. Cuando encontrabas oposición, sabías que había alguien al otro lado. Al menos había una reacción.

Y ésa había sido la razón principal de su separación. No fueron ni las discusiones mezquinas ni las excentricidades. El problema era que con Ellis era imposible saber nada.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Casi las once.

—Oh, cielos —dijo ella—. Lo siento, E. En serio.

—No hay problema.

—¿Qué te parece mañana por la noche? Puedo acercarme y comprar algo por el camino.

—Como quieras.

—Pero ¿quieres que vaya o no?

—Sí —dijo él—. Sí. Quiero enseñarte algo.

«Perfecto —pensó Kate—. Yo también tengo ganas de verte».

—No me digas que has comprado un juguete nuevo —dijo ella. Podía adivinarlo en su voz.

—En realidad, no. Lo he fabricado. —Estaba entusiasmado—. Tienes que verlo. Es el juguete que termina con todos los juguetes.

Jane Regalia se despertó un poco después de la salida del sol, se puso un jersey de lana y saltó de la cama. Fue a la mesa de la cocina: la cabaña consistía en una sola habitación grande con un altillo a un lado, formando un hueco en el que había instalado una pequeña oficina.

Era una cuarentona tan esbelta que empezaba a estar demacrada. Siempre había aparentado menos edad de la que tenía, pero ya no estaba segura de que siguiera siendo así. Habían sido cuatro meses horribles, los peores de su vida. Todo había empezado en Navidad, cuando su marido le contó que tenía una amante de veintiséis años y pensaba casarse con ella y formar una familia.

Jane estaba al lado de la ventana de la cocina. No se veía ni a dos metros de distancia. La niebla era espesa, como todas las mañanas y todas las tardes en las colinas de la costa norte, y traía consigo un frío que calaba los huesos.

Salió, fue hasta el lugar donde guardaba la leña: troncos de roble cubiertos de musgo en dos ordenados montones detrás de la casa. La cabaña estaba aislada, a mitad de camino de un bosque, aproximadamente a kilómetro y medio del mar y a más de ciento cincuenta kilómetros al norte de San Francisco, yendo por la costa. Se hallaba en un claro rodeado de árboles. Habitualmente la brisa de la ladera traía el olor salado del mar, la humedad de la tierra y el frescor de los árboles de hoja perenne, el aire más limpio que había olido en su vida.

A pesar de la niebla y el frío, el lugar era perfecto. Exactamente lo que ella necesitaba: un lugar para estar sola y pensar, analizar su vida, decidir qué partes reconstruir y cuáles descartar.

Llevó un brazado de leña y puso varios troncos en la chimenea, sobre las brasas ardientes. Añadió unas ramas. El fuego empezó a lamer la madera.

Se dirigió al hueco que había bajo el altillo y se sentó frente al teclado.

El ordenador estaba encendido. Un programa de correo con voz le permitía usarlo como contestador automático, por lo que casi nunca lo desconectaba.

Al cabo de unos segundos, el módem llamó a San Francisco. Emitió un zumbido y estableció la conexión.

Comunicaciones Verba.

Jane abrió su correo electrónico, como hacía todas las mañanas cuando se despertaba y varias veces durante el día. Aunque vivía austeramente, se permitía el gasto extra que suponían aquellas llamadas. El ordenador era su nexo de unión con el mundo. Y había descubierto que el correo electrónico creaba adicción.

Su buzón le enseñó el nombre de los dos mensajes recibidos desde la noche anterior.

El primero era de su marido. Abrió el archivo.

Querida Jane:

Me costó mucho dormirme anoche y hoy tampoco puedo hacerlo. Estoy confuso. Me siento culpable y tengo muchas dudas. Quise llamarte cien veces anoche. Y lo habría hecho si no me lo hubieras prohibido. No era necesario. Entiendo y respeto tu necesidad de espacio y de tiempo. No quiero invadir tu soledad tan bien lograda. Sin embargo, no nos haría daño una llamada telefónica de vez en cuando.

A decir verdad, rechazo este tipo de comunicación. Me parece muy impersonal. Me paso la mitad del tiempo corrigiendo errores de ortografía. Y me parece que estoy hablando con una máquina imbécil. Después mando la carta a la ozonósfera sin saber siquiera si la recibirás o no. ¡Por lo menos deja que te escriba una carta de verdad!

¿Estás bien? Pienso mucho en ti y trato de imaginarte en tu bucólica existencia. Seguramente eso es precioso.

Voy a ser sincero contigo, compartir la razón de mi ansiedad. ¿Estás viendo a alguien? Sé que no es de mi incumbencia, pero no puedo quitármelo de la cabeza.

Han pasado años desde que estuvimos juntos en Mendocino. Podría ir a tu casa este fin de semana, y quedarme en un motel, claro. ¿Qué te parece?

Tu marido que te quiere,  
Albert

Jane empezó a redactar la respuesta en la ventana de edición del programa de correo electrónico.

Albert:

Ojalá hubieras tenido dudas y sentido culpa antes de destruir mi vida. No quiero escuchar tu voz. No quiero ver tu letra en una carta. Si te atreves a aparecer por aquí, me perderás para siempre. Esto es mío. Es mi lugar. Aquí he encontrado cierta tranquilidad y si lo estropeas con tu presencia

física, te habrás ganado mi enemistad eterna.

La sugerencia de que te explique mi conducta me ofende. Sin embargo, para que lo sepas, no estoy «viendo» a nadie. Y lo digo en sentido literal. Esta cabaña está aislada. Estoy totalmente sola aquí, nadie me conoce. Y no veo a nadie excepto cuando decido ir a Point Arena a buscar comida y mirar mi apartado de correos.

Tus mensajes llegan. Y me siento muy cómoda con este medio de comunicación. Me viene bien.

Y deberías agradecerme que te haya traído a rastras a la segunda mitad del siglo xx.

«Albert parece distinto esta vez», pensó. Solícito, casi adulator.

¿Dudas y culpabilidad?

Entonces se dio cuenta. Era una suposición, pero estaba segura de tener razón: lo habían abandonado. Jane añadió una última línea:

No te preocupes. Te oigo claro y bien.

J.R.

Aquella mañana, Roberta Hudgins cogió un taxi en la Terminal TransBay. El conductor era mexicano, tal vez guatemalteco o salvadoreño... Evidentemente, no conocía la ciudad. Ella se dio cuenta en seguida por la mirada vacía que le dirigió cuando dijo la dirección. Tesla Street, una travesía de Kearney.

—¿Qué? —dijo el taxista en español.

—Telegraph Hill —dijo Roberta.

El taxista reflexionó un momento y se le iluminó la cara. Empezó a dibujar una espiral ascendente con la mano derecha, un movimiento de sacacorchos que no terminó hasta que tocó el techo del taxi. Allá arriba.

—Exactamente —dijo ella y él subió por Fremont. El tráfico era lento, muy lento; todavía no eran las ocho y la hora punta de la mañana acababa de empezar. Normalmente hacía aquel trayecto dos horas antes. No le había dicho a Ellis Hoile que llegaría tarde. A él no le importaría, estaba segura. Lo más probable era que no se diera cuenta. El tiempo no significaba nada para aquel hombre.

El taxista sabía hacer su trabajo, después de todo. Fue por Fremont hasta Folsom Street, recorrió varias manzanas por Folsom y después giró a la izquierda hacia Embarcadero, a toda velocidad.

A la derecha estaba la bahía, visible de forma intermitente entre los estrechos huecos que dejaban los largos tinglados del muelle. Enfrente y encima estaba Coit Tower, un eje cilíndrico de hormigón que subía hacia el cielo desde la cima verde de Telegraph Hill.

Debajo de la torre estaba la casa de Ellis Hoile. Podía verla desde allí, sobresaliendo entre los edificios escalonados de la ladera de la colina.

Dio instrucciones al taxista para salir de Embarcadero y atravesar el laberinto de las calles de la colina. Éstas eran estrechas y empinadas, y los edificios se alineaban comprimidos hasta el borde mismo de las aceras.

Antiguamente había sido un barrio de pescadores italianos que bajaban cada mañana desde la colina hasta los botes. Había sido un lugar de viviendas unifamiliares y de dos plantas. Pero en los últimos treinta años las antiguas casas habían sido reemplazadas por bloques de pisos, moles cúbicas que aprovechaban hasta el último centímetro cuadrado de los solares.

Tesla Street estaba tranquila. Era una calle estrecha y generalmente estaba llena de coches aparcados. A mitad de manzana le dijo al taxista que parase. Era allí. Frente a ella estaba Coit Tower, apuntando al cielo.

Pagó y salió del taxi, delante de la casa de Ellis Hoile. Vista desde allí, no parecía gran cosa, un pequeño chalé de fachada con estucados y barrotes en las ventanas. Las cortinas estaban corridas, como siempre.

Roberta buscó la llave en su bolso y abrió la puerta. Era una puerta de madera maciza, de diez centímetros de grosor y limpia como los chorros del oro... Una

puerta impactante, el primer indicio de que no era un chalé típico.

Entró y cerró la puerta tras ella. Estaba oscuro.

Encendió las luces. Junto a la puerta de entrada, en lugar de un salón había una terraza descubierta que abarcaba toda la anchura de la casa. Al fondo, una gran ventana con vistas.

Con las cortinas eternamente corridas.

Roberta empezó a bajar por la negra escalera de hierro que había en un extremo de la terraza. La casa estaba construida en la ladera de la colina. La planta baja era aún más abierta, porque al bajar del nivel de la calle se accedía al salón principal, si es que se podía llamar salón a lo que Ellis Hoile había construido allí.

Roberta pudo oler el aroma del café desde las escaleras. Cuanto más bajaba, más lobreguez había. La única luz era el brillo enfermizo del monitor del ordenador que iluminaba la cara de Ellis Hoile, absorto en la pantalla, con las yemas de los dedos apoyadas en el teclado.

Era un hombre de treinta y tantos años, cabello rizado, barba de dos días. Tenía aspecto de haber trabajado toda la noche.

Ni siquiera la miró. Había algo en la pantalla que acaparaba toda su atención. Ocurría continuamente.

Estaba sentado en su jaula. Roberta no sabía de qué otra forma llamar a aquel cubículo. En el extremo de la habitación principal, junto a otra ventana con vistas, donde cualquier otra persona hubiera puesto un tresillo de cara al paisaje, Ellis Hoile había instalado seis escritorios siguiendo el dibujo de una herradura. La silla giratoria estaba dentro de la U.

Las mesas estaban repletas. Sobre todo de ordenadores, tres ordenadores con el respectivo monitor, una impresora, un fax y una fotocopidora, además de otras máquinas que ella no sabía cómo se llamaban. También había montones de papeles, libros y folletos, tan altos que casi formaban tres paredes alrededor de Hoile. Una jaula. Más allá de las mesas había estantes abarrotados de equipo electrónico, cámaras de vídeo, enchufes y conexiones, un equipo de audio, piezas y accesorios.

Roberta encendió más luces. Él no apartó la vista de la pantalla. Tenía que haberse dado cuenta de que ella estaba allí, pero seguía mirando el monitor, hipnotizado como siempre y mordiéndose el labio inferior.

Ellis no era una persona muy comunicativa, se dijo Roberta. Y era una manera amable de decirlo. Roberta pensó que aquello le facilitaba el trabajo porque con Ellis Hoile no tenía que perder tiempo en conversaciones intrascendentes. Además, era un hombre monstruosamente listo. Había que permitirle algunas cosas.

Sin embargo, le molestaba que pasara de ella de aquella forma. Llevaba seis meses yendo a su casa dos veces por semana, para limpiar, lavar la ropa y cocinar. Había sido contratada (lo que son las cosas) por su exmujer, que no quería que la vida de Ellis se convirtiera en un caos.

Se dijo que ya debería haberse acostumbrado a las rarezas de Ellis Hoile, pero

también que ella merecía algo mejor. Entró en la cocina, le sirvió una taza de café, buscó un bollo y lo puso en un plato. Le llevó el café y el bollo en una bandeja y puso ésta sobre el montón de libros que el hombre tenía cerca del codo.

Sus dedos revoloteaban ahora sobre el teclado.

Roberta estaba a punto de volver a la cocina cuando vio una pequeña línea de luz amarillenta alrededor de una de las cortinas. Por alguna razón se inquietó: una desdichada franja de luz en la habitación oscura.

Hizo algo que había querido hacer desde la primera vez que había visto la casa.

Fue a la ventana y descorrió las cortinas. La luz entró en la habitación como un estallido.

Roberta Hudgins contempló la vista. Llegaba hasta el este de la bahía. Frente a la ventana, el Bay Bridge o Puente de Oakland se arqueaba hacia esta población. La luz brillaba en los parabrisas de los coches que cruzaban el puente por la calzada superior. A la altura de la isla de Alcatraz pasaba un transbordador de la Red and White en dirección a Marin County. Los muelles quedaban más cerca, Embarcadero, Fisherman's Wharf, como una colección de objetos de carnaval; y a continuación, las ventanas de las casas, las viviendas y los edificios de oficinas que se levantaban al pie de la colina, tan cerca que parecían estar al alcance de la mano.

Por enésima vez desde que lo había conocido, Roberta tuvo que luchar contra el impulso de preguntar a Ellis Hoile si no querría intercambiar los domicilios durante una temporada. Decirle: «Mire, oiga, una habitación a oscuras es igual a cualquier otra habitación a oscuras, y yo tengo un piso de tres dormitorios en una travesía de la avenida M.L. King; para usted sería perfecto, podría condenar las ventanas con tablas de madera y sentirse como en casa, estará mejor que un topo en su madriguera, se lo puedo asegurar».

Roberta se apartó de la ventana.

Ellis Hoile había dejado de mirar la pantalla. Estaba mirando a Roberta Hudgins por encima del hombro. Parecía divertirse. Una sonrisa ligera, en cualquier caso. «No sería un hombre feo si se arreglara alguna vez», pensó ella.

—Hola, señora Hudgins —dijo él.

—Qué hay... —contestó la mujer.

Fue hasta la cocina y empezó a examinar las cajas de comida que había sobre el mármol. Ellis Hoile adquiría los comestibles a domicilio. Dos veces por semana, Roberta cocinaba y guardaba las comidas en el congelador. Él no era muy exigente: cualquier cosa que pudiera meter en envases de vidrio y poner en el microondas estaba bien.

Recogió los platos sucios del fregadero, guardó las provisiones, puso en marcha el lavavajillas y volvió al salón.

Estaba otra vez a oscuras. Ellis Hoile había vuelto a correr las cortinas tapando la vista del millón de dólares.

Estaba otra vez en su jaula. Otra vez frente a aquel horrible resplandor. Se quedó



mirándolo un minuto, atento a la pantalla con los ojos fijos, los dedos recorriendo las teclas, un segundo de pausa y otra vez. A su extraña manera, parecía feliz. Pero así era Ellis Hoile. Extraño.

## 5

Jane Regalia pasó la mayor parte del día paseando por las colinas que había detrás de su cabaña. No volvió al ordenador hasta casi el anochecer.

Se dio cuenta de pronto de que no había leído el segundo mensaje del correo electrónico. La carta de Albert la había distraído. Abrió el buzón del correo. Ahí estaba: mensaje, hora de envío, asunto y emisor.

stoma@verba.org 03:26 ¡Sorpresa!

No reconoció el alias. Se preguntó si se habría encontrado con Stoma en otra ocasión. Quizás habían intercambiado mensajes...

«No —pensó—. Stoma... Me acordaría de ese nombre». Abrió el archivo. Contenía una sola línea:

Échale una ojeada.

Y el aviso de que Stoma había adjuntado un archivo binario al mensaje. Era frecuente. Los métodos de codificación permitían que los usuarios mandaran fotos, dibujos, programas, hasta música y efectos de sonido por correo electrónico normal.

El programa de correo preguntó:

¿Quiere descodificar y recibir el envío?

Escribió:

S

Inmediatamente empezó a parpadear el piloto del disco duro. Trabajó durante varios minutos, bajando y descodificando el archivo.

Jane salió del programa cuando terminó el proceso y se interrumpió la comunicación con Verba.

Entonces vio que el nombre completo del archivo que había mandado Stoma era PRUEBA.EXE. El sufijo indicaba que era un archivo ejecutable, un programa.

Tenía que ser un error. Stoma la había confundido con otra persona. Nada de aquello era asunto suyo. Tendría que mandar un mensaje a Stoma para aclarar las cosas.

Pero sentía curiosidad. Y todavía no tenía sueño.

Decidió abrir el programa y ver de qué se trataba.

Fue a la cocina y puso agua a calentar para preparar la infusión que solía tomar cada noche antes de dormir. Al volver a la mesa, abrió el programa de Stoma tecleando:

PRUEBA

El disco duro empezó a crujir y envió cientos de líneas codificadas a la memoria del ordenador. El monitor se oscureció y un instante después mostró el siguiente mensaje:

¿Quieres probar? S(í) o N(o)

Jane tecleó:

S

La pantalla contestó:

Bravo

Volvió a activarse el disco duro y la pantalla cambió. Se puso negra durante un momento y apareció la imagen de algo similar a una pasarela de acero sobre un fondo negro. Una simple bombilla iluminaba la pasarela desde lo alto, formando una pequeña mancha de luz, como si estuviera suspendida en la oscuridad.

Era un gráfico hecho por ordenador, muy detallado, dibujado desde la perspectiva de alguien que estuviese en la pasarela mirando la luz. La pasarela parecía estar hecha de un metal perforado, en forma de colmena, con una sola barandilla a un lado; el otro lado no tenía protección. Las sombras que arrojaba la bombilla daban un aspecto realista a la escena, como si fuera una fotografía tridimensional.

«Un gran trabajo —pensó—. Si te gustan las pasarelas peligrosas de acero».

Una voz de hombre dijo:

—Mueve el ratón.

Casi dio un respingo: la fuerte voz masculina provenía de los altavoces estereofónicos conectados a la tarjeta de sonido del ordenador.

Jane se quedó inmóvil un momento.

La voz de hombre volvió a decir:

—Adelante, usa el ratón.

Jane puso la mano izquierda sobre el ratón que tenía junto al teclado y lo movió. La imagen de la pantalla cambió, se movió hacia delante, hacia la luz que había sobre

la pasarela. Se detuvo y movió el ratón unos cinco centímetros hacia la derecha. La pantalla volvió a cambiar, giró hacia la derecha, como si ella estuviese en la pasarela y se volviera para mirar atrás.

—Muy bien —dijo la voz.

Siguió moviendo el ratón y la imagen siguió cambiando hasta situarse en la dirección opuesta. Vio otra bombilla y otro haz de luz sobre la oscura pasarela.

«Ya lo entiendo. Por lo visto estoy en una pasarela metálica. Puedo moverme y ver hacia dónde me dirijo».

Aquello tenía que conducir a alguna parte. Movié el ratón hacia delante y también ella empezó a moverse. Un ruido extraño, como de pisadas, salió de los altavoces mientras se acercaba a la segunda bombilla, atravesaba la segunda mancha de luz y entraba en la penumbra. La pasarela parecía estrecha y siguió avanzando lentamente. «Es sólo una imagen», pensó. Pero trató de no acercarse al borde sin barandilla.

Delante de ella apareció una forma en la oscuridad, el final de la pasarela, una plataforma de hormigón. Pero no podía llegar hasta allí: la plataforma estaba rodeada por algo que parecía una tela metálica, con una puerta de marco negro. La puerta también era de alambre.

Pero no sabía cómo abrirla. No sabía si quería hacerlo. Porque al final de la plataforma, casi perdida entre las sombras, distinguió la figura de un hombre. Mirando.

—No creo que quieras quedarte ahí —dijo la voz por los altavoces, que tal vez fuera la voz de la imagen que aparecía en pantalla—. No es una buena idea.

La voz era tranquila, monótona incluso, pero había algo maligno en ella.

Jane se aleja unos pasos de la tela metálica. El hombre avanza, todavía en sombras. Estira la mano y abre la puerta, entra en la pasarela.

Algo la atemoriza, quizá su forma de moverse.

Lleva una especie de bastón. Tal vez un trozo de cañería o un bate de béisbol.

—Yo me iría de aquí si estuviera en tu lugar —dice él.

Y aunque ella no tiene adónde ir (lo único que tiene es la pasarela y la oscuridad), se vuelve y empieza a alejarse del hombre, hacia las luces.

Los pies resuenan en el metal. Acelera sus movimientos y aprieta el paso. No sólo ella. Puede oír otras pisadas tras ella, intencionadas, insistentes.

Él la persigue.

Ella corre.

Pasa bajo la primera bombilla, atraviesa el resplandor y vuelve a la oscuridad. Él se aproxima, los pasos suenan con más fuerza. Está a punto de alcanzarla cuando llega a la segunda bombilla. Ella tropieza, cae, se golpea contra el suelo de la pasarela.

Se vuelve y ve que tiene al hombre delante. La luz está exactamente detrás de él, por lo que no es más que una forma oscura, sin cara reconocible pero amenazante.

Durante un momento, ninguno de los dos se mueve.

Él levanta el bastón (es un trozo de cañería, ahora está segura) y lo levanta por encima de su cabeza, lo descarga hacia la cabeza de la mujer y ella grita...

Jane Regalia volvió a la realidad: «Mierda, no, no es un grito... Es el cazo».

El agua hervía y el cazo silbaba con fuerza. No se había dado cuenta hasta entonces.

Se levantó, preparó la infusión y se quedó junto a la mesa hasta que estuvo listo... En su mente seguía viendo todavía la pasarela, la figura oscura del hombre. Seguía oyendo los pasos.

Abyecto, pensó.

Se bebió la infusión antes de volver ante el ordenador. El monitor decía:

```
¿Quieres probar otra vez?  
S(í) o N(o)
```

Golpeó la tecla N con fuerza.

Borró el programa del sistema. Incluso revisó el directorio raíz para asegurarse de que había desaparecido.

Aquella noche, mientras Jane dormía, el intruso saqueó su existencia.

El largo archivo de Stoma contenía otro programa, más pequeño, que se activó automáticamente cuando Jane Regalia introdujo la orden PRUEBA.

En jerga, PRUEBA era el típico programa infectado que se conoce con el nombre de Caballo de Troya. El pequeño programa que escondía era un «demonio». El demonio buscó un lugar en la memoria del ordenador y se copió en el sector del disco duro en que el sistema guardaba los archivos ocultos.

Había permanecido intacto incluso después de que Jane borrara PRUEBA de la máquina; inactivo, a la espera de que se dieran las condiciones idóneas para su activación.

Esto ocurrió cuando el reloj del ordenador marcó las 04.00. En ese instante, el demonio despertó alterando temporalmente las condiciones internas del sistema (la operación duró unas milésimas de segundo) para que cualquier entrada de datos por el módem se recibiera como si la hubieran escrito con el teclado.

El programa intruso ajustó el módem para que contestara cualquier llamada al primer timbrado. Buscó y desactivó el altavoz del módem. Esta operación fue casi instantánea, ya que sólo consistía en alterar los controladores del *software*.

Durante la siguiente media hora, cualquiera que conectara con el ordenador desde el exterior tendría acceso completo a la máquina y a sus archivos.

Jane Regalia seguía durmiendo, ajena a todo.

Dos minutos después entró una llamada. En silencio. Sólo las pequeñas luces rojas que parpadeaban en el módem indicaban que se había establecido la conexión.

La llamada era del hombre que utilizaba el seudónimo Stoma y a veces el de Copo de Nieve. Empezó a manejar el ordenador de Jane Regalia como si tuviera el teclado delante. Se había introducido por la línea telefónica y controlaba la máquina.

Empezó por rastrear los archivos y directorios, copiándolos directamente en su ordenador.

Jane Regalia sacaba el máximo rendimiento a su ordenador. Lo utilizaba para docenas de tareas, desde el manejo del correo hasta el control de su dieta, la cuenta corriente y el pago de facturas.

Le había confiado a la máquina los detalles más íntimos, más reveladores de su vida. Allí estaban sus sentimientos, pensamientos y actos.

Eran sus secretos... La máquina era ella.

Y en aquel momento, mientras dormía, el intruso examinaba sus archivos y directorios y los copiaba en su propia máquina.

Durante media hora, el disco duro trabajó y entregó al intruso lo que ella había guardado allí con la seguridad de que nadie lo vería.

Después el intruso terminó la conexión y desapareció sin dejar rastro de lo que había hecho.

## 6

Kate Lavin se duchó, se cepilló los dientes y se secó cuidadosamente el pelo. Cogió una blusa y unos pantalones anchos mientras se preguntaba cuál sería la ropa indicada para una cena con un exmarido. Después volvió a poner la blusa y los pantalones en su lugar y eligió un vestido de seda verde que había comprado en Nueva York, mientras se decía: «A la mierda, ¿por qué no?».

Ella y Ellis se habían divorciado hacía un año, después de cuatro de matrimonio y más de media vida siendo amigos.

Todavía no estaba segura de lo que significaban el uno para el otro.

Sabía que Ellis era especial. Siempre se había sentido atraída por personas extraordinarias y Ellis Hoile era el primero de la lista.

Era capaz de hacerla reír. De deslumbrarla, de respetarla, y siempre le enseñaba algo. Siempre estaba en su pensamiento. A veces se preocupaba por él, cosa extraña porque, en muchos sentidos, Ellis era un hombre asombrosamente capaz de arreglárselas solo.

Ellis era parte de su vida y siempre lo sería.

Los sentimientos de él hacia ella no estaban tan claros. No había duda de que se preocupaba por ella... a su manera. Y dependía de ella... a su manera. Pero no estaba hecho para la pasión ni para las atenciones amorosas. No estaba hecho para necesitar a nadie. No era su forma de ser.

Se puso unos zapatos de tacón alto, se pintó los labios. Dudó un instante y metió el diafragma y el tubo de espermicida en el bolso. Había pasado la noche con él varias veces desde el divorcio, sin planearlo. No sabía si aquel día volvería a suceder.

También en ese sentido, el divorcio complicaba las cosas, las decisiones sobre la forma en que Ellis y ella tenían que comportarse, lo que podían pedirse el uno al otro.

Divorciarse no había sido difícil. Lo difícil era estar divorciados.

Ella sabía que Ellis no se torturaba de ese modo, tratando de comprender su relación. Podía pasarse horas diseñando circuitos en una mesa hasta que comprendía lo que estaba haciendo y lo dominaba, pero en los asuntos del corazón era alegremente descuidado. Estaba más que dispuesto a dejar que las cosas siguieran su curso.

Era algo que había que aceptar si se quería estar cerca de Ellis Hoile. Había que aprender a vivir con preguntas que no tenían respuesta.

Abrió la gran puerta principal que daba a Tesla Street con la llave que tenía desde hacía cinco años, la misma que había usado cuando vivían juntos. Él nunca le había pedido que se la devolviera.

Llevó la comida al piso inferior. Allí estaba, en el salón convertido en estudio, sentado al lado de la ventana, mirando un monitor mientras con la mano izquierda

movía un mando situado en una caja grande de metal negro, un aparato que ella no conocía, lleno de diales e indicadores digitales.

Pero Kate no prestó atención a los detalles porque las cortinas, ¡aleluya!, estaban descorridas y el puente, grande, precioso, llenaba la ventana.

Ellis apartó la vista del monitor y se levantó para recibirla. Llevaba unos pantalones arrugados color caqui, que le quedaban grandes, y una camisa a cuadros. Cuando la besó, Kate notó que se había afeitado.

Tal vez en otro hombre no habría significado gran cosa. Ropa presentable y un buen afeitado. Pero en Ellis Hoile era algo fuera de lo normal. Y le permitía contemplar, por unas horas, la vista desde aquella habitación que ella había amado tanto.

Así que le dijo:

—Tienes buen aspecto, E, estás muy elegante.

—Bueno... —dijo él. Y después, como un adolescente que de pronto se acuerda de lo que debe responder, añadió—: Tú también estás muy bien, Kate.

—Gracias, Ellis.

Llevó las bolsas al comedor. La mesa ya estaba despejada y en ella no se veía más que dos platos de la antigua vajilla de porcelana de Kate, y los cubiertos correspondientes, también de Kate. Ellis había querido que se los llevara después del divorcio, pero ella había insistido en que se quedara con todo lo de la casa. Sabía que él nunca reemplazaría aquellos objetos y tenía la esperanza de que si se quedaba con los platos, las toallas y los muebles que le hacían falta, se mantendría en un estado medianamente civilizado.

En la mesa de la cocina había una botella de Chandon en una cubitera de hielo, seguramente procedente de la caja que había dejado en la casa hacía un año, y dos copas con pie de tulipán. Abrió la botella y sirvió un poco de vino.

Él la siguió a la cocina y aceptó la copa que le ofrecía.

Ella bebió de la suya.

—Eres muy amable, E —dijo—. Gracias. De verdad. Estoy encantada.

Él se encogió de hombros, como un adolescente. Kate saboreó el vino. Quizá era absurdo, pero ver aquella porcelana en la mesa la hacía sentir algo parecido a la nostalgia, sentirse parte de aquel lugar por lo menos durante algunas horas.

Se alegró de haber llevado el diafragma. Ellis la ayudó a servir la comida preparada que ella había comprado. Se sentaron y comieron. Rápido. Kate tenía hambre y Ellis no era un hombre ceremonioso, especialmente en la mesa.

Kate comió mucho, tomó otra copa de vino y luego otra. Se sentía bien, relajada y a gusto.

Si hubiera sido cualquier otro, Kate habría alargado el brazo sobre la mesa y habría cogido su mano. Y se habrían ido al sofá, habrían hablado y bebido vino, y seguramente mucho más.

Pero con Ellis la situación era diferente.



—Bueno, genio, veamos tu último chisme.

Y lo siguió al salón (el maravilloso salón que antaño había sido suyo y que desde su partida se había convertido en una jungla cada vez más espesa y descuidada), hasta un banco de trabajo que había junto a la ventana.

Ellis se sentó ante una caja negra. Era una caja de metal del tamaño de un maletín y pintada de negro. Dos pantallas de cristal líquido, una serie de interruptores y botones.

Dos cables de vídeo iban a parar a una larga antena orientada a la ventana y colocada sobre un trípode. Otro grupo de cables iba hasta un ordenador y éste a un monitor NEC Multisync. En el NEC estaba...

«La familia Partridge —pensó ella—. ¿Me estará tomando el pelo?».

—Es un videoescáner Van Eck modificado. Encontré los planos en una revista holandesa de hace diez años y me parecieron excelentes hasta que vi que Van Eck había olvidado algunos componentes esenciales. Pero lo he perfeccionado. Genera una oscilación que, combinada con la radiación electromagnética de un televisor o cualquier tubo de rayos catódicos, restaura el sincronismo vertical y horizontal y devuelve la señal de vídeo.

Aquello no significaba nada para ella. Veía que la recepción de la imagen era un poco defectuosa, como cuando se está casi fuera del alcance de la emisión. Y parecía a punto de desaparecer. Ellis movió uno de los botones y la recepción se restableció.

—¿Dónde está el sonido? —quiso saber.

—No hay sonido. Es sólo imagen.

—Así que estamos aquí sentados viendo La familia Partridge sin sonido, como un par de idiotas.

—No —Ellis sonreía muy satisfecho de sí mismo—, estamos viendo la radiación que emite el televisor de unos idiotas que ven La familia Partridge. Hay una gran diferencia. —Se dio cuenta de que Kate no entendía nada—. Pero espera, si esto no te convence, vamos a ver lo que podemos encontrar más abajo en la colina.

Fue a la ventana. Tenía en la mano algo que parecía un mando a distancia de infrarrojos. Se puso a pulsar un botón. La antena empezó a moverse, muy despacio, sobre el trípode. Kate se fijó entonces en que la antena estaba colocada sobre un trípode motorizado bidireccional. Tenía un par así en el estudio. Dos rotores controlaban los movimientos verticales y horizontales de la cámara, aquí de la antena, y se accionaban pulsando botones en un mando a distancia. Eso lo entendía.

Los Partridge desaparecieron de la pantalla. Sólo había nieve y rayas. Ellis siguió moviendo la antena y mirando alterativamente a la ventana y al monitor.

Apareció otra imagen. Larry King moviendo la boca. Al principio no se distinguía bien, pero Ellis pulsó un par de veces el mando a distancia y la antena hizo un movimiento casi imperceptible sobre el trípode. Larry King quedó enfocado.

Al darse cuenta de lo que estaba pasando, dos pensamientos se impusieron en la mente de Kate.

El primero era que Ellis no había abierto las cortinas para que ella pudiera ver su adorada imagen de la ciudad. «Mierda, lo único que quería saber era hacia dónde apuntaba la antena».

Se sintió molesta, pero no tuvo tiempo de pensarlo mucho porque entonces se dio cuenta de lo que sucedía.

La antena apuntaba hacia una casa. Ellis espiaba la imagen de la televisión de otra persona a través de las paredes.

—Por ahora llego a seiscientos metros, pero puedo mejorarlo, estoy seguro. La idea es usar una antena más potente. Y tengo algunas ideas sobre los circuitos. Lo que hay que hacer es ajustar los algoritmos de búsqueda. Y la discriminación por secuencias... Tengo varias ideas al respecto. Estoy casi seguro de poder llegar a mil cuatrocientos metros, sin problemas.

Mil cuatrocientos metros. Casi kilómetro y medio.

—Impresionante, E, en serio —dijo Kate. Y lo decía convencida, era impresionante que hubiera podido crear algo así.

Ellis estaba moviendo la antena otra vez. Se situó tras él. La antena apuntaba a un edificio de viviendas al pie de Telegraph Hill. Casi inmediatamente, apareció otra imagen: Robin Leach en *Cómo viven los ricos y famosos*.

Más pulsaciones en el mando a distancia. Esta vez buscaba cerca del último piso del edificio de viviendas.

Tap, tap. Un programa de entrevistas.

Otra pulsación. Un videojuego, Súper Mario Brothers.

Más pulsaciones. Una película porno con homosexuales masculinos.

Ella añadió:

—Para serte sincera... no entiendo para qué sirve.

—Venga —contestó—, no puedo creer que no lo entiendas.

Tap, tap, tap. Un anuncio, el último vídeo gimnástico de Jane Fonda.

—Si estás tratando de demostrar que ahí fuera hay mucha gente que se llena la cabeza de basura todas las noches, tengo una noticia para ti, E: no lo niego. Ni yo ni nadie.

—No estoy tratando de demostrar nada —replicó. Miraba la pantalla y movía el mando. Patochadas y gansadas—. Es un trabajo de observación.

—Sí, estás observando pura basura.

—No. Estoy observando a la gente. Los viejos sabios de los sesenta tenían un dicho: «Eres lo que comes». Tonterías. «Eres lo que ves» me parece mucho más cercano a la verdad.

Hablaba con vehemencia, algo realmente extraño en él. Ellis no se entusiasmaba ni se apasionaba con facilidad.

—Enséñame lo que ves a través de la pantalla, lo que eliges y lo que descartas, y en un mes te diré qué clase de persona eres.

—Puede que hace veinte años no fuera así. Lo único que teníamos entonces era

tres canales de televisión y todo el mundo veía la misma mierda. Pero ahora tenemos televisión por cable, y vídeo, y nuestra elección se ha vuelto mucho más refinada y selectiva. En un par de años tendremos quinientos canales e Internet se meterá en nuestras casas mediante fibra óptica. Y entonces no necesitaré ni un mes para saber quién eres. Si sé lo que eliges durante un día, sabré cómo eres.

Unas pulsaciones más. En la pantalla aparecieron... números. Pero Kate no los distinguía bien.

Ellis se alejó de la ventana y manipuló un par de mandos de la consola de la caja negra. Los números se vieron con mayor nitidez. Kate vio incluso la flecha negra de un cursor que se movía sobre lo que parecía el formulario de una declaración de la renta. Se dio cuenta de lo que estaba viendo: no eran imágenes de televisión, sino una pantalla de ordenador. En algún lugar de la parte baja de la colina, alguien estaba utilizando un programa informático para hacer la declaración.

Kate estaba viendo la declaración de impuestos de un desconocido.

Abajo, en la colina, el desconocido volvió a la primera página del formulario. Podía leer los nombres, eran marido y mujer, la dirección y el número de la seguridad social. Leyó los nombres y fecha de nacimiento de sus dos hijos, y sus ingresos mensuales.

Era como mirar por encima del hombro de cualquiera. No, era peor: era como espiar por la ventana de otra persona.

No, no, si lo pensaba un poco era peor todavía. Porque alguien que abre las cortinas de par en par puede esperar alguna mirada curiosa de sus vecinos. Aquel pobre iluso estaba entre cuatro paredes creyendo que se hallaba solo.

Kate se alejó de la pantalla. No podía seguir mirando. Sentía ganas de llamar a aquella gente y disculparse por teléfono.

—Ya ves —dijo Ellis—, no todo es basura.

«De acuerdo, ahora lo entiendo —pensó Kate—. Pero sigo in saber para qué».

Ellis volvió a manipular el mando a distancia, alejándolo del formulario de impuestos. Pero ella no quería ver nada más. El escáner la asustaba. Le parecía mal..., le parecía sucio. Ellis, por lo visto, no podía parar. Kate hubiera querido que lo dejara de una vez y la cogiera en sus brazos, la besara y llevara a la cama. Pero él estaba totalmente absorto en el aparato. Ya estaba acostumbrada después de tantos años. Había aprendido a no tomárselo como algo personal.

Decidió esperar, por lo menos un poco. Paseó por la habitación y entró en la herradura que formaban las mesas.

Entre los ordenadores encontró un aparato que no había visto antes; tenía el tamaño de un PC pero sin pantalla ni disqueteras...

«... un teléfono, un cable coaxial atornillado a la parte posterior del chasis del aparato... ¿Qué será esto y qué hace en su zona de trabajo?».

Ellis levantó la vista y vio a Kate observando la máquina.

—Un juguete nuevo —dijo.

—Éste no lo has fabricado tú —comentó ella.

—No, lo he comprado.

—¿Te molesta si te pregunto...? —Y casi antes de que pudiera preguntar, él contestó:

—Es un equipo móvil de rastreo.

—Móvil —dijo ella—. Como el teléfono.

—Afirmativo. —Ellis parecía un poco avergonzado, como si le hubieran descubierto haciendo algo que no debía—. Un equipo de rastreo, las compañías telefónicas lo usan, los polis también, a veces. Básicamente rastrea las llamadas, identifica el número de serie de cualquier teléfono móvil relacionado con cualquier llamada que se pueda captar y te dice con qué móvil se dio el telefonazo. Tengo una antena en el tejado y funciona muy bien a esta altura. Consigo una buena recepción de cualquier llamada que se realice dentro del campo visual.

«Campo visual... —pensó ella—. Eso significa la mitad de la ciudad, gran parte de Marin County y de la zona oriental de la bahía, y media península de San Francisco...».

—No me digas que esto es legal...

—No exactamente. Pero tengo un amigo que me debía un gran favor. Y lo liberé de él. Es una chulada... No sabes la cantidad de cosas que puede hacer.

—¿Y para qué? —preguntó ella.

—Las compañías quieren saber quién está usando sus equipos en un momento dado. Los polis..., bueno, ya te lo puedes figurar...

—Quiero decir para qué te sirve a ti.

—Es un juego —repuso él—. Supongo que es mi última piratería telefónica. La gente es la locura final. Captas una llamada de un móvil, cualquiera. Tratas de imaginarte qué gente está hablando. Intentas averiguar todo lo posible sobre ellos. Unas veces empiezas por el número de teléfono nada más. Otras dicen algo que te ayuda a descubrir cómo son. Otras marcan el código de su contestador, es interesante tenerlo una vez que consigues piratear sus mensajes.

Kate no podía creerlo. Con aquella cara de satisfacción... Escuchar los mensajes de otras personas...

—Como te decía, se empieza así —añadió Ellis—. Tratas de averiguar todo lo posible sobre ellos. Es sorprendente la cantidad de material que hay, esperando, para cualquiera que escuche... No te lo puedes imaginar: transacciones inmobiliarias, solicitudes de todas clases, reclamaciones de seguros de vida, informes de créditos... Todo está en alguna parte, en una base de datos. Y así, con el tiempo, consigues el número de la seguridad social y listo, con eso puedes averiguar lo que sea.

Ellis se estaba entusiasmando a pesar de sí mismo.

—Puedes compilar expedientes enteros sobre personas con datos que ni ellas mismas conocen —concluyó.

—Excelente, Ellis.

—Y no tienes que ser detective ni nada parecido. Lo único que hace falta es sentarse frente a un teclado y hacer las llamadas de rigor.

—Maravilloso, Ellis.

—Es para pasar el rato, nada más.

—¿Y cuándo empezaste con esto?

—En verano..., creo.

Después del divorcio.

—¿Y qué haces con los datos?

—Nada. Ver hasta dónde puedo llegar. Es un ejercicio.

—¿Has conocido a alguna de esas personas?

—Qué dices, no. —Parecía horrorizado ante la idea—. ¿Para qué? Iría contra las reglas.

—¿Hay reglas?

—Claro.

—¿Y quién las dicta? —preguntó ella.

—Yo.

Ellis esperó un momento para ver si ella decía algo más, pero se quedó callada. ¿Qué podía decir? Volvió al mando a distancia y al monitor del videoescáner.

«Otra herramienta para espiar —pensó ella—. ¿Qué diablos está pasando en esta casa?».

Caminó hasta él, que seguía mirando la pantalla. Lo tocó en el hombro y dijo:

—¿Has hecho algo de *software* últimamente?

—No, la verdad es que no.

—Uno de tus amiguetes *hackers* me dijo una vez que escribías los códigos más bonitos que había visto. «Ellis escribe códigos como diamantes», me dijo.

—Puede.

—Y yo sé de primera mano que eras el mejor técnico que ha habido en el mundo del vídeo.

—Tuve mis buenos momentos.

—Tampoco me cabe duda de que eres la persona más inteligente que conozco. Y que conoceré en toda mi vida.

Ellis se volvió hacia ella.

—¿Qué estás tratando de decirme, Kate?

—¿Por qué pierdes el tiempo con esto? —dijo, dando un manotazo al monitor.

Ellis movió la cabeza, un gesto que podía querer decir cualquier cosa: No sé, no quiero decírtelo, no tiene importancia, no es asunto tuyo.

—¿Ya no te importa nada?

Por un momento, la expresión de su cara se volvió terrible, con la mirada perdida.

—Supongo que no.

Ellis miró hacia la pantalla. Empezó a mover la antena otra vez.

—Tú —dijo sin mirarla—. Me importas tú.

—Sí..., claro, eso es lo que soy para ti. Lo último que se te ocurre... Siempre.  
Se rascó la nuca, cogió su bolso, dio media vuelta y empezó a caminar hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—A casa.

—No te vayas. Por favor.

El sonido de su voz casi..., casi la convenció. Pero negó con la cabeza.

—Me tengo que ir. De verdad, tengo que marcharme.

Subió las escaleras y salió.



Ellis Hoile volvió la vista al monitor. Empezó a trabajar otra vez con el mando a distancia, moviendo la antena sobre el trípode: una imagen se deslizaba hacia un lado y desaparecía de la pantalla, otra la reemplazaba.

Le pareció ver a Eddie Murphy en escena, sonriendo, con la boca en movimiento, en silencio. Pero el control vertical se había perdido. Eddie se contorsionaba, se retorció.

Ellis Hoile trató de fijar la imagen con un par de pulsaciones en el mando. Pero le temblaban las manos. No veía bien.

Tenía los ojos empañados. Los ojos de Ellis Hoile se estaban llenando de lágrimas.

Dejó el mando a distancia en la mesa y fue a la cocina. Primero abrió el grifo de agua fría y se echó un poco en los ojos. Después se secó la cara, se sirvió café, le echó azúcar, tomó un sorbo y después otro.

Sostuvo la taza con la mano. Estos actos familiares le ayudaban.

Otro trago de café. Ya se sentía mejor. Se llevó la taza a uno de los ordenadores. Se sentó y cargó un programa.

Unas pocas teclas y el módem empezó a marcar. Varios segundos después apareció un mensaje en pantalla:

Saludos:

Ha entrado en Comunicaciones Verba.

Los dedos de Ellis empezaron a moverse por el teclado. Durante un par de minutos tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la concentración.

Pero sólo fue un par de minutos. Muy pronto estuvo perdido otra vez, enfrascado, solo en la oscuridad atemporal.

Era de madrugada cuando Charles Obend abrió el cajón del escritorio y sacó un módem.

Estaba solo en el despacho que compartía con tres personas más, todos socios minoritarios de una compañía de seguros de las afueras de Kansas City.

El módem tenía un largo cable telefónico y otro terminado en un enchufe de puerto en serie. Charles conectó este último a la parte posterior del ordenador. Se levantó del escritorio y conectó el primero a la red del teléfono que había en el otro extremo del despacho. Era un hombre de mediana estatura, algo regordete, y el cabello le empezaba a ralear a sus treinta y dos años.

El teléfono conectó con un servicio de la empresa. Charles Obend volvió a su silla y al momento el módem empezó a emitir notas. Pocos segundos después apareció en su monitor la pantalla de bienvenida de Verba.

Charles Obend no era usuario registrado de Verba, pero utilizaba el servicio regularmente, casi siempre con la misma identificación. Volvió a teclearla en aquella ocasión:

Chaz

Y después la orden:

Visitar BVV

El sistema contestó:

Está usted entrando en el Bar Verde Virtual, un lugar de encuentro para profesionales solteros, para personas con ambiciones y para todos los que aún tienen esperanzas.

Se ruega sinceridad, discreción y delicadeza. Pero, como en la vida real, haga usted lo que quiera.

El sistema anunció la entrada de Chaz e hizo un listado de los diecisiete usuarios que ya estaban en la tertulia. Casi todos eran hombres, eso se notaba. Tres o cuatro parecían mujeres, la media habitual de aquella tertulia en un viernes por la noche, pero Charles Obend sospechaba que también aquellos eran hombres, y que sólo querían divertirse, o excitarse, o llamar un poco la atención.



Usurpadores del género.

Nadie pareció reparar en Charles Obend, que se retrepó en el asiento y se puso a leer la pantalla.

Tardó un rato en acostumbrarse al ritmo de la conversación. Como los verdaderos bares de solteros un viernes por la noche, el Bar Verde Virtual era un lugar ruidoso y lleno de gente. Normalmente, había dos o tres usuarios escribiendo al mismo tiempo y todos intervenían en varias conversaciones diferentes. Los mensajes se interrumpían y volvían a empezar unos segundos más tarde.

Aquella noche, como siempre, casi todos los participantes, hablaban de deportes, coches, ordenadores y, por supuesto, mujeres. Charles Obend pensaba que el Bar Verde Virtual de Verba era más bien como unos vestuarios masculinos virtuales. Nunca había conocido allí a ninguna mujer con identidad verificable. Pero entraba casi todas las noches.

Una diferencia con respecto a la vida real era que en aquel bar se podía dejar de oír a la gente que uno no quisiera oír. El sistema filtraba los nombres de los usuarios que se quería excluir. Charles Obend lo hacía a veces para poder seguir una sola conversación en medio del ruido.

Aquella noche sintió ganas de excluirlos a todos.

Y entonces la pantalla mostró:

```
Sherm> Hola, Chaz.
```

Tres conversaciones diferentes aparecieron en la pantalla antes de que Charles Obend pudiera escribir nada.

```
Chaz> ¿Sí?
```

```
Sherm> Canal privado, colega.
```

Charles Obend estaba algo hosco aquella noche. Contestó en seguida:

```
Chaz> ¿Te conozco?
```

Volvieron a filtrarse fragmentos dispersos de la tertulia. Después:

```
Sherm> Canal privado.
```

```
Chaz> Largo.
```

```
Sherm> Merece la pena. Te lo prometo.
```

```
Chaz> Déjame tranquilo.
```

Sherm> ¿Qué quieres decir?

Chaz> Que si te van los tíos, hay otras tertulias donde te recibirían más cálidamente. Sé mi invitado. ¿Vale? Pero éste no es el lugar.

Sherm> Canal privado. En serio, no te arrepentirás.

«¿Quién será este capullo?», pensó Charles Obend. Pero se dominó y contestó:

Chaz> De acuerdo. Un minuto.

Unos segundos después hablaban por canal privado.

Chaz> ¿Qué quieres?

Sherm> Podrías llamarme Suzanne. Porque, verás, es mi nombre auténtico. Aquí, en el sistema, soy Susie Q.

Chaz> Sí, claro.

Sherm> Eres un incrédulo. ¿Quieres que salga y vuelva a entrar con el nombre auténtico?

Chaz> No, está bien así.

Sherm> Si consiguieras pensar en «Susie Q» cada vez que vieras «Sherm»... eso nos ayudaría a conocernos mejor.

Charles Obend no contestó en seguida. No sabía muy bien cómo tomarse aquello.

Sherm> Probablemente te he asustado.

Chaz> Sí, supongo que sí.

Sherm> A veces entro en el BVV como hombre. Me gusta porque puedo ver lo que pasa sin que nadie me moleste. Además, hay algo excitante en cambiar de género. ¿Lo entiendes?

Chaz> Creo que sí.

Sherm> Me alegro. Te he visto aquí otras veces. Cuando entro, siempre te busco. Te he visto también en

otras tertulias. Pareces buena persona.

Chaz> Gracias.

Sherm> Me gustan tus mensajes. Creo que he llegado a conocerte bastante bien. Algunos dirían que es imposible, que no se puede conocer a nadie únicamente por sus palabras. Pero revelamos mucho de nosotros mismos con las palabras que usamos... no sólo por lo que decimos, sino también por lo que callamos. ¿No te parece?

Chaz> Sí.

Sherm> Me alegro. Me gustaría conocerte en persona.

Chaz> ¿Por qué?

Sherm> En la vida se conoce a mucha gente, pero se dan muy pocos contactos íntimos y significativos. Cuando se presenta una oportunidad como ésta, creo que vale la pena aprovecharla. No hay que dejarla pasar, ¿no crees?

Charles Obend, solo en su oficina de Kansas City, estuvo absolutamente de acuerdo en aquel momento. No estaba convencido del todo de que Sherm fuera una mujer. Pero suponía que con tiempo suficiente descubriría la verdad. Suponía que ningún hombre sería capaz de seguir con aquella mascarada indefinidamente.

Quería que Susie Q fuera real. Sabía que si no aprovechaba la oportunidad pensaría en ella durante mucho tiempo y se preguntaría si no se habría perdido algo bueno.

Contestó:

Chaz> Sí. Estoy de acuerdo.

Sherm> Me alegro de oírlo. ¿Por qué no me cuentas algo de ti?

Algo en su interior hizo vacilar a Charles Obend. No era precaución, sino más bien una reserva innata. Nunca le había gustado darse a conocer. Era consciente de su tendencia a mantener las distancias.

También sabía que era una mala costumbre que tenía que vencer. De otro modo, pasaría miles de viernes por la noche, solo ante el teclado, leyendo palabras de desconocidos en un tubo de rayos catódicos.

En la pantalla apareció:

Sherm> Plantéatelo así: dadas las circunstancias,  
tienes muy poco que perder y mucho que ganar.

«Cierto —pensó Charles Obend—. Muy cierto».  
Y se puso a teclear.

Kate Lavin no se fue directamente a su casa al salir de Tesla Street aquella noche. Mientras cruzaba el puente hacia Marin County se dio cuenta de que Ellis seguía ocupando su mente.

Las primeras palabras que le había oído decir, en un pasillo del Instituto Redwood de Mill Valley, habían sido: «¿Quieres llamar a Marraquech?». Los dos estaban en segundo año por aquel entonces. La familia de Kate acababa de mudarse a Marin. Él era un chico arrogante, algo gamberro: un chico problemático, nada parecido a los despreciables corderillos del Club de Matemáticas. Cuando hacía primer curso había ocasionado una doble conmoción en la oficina del jefe de estudios: primero, al entregar el test de inteligencia después de veinte minutos, jurando que había terminado, y, nuevamente, cuando superó la barrera de los 180 puntos con aquel mismo test.

Aunque, como dijo después, aquella cifra no significaba nada cuando se llegaba a ese nivel. Los valores de referencia eran tan bajos...

Aquel año estudiaron física y poesía juntos. Cuando Ellis se daba a conocer, era a la vez brillante y aburrido. Ella estaba pasando una fase Silvia Plath y lo veía como al nuevo Baudelaire, tal vez incluso como al nuevo Lou Reed.

Esto era la poesía.

En la clase de física se aburría. Un mes después del comienzo del curso, estudiaron la presión atmosférica. El profesor explicó cómo funcionaba un barómetro. Después le dijo a Ellis que explicara a la clase cómo se podía usar un barómetro para medir la altura de un rascacielos.

La idea era: se hace una lectura del barómetro en la planta baja, después se sube al tejado y se vuelve a leer el barómetro; con la diferencia entre las dos lecturas se obtiene la altura del edificio. Así habían contestado los alumnos con sobresaliente durante los últimos cincuenta años. Lo que dijo Ellis fue:

—Yo soltaría el barómetro desde el tejado y mediría el tiempo que tarda en llegar al suelo. Introduciendo este dato en la fórmula de la aceleración de un cuerpo en caída libre, averiguaremos la altura del edificio.

El profesor se esforzó por sonreír. Dijo:

—Muy listo, Ellis, pero creo que hay otra forma de hacerlo.

—Claro —dijo Ellis—. Buscas al portero y le dices: «Oye, te regalo este bonito barómetro si me dices cuánto mide tu edificio».

En aquel instante, Kate se enamoró de él.

Pero él ni se fijaba en ella. Kate pensaba que no le gustaba, que seguramente había algo en ella que desagradaba al muchacho. No se le ocurrió que el joven que acababa de estropear la clase al señor Willis tal vez no supiera cómo acercarse a una chica.

Aquel mismo día lo siguió después de clase y le dijo:

—Creo que eres un genio. Una persona maravillosa. ¿Cómo es posible que me odies?

Contestó:

—¿Quieres llamar a Marraquech?

Buscó en el interior de uno de los grandes bolsillos del pantalón militar que llevaba y sacó una cajita azul con algunas teclas, algo así como un teléfono casero. Después le contó que la llamaba así. «Cajita Azul». Era un generador de tonos, parecido a un teléfono de tonos, pero capaz de realizar hazañas maravillosas que ningún otro teléfono podía hacer. La Cajita Azul podía poner conferencias gratis a todo el mundo. Era capaz de introducirse en las entrañas del sistema —el sistema Bell— y, una vez allí, ya no había secretos.

Llamaron a Marraquech desde el teléfono público de un selfservice. Ellis sabía el número de una pensión donde vivían viejos *hippies* colgados. Sabía el número de un burdel de París, el de un restaurante italiano de Hong Kong, el de un teléfono público de la Plaza Roja de Moscú.

Ellis era un *phreaker*, un pirata telefónico, pero también un *hacker*, un explorador, una de esas personas a las que les gusta fisgar en rincones que otras personas preferirían tener ocultos. Se podía oír a un *hacker* decir: «Anoche entré en la Mutua de Omaha», cuando lo que quería decir es que había utilizado su ordenador para deslizarse en el banco de datos de la compañía. No hacían nada malo: la intención era observar, ver cómo la gente importante hacía las cosas.

Los *phreakers* eran personas que disfrutaban forzando el límite, yendo un poco más allá, para determinar exactamente qué se podía hacer y qué no. Así era Ellis. Y aunque después había perdido el interés por abrir los armarios de Mamá Telefónica, nunca dejó de explorar el sistema. Cualquier sistema, todos los sistemas. Quería saber cómo funcionaban y hasta dónde podía acceder... Pirata telefónico hasta la sepultura.

Y Ellis Hoile tenía un nuevo proyecto: «La gente —había dicho— es la locura final de los piratas telefónicos».

Kate sabía que no podría dormir teniendo a Ellis en la mente, así que se fue al estudio. Estaba mucho más tranquilo que de día, pero el lugar seguía vivo, latiendo con su propia energía, totalmente ajeno a su desasosiego.

Pasó media hora en el despacho, tratando de poner al día el trabajo.

Fue a una sala de montaje y se puso a revisar sola las versiones provisionales de dos proyectos en marcha. Eso le llevó casi otra hora.

Todavía no estaba lista para ir a su casa flotante.

Volvió a su oficina, al ordenador que tenía en la mesa. Arrancó el programa de comunicaciones. Unos segundos más tarde, la pantalla inicial de Verba le daba la bienvenida.

Escribió su identificación y su contraseña.

Su alias provenía de la adolescencia, de uno de sus cantantes de rock favoritos. Lo había elegido por su ambigüedad: no quería que la catalogaran en seguida como mujer, pero tampoco quería parecer un hombre.

El cantante era David Bowie, que durante una época había utilizado el nombre artístico de «Ziggy Stardust», con no poca ambigüedad.

Verba la saludó como de costumbre:

Bienvenida, Ziggy.

Cuando Stephen Leviste levantó la solapa delantera, la tarjeta de felicitación le habló.

Era un regalo de su familia.

—Feliz cumpleaños, Stephen, te queremos, felicidades y que cumplas muchos más; feliz cumpleaños, Stephen. —Cuatro voces que empezaron al unísono y terminaron cada una por su lado.

Stephen cerró la tarjeta y la volvió a abrir. El mensaje se repitió.

Duraba diez segundos: Stephen midió el tiempo con su nuevo reloj digital, otro regalo de cumpleaños.

La tarjeta medía trece centímetros por veinte. Pero era un poco más pesada que las normales y medio centímetro más gruesa. Stephen buscó una ranura que le permitiera sacar las tripas de la tarjeta: un altavoz y un micrófono en miniatura, conectados a un circuito de unos dos centímetros cuadrados de tamaño, con una pequeña pila de botón.

El precio de la tarjeta era de siete dólares con noventa y cinco. Contando el IVA, ocho dólares y pico por un artefacto digital capaz de grabar y reproducir; y con suficiente memoria permanente para almacenar sonidos durante diez segundos a una velocidad de grabación de (calculaba) once kilohercios.

Estaba impresionado.

Pero necesitaría más de diez segundos de memoria para lo que tenía planeado.

Mientras trataba de resolver mentalmente el problema, sacó unos caramelos de una caja y se comió un puñado.

«En realidad —pensó—, me es suficiente con diez segundos, siempre que consiga grabar los diez segundos adecuados».

Tuvo una idea.

Buscó una vieja casete que había comprado en unos saldos por un dólar y medio. La abrió y utilizó un par de pinzas y un pequeño destornillador para sacar el interruptor de voz.

La grabadora de la tarjeta de felicitación estaba montada en un marco de plástico. Stephen arrancó el cable del altavoz y lo empalmó con una clavija de micrófono. Reemplazó el circuito de la tarjeta por el interruptor de la casete para que se activara sólo cuando oyera una voz o un ruido fuerte. O los sonidos de un teléfono cuando se marcaba un número.

Eliminó el plástico sobrante y vio que lo demás (la pastilla del circuito, el micro diminuto y la pila) cabía perfectamente en la caja de caramelos.

Que ya estaba vacía.

Pegó la caja al auricular del teléfono. Descolgó y marcó 1-2-3-4-5-6 con rapidez. Colgó.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y entró su madre.



Le entregó un sobre, una de esas bolsas acolchadas especiales para el envío de disquetes por correo.

—Acaba de llegar esto para ti.

La mujer miró la tarjeta de cumpleaños que había junto al muchacho. No se dio cuenta de que su hijo la había destripado.

—¿Verdad que es bonita? La vi en la papelería de Tanforan y la compré en seguida.

Se dejó llevar por el impulso, se inclinó hacia él y le dio un beso en la cabeza. Lo despeinó un poco.

Los adultos todavía le hacían estas cosas. Tenía doce años desde hacía dos días, pero parecía más joven. Los hombros y caderas, la voz y la cara, eran de un niño de diez años.

O, para el caso, de una niña de diez años.

Aquello no le gustaba.

Le daba rabia parecer un niño de diez años. Le daba rabia que los adultos lo tocaran, lo pellizcaran y lo besaran como si fuera un crío.

Su madre sonrió y cerró la puerta al salir.

Stephen abrió el sobre acolchado con rapidez y miró su interior. Contenía dos disquetes de 3,5 pulgadas con etiquetas que decían «PRUEBA DISCO 1» y «DISCO 2» y un trozo de papel impreso que decía: «HOT WAREX!!!».

Sin remite. Pensó que tal vez se lo había enviado uno de sus amigos, pero no uno de los más cercanos. Un verdadero amigo habría sabido que Stephen pasaba del *software* pirateado... o sea, del *warex*.

Cualquiera que lo conociera realmente, sabría que Stephen Leviste había entrado en el mundo de los *hackers* y que, como *hacker*, no necesitaba *warex* sino códigos pirateados, *codex*.

Dejó los disquetes a un lado, sacó la minigrabadora de la caja de caramelos y enchufó la clavija en la tarjeta de sonido de la parte posterior de su ordenador.

Puso en marcha la grabadora.

La pantalla del monitor mostró inmediatamente un gráfico de longitudes de onda que representaban los diez segundos de sonido de la grabadora, almacenados en aquel momento en el disco duro como archivo de sonido. Las crestas del gráfico revelaban que, tal como había supuesto, el diminuto micrófono recibía sonidos a través del delgado cartón de la caja y que, en realidad, el envase funcionaba como caja de resonancia.

Activó el archivo otra vez. Esta vez apareció una pequeña ventana en el rincón inferior de la pantalla con los números 1 2 3 4 5 6, conforme sonaba cada nota.

El programa había analizado los tonos e identificado las teclas telefónicas en la secuencia correcta.

Otro experimento. Stephen volvió a pulsar las teclas del teléfono a la velocidad que se le antojó normal, con el auricular aún colgado, durante diez segundos.

Averiguó que había marcado veinticuatro números.

Lo intentó de nuevo, esta vez un poco más rápido: veintiséis números en diez segundos.

Otra vez, más despacio: veintidós.

Alguien que pusiera una conferencia desde un teléfono público, marcaría primero el 1, después el prefijo territorial y a continuación el número. Once teclas. Después, si no tenía monedas a mano o si el teléfono público carecía de ranura para tarjetas, tendría que marcar el número entero de la tarjeta de crédito: por lo general catorce dígitos.

Veinticinco teclas en total. Si quien llamaba tenía prisa, diez segundos. «Y la gente siempre tiene prisa», pensó Stephen.

Si marcaban despacio, se terminaría el tiempo y la grabadora de la caja de caramelos no registraría los últimos dígitos.

Stephen no quería que esto sucediera. No quería saber el teléfono de nadie. Para él era un número inútil. Lo que quería era el número de la tarjeta de crédito: los números que algunos llaman códigos de acceso al servicio.

Codex.

Varios días de niebla y llovizna mantuvieron a Jane Regalia encerrada en casa. Cuando finalmente se despertó una mañana soleada, lo celebró pasando seis horas fuera de la cabaña alquilada, removiendo con una pala la tierra del pequeño jardín.

Era un trabajo duro. Incluso con los guantes puestos le salieron rápidamente ampollas que en seguida reventaron. Pero la tierra era fértil y ya se veía, una mañana de verano no muy lejana, transportando a la cocina un montón de mazorcas de maíz y de tomates.

Estuvo trabajando hasta el final de la tarde. Entró en la cabaña, se sentó frente al ordenador y conectó con Verba.

El servicio le contestó como siempre:

Saludos.

Ha entrado en Comunicaciones Verba.

Verba es un experimento social y tecnológico para el intercambio libre de ideas e información. Imagínese lo como un gran centro público de reunión, un lugar sin límites. El sistema lo componen personas cuyos intereses y conocimientos abarcan todo el espectro de la experiencia humana. Le invitamos a encontrarse con ellos, como ellos han sido invitados a encontrarse con usted.

Por favor, introduzca la identificación que quiere usar en esta sesión. No deberá tener más de doce caracteres.

Jane tecleó:

Porcia

El sistema contestó inmediatamente:

La identificación elegida pertenece a un usuario registrado. Por favor, introduzca su contraseña o pulse Control-1 para introducir otra contraseña.

Jane Regalia estaba registrada en Verba desde hacía dos meses. Escribió la

contraseña y el sistema le contestó:

Bienvenida, Jane Regalia.  
Última desconexión: 17.44; 25/04/94  
Recuerde, Verba es su servicio, Verba es lo que  
usted hace de él.

Entonces tecleó:

Visitar MI

La orden la llevó instantáneamente a una de las tertulias permanentes de Verba. La pantalla de bienvenida lo mostró como:

Autosuficientes: Mujeres Independientes

Había otras ocho usuarias cuando entró. Reconoció a la mayoría. Formaba parte de un grupo de unas seis mujeres que conectaban casi a diario a última hora de la tarde. Había entrado por primera vez hacía dos meses. Algunas habituales desde hacía mucho más tiempo. Pocas se conocían personalmente, pero creían conocerse muy bien.

Algunas de las habituales la saludaron:

Nancy-T> Ya está aquí..., ya era hora.

Carrie> Abrazos de todas.

Michiko> Estábamos esperándote.

Salomé> Pensé que hoy ya no venías. Me tenías preocupada.

Porcia> He estado por ahí. Lo siento, Sal.

Salomé> Merece la pena esperarte, querida.

Jane Regalia se retrepó en la silla y empezó a leer la conversación. Pensó que aquel día no estaba a la altura de otras veces.

Siguió mirando la pantalla. De vez en cuando, también echaba un vistazo por la pequeña ventana que tenía delante de la mesa. El monitor le tapaba la visibilidad,

pero si corría la silla ligeramente podía ver el estrecho camino que, partiendo desde la cabaña, bajaba por el cañón hasta la autopista de la costa.

En la red, Michiko contó que había encontrado un número 900 en un viejo recibo de teléfono.

Michiko Era un teléfono erótico. Tres semanas antes de separarnos, nos gastábamos cientos de dólares al mes en un consejero matrimonial. Y mientras en teoría estábamos aprendiendo a llevarnos bien de nuevo, él se dedicaba a hablar por teléfono con una puta. De eso hace más de un año y el matrimonio es historia, así que no debería importarme. Pero me importa. Me ha fastidiado el día. De hecho, sigo cabreadísima.

**Jane Regalia respondió:**

Porcia> A veces las pequeñas cosas son las que consiguen sacarnos de quicio. Yo tengo en la cocina un grifo roto que no deja de recordarme lo tonta que he sido.

Carrie> Bueno, llama al propietario del inmueble y que te lo arregle.

Porcia> Está en Boston. Y si sigo molestándole con chorradas, me acabará echando. Además, no se trata de eso. Era mi marido quien siempre arreglaba esas tonterías. El grifo simplemente me recuerda lo mucho que dependía de él, sobre todo en cosas de las que ahora no tengo ni idea.

Salomé> Te hace sentirte impotente.

Porcia> Sí.

Salomé> Y te hace pensar en lo lejos que estás de ser realmente independiente.

«Otra vez sí», pensó Jane Regalia. En muchos sentidos, Salomé era su preferida. Era un poco exagerada y estaba bastante amargada. Pero Salomé la comprendía. Sal lo entendía.

**Jane Regalia contestó:**

Porcia> Sí, sí, sí.

Salomé> Así que debes aprender a hacerlo sola.

Porcia> Parece tan difícil... Son cosas de hombres.

Salomé> No, es fácil. Ése es uno de los secretos de los hombres. Se comportan como si fuera una sabiduría misteriosa el hecho de saber cómo se arregla un grifo, cómo se pone a punto un coche y miles de cosas por el estilo. Les gusta convertirlo en algo importante para que nosotras pensemos que son indispensables. Pero la verdad es que cualquiera puede aprender.

Nancy-T> Los hombres no nacieron sabiendo.

El asesino leía estas conversaciones en el ordenador portátil que tenía en las rodillas.

Nancy-T> Los hombres no nacieron sabiendo.

Carrie> Y si ellos pueden aprender, cualquiera puede.

Movió los dedos por el teclado y la pantalla expuso las palabras que estaba escribiendo. El cursor se deslizaba y las letras iban apareciendo tras él:

Salomé> Cierto. No puede ser tan difícil.

Se detuvo un momento y siguió escribiendo:

Salomé> Huy... Acabo de darme cuenta de la hora que es.  
Tengo que irme.

Porcia> ¿Ya?

Salomé> El deber me llama.

El sistema anunció su marcha:

Salomé ha abandonado el grupo.

\* \* \*

Jane Regalia leyó las conversaciones durante media hora más. La mayor parte del tiempo permaneció en segundo plano, «al acecho», en la jerga de los usuarios de servicios *on line*.

Carrie siguió quejándose del abogado que tramitaba su divorcio. Alguien llamado Jaybee (Jane Regalia no identificó el alias) contó una anécdota interminable sobre cómo la habían acosado en un bar de solteros.

Ninguno de aquellos temas, ni los abogados que tramitaban divorcios ni los bares de solteros, interesaba a Jane Regalia. «Todavía no», se dijo.

Le dolían las ampollas de las manos. Se levantó, fue al armario de la cocina donde guardaba el Tylenol y tomó dos comprimidos con un vaso de agua.

Cuando volvió, Aurora estaba contando chistes.

Aurora> ¿Por qué tantas mujeres fingen el orgasmo?

En aquel momento, cuando estaba a punto de sentarse de nuevo, Jane Regalia oyó un ruido fuera, un motor: alguien subía por el camino.

Se inclinó para mirar por la ventana y vio una furgoneta que se acercaba; era marrón, de color tabaco, sin distintivos ni marcas de ninguna clase; la típica furgoneta privada que se usa para llevar a los niños al colegio y para hacer compras. Pero era de transporte de mercancías, sin ventanillas en la parte trasera.

Jane fue hacia la puerta de la cabaña.

Carrie> Me rindo.

Aurora> Porque la mayor parte de los hombres finge todo lo anterior.

Michiko> Eso es un golpe bajo para Porcia.

Nancy-T> Veo que no hay respuesta de Porcia...

Carrie> Porcia es nuestra Sor Virtudes. ¿Verdad, Porcia?

Hubo una pausa mientras esperaban su respuesta.

Dentro de la cabaña, Jane Regalia estaba gritando.

El cursor parpadeó, sin moverse, en su monitor y en la pantalla de otras siete máquinas conectadas a ella a través de Verba.

En un ordenador, un cursor inmóvil es el sonido del silencio.

Las palabras empezaron a fluir de nuevo, casi titubeando:

Michiko> ¿Porcia?

Aurora> Oye, niña, sólo era un chiste malo.

Carrie> Porcia, ¿estás ahí?

**Esperaron durante unos diez segundos.**

**Entonces leyeron:**

Porcia> Ya estoy aquí. Ha venido un mensajero.

Carrie> ¿Y qué aspecto tenía el señor Mensajero?

Porcia> Se llamaba Janet.

Aurora> Un polvo rápido es como un poli. Siempre está cerca, pero nunca se encuentra cuando se necesita.

Nancy-T> Dinos la verdad, Porcia. ¿Nunca necesitas un poco de... marcha, allá en los bosques del norte?

Carrie> No, nuestra Porci no.

Porcia> No quiero ser grosera, pero creo que tengo que irme. Quiero llamar a un fontanero. Quiero que arreglen esa avería. La del grifo, no la de mi matrimonio.

Michiko> Hasta mañana entonces.

Porcia> Puede que no. Estaba pensando en ir a Oakland a pasar unos días. Tengo una vieja amistad a la que hace mucho que no veo.

Carrie> Ha dicho una amistad.

Nancy-T> Ay, Señor. Creo que Porcia necesita algo de marcha después de todo.

Aurora> Oye, ¿qué es eso de la amistad? ¿Es tío o tía?

**En el teclado del ordenador de Jane Regalia, los dedos de hombre escribieron:**

Porcia> Ése es mi pequeño secreto.



Kate Lavin pasó la tarde en la ciudad. Para volver a casa fue por Embarcadero y con la capota del Miata bajada.

Llegó hasta la base de Telegraph Hill. Se sorprendió mirando colina arriba, hacia la casa que había a la sombra de Coit Tower.

Las cortinas estaban corridas otra vez, estaba segura. Se imaginó a Ellis metido en su agujero. En los días siguientes a la cena habían hablado sólo una vez por teléfono, de trabajo, durante menos de un minuto. No habían hecho el amor aquella noche. En realidad, era el período más prolongado que habían pasado sin hacerlo desde que terminaron los trámites del divorcio.

Y en aquel momento, sin haberlo pensado, estaba girando por Embarcadero, a la izquierda, colina arriba.

Fue un impulso. No trató de dominarlo. Seguía imaginándoselo detrás de aquellas cortinas. Pensaba quedarse sólo unos minutos, lo suficiente para comprobar que estaba bien.

Consiguió aparcar el Miata en un espacio reducido que había casi enfrente de la puerta del número 2600 de Tesla Street. Salió del coche y empezó a subir por el camino hacia la casa.

Se detuvo a unos pasos de la puerta.

Pensó: «Pero ¿qué haces?».

«Te preocupas por él —se dijo—. Debes de estar de broma. Sabes que está perfectamente. A su manera. Ellis sabe cuidar de sí mismo. Siempre lo ha hecho».

No se movió. Se quedó mirando hacia la puerta principal y pensando en él, solo, dentro de su casa. Y dio media vuelta. Le costó, pero lo hizo. «Una ruptura es una ruptura. Tienes que romper en serio, y lo ideal es empezar ahora mismo».

Entró en el coche y se alejó sin mirar atrás.

Jane Regalia recuperó poco a poco el conocimiento.

Fue un proceso gradual, un ir y venir, hasta que finalmente despertó. Entonces empezó a recibir sensaciones, impresiones. Estaba tendida boca abajo.

Tenía punzadas de dolor en la cara y las costillas, donde él le había dado puñetazos y patadas mientras la reducía.

Estaba totalmente a oscuras.

Movió la cabeza y el suelo le raspó la mejilla. Estiró una mano para tocarlo.

Descubrió que era de acero perforado, con dibujos hexagonales, como un panal.

Tanteó con la mano y notó que la plancha de acero terminaba a unos centímetros de donde se encontraba tendida. Más allá no había nada. Un vacío total donde tenía que haber un suelo sólido.

Entonces se acordó del lugar donde había visto un suelo así no hacía mucho tiempo.

Sintió que algo le ceñía la cara. Acercó una mano y comprobó que tenía una fuerte cinta adhesiva sobre los ojos. Por eso no veía nada. La cinta daba varias vueltas alrededor de la cabeza. No tuvo tiempo de quitársela.

A cierta distancia, una voz de hombre dijo:

—Apuesto a que has tenido días mejores.

Las palabras sonaban confianzudas, casi burlonas. También oyó un eco ligero y rápido. Podía percibir por el sonido que se hallaban en un espacio muy grande. Y que el suelo estaba muy por debajo de ellos.

—¿Dónde estoy? —dijo. Se sorprendió un poco, no creía que fuera capaz de hablar.

—Eso no tiene importancia.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Ya hablaremos de eso —contestó el hombre.

Cuando terminó de hablar, todo quedó en silencio. Jane luchó por mantener la calma.

El silencio duró unos segundos, tal vez más, era difícil saberlo.

El hombre dijo:

—¿Sabes que el miedo puede olerse?

Casi se alegraba de oír su voz. El sonido la ayudaba a calcular las distancias y a hacerse una idea del lugar, le daba algo de margen para respirar en la oscuridad.

—Siempre había creído que era una frase hecha..., el olor del miedo. Pero es cierto. El miedo se huele. En algunas circunstancias, claro. Lo descubrí el otro día. Realmente pude olerlo.

Una pequeña pausa, aterradora. Después soltó una carcajada.

—No era mi miedo —añadió—, si es eso lo que estás pensando.

Otra pausa.

Y luego un nuevo sonido.

Tap...

Tap... Tap...

Pasos.

No los oía. Pero los percibía a través del acero sobre el que estaba echada.

El hombre se estaba acercando. Jane enderezó los hombros y se sentó en dirección a los pasos. Tap... Tap... Tap...

Un sonido fuerte, no apresurado pero sí firme, decidido. Muy cerca ya, casi encima de ella. Se detuvo.

—Levántate —dijo el hombre—. Vamos, levántate. Estás perfectamente.

Jane negó con la cabeza en señal de rechazo. Sintió algo frío y duro en la mejilla y acercó una mano para tocarlo.

Sus dedos palparon la hoja ancha de un cuchillo, apoyada contra su cara.

—Cuidado —dijo él.

Los dedos se deslizaron por la hoja. Era enorme. Jane se dio cuenta de que el hombre apoyaba un machete contra su cara. Retiró la hoja.

—Levántate —volvió a decir el hombre y esta vez Jane se puso de pie. Tocó una barandilla de metal con la mano derecha. Se agarró a ella para sujetarse—. Sabes dónde estás. Ya has estado aquí antes.

Ella se figuró el lugar: una pasarela de metal con una única barandilla a un lado. «No puede ser», pensó. Pero sabía que era cierto.

Se le encogió el estómago. Tenía ganas de vomitar.

—Hay una salida, ya lo sabes. Tiene que haberla, si no, no tendría interés. — Permaneció inmóvil, cargando el peso sobre la barandilla—. Así que muévete. — Jane no se movió. Estaba agarrotada—. Venga. Cualquier otro al menos lo intentaría. —Ella no podía moverse. Le costaba hasta respirar—. ¿Quieres un incentivo? — prosiguió el hombre—. Si sigues viva durante los próximos dos minutos, te dejaré ir. Son ciento veinte segundos. Vamos..., puedes hacerlo. Después te dejaré ir. Puedes creerme o no, me da lo mismo. Pero es cierto. Podríamos decir que es la gran oportunidad de tu vida. O muérete ahora mismo. Es cosa tuya.

La iba a matar. Estaba segura.

Eligió vivir, aunque fuera unos pocos segundos más. Se dio la vuelta, se agarró con las dos manos a la barandilla, que en aquel momento estaba a su izquierda, y empezó a caminar por la pasarela, alejándose de él.

—Así se hace —dijo el hombre con voz satisfecha.

Mantuvo la mano en la barandilla, para guiarse, y siguió adelante.

Empezó a moverse a mayor velocidad, tratando de poner distancia entre los dos. Él le gritó:

—Treinta segundos. Te queda minuto y medio.

Empezó a caminar hacia ella. Jane podía oír cómo se acercaba.

Se movió un poco más rápido, tratando de caminar a la misma velocidad que él,

de mantener el espacio que había entre los dos.

Tropezó, se levantó y siguió adelante. Más rápido. Empezó a correr. Los pasos de él también aceleraron. Eran rápidos y seguros, golpeaban con fuerza el acero de la pasarela.

Tap, tap, tap, tap.

Más rápido. Más fuerte. Más cerca.

Y entonces empezó a oír una serie de ruidos metálicos, cortantes y rápidos. Estaba dando con el machete contra la barandilla. Oyó el ruido y sintió cómo retumbaban los golpes en su mano a través del metal.

El ruido se acercaba. Pensó en la hoja ancha que se le acercaba, fría, afilada y mortal.

Estaba a punto de alcanzarla, se hallaba apenas a unos pasos.

Casi lo tenía encima. Podía oír su respiración...

Corrió a toda velocidad, con desesperación, cualquier cosa con tal de no estar a su alcance.

«Parece que funciona», pensó, porque los golpes habían dejado de sonar y ella había dejado de oír sus pasos. Corrió a zancadas...

Sus pisadas reverberaban en el metal de la pasarela...

Hasta que de pronto perdió pie o, más bien, el pie no encontró nada en que apoyarse, ni acero ni ninguna otra cosa, sólo aire, y cayó al vacío.

El asesino la vio correr hacia el vacío que había al final de la pasarela.

Pensó que era interesante. Algo extraordinario. La chica había corrido a toda velocidad y seguido corriendo hasta no tener suelo bajo los pies.

No podía haber fingido. Incluso en las películas, el especialista que dobla al actor principal se prepara, cambia el paso con sutileza antes de lanzarse al vacío.

«¿Habrá algo en la naturaleza humana —pensó—, algún movimiento involuntario que impida que uno se abandone del todo a la gravedad?». Eso si uno sabía lo que estaba haciendo, si sabía lo que le esperaba, lo que vendría después.

Pero si uno no lo sabía, si corría a ciegas, seguía corriendo y volaba más allá del límite...

Bueno, era algo digno de verse.

Había que ver cómo había corrido directamente hacia la nada, cómo se había lanzado desde el borde, sin darse cuenta. Y después el grito, los movimientos de los brazos y las piernas, hasta que la perdió de vista.

Eso no se podía fingir. No era algo que pudiera encontrarse en cualquier parte, en ninguna otra circunstancia. Era único.

Lo mejor del juego de matar es que era real.

Jane cayó, cayó y cayó.

Hundiéndose ciegamente, hacia un lugar desconocido, sabiendo que cuando tocara tierra sufriría o sentiría algo mucho peor.

Duró sólo un par de segundos, pero el momento se alargó infinitamente y le pareció eterno.

Chocó contra el suelo. Y con el golpe, llegó el dolor, el dolor y la conciencia de que estaba muy cerca del final.

Se golpeó contra un suelo de hormigón.

El dolor estalló en todo su cuerpo, calientes oleadas de dolor rojas y blancas nublaron su vista antes de remitir. Se retorció, pero no pudo levantarse. Se quedó allí sufriendo y el dolor la inundó.

Por un momento se acordó de él, se preguntó qué estaría haciendo. El dolor bloqueaba su mente.

Permaneció echada un periodo de tiempo que fue incapaz de calcular. Después oyó sus pisadas aproximándose. De alguna manera había conseguido bajar al nivel en que ella se encontraba, dondequiera que estuviese.

El sonido de sus pasos se detuvo detrás de ella.

Dijo:

—El último paso ha sido una putada, ¿verdad?

Le pasó los brazos por las axilas y la arrastró. El dolor apareció otra vez; profirió un alarido que la dejó sorda.

Ahora estaban en una escalera. Podía sentir la dureza de los peldaños en su espalda mientras el hombre la arrastraba hacia arriba. El dolor estalló. Era demasiado fuerte, intolerable. Se desmayó.

La cinta adhesiva ya no estaba sobre sus ojos cuando despertó.

Luz. Un par de potentes focos colocados sobre trípodes, apuntando directamente a sus ojos. Jane trató de levantar una mano. Pero suponía un gran esfuerzo, un esfuerzo demasiado grande. Dejó caer el brazo.

Estaba en una habitación, una gran habitación desnuda con paredes, suelo y techo de hormigón. Y él estaba también allí, inclinado sobre un objeto instalado sobre un trípode.

Sintió lástima por él cuando vio de qué objeto se trataba.

Una cámara de vídeo.

«Es lamentable —pensó—. Este hombre está muy enfermo».

Sus ropas estaban amontonadas en el suelo, como si se las hubieran arrancado. Estaba desnuda. Casi ni se había dado cuenta. Sólo era un detalle más. Ya no tenía importancia para ella.

Ni siquiera reaccionó cuando él se apartó de la cámara y fue hacia un rincón, para luego volverse y acercarse a ella.

Había vuelto a coger el machete.

Dio dos pasos hacia ella.

Lo levantó, lo blandió en el aire y lo abatió sobre la mujer. Y fue lo último que ella supo.

# **TERCERA PARTE**

**21999**  
**6-9 de mayo**

La lluvia golpeaba el parabrisas del Crown Victoria de Lee Wade mientras subía hacia Telegraph Hill. Tras un invierno templado y seco, con pocas nevadas en la sierra (se habían anunciado restricciones de agua para el verano), la primavera estaba resultando muy lluviosa.

Wade conducía despacio, buscando un lugar donde aparcar el coche. Ninguno. Al final, terminó en un callejón sin salida, apenas lo bastante ancho para dar la vuelta. El bordillo de la acera estaba pintado de rojo: prohibido aparcar. Subió el Crown Vic a la acera, pisando la línea roja.

Bajó del coche, lo cerró con llave y echó a andar. No llevaba sombrero ni paraguas. Los auténticos polis no usaban paraguas.

Después de casi dos semanas y una orden judicial, la compañía telefónica Pacific Bell había accedido a entregar los registros de las llamadas telefónicas de Donald Trask. Habían mandado por fax un listado informático de todas las llamadas realizadas desde su número en los últimos tres meses.

Wade y su compañero se proponían entrevistar a los abonados de todos los números locales que aparecían en la lista. Querían reconstruir el rompecabezas de la vida de Donald Trask y tal vez también el de su muerte.

La mayoría de la gente no sabe que las compañías telefónicas guardan registros de las llamadas locales. Durante mucho tiempo lo ignoraba también la policía local, incluso el FBI.

Las compañías telefónicas guardaban muchos secretos como aquél.

Lee Wade se detuvo en la acera, echó un vistazo al lugar, recorrió el sendero hasta la puerta y apretó el timbre del 2600 de Tesla Street.

Nadie abrió y Wade no oyó ningún timbrado en el interior. La lluvia le caía sobre la cara. En aquel momento ya tenía el pelo completamente empapado.

Pulsó el botón tres o cuatro veces más y consiguió su objetivo. Unos instantes después se abrió la puerta.

El individuo que abrió era un hombre blanco de treinta y tantos años, de constitución y estatura medias. Parecía un poco irritado y al mismo tiempo algo ido.

Lee Wade tenía preparada su chapa oficial en la mano izquierda, la chapa y el documento de identidad en una cartera de cuero negro que mantuvo abierta mientras decía:

—Buenos días, soy Lee Wade, del Departamento de Homicidios de la Policía de San Francisco.

Lee Wade miró al otro fijamente a la cara. Siempre era interesante observar cómo la palabra homicidios desestabilizaba a los demás, especialmente cuando la soltaba de forma inesperada.

Pero esta vez fue diferente. El tipo que había abierto la puerta (ojos castaños, cabello negro vetado de canas, barba de dos o tres días y vestido como si quisiera



decirle al mundo lo poco que le interesaban estas cosas) se comportaba como si no lo hubiera oído.

Su expresión no se alteró en absoluto.

—Busco a Ellis Hoile —dijo Wade mientras volvía a meterse la chapa en el bolsillo.

—Soy yo —dijo el tipo de aspecto guarro después de un par de segundos.

—¿Podemos hablar un momento?

Otro par de segundos. El agua de la lluvia bajaba por la cara de Lee Wade.

—¿Por qué? —dijo el guarro.

—Llevamos a cabo una investigación —contestó Wade; el uso del plural implicaba la gran maquinaria de la policía, significaba autoridad. Por si el tipo no se había enterado, añadió—: Sobre un homicidio.

El hombre que decía ser Ellis Hoile se comportaba como si las palabras le llegaran desde muy lejos. Como si su cuerpo estuviera en la entrada con Wade, pero su mente se encontrara en algún otro lugar mucho más interesante.

Wade se preguntó si no le habría interrumpido cuando estaba profundamente concentrado.

O tal vez bajo el efecto de alguna droga.

—¿Qué quiere? —preguntó Ellis Hoile.

—¿Podemos hablar dentro?

—¿Por qué?

Algo estalló dentro de Wade. Normalmente era tranquilo, amable, conocía las reglas, sabía tratar a la gente. A veces hasta podía ser excelente en eso. Pero Ellis Hoile y su expresión vacía lo estaban sacando de quicio.

—Porque está diluviando aquí fuera —dijo con voz todavía serena pero con un tono al que era imposible no hacer caso—. Porque parezco un jodido imbécil aquí fuera, sin moverme mientras esta puta lluvia me corre por la cara.

Ellis Hoile miró al cielo como si hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de que llovía.

—Sí, sí, claro —dijo y se apartó para dejar paso a Lee Wade.

Wade entró y casi se arrepintió de haberlo hecho, porque cuando Ellis Hoile cerró la puerta, todo quedó a oscuras.

La oscuridad lo ponía nervioso. Le desagradaba estar con desconocidos en habitaciones a oscuras. Necesitaba ver dónde estaba y lo que sucedía a su alrededor.

—¿No habrá un interruptor de la luz por aquí? —dijo Wade.

Ellis Hoile esperó un momento, como si tuviera que pensarlo. Después buscó el interruptor y encendió la luz.

Wade dijo:

—Gracias. ¿Conoce a un hombre llamado Donald Trask?

—No —contestó Hoile casi inmediatamente.

—Piénselo un poco.

—No tengo que pensarlo. Sé a quién conozco y a quién no.

—Llamó aquí cuatro veces en marzo.

—No conozco a Donald Trask.

—Tal vez llamó a otra persona. ¿Vive usted con alguien? ¿Alguien recibe llamadas telefónicas aquí?

—No —dijo Ellis Hoile—. Vivo solo. —Y después preguntó—: ¿A qué número llamó?

Lee Wade sacó el listado de la compañía telefónica y copió el número en un papel mientras decía:

—Está a nombre de Ellis Hoile y tiene esta dirección. —Arrancó la hoja del cuaderno y se la entregó.

Ellis Hoile echó una mirada al número y dijo:

—Es una de mis líneas informáticas. Espere.

Se volvió y bajó las escaleras que descendían desde la entrada. Wade se asomó por la barandilla y vio que Ellis llegaba al final de la escalera y se dirigía hacia uno de los ordenadores que había en el piso inferior.

La única luz que había abajo era la que despedían tres monitores de ordenador. Tres ordenadores. Lee Wade tomó nota.

La increíble habitación de abajo le pareció un almacén de equipos electrónicos. «¡Joder!, cómo vive este tío», se dijo.

Los dedos de Ellis Hoile volaban sobre el teclado. Sólo utilizaba los índices, pero con gran habilidad. Wade nunca había visto a nadie teclear tan rápido.

Sin levantar los ojos de la pantalla, Ellis Hoile dijo:

—¿Desde qué número hizo las llamadas?

—No se lo puedo decir, es confidencial —dijo Wade, aunque no era cierto: la verdad era que no le gustaba dar demasiada información.

—Ah, ya, asunto de la policía, confidencial..., claro, claro —dijo Ellis Hoile con sarcasmo. A Wade le gustaba cada vez menos aquel tipo.

Hoile buscó entre el desorden que había en una de las mesas y encontró lo que buscaba mucho antes de lo que Wade hubiera esperado: era un pequeño disco plateado, un CD.

Hoile introdujo el disco en uno de los ordenadores.

Más pulsaciones en el teclado. Casi inmediatamente, sin levantar la vista de la pantalla, dijo:

—Donald Trask de Chesnut Street.

Leyó el número telefónico. Era correcto. Lee Wade tardó unos segundos en digerirlo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

El CD salió de la disquetera y Ellis Hoile lo sostuvo en la mano.

—Aquí están listados todos los habitantes de la costa occidental de Estados Unidos. Al ser usted de la policía de aquí, supuse que ese hombre sería también de

los alrededores. Y es el único Donald Trask con el prefijo de esta zona.

—¿Qué me puede decir de él? —preguntó Wade.

Hoile no pareció escucharle. Estaba ya en otra máquina, tecleando de nuevo.

—Vamos a ver a quién corresponde ese número —dijo; y casi inmediatamente añadió—: Ah, usted se refiere a Petimaître.

—¿Qué?

—Su alias es Petimaître, escrito todo junto, como petimetre, no como pequeño maestro —dijo Ellis Hoile, deletreando el nombre en voz alta. Después añadió—: Así se hacía llamar en Verba. También era el Tonto del Doom. Usaba dos alias. No creo que se diera cuenta de que yo lo había averiguado.

—Creo que me he perdido —dijo Wade.

Ellis se lo explicó: qué era Comunicaciones Verba y cómo funcionaba. Se lo contó despacio cuando se dio cuenta de que Wade nunca había oído hablar de aquello. Le bastaron seis frases, precisas, directas, eligiendo bien las palabras.

«Con ese aspecto de colgado podría engañar a cualquiera», pensó Lee Wade. Aquel tipo no era ningún colgado. Nada de eso. Tenía la mente muy despierta.

—¿Con qué frecuencia hablaba con él? —preguntó Wade.

—Nunca he hablado con él.

—Tengo registros telefónicos que demuestran que hubo tres llamadas a este número, tres llamadas de una hora cada una.

—No me cabe la menor duda. Y seguramente, si examinara usted mis registros, encontraría tres o cuatro llamadas más a su número.

—Es decir, que habló con él seis o siete veces —dijo Wade.

—Su ordenador llamó a mi ordenador. Mi ordenador llamó al suyo. Pero nunca nos dirigimos la palabra. Trask quería jugar al Doom. Era un forfo de ese juego. Hay un foro en Verba donde se puede encontrar gente dispuesta a jugar a un montón de cosas. Siempre estaba tratando de encontrar a alguien que jugara al Doom con él.

—¿Doom? —preguntó Wade.

—Un juego. Si juega un solo jugador, es un soldado espacial que tiene que luchar contra alienígenas y zombis. Si se juega a través del módem, con dos jugadores, se enfrentan dos soldados espaciales y los alienígenas y zombis sólo aparecen de vez en cuando para darle un poco de ritmo. A Petimaître le gustaba jugar en esta segunda versión, llamada «Duelo a muerte».

A Wade le costó entenderlo. Cuando lo hizo, pidió a Ellis Hoile que se lo repitiera para asegurarse de que lo había oído bien.

Sí, «Duelo a muerte». Lo había oído bien.

—Entonces, usted no llegó a conocerlo —dijo Wade.

—En persona, no.

—Nunca habló con él.

—Ni siquiera oí su voz. —El tono que empleaba Ellis Hoile transmitía la impresión de que hacía un gran esfuerzo, como si le molestara mucho explicar algo

tan obvio.

—Ni siquiera sabía usted su nombre.

—Para mí era Petimaître. Si ese nombre le parecía bien a él, a mí también.

Ellis Hoile miraba a Lee Wade directamente a los ojos, sin parpadear. Parecía la mirada de alguien que no tuviera nada que ocultar.

O tal vez fuera la mirada de quien creía tenerlo todo bajo control.

Wade rebuscó en su chaqueta y sacó una tarjeta comercial. Su nombre, el teléfono de su despacho y el sello oficial del ayuntamiento de San Francisco.

Se la tendió a Ellis Hoile.

—Si se le ocurre alguna otra cosa, llámeme.

—Claro. —Ellis Hoile cogió la tarjeta.

—No me ha preguntado qué le pasó a Donald Trask —dijo Wade—. Todo el mundo lo hace. La mayoría de la gente no puede evitarlo y hace preguntas en cuanto me identifico.

—Está muerto. Alguien lo mató y usted está tratando de descubrir quién lo hizo. No puede haber otra explicación. —Wade asintió—. Fin de la historia —concluyó Ellis Hoile.

—Es una forma de verlo.

Wade empezó a retroceder hacia las escaleras. Ellis Hoile se quedó donde estaba, con sus máquinas. Cuando el policía llegó a la planta de arriba, Ellis estaba sentado otra vez mirando fijamente una de las pantallas. Era como si Wade ya hubiera salido de su casa y de su vida.

Pero Lee Wade no había terminado. Desde arriba, dijo:

—He olvidado preguntarle algo. Cuando jugaban a ese juego, usted y Donald Trask, ¿quién ganaba?

Ellis Hoile se volvió y levantó la vista.

—Yo. Lo dejaba hecho mierda —dijo, sonriendo como un niño de doce años—. Siempre.

—¿Siempre? —preguntó Wade—. ¿Nunca ganaba él?

—Casi nunca pierdo. Ni contra él ni contra nadie.

—Es un experto en ese juego, ¿eh?

—Soy un experto en toda clase de juegos —dijo Ellis Hoile.

A las diez de la mañana, Kate Lavin voló a Burbank para reunirse con uno de sus clientes, una cadena de televisión por cable que tenía sus oficinas en Wilshire Boulevard.

Cuando volvió en el avión de la noche, había conseguido un encargo seguro: un documental de una hora sobre el jaguar centroamericano, una especie en peligro de extinción. Lo filmarían en Belice. Kate había conseguido el trabajo con la promesa de que su equipo localizaría uno de aquellos felinos por la noche y conseguiría filmarlo.

Y otra promesa: que una versión más o menos definitiva del montaje estaría terminada en menos de tres meses.

«Seguro —pensó—, no hay problema, lo hacemos constantemente».

De acuerdo.

Le gustaba aquel trabajo, un trabajo bajo presión; le gustaba exigirse, ver hasta dónde podía llegar.

Así era como se conseguían las cosas, planteándoselas como un reto y olvidándose de vez en cuando de las cosas demasiado fáciles.

Embarcó en el vuelo de regreso a las 18.15. Se sentía fuerte, capaz, con esa sensación que se tiene después de un día provechoso. Pero sucedió algo durante los setenta minutos que duró el vuelo.

Cuando el avión de Air West aterrizó en San Francisco, se sentía agotada.

Se dijo que era una cuestión orgánica, el bajón que se tiene después de todo un día de tensión.

«Una explicación muy razonable», pensó. Si no fuera porque le venía pasando lo mismo desde hacía ya una semana. Y no sólo al final del día. A veces le pasaba por las mañanas, o en la cama, mientras daba vueltas intentando dormir. A veces la pillaba desprevenida a mitad de la jornada y le echaba a perder el resto del día.

Kate sabía que aquellas pequeñas depresiones no eran sólo de carácter fisiológico. Pensaba que tendría que hacer algo con respecto a Ellis Hoile.

«No —se corrigió—. No tiene que ver con Ellis Hoile. Tiene que ver conmigo. Ése es el verdadero problema».

Los sentimientos y actos de Ellis ya no tenían importancia. Ellis pertenecía al pasado. Así lo había decidido. Lo que tenía que resolver era su propia vida sin Ellis Hoile. «Tienes que salir adelante», se dijo.

Cuando entró en el aparcamiento que había al otro lado de Bridgeway, una lluvia fría caía con fuerza, agitada por el viento. Bajó la cabeza, cruzó la valla y anduvo por el embarcadero de madera que se adentraba en el agua.

Su «casa-barco» estaba en la antepenúltima plaza: una estructura de paredes de cedro, de una sola planta, apoyada en un casco plano de fibra de vidrio, medio

hundido en el agua.

La estructura ocupaba casi todo el casco. Cuando llegó al extremo del muelle, se estiró hacia la puerta vítrea de corredera que era la entrada principal. Giró la llave en la cerradura, empujó de lado la puerta y entró, quedando a salvo de la lluvia. Cerró la puerta tras ella, echó la llave y corrió las cortinas.

El lugar estaba frío y oscuro. Anduvo por todo el barco encendiendo las luces. Encendió el termostato de la estufa eléctrica; se quitó los zapatos y la chaqueta, que estaban empapados. Se dirigió a la cocina para abrir la nevera. En su interior había más de una docena de bandejas envueltas en plástico: envases de una sola ración procedentes de una tienda de comida preparada. Últimamente, casi nunca cocinaba.

Aunque lo que vio no le gustó, se esforzó por encontrarlo apetecible.

Sacó una bandeja con la etiqueta de «Lasaña» y la metió en el microondas. Se sirvió un vaso de vino tinto y se lo llevó consigo mientras se desnudaba en el cuarto de baño y se metía en la ducha caliente.

Sentía el viento azotando el barco, balanceándolo, tirando de las amarras. La lluvia golpeaba las ventanas.

Salió de la ducha, se frotó con la toalla, se puso un albornoz, se secó el pelo: como lo llevaba corto, apenas necesitó un par de minutos.

La lasaña ya estaba lista. Metió un compacto en el equipo de música, unos cuartetos para cuerdas de Haydn, y se llevó la comida y el vino al salón. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas, colocó la bandeja de comida ante ella, en la mesita del café, y empezó a comer.

A pesar de las luces, el calor, la comida caliente y la música, el lugar le parecía vacío. Más que una casa parecía un lugar de paso.

Y entonces, mientras el viento seguía soplando con fuerza y la lluvia golpeando las ventanas, llamaron a la puerta de cristal.

Fuerte: tres golpes decididos.

Golpes de hombre.

A medio continente de distancia del tumulto de la bahía, Charles Obend se sentía jubiloso.

Estaba en Verba, hablando con Susie Q por un canal privado.

Aquella noche, por primera vez, le había dicho que quería conocerlo personalmente.

De momento, su relación a través de la red había progresado mucho más de lo que cabía esperar. La noche siguiente a su primera conversación *on line* habían estado de palique una media hora. Y la tercera noche más de una hora.

Susie Q> ¿Quieres que me describa? Soy optimista, me considero una buena persona y tengo un gran sentido del humor. El hombre que sepa hacerme reír habrá recorrido la mitad del camino. Tal vez confío demasiado en la gente. Es muy fácil que te hagan daño, pero a mí me gusta confiar en los demás y creo que me molestaría ser de otra forma. ¿De qué sirve la vida si levantamos muros alrededor de nuestras emociones? Mejor es haber amado y perder el amor que... etc., etc. Mido aproximadamente un metro sesenta y cinco, un poco más si me pongo tacones altos. (Cosa, por otra parte, que suelo hacer. Son instrumentos de tortura, pero me gusta el efecto que producen). Soy pelirroja, tengo ojos verdes, piernas largas. Mi cuerpo..., bueno, no me asusta llevar ropa ceñida, por decirlo de alguna forma.

Susie Q (Suzanne Quillen) era representante de un fabricante de Boston y tenía veintiocho años. Como Obend, era soltera, sin hijos. Tenían los mismos gustos en música, comida, béisbol y cine. Se quedó atónito al descubrir que ella también sentía pasión por los coches americanos de los años sesenta. Conducía un Pontiac GTO de 1965.

Charles Obend había sentido una atracción instantánea y un gran deseo.

Ella le había «subido» un archivo gráfico digitalizado, una fotografía escaneada. Era la foto de una mujer delgada que, sin ser guapa, era atractiva, más que cualquiera de las que habían salido con él. Sus ojos resultaban sugerentes y tristes, con un aura de deseo insatisfecho...

El deseo de Charles Obend se convirtió en dolor físico.

Ninguno de los dos había sugerido hablar directamente, por teléfono. La mayoría de los usuarios *on line* opinaba que la intimidad de una conversación telefónica inhibía el contacto real. La gente se sentía más libre cuando se expresaba a través de un teclado.

Hacía varios días que Charles Obend había dado un paso sin precedentes en ninguno de sus anteriores contactos *on line*. Había pedido a Susie Q un encuentro «f2f», es decir, *face to face*, «cara a cara».

Chaz> Me encantaría tener un f2f contigo. Sería feliz volando a Boston o pagándote el billete para que vinieras tú. Soy libre y solvente.

Susie Q> Tal vez algún día.

Chaz> Soy un buen chico.

Susie Q> Lo sé.

Chaz> ¿Por qué dudas?

Susie Q> Soy tímida y algo solitaria.

Chaz> Te comprendo. Y con los tiempos que corren, nunca se es demasiado precavido.

Susie Q> Eso es.

Desde entonces se habían comunicado sólo una vez. Susie Q había estado ocupada, en viaje de trabajo, según le había dicho.

Además, parecía algo distante, menos interesada que al principio.

Pero aquella noche había cambiado por completo.

Susie Q> Hola, Charles. Tengo que ser breve, estoy muy ocupada esta noche. Pero quiero que sepas que hay novedades. Me mandan mañana a San Francisco por asuntos de trabajo. Por lo general cojo un vuelo directo, pero me dan la oportunidad de volar a Kansas City y coger otro avión allí. USAir hace una escala que me permitiría pasar dos horas en Kansas City. ¿Qué me dices?

Chaz> ¡¡¡Sí!!! (Sonrisa de oreja a oreja).

Susie Q> De acuerdo. Vuelo 540 de Boston, mañana por la noche. Llega un poco después de medianoche. ¿Podrás ir?



Chaz> Donde y cuando tú quieras.

Susie Q> ¿Eso es un sí o un no?

Chaz> Un grandísimo sí, encanto.

Susie Q> Me alegro. ¿Y cómo te reconoceré?

Chaz> Por mi cara de ansiedad.

Susie Q> No, en serio, ¿cómo te reconoceré?

Chaz> Llevaré una chaqueta de ante color burdeos y..., a ver..., una gorra de béisbol azul. ¿Qué te parece?

Susie Q> Eso servirá.

Durante unos segundos, Charles Obend esperó. No quería presionarla, pero necesitaba preguntarle algo.

Chaz> Una pregunta, ¿por qué has cambiado de parecer?

Susie Q> Paciencia, querido Chaz. Paciencia. Pronto se aclarará todo.

Kate apartó la cortina y lo vio al borde del embarcadero, erguido a pesar del viento y la lluvia, con un anorak amarillo, la capucha puesta y unos pantalones a juego.

Miraba hacia atrás, hacia el comienzo del muelle. La capucha le oscurecía la cara. Se estiró para volver a llamar a la puerta y al volverse la vio mirándolo.

Detuvo los nudillos a un par de centímetros del cristal. Y sonrió.

Los detalles se grabaron con rapidez en la mente de Kate. Subliminalmente.

Era más o menos de su misma edad.

Un metro ochenta, tal vez un poco más, buena percha.

Miraba a los ojos, directamente.

Una bonita sonrisa.

Una bonita cara, por lo que se podía apreciar. Una sonrisa preciosa.

Estaba chillando, mientras señalaba el final del muelle, aún con la sonrisa en la cara, pero gritando para que lo oyera. Pero no se oía nada.

Giró la llave de la puerta y abrió ésta unos centímetros. La lluvia le golpeó la cara.

—¿El muelle público? —gritaba.

—No —le contestó y señaló sobre su hombro, detrás de él—. Puerta Tres, cobran el alquiler por días.

Al final del muelle había un velero que no estaba allí cuando había vuelto a casa. Se balanceaba por el efecto de las olas, pero parecía seguro. Era grande, de unos quince metros de eslora, una nave capaz de realizar grandes travesías.

—Estupendo —dijo él hablando muy alto para imponerse al ruido del viento y todavía con una ligera sonrisa.

—Ahí estará bien durante unas horas —le dijo.

Él asintió.

—¿Hay algún lugar cerca donde pueda comer algo?

Ella negó con la cabeza. No a aquellas horas, en aquel extremo de la ciudad. El centro de Sausalito y los restaurantes estaban por lo menos a kilómetro y medio por carretera. La lluvia le golpeaba el rostro.

—¿Ni siquiera para tomar un café? —El viento se tragaba sus palabras—. Anoche me quedé sin motor. Tenía que haberlo arreglado cuando estuve en Bolinas. La culpa de todo la tengo yo.

Seguía hablando en singular.

—¿Está solo?

Kate lo dijo sin pensarlo. Pero en aquel momento le pareció importante saber si se iba a quedar solo, en el barco oscuro que se balanceaba, pasando frío y hambre, mientras esperaba a que pasara la tormenta.

Más tarde se dio cuenta de que seguramente había pasado muchas noches solo en

el barco. Tenía que ser pura rutina para él.

—Sí.

La lluvia seguía golpeando la cara de Kate.

—¿Quiere un café? —preguntó.

—Sí. —Una sonrisa especulativa se formó bajo la capucha amarilla del hombre.

Kate abrió la puerta para que entrara. Se hizo a un lado para dejarlo pasar y tuvo que estirarse para cerrar la puerta. Después se quedó mirándolo mientras se quitaba el anorak, los pantalones impermeables y las botas. Era un hombre pulcro pero de aspecto fuerte. Vestía camiseta y pantalón corto.

Era más alto de lo que había calculado. Debía de medir un metro ochenta y cinco, aproximadamente.

Kate se dio cuenta de algo mientras el hombre se desvestía: no paseaba los ojos por el lugar para escrutarlo. Un hombre nervioso lo habría hecho. Aquél no parecía nervioso.

Echó un vistazo rápido a la solitaria cena que había sobre la mesa de café. Era lo único que le interesaba.

—Parecemos un par de huérfanos en medio de una tormenta —dijo.

Ella le dijo su nombre y le tendió la mano.

Él se la estrechó. El apretón fue amistoso, ni demasiado largo ni demasiado corto.

—Jonathon Wreggett. Estoy en deuda contigo.

Parecía sincero y sabía dar con el tono que mejor pegaba con el momento.

La siguió hasta la cocina y se quedó con ella, charlando, mientras Kate hervía agua para preparar un capuchino. Había partido de las islas de San Juan, frente a la costa de la Columbia Británica, en Canadá, donde había pasado tres meses. San Francisco era una escala en el camino a Cabo San Lucas.

—Canadá en invierno —dijo ella—, México en verano. Qué original.

—Me encanta ir a la contra. Intento evitar las multitudes.

Le gustaba aquel hombre.

Se sentaron en el salón y conversaron un rato. Era del este, de Massachusetts. Llevaba más de un año navegando solo, sin ataduras. Daba la impresión de tener dinero, el suficiente para poder llevar aquella clase de vida; pero no entró en detalles y ella no le preguntó.

La hizo reír unas cinco veces antes de terminar el capuchino. Kate se dio cuenta de que estaba a gusto con él. En parte era debido a que él se encontraba cómodo en la casa de una desconocida: un hombre seguro de sí mismo sin resultar arrogante.

Sacó de la nevera otra ración de comida preparada y la acompañó con una ensalada.

Hablaron mientras cenaban y tomaban más café. El hombre se interesó por su vida, pero sin ser indiscreto.

Se dieron cuenta al mismo tiempo de que la lluvia y el viento habían cesado. La noche estaba en calma.

Ella lo lamentó. La tormenta había sido una buena excusa para estar juntos y ya había desaparecido.

Él llevó su taza al fregadero y dijo:

—Debería quitar el barco de ahí.

—Creo que sí —dijo ella.

—El muelle público está cerca, ¿no?

—Está a un kilómetro al sur siguiendo la costa. Es fácil, no tiene pérdida.

El hombre estaba ya en la entrada. Cogió el anorak y se puso las botas. Ella se levantó y le abrió la puerta. El aire de la bahía era claro y limpio.

—Ha estado bien —dijo el hombre—. Ha sido realmente muy agradable. Estas cosas son las que echo de menos cuando estoy solo. —Y otra vez esbozó aquella sonrisa leve, un poco maliciosa, mientras añadía—: Pero si hubiera más noches como ésta, quizá no volviera a marcharme.

Salió al muelle.

Ella dijo:

—Buena suerte.

Y él dijo al mismo tiempo:

—Gracias de nuevo.

Caminó unos pasos por el muelle, se dio la vuelta y la vio en la puerta, mirando cómo se marchaba.

Estuvo a punto de decir algo. Pero no lo hizo. Se despidió con la mano y se alejó por el muelle, mientras se perdía en la noche.

Lavaron el cadáver poco antes del amanecer. Había estado varias horas en un barrizal bajo el puente de peaje Martínez-Benicia, que cruza un estrecho al norte de la bahía de San Francisco.

El cadáver había ido a parar allí tras un viaje de cuarenta y cinco kilómetros desde el lugar en que lo habían arrojado al agua, hacía dos semanas. Sin embargo, había recorrido más de cuatro veces aquella distancia, arrastrado por la corriente de un lado a otro de la bahía, hasta que una combinación de vientos fuelles y mareas lo empujó a la orilla, al lodo, donde lo encontraron unos estudiantes de bachillerato que paseaban junto al agua con cañas de pescar y una nevera portátil con cervezas.

Lo descubrieron porque uno de ellos decidió investigar la causa del zumbido de las moscas y del olor a podrido.

Fue siguiendo el sonido y el hedor hasta llegar a su origen y se quedó a unos pasos, esquivando y apartando moscas mientras se preguntaba qué había encontrado.

Dos semanas de putrefacción, dos semanas en la bahía y el picoteo de los pájaros, los peces y los cangrejos habían convertido el cuerpo en algo casi irreconocible.

Pero, finalmente, el estudiante comprendió lo que había encontrado: era humano..., era una mujer..., o más bien había sido una mujer.

No tenía cabeza. Y los brazos estaban cortados a la altura de los codos, las piernas mutiladas por las rodillas.

El muchacho se dio la vuelta y vomitó entre la maleza.

Trasladaron el cadáver a la oficina del forense de Solano County.

Solano es uno de los ocho condados que forman la región conocida como Zona de la Bahía de San Francisco. Dentro de esos ocho condados hay más de setenta y cinco municipios, cada uno con su policía independiente y su propio archivo criminal.

Los ordenadores y las telecomunicaciones han dado a esos condados y municipios las herramientas necesarias para compartir información importante sobre los delitos que cruzan sus límites geográficos. En último término, sin embargo, las herramientas electrónicas dependen del esfuerzo humano y están sometidas a las debilidades humanas.

En el caso del cuerpo putrefacto y mutilado, el forense de Solano County tardó día y medio en practicar la autopsia.

Cuando la hizo, lo identificó como de una mujer de cuarenta y tantos años. En determinado momento, encontró una cápsula de plástico transparente alojada en la tráquea. Dentro de la cápsula había un pedazo de papel blanco.

El papel estaba encabezado por la palabra «carneware» y contenía una serie de números que el forense consideró sin interés.

Un empleado de la comisaría del *sheriff* (que se ocupaba de varios asuntos) tardó cuatro días en mandar el informe redactado por los funcionarios del condado a la base de datos que comparten los organismos policiales de la zona de la bahía.

Y cuando lo mandó, el empleado introdujo una contraseña indebida en la cabecera identificadora del caso. Dicha cabecera es el resumen en que se basan las búsquedas de datos. Lo que hizo el empleado fue algo así como traspapelar un archivo metiéndolo en el archivador que no le correspondía. Por culpa de este descuido, el compañero de Lee Wade pasó por alto el informe cuando buscó asesinatos en otras jurisdicciones.

Pasaron otros cuatro días antes de que el error fuera detectado y subsanado.

En total se perdieron unos diez días antes de que la información sobre el cadáver y la cápsula de plástico y su contenido llegara a la persona que más la necesitaba.

Y cuando llegó, ya era demasiado tarde.

Stephen Leviste tenía planes para la mañana del sábado. Era el primer día libre que tenía desde su cumpleaños y no pensaba desperdiciarlo.

Su padre, que trabajaba en la sucursal de una empresa de *software* de Menlo Park, salía a las cinco y tardaba media hora en volver a casa.

Su hermana mayor se había ido a San Francisco con unos amigos y seguramente no volvería ni a la hora de cenar. Su madre, que trabajaba en una inmobiliaria, tenía una sede casas que enseñar a un cliente de fuera de la ciudad. No había dicho que tuviera permiso para salir de casa y él no pensaba darle la oportunidad de negárselo.

Cuando la oyó vestirse en el dormitorio, cogió el *walkman* de su hermana y se lo colgó del cuello.

Bajó por las escaleras. Abrió la puerta de la calle, se volvió y dijo:

—Adiós, mamá, que pases un buen día. Volveré a la hora de cenar, ¿vale?

Cerró la puerta. Cogió rápidamente la bicicleta que había en el porche y se alejó pedaleando colina abajo.

Los Leviste vivían en Pacífica, a unos kilómetros al sur de San Francisco, en un barrio situado al oeste de un monte que bajaba hasta el océano.

Era un monte muy escarpado y Stephen lo subió a toda velocidad. Quería poner distancia entre su casa y él. Unos segundos después ya estaba fuera del alcance de los gritos de su madre, así que apretó el freno y fue más despacio. Relajado.

A mediodía estaba a bordo del autobús SamTrans, cuyo trayecto terminaba en el Aeropuerto Internacional de San Francisco.

Lo primero que vio cuando se apeó del autobús fue que prácticamente toda la gente era adulta. Los pocos niños que había estaban con sus padres.

Pensó que tendría que darse prisa, terminar antes de que alguien se fijara en él.

Anduvo por el aeropuerto hasta que encontró una fila de seis teléfonos públicos. Sólo dos de las cabinas estaban abiertas. Se dirigió a una de ellas.

Cogió el auricular, hizo como que metía una moneda (tuvo que ponerse de puntillas para llegar a la ranura), marcó varios números y empezó a hablar.

Fingió que hablaba con su madre.

Mientras hablaba, sacó la caja de caramelos del bolsillo de la camisa. La puso en el minimostrador, pegada a la base del teléfono, tocando éste.

—De acuerdo, bueno. Voy para allá en seguida —dijo. Y colgó.

Antes de darse la vuelta, metió la mano en la caja y apretó el interruptor rojo de plástico que preparaba el aparato para grabar cuando sonara el primer ruido fuerte.

Se alejó de allí y encontró un asiento vacío en un banco. Desde allí podía vigilar la cabina.

Nadie se fijó en él. Nadie prestó atención a la cajita de caramelos.

Pasaron varios minutos antes de que alguien usara el teléfono. Una mujer de pelo gris; el chico no tenía ni idea de cuál sería su edad.

Se dio cuenta en seguida de que no iba a ser lo bastante rápida. La mujer descolgó el auricular, poniendo así en marcha la grabadora, y cuando pasaron los diez segundos, todavía buscaba la tarjeta telefónica en el bolso.

Cuando la mujer salió, Stephen volvió al teléfono, repitió la farsa de la conversación con su madre y volvió a preparar la grabadora.

Unos minutos más tarde entró en la cabina un hombre con aspecto de empresario. Pero Stephen vio que marcaba sólo siete números... Una llamada local. No usó ninguna tarjeta.

Cuando el hombre se fue, Stephen llevó la caja a un teléfono del otro extremo del aeropuerto. No quería llamar la atención.

Esta vez entró una persona inmediatamente después de él: una mujer con blusa y chaqueta deportiva y un maletín. Descolgó y marcó una larga serie de números de memoria. Rápidamente.

Bingo.

Cuando se hubo marchado, Stephen recuperó la caja, la conectó al *walkman* y grabó los tonos en una cinta. Sonaban con claridad cuando escuchó la grabación.

Ya tenía una.

Se quedó en el aeropuerto unas dos horas, grabando lo que podía, hasta que le pareció que tenía tres o cuatro buenas grabaciones y media docena de posibilidades menos seguras. Se habría quedado un poco más, pero le pareció que uno de los guardias de seguridad lo miraba demasiado.

Salió del aeropuerto y cogió el primer autobús a Pacífica.

No pudo escuchar la cinta que había grabado. Estaba copiando las grabaciones en la memoria del ordenador cuando su madre regresó a casa y él apenas tuvo tiempo de poner en su sitio el *walkman* de su hermana. Como castigo por irse sin permiso aquella mañana, tuvo que limpiar el sótano. Era el castigo favorito de su madre los días de lluvia.

Cuando terminó de limpiar, la cena estaba lista. Su hermana regresó y nada más entrar en su habitación empezó a gritar acusándole de revolver sus cosas; el sermón de siempre...

Cuando por fin estuvo en su habitación, cerró la puerta y abrió el archivo de sonido, la serie de tonos captados por la grabadora.

Los números descodificados por la máquina aparecieron en la pantalla, en un programa de tratamiento de textos. Stephen había dejado varios segundos de cinta vacía entre una grabación y otra, así que no tuvo problemas para diferenciarlas.

Cuando terminaron los tonos, empezó a editar las cadenas de números. Borró todos los teléfonos y todas las cadenas incompletas.



Quedaban cinco códigos de acceso completos, válidos y verificables. Cada uno le serviría para poner conferencias gratis durante un mes, hasta que el titular de la tarjeta recibiera la cuenta del teléfono.

Tenía que contárselo a alguien.

Encendió el módem y conectó con Verba.

Cuando el sistema le dio la bienvenida, meditó un momento hasta decidir qué alias utilizaría. Usaba cuatro o cinco.

Stephen Leviste sabía leer desde que tenía tres años. Había leído *Old Yeller* a los seis años y había terminado las principales obras de Dickens durante el verano que cumplió diez. A lo largo de las últimas semanas se había lanzado sobre *Evelyn Waugh*.

Waugh le había inspirado uno de sus alias favoritos. Era de Los seres queridos, el nombre de un empresario de pompas fúnebres gordo y canallesco; quería decir «chico guasón».

Stephen lo tecleó:

Joyboy

A continuación escribió:

Visitar GMA

La Galería Manga-Anime estaba dedicada, en teoría, a hablar sobre tebeos y dibujos animados japoneses. En las últimas semanas, como atracción secundaria, el lugar se había convertido en un centro de reunión de intrusos curiosos (*hackers*), intrusos maliciosos (*crackers*), corsarios telefónicos (*phreakers*) y piratas de warex: el submundo de la informática y de todos los que aspiraban a formar parte de él.

Stephen tenía ganas de alardear de lo que había hecho aquel día y pensaba que la hazaña de la caja de caramelos sería una buena carta de presentación ante los *crackers* elitistas que despreciaban a los aficionados y a los «chicox» warex, pero que siempre andaban a la búsqueda de formas de utilizar gratis el teléfono.

Aquella noche, Stephen estaba solo en la galería. Al parecer, los *ciberpunks* habían echado a los entusiastas de la animación y habían abandonado el lugar en cuanto lo hubieron conquistado.

Stephen salió de Verba.

Estaba a punto de apagar el ordenador cuando se fijó en el disquete que le había llegado el día de su cumpleaños: HOT WAREX. Un título idiota, pero le pareció que tal vez merecía la pena echarle un vistazo.

Lo metió en la disquetera y revisó el directorio. La orden que arrancaba el programa se llamaba PRUEBA.

Estaba a punto de hacerlo cuando su madre se acercó a la puerta:

—A dormir —dijo.

—Mamá, porfa...

—A dormir —repitió la madre con firmeza.

Stephen había estado demasiado cerca de tener problemas graves aquel día; la paciencia de su madre se había terminado. Se quedó mirándolo mientras sacaba el disquete y lo dejaba sobre la máquina, apagaba el módem, el monitor y el ordenador.

Se puso el pijama, se cepilló los dientes, dio un beso a sus padres y volvió a su habitación.

Se fue a la cama y apagó la luz, con la intención de levantarse al cabo de unos minutos y encender de nuevo el ordenador. Quería ver aquel disquete. Pero la cama era muy agradable. Por primera vez en todo el día su cabeza dejó de trabajar. Dejó de pensar en *codex* y *warex*, en el disquete y todo lo demás, y se durmió.

La mañana del sábado empezó mal para Kate Lavin. Se había despertado agotada después de una mala noche. A media mañana tuvo que cancelar una reunión de personal para impulsar el documental sobre el jaguar: la directora independiente en quien había pensado para el proyecto había llamado para decirle que le habían robado el coche durante la noche y que no podría ir a Sausalito.

A pesar de todo, Kate se acercó al estudio.

Estaba lleno.

En una cabina de control de vídeo, un director revisaba las tomas de un programa de entrevistas deportivas que grababa cinco episodios por semana en un plató del estudio.

En la segunda cabina, un cineasta local trabajaba en la posproducción de un documental propio (la infraestructura del estudio y su personal se podían alquilar por horas).

Las tres salas de montaje estaban ocupadas por montadores y productores que montaban una serie de anuncios de televisión para una cadena de hamburgueserías, una película informativa sobre seguridad en el trabajo para una refinería de petróleo, y publrreportajes de propaganda de la Policía de Tráfico de California.

Kate entró en todas las salas de montaje y permaneció en todas unos minutos, observando.

Todos estaban haciendo un buen trabajo. Ella no tenía nada que hacer allí.

Entró en su despacho, accedió a su correo electrónico y no encontró nada. Ya había revisado los mensajes desde su casa hacía menos de una hora. Firmó una serie de documentos, pero en eso no tardó más de diez minutos.

Tenía el escritorio despejado y todo el día por delante, sin planes con que llenar las horas vacías.

Echó a andar por el aparcamiento, dispuesta a volver a casa.

Tenía la mente embotada, ajena a la luz del sol, al perfume alado de la bahía y al suelo que pisaba. Sentía que se le escapaba el día.

No le gustaba vagar sin rumbo, a la deriva. Necesitaba una dirección, un lugar adónde ir y una razón para hacerlo.

Cuando estaba con Ellis, eso no le había parecido tan importante. A Ellis le bastaba con seguir los hilos aparentemente arbitrarios de la vida. Y no lo hacía por pereza: era muy capaz de poner energía en cualquier cosa, de ponerla hasta la locura en tareas sin finalidad aparente. Era capaz de hundirse en esas áreas y dejar que ellas lo llevaran adónde quisieran.

La única condición era que resultaran interesantes. Cuando algo dejaba de interesar a Ellis, daba al traste tranquilamente con un mes de trabajo. «Del mismo modo podía abandonar un matrimonio», pensó Kate.

Pero Ellis habría sabido qué hacer con un sábado libre. Kate se obligó a dejar de

pensar en él. Por lo menos tenía que fingir que tenía un lugar adónde ir, algo que hacer. El día se le estaba escapando; la vida también... y no debía permitirlo.

Una vez en su casa flotante, se puso un jersey y unos pantalones cortos. Salió a la cubierta y se dirigió al *kayak* de fibra de vidrio que guardaba en la popa. En un par de minutos tuvo la piragua en el agua, embarcó y avanzó por Richardson Bay, hasta los bajíos del extremo norte de la costa de Sausalito.

La bahía de Richardson tiene más de kilómetro y medio de anchura en la parte donde entra en contacto con las aguas de la bahía de San Francisco, y se adentra cinco o seis kilómetros en Marin County. Sausalito está en la orilla oeste, Tiburón y Belvedere en el este, por lo que esa bahía es una de las zonas residenciales más solicitadas y caras de Estados Unidos.

Kate y Ellis habían navegado juntos en el *kayak* en la época en que estaban casados, cuando ambos pasaban días encerrados en el estudio. El *kayak* era fácil de llevar: casi cualquier persona podría subirse a uno y llegar remando donde sea.

Pero para hacerlo bien hace falta técnica, una técnica muy cercana al arte. En los últimos meses, ella creía haberlo conseguido. Le había parecido que el *kayak* volaba sobre el agua, saltaba hacia delante con cada golpe de remo.

Pero aquel día no era así. A pesar de la calma de la bahía le parecía que estaba peleando con el bote y con el remo... y consigo misma.

Ellis, aunque no era un atleta, conocía la técnica. Remaba con una intensidad frenética, con los ojos fijos, el gesto contraído y los golpes necesarios. Calculando el mejor método, según él.

Sí, había que ser Ellis para convertir un ejercicio físico en un desafío mental.

Puso rumbo a su casa, que había quedado atrás, a un kilómetro de distancia. Remó, haló, perdió ritmo. Detestaba bregar con el *kayak* de aquella forma. El muelle ya estaba a la vista. Ya veía su casa, entre las otras, en el lado norte.

Y a la izquierda, atado al final del muelle, un velero blanco.

Allí estaba él, Jon Wreggett, de pie en el muelle. Lo vio saltar a cubierta, dirigirse a popa e inclinarse para ayudarla a salir del *kayak*.

Era la parte que menos gustaba a Kate, el momento en que había que sacar del agua el *kayak*. No pesaba mucho, pero tenía una forma muy difícil, y la popa de la casa flotante estaba a tanta altura que ella tenía que estirarse para llegar al agua.

Pero Jon hizo que pareciese fácil; un solo movimiento rápido y levantó el *kayak*, le dio la vuelta y lo colocó en su lugar.

Empezó a amarrarlo.

—Eres buena —dijo—. Te he estado observando.

—O te estás quedando conmigo o no tienes ni idea de lo que dices.

—No. En serio. Le tienes cogido el tranquillo. Me he dado cuenta.

Había terminado de amarrar el *kayak*. En aquel momento, sin posibles

distracciones, le dedicaba toda su atención. Kate se sentía despeinada y sudada.

—Bueno, a ratos, supongo que sí —dijo.

Jon seguía allí, lanzándole, según le pareció, mensajes con la mirada. Era una faceta nueva en él. Se sintió obligada a hablar para llenar el silencio.

—No esperaba verte otra vez.

—Sí, aquí estoy —dijo él y después, como si necesitara soltarlo, añadió—: He estado pensando en ello. Me pareció que sería una estupidez increíble que no nos volviéramos a ver. Me doy cuenta de que nos acabamos de conocer, pero lo pasé muy bien anoche. Me pareciste extraordinaria, una triunfadora, y me costó mucho marcharme.

Durante un segundo pareció un crío, un adolescente nervioso que balbucea un discurso.

—¿Qué hay que responder a eso?

—Dime que vendrás a navegar conmigo. —Al verla dudar, añadió—: No estoy hablando de dar la vuelta al mundo ni nada de eso. No nos precipitemos. Me estaba refiriendo a... —y miró por encima de su hombro derecho—, a esta zona. Ahí parece que hay un buen sitio para anclar. Podemos bajar a tierra, pasear, estarías de vuelta en un par de horas.

Estaba mirando la silueta oscura y grande de Angel Island, que se alzaba delante de la costa de Tiburón, nada más salir de Richardson Bay, a unos tres kilómetros de distancia.

—Ya veo que no hablas de doblar el Cabo de Hornos.

—Vayamos por partes. Parece un lugar hermoso.

—Es precioso, es un parque nacional.

—¿Estás de acuerdo entonces?

Había un tranquilo bosquecillo de eucaliptos en mitad de la ladera occidental del monte que dominaba la isla: se podía ver desde donde estaban. Ella y Ellis habían acampado allí alguna vez, entre semana. Habían hecho el amor y después se habían quedado adormilados contemplando la bahía y el Golden Gate, en todo su esplendor.

—¿Cuándo? —preguntó Kate.

—¿Mañana? ¿Qué te parece a mediodía?

No contestó en seguida. Él esperó pacientemente una respuesta.

—¿Por qué no? —dijo Kate.

Aquella noche, Charles Obend dejó su Camaro en el aparcamiento que había delante de la Terminal A del Aeropuerto Internacional de Kansas City. Se alejó del coche y se dirigió a la escalera de hormigón, la única salida peatonal.

Entró en el edificio del aeropuerto. Estaba casi vacío: faltaban unos minutos para la medianoche. Charles Obend fue directamente al mostrador de llegadas de USAir y consultó la pantalla. El vuelo 540 de Boston llegaría puntual, a las doce y dieciocho minutos de la noche. Le faltaban veinte.

Los restaurantes del aeropuerto estaban cerrados, pero Obend encontró un quiosco de prensa y compró una chocolatina. Buscó un asiento cercano a la Puerta 9.

Se sentó, deslió la chocolatina y empezó a comérsela mientras esperaba.

Vio cómo aterrizaba el avión y se dirigía hacia la puerta. Se puso de pie y se encasquetó la gorra de béisbol azul que había llevado consigo.

Un par de minutos después empezaron a llegar los primeros pasajeros. Dos cincuentones con el traje arrugado. Una universitaria en vaqueros y zapatillas que corrió al encuentro de un muchacho de su misma edad, que la esperaba con los brazos abiertos. Obend siguió mirando mientras el resto de los pasajeros salía con rapidez.

No muchos, veinte o treinta... El avión había volado casi vacío.

No salió nadie más. La escalera mecánica de llegada se quedó vacía.

«Habrà pasado sin que la haya visto —pensó Charles—. Estará por ahí en alguna parte». Miró a su alrededor, pero no vio a ninguna pelirroja que midiera más de uno sesenta y cinco, y aparentase una edad próxima a los veintiocho años.

Esperó varios minutos más, hasta que aparecieron las tres azafatas. Se dirigió con rapidez hacia la cinta transportadora de equipajes. Se dio prisa, aunque sabía que no la encontraría allí. No tenía sentido: la mujer estaba de paso. No iría a buscar ningún equipaje.

Por supuesto, ella no estaba allí.

La puerta de embarque estaba desierta cuando Obend volvió al punto de partida. Dio media vuelta, se alejó del edificio y bajó por la escalera de hormigón.

Se dirigió al Camaro. El aparcamiento estaba medio vacío y en silencio. Nadie en los alrededores.

Bueno, no, había alguien junto a un turismo de color azul, unas diez plazas más allá. Un hombre con un abrigo negro, guantes negros y un estuche negro en bandolera. Llevaba una cámara de vídeo en la mano izquierda, cosa que extrañó a Obend.

El desconocido se irguió y se quedó mirándolo mientras se acercaba. Obend se fijó en su cara: llena de bultos, con bigote y cejas muy pobladas.

Tenía que pasar por su lado para llegar al Camaro. Bajó la vista cuando se cruzó con él.

—Eh, Charlie —dijo el hombre—. Sé que eres tú.

Obend no contestó. Necesitó un par de segundos para asimilar aquello.

El desconocido dijo:

—Charles C. Obend de Bruce Street, Lee's Summit, Missouri.

—¿Qué? —dijo Obend.

—Me envía Susie —dijo el desconocido.

Metió la mano enguantada en la bolsa. Sacó una botella grande de refresco, un envase de dos litros lleno de un líquido transparente.

Se acercó rápidamente a Obend y se quedó a un palmo de distancia. Obend vio que la botella estaba abierta. El desconocido derramó el líquido sobre él de una forma tan rápida que no le dio tiempo a reaccionar.

Obend lo olió un segundo antes de que el líquido lo tocara, le irritara los ojos y le empapara la ropa. Era combustible. El desconocido lo había rociado con gasolina.

Fue a secarse los ojos con la manga, pero no le sirvió de nada, porque también estaba empapada.

El desconocido dio un paso atrás y tiró la botella a los pies de Obend. Se rompió y el resto del combustible se extendió por el suelo de hormigón.

Sabía que tenía que correr. Hacer algo. Pero no pudo moverse. La frase que le cruzaba la mente una y otra vez era: «paralizado de terror». Se dio cuenta de que no era una frase hecha.

—Imbécil —dijo el desconocido.

Obend se volvió hacia la voz y miró al hombre con ojos lagrimeantes. El desconocido sacó un encendedor. Sostenía una bola de papel, seguramente empapado también, porque al acercarle la llama se prendió instantáneamente, como una antorcha.

Arrojó la bola de fuego hacia Charles Obend y el mundo estalló.

Llamas, llamas por todas partes, llamas que lo cubrían y le quemaban la ropa, el pelo, la piel. ¡Dios santo, estaba ardiendo!

Movió las piernas tratando de apartarse de las llamas del suelo. Pero era demasiado tarde. El suelo estaba resbaladizo y Charles Obend tropezó y cayó.

A través de las llamas vio que el desconocido tenía otra botella en la mano. La levantó y la arrojó a un metro de donde yacía Charles Obend.

Pero eso era lo de menos. Charles vio cómo le lanzaba la segunda botella, pero no le importó. No podía hacer nada. Lo único que le importaba era el dolor, la indescriptible sensación abrasadora que le cubría el cuerpo, le llegaba a la garganta y se le metía en los pulmones cuando respiraba.

La segunda botella dio contra el suelo y se rompió.

Y Charles Obend gritó, un grito que le salió de las entrañas, un grito que él mismo no pudo oír debido al rugido de las llamas.

La videocámara ya estaba filmando. El asesino retrocedió y se la acercó a la cara.

El fuego se reflejaba en el ocular. Se preguntó si afectaría a la película, si velaría el material.

Siguió grabando mientras retrocedía hacia la escalera y trató de mantener la cámara enfocada hacia las llamas.

Charles Obend había dejado de gritar.

Una vez en las escaleras, el asesino se quitó las cejas y el bigote postizos, y los pegotes de maquillaje con que se había deformado la barbilla y los pómulos. Los metió con la cámara y los guantes en el estuche negro.

Ya en el aeropuerto, fue al servicio para comprobar si le habían quedado en la cara restos del adhesivo. Nada. Perfecto. Adquirió una Coca Cola en el quiosco de prensa y se fue directo a la Terminal C, para embarcar en el avión de San Francisco de United Airlines. Un vuelo sin escalas. Subió a bordo cuando estaban dando el último aviso por los altavoces.

Su asiento se hallaba junto a la ventanilla. Cuando el avión despegó, echó un vistazo al aparcamiento. Un coche de bomberos se dirigía hacia allí a gran velocidad.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Durmió durante todo el trayecto. Se despertó en el momento del aterrizaje.

Faltaban un par de horas para la salida del sol. El asesino buscó su vehículo, una furgoneta Dodge de color tabaco, y se fue directamente a su casa.



Julia Chua estaba despierta durante la madrugada de aquel domingo cuando llegó el inquilino que tenía en su casa de madera de dos plantas de la Décima Avenida. Su marido había salido en viaje de negocios y estaría dos semanas fuera de la ciudad. Siempre tenía el sueño muy ligero cuando él no estaba en casa.

La ventana de su dormitorio quedaba encima de la entrada del apartamento de la planta baja; ella la dejaba siempre unos centímetros abierta para oír los pasos de su inquilino por el camino que discurría a un lado de la casa y el sonido de las llaves en la cerradura... En las dos cerraduras.

El hombre abrió primero el candado que unía la puerta a un cáncamo de la jamba, y luego la cerradura. Abrió la puerta y encendió la luz al entrar. Julia Chua lo oyó gruñir. Seguramente estaba recogiendo el correo que el cartero había metido por el buzón de la puerta aquella misma mañana.

Hacía dos meses que vivía allí y era la primera vez que recibía correo. Nada especial, sólo propaganda.

Esto preocupaba a Julia Chua. El hombre no recibía cartas, no tenía visitas, ella nunca había oído el sonido del televisor. Entraba y salía a horas intempestivas y, en los pocos momentos en que se encontraban, parecía educado y cordial, pero no revelaba nada. Su amabilidad era falsa, estaba segura. Julia Chua sabía captar estas cosas.

¿Y por qué habría puesto un candado en la puerta cuando la cerradura ya era resistente de por sí? ¿Qué podían robarle?

El apartamento constaba de una sola habitación de techo bajo y contenía muebles simples y raídos que ella había desechado. La posesión más valiosa del inquilino parecía ser un ordenador, instalado sobre la vieja mesa de fórmica del comedor.

No necesitaba un candado para mantenerse apartado del mundo.

Sólo para aislarse de los propietarios del inmueble. ¿Qué estaba tratando de proteger? ¿O de esconder?

Julia no le tenía miedo, nunca le había dado razones para tenerlo, pero tenía demasiados «espacios en blanco», suscitaba demasiadas dudas.

Julia Chua no se fiaba de lo que no entendía.

«Uno de estos días —pensó—, empezaré a llenar alguno de los espacios en blanco que rodean a Corwin Sturmer, mi misterioso inquilino».

Aquella misma mañana, temprano, el fax expulsó una única página sobre el escritorio que había en un rincón del despacho del Departamento de Homicidios de la Policía de San Francisco, en el Palacio de Justicia de Bryant Street.

Permaneció allí hasta que un funcionario que escribía un informe se acercó y la recogió.

El funcionario la miró y volvió a mirarla con más atención. Nunca había visto nada parecido. En primer lugar, en la identificación del borde de la página no figuraba el número de teléfono del remitente. No tenía cabecera, ni siquiera un «de» o un «a».

No parecía un asunto oficial.

Pensó que debía de ser una equivocación. Ocurría a veces, debido a la gran cantidad de faxes que se mandaban y recibían a diario. A veces la gente marcaba mal y transmitía el mensaje al fax que no debía.

Mierda, en la actualidad, la gente ya casi había dejado de hablar...

El mensaje decía:

CARNEWARE versión 3

5-7

Captado: 17029 21067

Eliminado: 17029 21067

INÚTILES

INÚTILES IGNORANTES

Pero por si el papel era para alguien de la división, el funcionario lo clavó en el tablón de corcho de la pared, junto a la cafetera.

El papel estuvo allí alrededor de una hora. Lee Wade entró en el despacho. Era domingo por la mañana, pero cuando un caso iba mal, hacía horas extraordinarias que no cobraba.

Colgó el abrigo y fue directamente a la máquina de café.

Estaba removiendo el azúcar cuando miró el tablón. Sus ojos fueron directos al papel del fax. Su aspecto... Ya había visto algo parecido antes.

—Hijoputa —dijo, mordiendo las palabras.

El trayecto entre Richardson Bay y Angel Island duraba sólo unos minutos. Jon echó el ancla en Ayala Cove, en el lado norte de la isla, en el estrecho que separaba la isla de la península de Tiburón.

Condujeron la pequeña zódiac hinchable hasta la playa de arena del puerto. Enfrente estaban las oficinas del parque, un edificio bajo de dos plantas que antiguamente había sido un centro de cuarentena para inmigrantes asiáticos.

Había docenas de personas merendando y jugando en la hierba, delante del edificio. El monte cubierto de árboles se elevaba tras ellos.

Jon amarró la zódiac y ella lo condujo por un sendero que recorría el lado oeste de la isla. Jon caminaba a su lado y el sendero era tan estrecho que a veces sus hombros y sus brazos se rozaban.

Era una extraña sensación. Ella había recorrido aquel camino docenas de veces, pero siempre con Ellis. Tener a aquel hombre casi desconocido a su lado hacía que la isla le pareciera realmente otro lugar.

La sensación le gustaba. Se sentía renovada.

En un par de minutos habían dejado atrás la cala y los grupos de gente. Estaban rodeados de árboles. El perfume de los eucaliptos era penetrante. A través de los claros, veían Sausalito y el Golden Gate, con el Pacífico a lo lejos, convertido en una niebla gris.

Él la cogió de la mano, ella se dejó llevar y siguieron andando.

El camino rodeaba el monte central, el Livermore, que dominaba las 300 hectáreas de la isla. A medida que subían, empezaron a vislumbrar San Francisco al otro lado de la bahía, los muelles, Telegraph Hill, Coit Tower, Marina y, más al oeste, el dibujo nítido de las avenidas que descendían en dirección al océano. A los pies de ambos, el monte bajaba hacia una estribación que se adentraba en el agua, hacia el sureste.

En la base de la estribación, en un pequeño acantilado que caía sobre la playa por ambos lados, había un edificio de hormigón, ancho y bajo. Angel Island había albergado una serie de instalaciones militares desde mediados del siglo XIX hasta los años sesenta del siglo actual. Había restos por todas partes: compañías, caminos y emplazamientos para cañones. Ésa había sido su última utilidad: de 1954 a 1962 había sido el emplazamiento de una batería de misiles.

Kate y Jon se quedaron allí unos minutos. El paisaje tenía vida: había barcos en movimiento, el sol se reflejaba intermitentemente en el agua y se podía distinguir el tráfico lejano en los puentes y la ciudad.

—Es una maravilla —dijo él. Le rodeó la cintura con un brazo y siguió con la vista clavada en la bahía. La atrajo hacia sí y Kate no se resistió.

Se volvió hacia ella.

—Una maravilla —dijo de nuevo.  
Pero esta vez la estaba mirando a ella.

A última hora de la tarde volvieron a cruzar Richardson Bay. Kate se quedó al lado de Jon mientras éste conducía la embarcación hacia el muelle con tanta facilidad y tan suavemente que cuando ella se asomó por un costado, se sorprendió al verla pegada a los neumáticos de protección del muelle.

Desde el timón, y mientras el motor ronroneaba, Jon dijo:

—Deberíamos vernos de nuevo. En serio. Sería una locura dejar esto así.

—De acuerdo —dijo ella.

—Podemos comer juntos... mañana. ¿Quieres venir a buscarme? —Hizo un gesto hacia la Puerta Tres.

—A las once y media —dijo ella—. ¿Estarás ahí?

—¿Dónde, si no? —dijo él.

¡Ah!, aquella sonrisa otra vez.

Kate subió al muelle, se despidió con la mano y lo vio alejarse en el barco. Jon giro hacia el sur, hacia la Puerta Tres. Ella se quedó en el muelle mientras él y el barco desaparecían casi como en un sueño.

Un sueño maravilloso.

La casa flotante le pareció vacía e inútil cuando entró. Se entretuvo un rato limpiando aunque la casa no lo necesitaba.

No había transcurrido una hora y ya se estaba arrepintiéndole de no haberle pedido que se quedara. Se había propuesto mantener las distancias, que no pasara de ser algo ocasional. Fuera lo que fuese este algo.

Pero en aquel momento le parecía una estupidez.

Necesitaba compañía y sabía dónde encontrarla. En aquel momento le parecía una compañía estúpida y poco satisfactoria, pero estando sola, era lo mejor que podía hacer.

Fue hasta el ordenador del escritorio, lo encendió y marcó el número de Verba. Cuando se conectó, el sistema la saludó como siempre.

Bienvenida, Ziggy.

Kate escribió:

Visitar MI

Tres de las habituales, Nancy-T, Michiko y Aurora, le dieron la bienvenida. Hacía casi una semana que Kate no había entrado en la tertulia. Se recostó y

estuvo leyendo un rato para ponerse al día.

Salomé llegó unos minutos más tarde y Michiko escribió:

Michiko Otro espíritu vagabundo que recorre el espacio. Cuánto tiempo sin verte.

Salomé> Tengo una excusa estupenda. La empresa de mantenimiento de piscinas me mandó la semana pasada a un nuevo técnico, un hombre maduro que se moría por pasar un fin de semana largo en Santa Cruz.

Nancy-T> Excusa aceptada. ¿Puedes competir con eso, Ziggy?

Ziggy> El trabajo es mi excusa. Como siempre.

Michiko> Así nunca conocerás a nadie.

Ziggy> En eso puede que te equivoques.

Aurora> ¡Ziggy ha encontrado petróleo!

Salomé> ¿Un buen yacimiento?

Michiko> Desembucha, Zig...

Ziggy>< Un chico muy simpático. Interesante. No es un hombre corriente, os lo aseguro. Es un marinero.

Nancy-T> Que vuelve de un largo viaje, claro...

Salomé> ¿Soltero?

Ziggy> Sí.

Michiko> ¿Es guapo? Y por favor no digas «es cuestión de gustos»...

Ziggy> Creo que en cuanto a eso, el veredicto sería unánime. Llama la atención.

Nancy-T> Parece algo serio.

Ziggy> En realidad, casi no lo conozco.

Michiko> No pierdas el tiempo con excusas... No nos interesan.

Ziggy> Es interesante. Lo admito.

Salomé> Silencio todo el mundo. Un silencio

respetuoso, por favor. Mantengamos nuestros excitados dedos lejos del teclado para que Ziggy suba al escenario.. Así está mejor.. Ahora, Ziggy, querida, cuéntanos todo lo que sabes del chico ése. Y no omitas ni un solo detalle.

Aquella tarde Lee Wade visitó el 2600 de Tesla Street.

Desde la llegada del fax, había estado pensando en el tipo de la casa oscura de Telegraph Hill.

Fuera quien fuese la persona que había escrito aquella nota, había estado metida en cosas muy extrañas. Y este perfil encajaba perfectamente con Ellis Hoile.

Había estado investigando y sabía que Ellis Hoile no tenía antecedentes penales, era dueño de la casa de Tesla Street y no tenía deudas. Sabía que, aunque el hecho de vivir en aquella casa significara que debía de tener bastante dinero, el único vehículo registrado a su nombre era un Datsun 510, modelo turístico, de 1974.

Después de enseñarle el fax, Wade le había pedido a su compañero Ronson que entrevistara a los vecinos de Ellis Hoile. Así se había enterado de su boda y su divorcio.

Ronson le informó que los vecinos habían sido unánimes. Pensaban que era un hombre encantador, amable, aunque algo distante y un poco raro. Retraído, sobre todo desde el divorcio. Pero un buen tipo.

A Lee Wade todo esto le pareció muy divertido. Sonaba como lo que suelen decir los vecinos a los reporteros de televisión después del arresto de un asesino en serie que vivía en la casa de al lado.

Nada de aquello significaba nada en absoluto. Lo único que tenía Wade con respecto a Ellis Hoile era una intuición. El instinto le decía que tenía que volver a verlo, hablar con él, mirarlo a los ojos: escrutarlo durante los primeros momentos de descuido, cuando se diera cuenta de que podía ser sospechoso de un crimen.

Lee Wade creía que las reacciones de los sospechosos en esos momentos eran más valiosas que las que podían conseguirse después de horas de interrogatorio. Especialmente si se trataba de gente culpable, ya que solían estar a la defensiva y se les podía confundir haciéndoles caer en una trampa.

Ellis Hoile le abrió la puerta después de tres timbrazos. No parecía confuso ni a la defensiva. Simplemente cansado y medianamente interesado, como mucho, cuando abrió la puerta y dijo:

—Departamento de Homicidios de la Policía de San Francisco, ¿no? Y se llama Wade, si no me equivoco, sargento Lee Wade.

Wade podía ver cómo trabajaba la mente de Hoile para acordarse de su nombre y su cargo.

—Vaya, lo recuerda usted —dijo Wade.

—Sé a quién conozco. Ya se lo dije ayer.

—Es verdad.

—No me diga que han matado a alguien más.

«Es curioso que diga usted eso», fue a contestar Wade. Pero movió la cabeza y dijo:

—No. Sigo trabajando en el caso de Donald Trask.

—Entonces, no sé qué puedo hacer por usted —dijo Ellis Hoile.

—Ya que tiene tan buena memoria, puede que se haya acordado de alguna otra cosa desde la otra vez.

—Le dije todo lo que sabía.

—Tal vez recuerde si lo conoció personalmente en alguna ocasión.

—No, nunca —dijo Ellis Hoile—. De eso estoy seguro.

—Eso me dijo, sí.

—Usted no pasa mucho tiempo *on line*, con los ordenadores.

—No, la verdad es que no.

—Lógico. Porque si lo hiciera, sabría lo que quiero decir. Ése es uno de los aspectos más interesantes de la cultura *on line*. La cuestión de la identidad: quién es cada uno y quién dice que es. En cierto sentido, lo que uno sea «en la realidad» no importa demasiado. Uno puede decir que es un físico que ganó el Premio Nobel y tal vez sea mentira, pero si sabe fingir bien, nadie se dará cuenta. Y si uno es capaz de fingir eso, es que es una persona con cierto nivel de conocimientos y se habrá ganado algo de respeto de todos modos.

Wade pensó que Ellis Hoile estaba desviándose del tema. Tal vez a propósito. Intentó reconducir la conversación.

—Si usted hubiera conocido al señor Trask personalmente, haría muy mal en mentir al respecto. Sería un mal asunto. Cuanto más mintiera al respecto, peores serían las consecuencias para usted.

Ah, por fin ponía las cartas sobre la mesa.

Wade lo miraba fijamente: quería ver cómo reaccionaba cuando se sintiera presionado.

Como si se lo estuviera figurando, Ellis Hoile dijo:

—Usted cree que yo lo maté. De eso se trata.

Wade no lo negó. Siguió mirando la cara de Ellis Hoile. Vio que estaba ligeramente confuso, pero no asustado. Nada intimidado. Lee Wade había visto a mentirosos excelentes tratando de convencerlo; daba buenos resultados seguirles el juego cuando ya había pruebas de que mentían.

—Escúcheme —estaba diciendo Ellis Hoile. Su voz era sosegada, como un buen padre hablándole a su hijo, ya sin sonreír—. Yo no maté a Donald Trask. Nunca he matado a nadie. Yo no mato a la gente. Ni siquiera me gusta hacer daño a nadie. No soy así.

—Todo el mundo es así —dijo Wade.

—No puedo demostrar lo contrario —Ellis Hoile seguía hablando sin darse cuenta, al parecer, de que lo estaban poniendo a prueba—. No creo que pueda demostrar con seguridad absoluta que no maté a Donald Trask, que ni siquiera lo conocía, pero lo que puedo decirle es que si eso es lo que usted cree...

Así no iban a llegar a ninguna parte. Wade cortó en seco la charla con un gesto,



las manos levemente levantadas. Lo intentaría de otra forma.

—Mire esto —dijo.

Tenía un papel doblado en la mano derecha. Era una fotocopia de las dos notas del asesino. Como no tenía nada que perder, se la entregó a Ellis Hoile.

—¿Significa algo para usted? —preguntó.

Ellis Hoile le echó una mirada rápida y dijo:

—¿En qué sentido?

Mierda, aquel tipo podía hacer que se subiera uno por las paredes.

—Dígame lo que opina —dijo Lee Wade—. Hable como si yo no tuviese ni pajolera idea.

Lo cual era bastante cierto.

—Quien haya escrito esto ha pasado mucho tiempo *on line* —dijo Ellis Hoile—. Pero seguramente usted ya sabía eso.

Para Wade era una novedad.

—Ordenadores.

—Afirmativo.

—¿Por qué lo dice? —Wade estaba pensando: «Otra vez esos jodidos ordenadores. Lo que faltaba».

—Por el lenguaje —dijo Ellis Hoile—. El número de versión es nomenclatura de *software*. Un programa nuevo empieza siempre con la versión uno punto cero. Se hacen algunos cambios y se convierte en la versión uno punto uno. Cuando se llega a la versión dos punto cero, eso significa que ha sido totalmente actualizado. «Inútil» es una palabra muy común *on line*. Se refiere a alguien que no tiene la menor idea de lo que hace.

Wade pensó que «inútil» era una definición dolorosamente cierta de sí mismo.

—¿Y «carneware»? —preguntó.

—Eso no es común. Los únicos que lo usan son los *hackers* más fanáticos. Dicen «carneware», «sudorware»..., cosas así. Pongamos que hay gente con problemas con el sistema. Si usted es el programador, diría que el *hardware* es sólido, que el *software* está limpio de errores, pero que hay un problema con el carneware...

—¿O sea?

—Los usuarios —dijo Ellis Hoile—. Los seres humanos.

—Precioso —dijo Wade.

—No significa nada. Es una forma de hablar.

—Para este cabrón no es una forma de hablar —dijo Wade—. ¿Y los números? ¿Los reconoce usted?

—A simple vista, no. Tal vez sean coordenadas bidimensionales. Dos grupos de coordenadas en cada papel. Pero en el segundo, los dos grupos son iguales... Eso es intrigante.

—Intrigante —dijo Wade—. Exacto.

—Supongo que están relacionados con el asesinato.

Wade se limitó a asentir mientras le cruzaba por la mente la imagen del forense sacando la cápsula del cuerpo de Donald Trask.

—Es lo único que puedo decirle —dijo Ellis Hoile—. Es alguien que conoce los ordenadores. Seguramente bastante bien. De eso estoy seguro.

—Gracias, ha sido de mucha ayuda —dijo Wade, pero no lo decía en serio.

Ellis Hoile le tendió el papel, pero Lee Wade volvió a confiar en su instinto y dijo:

—No, es una fotocopia... Quédesela. Tal vez se le ocurra algo más sobre los números.

—De acuerdo.

—Si es así, llámeme.

—Seguro —dijo Ellis Hoile. Pero fue como si no hubiera terminado, como si tuviera algo más en la cabeza, algo que no sabía si debía comentar.

—Escúpalo —dijo Lee Wade.

—El hombre que escribió esto es una persona organizada. Metódica. Va al grano. No se anda por las ramas. No me pregunte cómo lo sé, porque no puedo decírselo. Quizá por su forma de escribir esta nota, por el modo en que lo organiza todo. Es solamente una impresión. Usted me ha preguntado.

—¿Algo más?

—Seguramente es un adversario terrible —dijo con una sonrisa torpe e insegura—. ¿Me estoy acercando?

—No sabe de qué manera —dijo Lee Wade.

Pocos minutos antes de medianoche, Stephen Leviste seguía sentado frente al ordenador. Había estado jugando a PRUEBA todo el día.

Era un juego fantástico: lleno de acción, trampas y trucos ingeniosos. Todavía no había conseguido ganar, pero estaba seguro de que el juego no era invencible. Había avanzado mucho por el laberinto.

El mayor obstáculo era un asesino sin rostro que vagaba por los corredores de hormigón sin rumbo fijo. A veces uno podía escaparse, pero el asesino siempre volvía a aparecer. Volvía tarde o temprano y siempre acababa encontrando al jugador.

Cuando te cogía, te mataba. No había escapatoria. Stephen Leviste había muerto cientos de veces en el laberinto.

En aquel momento empujó una puerta en el nivel seis y encontró al monstruo en el otro extremo. Esperándolo.

Stephen movió el ratón para huir.

Oyó unos pasos arrastrándose por el vestíbulo. Y le llegó la voz medio dormida de su madre:

—Stephen, por el amor de Dios. ¿Qué estás haciendo a estas horas?

Stephen movió el ratón hacia delante e hizo que su personaje retrocediese corriendo hacia las puertas, doblando dos esquinas.

—Stephen... —dijo su madre.

—Sí, sí... —dijo él.

Apagó la luz del dormitorio. Esperó, sin quitar los ojos del monitor, hasta que oyó que su madre regresaba a la cama.

Cuando volvió a tocar el teclado, reapareció el monstruo. Llevaba una motosierra en la mano y se acercaba. Tiró del cordón. El motor de la herramienta arrancó al primer intento.

«Rrrrrrrrr».

El ruido brotó de los altavoces del ordenador, ronco y fuerte. El asesino se acercó con la máquina en la mano. La hoja estaba tan cerca que llenaba la pantalla...

—¡Stephen! —Su madre estaba en la puerta otra vez.

La pantalla se tiñó de rojo un momento y después de negro. El sistema volvió a preguntar:

¿Quieres otra prueba?

La madre de Stephen hizo lo que él era incapaz de hacer. Se acercó y apagó el ordenador y el monitor. Le dio un beso en la mejilla.

Lee Wade había comprado una pizza mientras se dirigía a su casa, al edificio de dos plantas de Taraval Street, en una de las cuales vivía con su mujer y sus dos hijos. No estaba lejos de Ocean Beach, uno de los pocos barrios de la aburguesada San Francisco que parecía de clase obrera.

Por una vez habían conseguido que los chicos se fueran temprano a la cama. Wade había llenado la bañera de agua hirviendo y se había metido en ella para sufrir a gusto.

Su mujer había entrado en el cuarto de baño y lo había encontrado allí, con el agua hasta el cuello, un agua tan caliente que seguramente quemaba. Le había llevado una cerveza, le había lavado el pelo y le había dado un masaje en el cuello.

Para él era un lujo: no sólo el masaje sino también que lo aceptaran, que lo comprendieran.

—Un paso por detrás, no lo bastante listo —había dicho. Sus primeras palabras en casi una hora—. Es la peor sensación que conozco: ser lo bastante listo para comprender que no eres realmente listo.

Ella le había enjabonado el pecho.

—Tú eres más listo que nadie —le dijo.

Wade había negado con la cabeza. Un rato después se habían ido a la cama y ella le había hecho olvidarse de todo.

Cuando sonó el teléfono, llevaba dormido varias horas. Normalmente contestaba él, pero esta vez ella había terminado durmiendo en su lado de la cama.

Escuchó lo que le decían y después contestó:

—Sí, sí, está aquí —y le pasó el teléfono a su marido.

—Soy Ellis Hoile —dijo la voz que salía del auricular.

Lee Wade trató de enfocar la vista en el despertador digital que había junto a la cama. Las dos y cuarenta y siete. ¿Es que aquel tipo no sabía la hora que era?

—Espero que no le importe. Me dijo que lo llamara si se me ocurría algo. Estuve pensando en nuestra conversación y se me ocurrió algo, y como tal vez sea importante el factor tiempo, me pareció que tenía que localizarlo cuanto antes.

Wade se quedó apoyado en un codo, tratando de no dormirse.

—¿Está usted ahí? —preguntó Ellis Hoile.

—Estoy.

—Debería examinar el contenido del disco duro del ordenador de Donald Trask. Y todos los disquetes que tenga. Es razonable pensar que encontrará el nombre de su asesino allí. O por lo menos algún detalle acerca de él.

De pronto, Wade estuvo totalmente despierto.

—Lo tenía en la cabeza sin darme cuenta —siguió diciendo Ellis Hoile—. La víctima usaba una red *on line* y estoy seguro de que el asesino tiene experiencia en el uso de ese tipo de servicios. Podría ser una coincidencia. Mucha gente se ha

conectado en los dos últimos años. Puede ser que el asesino no eligiera a Donald Trask por nada relacionado con los ordenadores. Pero puede que sí. He estado pensando en ello. Sólo es una teoría, así que no se ponga a pensar cosas raras sobre mí, pero se me ha ocurrido que una red *on line* sería un lugar ideal para acechar a una víctima.

Ellis Hoile hablaba con rapidez, casi sin tomar aliento. Parecía excitado. Lee Wade ya lo había visto así un par de veces. Totalmente concentrado en sus pensamientos. Con una intensidad casi al rojo vivo.

—Quiero decir que cuando la policía investiga un asesinato, las primeras personas que le interesan son las que forman el círculo íntimo de la víctima, familia, amigos. La mayoría de las víctimas de asesinato mueren a manos de alguien a quien conocen, ¿no es cierto? En la vida real esas conexiones son fáciles de buscar. Uno sabe dónde vivía la víctima, dónde trabajaba. Y tiene una idea bastante aproximada de la gente a la que veía. Pero en la red las relaciones se desvanecen en el momento en que uno se desconecta. Lo cual no quiere decir que el contacto sea menos real. Cuando uno conoce a alguien de esa manera, lo conoce realmente. Es como estar en terreno neutral; y aunque ese territorio no figure en un mapa, existe, está ahí, es un lugar concreto. Los que se encuentran ahí, lo saben. Cuando uno se desconecta, se va, desaparece sin dejar rastro. Pero eso no quiere decir que el encuentro no fuera real mientras existió.

Silencio en la línea.

—Estoy aquí —dijo Wade—. Estoy tratando de comprender lo que usted dice. —Esforzándose por entender algo que Ellis Hoile había digerido hacía mucho tiempo, seguramente con gran facilidad—. ¿Usted cree que Donald Trask guardó el nombre de su asesino?

—Podría ser. Gran parte de la cultura *on line* es correo electrónico y «bajar» mensajes de la red. Ése podría ser el único rastro de su contacto, si es que grabó algo de esto. Si revisa sus disquetes, tal vez encuentre muchos nombres. Tal vez no haya nada que le diga cuál de ellos lo mató. Y puede que no haya sido ninguno de ellos. Comprobarlo todo será un trabajo de esclavos. Pero me parece que vale la pena que lo intente en lugar de seguir haciendo lo mismo que hasta ahora. Si es que está realmente atascado.

Ellis Hoile recuperó el aliento. Cuando volvió a hablar, su voz sonaba como la de quien se ve obligado a dar una mala noticia. Dijo:

—No quiero parecer presuntuoso. En serio. Pero el mundo está cambiando. Hace un tiempo teníamos una forma de hacer las cosas... Ahora las cosas no funcionan igual...

Otra pausa. Hoile parecía estar esperando que Lee Wade dijera algo.

—Se lo agradezco mucho —dijo Wade.

—Lamento haberlo despertado a estas horas —dijo Ellis Hoile—. Pero pensé que tenía que saberlo.

Colgó.

Lee Wade se estiró sobre su mujer para colgar a su vez.

Se recostó y levantó la vista hacia el techo en la oscuridad del dormitorio. Ya no tenía sueño. Sus hombros volvían a estar agarrotados y le dolía la cabeza.

Volvía a tener la sensación de que la vida corría por delante de él, cada vez a mayor velocidad, sacándole tanta ventaja que nunca la alcanzaría.

Después de colgar el teléfono, Ellis Hoile se conectó con Verba.

Lo hizo girando la silla y situándose ante el micrófono que había sobre la mesa.

En tono tranquilo, dijo:

—Comunicaciones. Verba. Conectar.

Uno de los ordenadores del escritorio abrió un programa de comunicaciones, seleccionó el acceso a Verba y ejecutó un breve lote de órdenes que había preparado Ellis para automatizar la conexión.

El módem se conectó. Como siempre, Verba pidió la identificación del usuario, y el programa de Ellis Hoile le suministró el alias que usaba desde hacía años. Después añadió la contraseña.

El ordenador de Verba contestó:

Bienvenido, Avatar.

Tienes correo.

—Revisar correo —dijo Ellis; cuando llegó a la silla, el índice estaba en la pantalla, con una sola entrada:

Stoma@verba.org 21.18 ¡Un nuevo juego!

## **CUARTA PARTE**

### **AVATAR 8-12 de mayo**

Solo en su casa de Tesla Street, Ellis Hoile abrió el mensaje de Stoma:

Hola,

Busco gente para probar el programa piloto de un juego que acabo de crear. Es una variedad del antiguo juego de los dragones y mazmorras, pero con un entorno gráfico más potente.

Como eres experto en juegos, he pensado que te gustaría echar un vistazo a la versión piloto. La verás al final del documento. ¡Incluye instrucciones! Tus comentarios se tendrán en cuenta.

A Ellis Hoile le gustaban los juegos electrónicos, a casi todos los *hackers* les gustaban. Cada vez que los ordenadores daban un paso adelante y se hacían más rápidos y más capaces, lo cual ocurría por lo menos dos o tres veces al año, los primeros programas que incorporaban las actualizaciones eran juegos muy espectaculares. Quien quería estar al día, tenía que jugar.

La especialidad de Ellis Hoile eran los juegos de laberintos. A muchos *hackers* les gustaban los laberintos, aunque la mayoría prefería los laberintos físicos reales cuando se podía acceder a ellos. Para muchos (Ellis Hoile no era una excepción), pasar una semana perdidos en las cloacas de París habría sido una experiencia sublime.

Ellis bajó el programa adjunto y lo copió en un disquete que escaneó inmediatamente con un programa antivirus.

Jamás arrancaba un programa desconocido inmediatamente después de bajarlo. Un virus informático de sólo unas líneas podía borrar archivos clave, incluso inutilizar un disco duro. Y no había que saber mucho para escribir esas pocas líneas. Había miles de personas que sabían hacerlo, la mayoría adolescentes.

El antivirus no encontró nada. El juego no tenía virus conocidos.

Pero Ellis Hoile no estaba preparado para hacerlo funcionar. Aún no. Abrió un editor de textos y se puso a examinar el archivo.

Al parecer tenía dos partes. El programa estaba escrito en lenguaje máquina y era ilegible. Pero el *hacker* había incluido además el código original sin traducir, en el lenguaje de programación conocido como C++.

Y Ellis Hoile sabía leer este lenguaje.

Lo cargó en el editor y las órdenes y procesos que componían el juego llenaron la pantalla en bloques de cuarenta líneas.

Sólo quería echar un vistazo a los listados, examinar las primeras cien líneas y



olvidarse del asunto: un programador que inspecciona el trabajo de otro.

Pero lo que vio lo obligó a seguir mirando.

Porque era bueno. Realmente bueno.

Siguió bajando por los listados, por las líneas recargadas de palabras y abreviaturas que para un profano habrían parecido un galimatías, pero que para Ellis Hoile eran arte puro.

El programa era limpio, conciso y económico tocante a aprovechar todos los recursos de un ordenador. Ellis se habría sentido orgulloso de haber ideado una codificación así.

No era un trabajo de aficionado. Era el resultado de la labor de un experto.

Tres horas después, Ellis Hoile no se había levantado de la silla, excepto para tomar café.

El código original del juego lo tenía totalmente absorto.

Las instrucciones de un programa revelan los métodos y las formas de abordar distintas opciones; son la base de cualquier *software*. Para él, además, podían revelar cómo son los programadores que los diseñan.

Eso fue en realidad lo que lo mantuvo pegado a la silla. El programa era una ventana abierta a la mente de su creador. Stoma era realmente digno de estudio.

Cualquier buen programa demuestra ingenio, previsión, claridad de pensamiento.

Y Ellis Hoile pensaba que el que hubiera escrito aquello, fuera quien fuese, tenía esas cualidades. Y muchas más.

Se podía decir que era un genio. Era tan inteligente que asustaba.

Era esto lo que impedía a Ellis Hoile hacer lo que estaba deseando, activar el programa.

Sucedía algo y quería averiguar lo que era. Siguió trabajando sin descanso en los bloques de códigos que pasaban ante sus ojos por la pantalla.

Y entonces lo encontró.

Una cadena codificada casi al final del archivo. Aquello sí que era un galimatías, por lo menos a primera vista. Pero no estaba allí por casualidad. Estaba seguro de que tenía que ser algún tipo de virus o de gusano escondido en las entrañas de un Caballo de Troya.

Separó la cadena codificada y siguió leyendo rápidamente el resto del programa, buscando más parásitos.

A las cuatro menos veinte de la madrugada terminó de examinar el programa. No había encontrado nada más. Copió la versión desinfectada del programa en un disquete que apartó a un lado.

Quería probar el programa. Pero todavía no.

Se levantó de la silla y sacó un ordenador de uno de los estantes que había en la pared. Era un viejo 286 con un disco duro de 40 megas que hacía más de un año que

no usaba.

Aquel disco duro era una antigualla. Se trataba de un *hardware* totalmente desechable y Ellis Hoile estaba dispuesto a sacrificarlo para satisfacer su curiosidad y ver lo que el *hacker* había planeado.

Conectó un monitor y una impresora a la parte trasera del ordenador y lo enchufó a la corriente eléctrica. Con unas cuantas instrucciones ordenó al sistema que imprimiera todos los comandos que pasaran por el procesador.

Insertó el disquete, copió el juego en el disco duro y ejecutó el programa.

El disco duro murmuró y emitió algunos chasquidos. Uno de los murmullos, lo sabía, era la señal para que el programa parásito se colara en el sistema.

La impresora gimió y empezó a traquetear.

Una línea. Retorno de carro.

Otra línea.

Una tercera. Más. El parásito ya estaba trabajando. La impresora quedó en silencio.

Ellis Hoile leyó lo que había impreso. El parásito había identificado los dos puertos en serie que había en el ordenador para la salida de datos. En cada puerto había buscado, sin encontrarlo, un módem en funcionamiento.

De todas formas, revisó los directorios del disco duro y encontró un programa de comunicación exterior. Localizó el archivo de inicio que guardaba la configuración de arranque de aquel programa e hizo una modificación para silenciar el altavoz del módem, en el caso de que hubiera habido módem.

Con lo que el parásito quedó inactivo.

Pero Ellis Hoile tenía ya datos para adivinar de qué se trataba. El parásito quería hacer una llamada telefónica, probablemente al hombre que había escrito el programa. Stoma estaba tratando de colarse en su ordenador.

Y Ellis iba a dejar que lo hiciera.

Volvió a la estantería, sacó un viejo módem y unos cables y los conectó a uno de los puertos en serie del ordenador y al enchufe telefónico que tenía más cerca.

Se sentó ante la máquina y durante varios minutos estuvo borrando todos los archivos que pudieran revelar algo sobre su identidad y su domicilio.

Finalmente, como la batería del ordenador se había descargado después de pasar un año arrinconado, puso otra vez en hora el reloj interno para que marcase la hora real: 4.12 a. m.

Con lo que el parásito despertó inmediatamente. Buscó otra vez un módem conectado y esta vez encontró uno, arrancó el programa de comunicaciones y se puso a marcar silenciosamente un número de teléfono.

Ellis Hoile leyó el número cuando quedó impreso. Esperó a que se realizara la conexión y apagó el módem, interrumpiendo la comunicación.

El número correspondía a un teléfono móvil local. Ellis reconoció el prefijo inmediatamente.

Tenía el detector celular en el escritorio, al alcance de la mano. Lo conectó y volvió a encender el módem. El parásito lo localizó, lo inició y empezó a llamar. Otra llamada a un móvil. A un número distinto.

La situación adquiriría un cariz totalmente diferente. Significaba que tal vez Stoma era más inteligente, y más peligroso, de lo que Ellis había creído.

A cada teléfono móvil se le asigna en fábrica un número de serie exclusivo y más tarde también un número de comunicación. Estos dos números identifican el teléfono y a su abonado en todos los sistemas móviles (o celulares) del continente. Cada vez que se conecta para hacer o recibir una llamada, el móvil transmite su número de serie y su número de comunicación a un transmisor local, usando canales especiales de datos codificados. Es imposible hacer una llamada si el centro de cobertura local de la empresa suministradora no reconoce y sanciona ambos números. Estos dos números son la clave de la facturación celular, la clave de toda la telefonía móvil. Sin ellos, el sistema dejaría de funcionar.

Poco después de popularizarse los teléfonos móviles, los piratas informáticos aprendieron a recibir y descodificar los números de serie y de comunicación, yendo de los teléfonos a los sistemas celulares.

Una vez que los piratas conseguían números válidos, reprogramar un teléfono y camuflarlo con números ajenos (para que la factura la pagara el verdadero titular del número) era relativamente sencillo.

Los intrusos informáticos o *crackers*, los que entran ilegalmente en sistemas informáticos ajenos, fueron los usuarios más entusiastas de los teléfonos clónicos. Los clones no sólo eran útiles para eludir el pago de las llamadas a ordenadores lejanos: también reducían las posibilidades de que se pudiera rastrear una de aquellas llamadas hasta una dirección geográfica concreta.

El problema surgió cuando los operadores celulares desarrollaron técnicas más complejas para detectar las llamadas fraudulentas y la vida útil de un número de serie o un número de comunicación se redujo a unos días, incluso a unas horas.

Por esa razón, los *crackers* buscaron la forma de actualizar los clones con otros números válidos cada vez que los usaban.

Algunos lo consiguieron, los más brillantes, los más capacitados técnicamente. El resultado fue un aparato que garantizaba conferencias ilimitadas, un aparato casi imposible de rastrear.

Casi.

La excepción era que una llamada desde un clon podía rastrearse hasta una zona de cobertura delimitada siempre que la persona que quisiera hacerlo contara con el equipo técnico adecuado y supiera con antelación qué números tanto de serie como de comunicación se iban a usar.

Ellis Hoile comprendió que Stoma había puesto una serie de números en el parásito, números que el clon utilizaría uno detrás de otro si se cortaba la primera comunicación.

Era lo que él mismo habría hecho.

Lo que Stoma no podía saber era que Ellis contaba con el equipo necesario para rastrearlo.

Su detector celular era capaz de localizar conversaciones al azar y obtener los números de serie y comunicación del teléfono que había hecho la llamada. Era el instrumento ideal para piratear números válidos que pudieran usarse con clones. Pero también podía hacer lo contrario: dándole los números de un teléfono concreto, era capaz de localizar todas las llamadas hechas y recibidas por aquel aparato. Incluso podía seguir a aquel teléfono de una zona de cobertura a otra.

Era lo que pensaba hacer Ellis Hoile. No podría determinar la localización exacta del teléfono, pero sí localizarlo en una zona concreta.

Se inició nuevamente la conexión con el teléfono de Stoma vía módem. Nada más hacerlo, Ellis Hoile se sentó frente al teclado del detector y escribió el número de teléfono que el parásito acababa de marcar.

Los dígitos de la pantalla de cristal líquido parpadearon y se quedaron fijos. Leyó:

872.220  
E17BG

Ellis Hoile lanzó una carcajada.

El teléfono móvil estaba usando un canal reservado para el operador local de móviles inalámbricos y se encontraba en la zona de cobertura identificada como E17BG. Ellis Hoile tenía un mapa con los nombres y localizaciones de cada sector de la zona de la bahía. Pero esta vez no le hacía falta. Sabía dónde estaba E17BG: al pie de Telegraph Hill, a kilómetro y medio de distancia.

Durante unos segundos vio cómo se imprimían las órdenes. El *hacker* estaba escaneando ahora su viejo ordenador, copiando listas de directorios, abriendo archivos y cerrándolos.

«Adelante», pensó Ellis Hoile. Sé lo estaba pasando en grande.

La idea de que una especie de supercracker lo hubiera elegido como blanco, en plan cazador cazado, le fascinaba.

Hacía meses que no se divertía tanto.

Hasta aquel momento, el teléfono no había cambiado de zona, lo cual quería decir que probablemente no se estaba moviendo. Ellis se levantó, fue hasta la ventana y recorrió las cortinas. Desde allí podía ver toda la zona de cobertura E17BG. La mayoría de los mapas representaba el sistema celular en forma de panal, hexágonos perfectos rodeados por otros seis hexágonos perfectos y así hasta el infinito. Pero, en realidad, las zonas no eran tan regulares. En una ciudad llena de colinas, valles y edificios altos, su forma se adaptaba a las irregularidades del terreno.

E17BG tenía forma de riñón. La cobertura la realizaba un transmisor de escasa potencia, de 320 grados, situado en la ladera de Telegraph Hill, y su perímetro se

extendía aproximadamente desde el pie de la colina hasta el primer edificio comercial alto del distrito financiero y desde la costa hasta Hyde Street.

Quince, tal vez veinte manzanas en total.

La antena del escáner Van Eck estaba en el trípode, a unos pasos de Ellis Hoile. A aquella hora, cuando la mayoría de los televisores y las pantallas de ordenador estaban apagados, sería fácil localizar a los pocos que siguieran funcionando.

Además, había hecho algunas modificaciones para ampliar el alcance del escáner y todavía no había tenido la oportunidad de probarlas. Si aquellos cambios funcionaban, podría llegar más allá de los límites del sector E17BG.

Con un poco de suerte, encontraría el edificio desde donde operaba Stoma.

Una vez que supiera dónde estaba el edificio, sabría la dirección de Stoma, probablemente también su nombre. ¿Y después? Tal vez un poco de hostigamiento bienintencionado, hachear al sujeto que *hackeaba* al *hacker*.

De todas formas, no era más que un juego.

Encendió el escáner y el monitor NEC y usó el mando a distancia para orientar la antena hacia la zona E17BG.

Ellis Hoile sabía que tenía que estar cansado. Pero no lo estaba. No podía recordar la última vez que se había sentido tan interesado por algo.

Estaba totalmente alerta, lleno de energía.

«Es solamente un juego», pensó.

Pero un juego cojonudo.

—No tienes que preocuparte —dijo Roberta Hudgins—, no le tengas miedo. Es un poco reservado, pero nada más. Solamente entrarás para utilizar su ordenador. Se lo pregunté y me dijo que sí, así que no te preocupes.

Su nieto de quince años, David Hudgins, estaba sentado a su lado en el taxi que habían cogido en la terminal TransBay y que les conducía a Telegraph Hill. David no dijo nada, pero parecía tener sus dudas. Roberta Hudgins también las tenía, pero no quería que David lo notara. No estaba segura de que Ellis Hoile se acordara de que iba a llevar a su nieto aquel día. Le había dicho hacía unos días que tenía un nieto que necesitaba practicar con ordenadores y le había preguntado si no le importaría dejar que David usara alguno de los suyos la próxima vez que ella tuviera que ir a limpiar.

«Sí, de acuerdo», había contestado Hoile.

Pero con él nunca se sabía. Nunca se podía estar segura de lo que aquel hombre recordaría de un día para otro o, peor aún, de lo que pensaba realmente de las cosas.

El taxi avanzaba con facilidad a través del tráfico del sábado por la mañana. Al poco estaban subiendo por la ladera de Telegraph Hill. Roberta Hudgins descubrió a su nieto arrancándose un pellejo de la uña del pulgar y le dio un manotazo.

—No hagas eso —dijo—. Y por favor, sé amable, pero no exageres. Contesta si te preguntan, pero no te pongas a hablar como una cotorra.

David era un chico listo. Tenía un buen expediente. Sobre todo destacaba en matemáticas y ciencias. Pero necesitaba algo de práctica con ordenadores. En el Instituto McClymonds los alumnos más aventajados pasaban tres horas semanales en la sala de informática. En realidad eran cincuenta minutos por clase y además compartiendo dos alumnos un mismo ordenador.

David necesitaba más de lo que el instituto podía ofrecerle. Todos los miembros de la junta de estudios lo admitían. En la mayoría de los buenos colegios, por lo que ella había oído, a los estudiantes de primer curso se les facilitaba un ordenador junto con los libros de texto, nada más comenzar el primer trimestre.

Si uno quería llegar a alguna parte, necesitaba aquellas máquinas. Eran el futuro. Y David no iba a perder ese tren... si ella podía evitarlo.

Por eso se lo había pedido a Ellis Hoile.

Tenía todos aquellos ordenadores allí y no podía usar más de uno a la vez, ¿verdad? Así que le había dicho: «Tengo un nieto que se vuelve loco por estas máquinas, ¿le importaría dejarle usar una la próxima vez que venga a trabajar?».

No le había resultado fácil pedírselo. No le gustaba pedir favores a las personas para las que trabajaba.

Le había contestado que bueno, que no había problema. Sin darle mayor importancia.

Pero con él... ¿quién podía estar seguro?

El taxi dobló por Tesla Street.

Cogió a su nieto de la mano.

«Tienes que llegar lejos —pensó—. Hasta la cima».

—Siéntate derecho —dijo en voz alta.

Ellis Hoile había trabajado con el videoescáner toda la noche y hasta bien entrada la mañana. Era un trabajo aburrido: mover la antena muy lentamente, detenerse para captar una señal cualquiera y seguir buscando al descubrir que no era la que le interesaba.

Después de un rato, el sol le daba en la cara. El trabajo se hacía cada vez más lento, conforme aumentaba la cantidad de televisores encendidos: las señales de la CNN y los dibujos animados se mezclaban con la conexión ocasional de cualquier adicto a America Online e Internet que quería empezar bien el día. Las pantallas de la ciudad se encendían otra vez. Pero él siguió con lo suyo.

El placer que sentía cuando trabajaba le había ayudado a pasar la noche en vela. En aquel momento sólo lo mantenía la fuerza de la costumbre. Programar le había enseñado que para terminar con éxito cualquier trabajo normalmente se necesita vencer el aburrimiento. El *software* más brillante no requiere tanto genialidad como una voluntad de hierro y una tenacidad constante.

Nunca se consigue nada sin perseverancia y esfuerzo.

Así que siguió adelante, con el sol en los ojos, la ciudad totalmente viva frente a él. Siguió manejando el mando a distancia, mirando alternativamente el monitor NEC y el paisaje de la ciudad. La antena seguía moviéndose. La tarea era tan mecánica como el trabajo en una cadena de montaje.

Percibió vagamente que alguien abría la puerta principal. No se volvió a mirar.

Porque el monitor estaba recibiendo otra señal. Esta vez no era un dibujo animado, ni la CNN.

Era una pantalla de ordenador, el listado de un directorio con siete nombres, con la tipografía característica del sistema IBM. Más abajo aparecieron estas líneas:

```
24 archivo(s) copiados
DESCONECTAR
DESCONEXIÓN A LAS 04.26,42
HORA DE CONEXIÓN 00.14,23
copy c:\cap\*.* b:
```

Se abrió la puerta.

Ellis Hoile fue rápidamente a su viejo ordenador. Todavía estaba funcionando.

Los listados de archivos que aparecían en la pantalla eran similares a los que el escáner estaba captando, los de una máquina que se encontraba en algún lugar más abajo de la colina. Continuaba con estas líneas:

Volvió al trípode. Aquello era importante.

Miró el extremo de la antena. Apuntaba a un edificio de viviendas situado más allá de North Beach, allá abajo, en la ladera de Russian Hill.

Tenía que ser en Union Street, a unas dos manzanas de Washington Square.

En aquel edificio se encontraba el ordenador que contenía los archivos copiados de su viejo 286.

Allí abajo estaba Stoma.

David se movía con nerviosismo mientras su abuela giraba la llave en la cerradura y decía:

—Buenas...

La habitación era enorme. En el centro había un hombre vuelto de espaldas. Ni siquiera se dio cuenta de que estaban allí.

—Buenas —volvió a decir la señora Hudgins, y esta vez el hombre se volvió.

Estaba de pie, bañado por la luz del sol. Murmuró:

—Nunca se sabe cuándo hay que esperar un milagro.

David no escuchaba. Estaba mirando embobado los cuatro ordenadores: un Power Mac 9500, un Pentium Linux, otro Pentium NT (David ni siquiera había visto antes aquellas máquinas, excepto en las revistas) y un viejo 286.

«El tío *Hardware*», así llamaba ya David para sí a aquel blanco chiflado.

Su abuela lo condujo al pie de las escaleras.

—Éste es mi nieto David —dijo.

—Ya, claro —contestó Ellis Hoile. Se acercó para saludarle y le tendió la mano. David se la estrechó.

—Ya le he hablado de él. Le pregunté si podía venir a practicar con los ordenadores...

—Por supuesto. Ven, David, te buscaré un sitio.

El tío *Hardware* parecía agotado.

Pero contento.

Sacó un 486 portátil para David.

¡Así que tenía cinco ordenadores! Y eso sin contar las cajas de las otras maravillas que había en las estanterías... David no podía apartar la vista de ellas. «¡Qué maravilla, tío *Hardware*!», pensó cuando vio el 486.

La abuela de David se quedó tras él, mirando. David no necesitaba darse la vuelta para saber lo contenta que estaba al ver lo bien que lo trataban.

El tío *Hardware* vio que David había llevado un disquete con un programa para catalogar música que había escrito en BASIC. El tío parecía agotado, pero eso no le impidió listar el programa, inspeccionarlo e indicar a David un par de lugares que admitían algunos ajustes, y después le dijo:



—No está mal. Vas bien encaminado.

David pensó que era todo un elogio.

Al tío *Hardware* se le cerraban los ojos. Parecía a punto de quedarse dormido.

—Estoy a punto de quedarme frito. Creo que lo mejor es que lo haga.

Cuando ya iba a salir, se dio la vuelta, buscó unos disquetes que había sobre la mesa y dijo:

—Aquí hay un par de juegos. Si te aburres, pruébalos. Le saqué un bichito a uno de ellos, pero ahora está limpio y el lenguaje utilizado es excelente. Después me dices lo que te parece.

Y se fue, directo a la cama.

Kate Lavin había vuelto a programar la reunión de producción para preparar el documental del jaguar (ella y tres más, el grupo que dirigía el proyecto) para las diez de la mañana del lunes.

Cynthia Frain, la ayudante de Kate, sería la productora desplazada al lugar de rodaje. Eso representaba un merecido ascenso en su carrera; además, su presencia en Belice ayudaría a Kate a controlar que el rodaje no resultara caro ni caótico.

Sandy Weil, una directora independiente, había hecho otros trabajos para Kate y sabía cómo trabajar con el tiempo justo.

Louis Markham sería el principal cámara. Formaba parte del personal del estudio, pero aquella mañana se estaba retrasando. Apareció finalmente a las once menos cuarto.

Era un hombre alto, con el pelo largo recogido en una coleta.

—Lo siento. Ya sabes cómo son las mañanas de los lunes —dijo y se sentó en la única silla que quedaba libre en el despacho de Kate.

Kate trató de abreviar. El tiempo límite estaba fijado y había que terminar el trabajo en noventa días. No podían permitir que se dispararan los gastos, pero había que hacerlo bien.

Cynthia y Sandy volarían a Belice dos días más tarde para preparar el terreno. Kate había conseguido una lista de contactos, incluyendo un guía que, supuestamente, sería capaz de encontrar un jaguar en la selva.

Louis se quedaría en San Francisco unos días, hasta que se decidiera cómo filmar al felino, de noche, en su hábitat.

Cuando terminó la exposición, Kate les dijo que aportaran ideas sobre la película y sobre la manera de enfocarla.

Siempre que fuera posible, intentarían volver a reunirse varias veces antes de empezar el documental y seguirían haciéndolo durante el rodaje.

Kate tenía una regla en aquellas reuniones: cualquier idea nueva merecía cinco minutos de reflexión antes de rebatirse. Era una manera de fomentar la creatividad.

Pero eso hacía que las reuniones se alargaran. Kate echó un vistazo al reloj.

11.22.

11.28.

«Un desconocido —pensó—. Nadie importante. Hace tres días ni siquiera sabía que existía. Y además, dentro de poco se habrá marchado».

11.36.

11.40... y la Puerta Tres estaba a cinco minutos en coche. Se levantó y dijo:

—Lo tenéis todo controlado, ¿verdad?

Todos la miraron con cara de sorpresa. Kate nunca se iba en mitad de una reunión.

—¿Te vas? —dijo Cynthia. Sabía que Kate no tenía nada programado para aquel

día.

—Voy a salir un rato.

«No hay razón para ser más explícita», pensó; después de todo, era la jefa.

—Si cuando vuelva os habéis marchado, os deseo buen viaje. Tomaos el resto del día libre... y todo el día de mañana. Quiero que estéis en forma cuando lleguéis allí. Si necesitáis cualquier cosa, llamadme.

Louis Markham comentó:

—He pensado llamar a Ellis para preguntarle cuál es la mejor forma de filmar al felino de noche. A ver si se le ocurre algo.

Unos días antes Kate Lavin hubiera dicho: «Claro, hazlo ahora mismo». Le hubiera gustado la idea de ver a Ellis ocupado en algo útil.

Pero recordó que estaba tratando de romper con Ellis. Tenerlo cerca otra vez no sería lo mejor.

—Ellis ya no trabaja aquí —dijo.

—Ya lo sé, por eso te lo he preguntado.

—¿Por qué quieres meter a Ellis en esto? Es a ti a quien pago por hacer este trabajo.

—Ellis es más inteligente que yo —dijo Louis Markham.

«Eso no lo puedo negar», pensó Kate Lavin. Y se acordó de que el margen de tiempo era muy escaso. No estaría mal algo de ayuda.

—De acuerdo —dijo y añadió—: Pero asegúrate de que reciba un cheque. A partir de ahora es como cualquier otro empleado que contratemos.

Y se fue, deteniéndose lo justo para mirarse un momento en el espejo antes de dirigirse al coche.

Bajó la capota del Miata. Hacía un día raro. Salió del aparcamiento y entró en Bridgeway, la avenida de la costa.

Su reloj marcaba las 11.45.

El tráfico era denso en Bridgeway. Había turistas, malditos turistas por todas partes.

A las 11.51 entraba en el aparcamiento de la Puerta Tres.

Y él estaba allí, apoyado contra un poste en la entrada del muelle, leyendo un libro de bolsillo, en vaqueros y con un jersey de cuello alto. Se fue acercando lentamente a él. Se paró y mantuvo el motor en marcha.

Él levantó la vista del libro.

Una sonrisa fácil. Dientes blancos, pelo revuelto, hombros anchos.

No pudo evitarlo, parecía «brillar» a la luz del sol.

Se levantó y anduvo despacio hacia el coche. Kate pudo echar un vistazo al libro antes de que el hombre se lo metiera en el bolsillo de la cazadora.

Poesía. William Carlos Williams.

«Joder —pensó—. Está como un tren... y encima lee».

—Lo siento —dijo—. No he podido escaparme antes. Sé que llego tarde.

—Ah, ¿sí? —dijo el hombre—. No llevo reloj. Me lo habré olvidado en alguna parte.

Subió al coche y se sentó a su lado.

Sin reloj. ¿Cómo se puede vivir sin reloj?

Se dio cuenta de que unos minutos más o menos no tienen importancia cuando se viaja a cinco nudos.

Kate Lavin siempre estaba pensando en el tiempo. Podía recordar cientos de discusiones en la cabina de montaje para decidir si se debía incluir un fotograma más en una secuencia: fotogramas cuya duración era de tres centésimas de segundo.

«No me extraña que se mueva con tanta tranquilidad», pensó.

Aquel hombre tenía algo que enseñarle. Lo había estado pensando durante el día anterior.

Volvió a entrar en Bridgeway y giró otra vez hacia el norte. Iba a llevarlo a un restaurante del puerto de Tiburón.

Las luces de los frenos se encendían en los coches de delante. Kate dio un frenazo y el Miata se paró bruscamente en un semáforo. Unos segundos después, en tono fingidamente indiferente, preguntó:

—¿Qué ha pasado con el motor?

—Lo he cambiado por uno nuevo esta mañana. Supongo que me lo mandarán hoy o mañana.

—¿Y cuándo tienes planeado marcharte a México?

—En realidad no era un plan —contestó—. Era una declaración de principios.

Se volvió a mirarlo.

—¿Qué demonios quiere decir eso? —preguntó.

Él la miró por el rabillo del ojo.

—Quiere decir que no pienso ir a ninguna parte por ahora.

Los coches empezaron a moverse de nuevo. Ella asintió con la cabeza y soltó el embrague. El Miata avanzó rápidamente.

Roberta Hudgins le decía a su nieto:

—David, hijo, tenemos que irnos.

Su nieto se levantó de la silla a regañadientes y se estiró para apagar el ordenador portátil que había estado usando durante las últimas cuatro horas y media.

En aquel momento Ellis Hoile salió del dormitorio. Sus ojos estaban un poco rojos todavía, pero tenía mejor aspecto que cuando habían llegado.

Fue directo hacia el portátil, lo cerró y lo extendió hacia David.

Éste retrocedió.

—¿Qué...?

—Es tuyo.

David dio otro paso atrás. Como si la máquina tuviera algo contagioso.

—No —dijo—. No, lo siento, no puedo aceptarlo.

—¿Cómo que no? Seguro que lo usarás más que yo.

—No, gracias, pero no.

—¿No te ha gustado?

A David le encantaba. En el instituto usaban un viejo XT y un Apple II, que no estaban mal, pero un 486 como aquél enviciaba para toda la vida... La rapidez con que trabajaba era por lo menos diez veces mayor que la de un XT.

Claro que quería aquel ordenador. Pero ya imaginaba cómo reaccionaría su abuela si tardaba en decir que no.

—Ya tenía pensado regalártelo —dijo Ellis Hoile—. Lo tenía listo para ti. Hasta le había cargado el *software*.

El tío estaba... ¿Qué estaba haciendo?... Estaba sacando unos manuales del escritorio e introduciéndolos en una bolsa de plástico. Así que no era mentira... Realmente había planeado dárselo.

David pensó que era más organizado de lo que parecía.

—No —dijo.

Su abuela estaba detrás de él, cambiando el peso del cuerpo de una pierna a otra. «Está perdiendo la paciencia», pensó.

—Lo necesitas —le dijo Roberta.

Al principio, David pensó que su abuela se dirigía a Ellis Hoile. Pero era absurdo. Cualquiera podía darse cuenta de que lo último que necesitaba el tío *Hardware* era otro ordenador.

Y entonces David se dio cuenta de que se lo estaba diciendo a él.

—Te será muy útil —siguió diciendo. Se dirigió a Ellis Hoile, con toda seguridad esta vez, porque David la estaba mirando—: ¿Podríamos considerarlo un préstamo? ¿Un préstamo a largo plazo?

—Como usted quiera —dijo Ellis Hoile y volvió a tratar de poner la máquina en las manos de David.

David miró a su abuela. Ella asintió con firmeza. Y él cogió el portátil a toda velocidad.

—Se lo devolveremos —dijo ella.

—Lo sé. Pero no creo que lo necesite durante mucho tiempo.

—Es usted muy amable.

Ellis puso la bolsa de plástico en la otra mano de David y le metió un módem, con cables y todo, antes de que pudiera apartarla.

—Que te diviertas.

—Lo haré. Se lo aseguro.

—David... —dijo la abuela.

Y el chico, captando el tono, añadió:

—Gracias. Muchas gracias.

Ellis Hoile se encogió de hombros y sonrió levemente.

—Por cierto, ¿has probado algún juego?

—Sí, el que se llama PRUEBA.

—Ése era el que te decía antes.

—Sólo he jugado unos minutos. Es un juego de los que recrean el movimiento de los personajes. Me gustan mucho esos juegos. Hace que uno se meta realmente en la acción. Y los gráficos son fantásticos, tanto los dibujos como el fondo. Los movimientos son muy suaves. No sé cómo funcionaría en una máquina más lenta, pero en un 486 va fenomenal. Seguramente puede usarse con tarjeta de sonido. No dice nada, pero ésa es la sensación que me dio.

—Así que te gustó.

—No, en realidad no.

—¿Y cuál es el problema?

David se mordió el labio antes de contestar. Parecía estar midiendo sus palabras, como si le costara decirlo. Finalmente dijo:

—Da miedo.

Cuando se quedó solo de nuevo, Ellis Hoile se acercó a comprobar el videoespía. El monitor estaba en blanco. Pensó que la señora Hudgins habría movido la antena mientras limpiaba; pero cuando rastreó todo el edificio de viviendas no encontró ninguna pantalla de ordenador encendida. Seguramente Stoma había apagado el monitor en las últimas horas.

Recordó que Kate tenía unos prismáticos para mirar el puerto. Buscó en la habitación durante un par de minutos y los encontró en un armario.

Los llevó a la ventana y observó el edificio de viviendas de Union Street. Era un edificio blanco de tres plantas y cuatro ventanas por planta en la fachada que daba a la calle.

Ellis quería estar seguro de poder encontrarlo de nuevo, desde la calle.

Fue hasta el primer piso, al vestíbulo de entrada. Salió y echó a andar colina abajo, sintiendo el sol en la piel y la brisa en el rostro.

Cruzó Kearney Street y bajó por Filbert. Pasó junto a la iglesia (se llamaba San Pedro y San Pablo y estaban celebrando una boda), luego atravesó el pequeño parque de Washington Square, donde los chicos se subían a los columpios y se revolcaban en la arena.

Le habría gustado ir por algún camino que no le recordara sus paseos con Kate. Pero no se le ocurría ni una manzana de Northbeach que no hubieran recorrido juntos cientos de veces.

Solían pasear colina abajo y después buscaban un lugar para tomar algo a media mañana, una panadería, como aquella, por ejemplo, de Columbus Avenue... Habían estado allí muchas veces, tantas que no podía contarlas.

Habían pasado juntos más de la mitad de su vida. Para Ellis Hoile, San Francisco y Marin County estaban llenos de lugares que le hacían daño, lugares en los que él y Kate tenían un pasado como pareja.

El año anterior Ellis había redecorado la casa, la había adaptado a sus propios gustos para no recordarla como el lugar donde habían vivido juntos, el lugar en el que se habían amado. Pero no podía cambiar el mundo exterior. Ni siquiera podía parar el dolor que sentía cuando pensaba en ella...

Por fin consiguió mitigarlo. Había vencido el dolor muchas otras veces. Era un dolor persistente, pero él también lo era.

Anduvo por Columbus, cruzó la calle y se encontró en el cruce con Union Street.

Dos manzanas más por Union, colina arriba, hasta Russian Hill. Le resultó muy fácil encontrar el edificio blanco.

Como la mayoría de las casas de aquel barrio, el edificio llegaba hasta la acera. Los buzones y los timbres estaban junto a la puerta principal, que era de cristales. Había doce, cuatro por planta.

A un lado del edificio había una pequeña entrada de vehículos. Ellis Hoile la

recorrió y vio que daba a un callejón paralelo a Union Street, cuya longitud era similar a la de la manzana. Ya en la parte posterior, protegida por un techo, había una fila de plazas de aparcamiento marcadas con los números de los pisos.

También había un espacio ocupado por un gran contenedor de basura que estaba debajo de una especie de tobogán.

Ellis Hoile fue al contenedor y miró lo que había dentro. Estaba lleno hasta más de la mitad. Dedujo que el tobogán se dividía y llegaba a todos los pisos. Por allí tiraban la basura los doce inquilinos.

Ellis Hoile estaba a punto de hacer algo que había hecho muy a menudo hacía ya muchos años. Se cogió del borde del contenedor, tomó impulso y se metió entre la basura.

En su época de adolescente había rebuscado en la basura muchas veces. Los desperdicios que había en los edificios de las compañías telefónicas eran especialmente útiles. Había manuales técnicos y listados que contenían los resultados de las pruebas realizadas con nuevos equipos; las claves para acceder a todo el sistema telefónico si se sabía qué hacer con ellas.

Había llegado a disfrutar zambulléndose en los vertederos cuando se dio cuenta de las cosas que tiraba la gente.

Se arrodilló dentro del contenedor, cuidándose de mantenerse lejos del tobogán, y comenzó a abrir las bolsas, vaciando el contenido en un rincón. En su mayoría, estaban llenas de papel, latas y botellas. También encontró una vieja silla plegable.

El contenedor no estaba demasiado sucio; seguramente, los fregaderos de las cocinas tenían un conducto para eliminar los desperdicios orgánicos, pero echó de menos unos guantes. Cuando era joven y hacía aquellas cosas constantemente, nunca salía de su casa sin un par en el bolsillo.

Una de las bolsas, verde y grande, le pareció más pesada que las demás. Cuando la abrió, encontró un montón de revistas. En las etiquetas ponía C. Hartmundt, 1.º A.

C. Hartmundt estaba suscrito a *Byte*, *Computer Shopper* y *PC Graphics and Video*. Todas eran revistas generales. Descubrió también otras tres revistas especializadas que él también leía: *Dr. Dobb's Journal*, una revista mensual para programadores de DOS; *Morph's Outpost*, para creadores de software; *IEEE Spectrum*, otra revista mensual, para ingenieros electrónicos.

Pero aquellas revistas tan técnicas no probaban que C. Hartmundt fuera Stoma. Últimamente San Francisco era para los especialistas en multimedia como Los Ángeles para los guionistas de cine. Dabas una patada a un árbol y caían cuatro o cinco.

Ellis Hoile puso las revistas a un lado y siguió examinando la bolsa.

C. Hartmundt también recibía el boletín informativo de un grupo de apoyo a los enfermos de esclerosis múltiple.

Y un catálogo médico sobre sillas de ruedas y aparatos ortopédicos.

Y una factura de teléfono... no, dos facturas de teléfono a nombre de Christian



Willem Hartmundt, donde figuraba sólo la tarifa mínima del mes de marzo y un cargo extra en ambas por otro número de teléfono que no constaba.

Los números estaban impresos en la factura y Ellis Hoile se guardó el papel en el bolsillo.

Permaneció en el contenedor durante otros veinte minutos. Desde fuera no lo podían ver. Siguió abriendo bolsas, pero no encontró nada interesante.

Salió del contenedor. Recorrió el aparcamiento hasta el final. El espacio reservado al piso 1.º A estaba vacío. En la pared del fondo había un cartel indicador de aparcamiento para discapacitados.

Volvió a la entrada principal del edificio.

C. Hartmundt era el nombre del buzón del 1.º A.

A través del cristal, Ellis Hoile vio que el 1.º A correspondía a la primera puerta de la izquierda.

Cuando llegó a la esquina del edificio, descubrió que la ventana del 1.º A que daba a la fachada principal estaba a unos dos metros de altura; demasiado alta para echar un vistazo sin llamar la atención.

De todas formas, las cortinas estaban corridas. Había otra persona que pensaba que la luz del sol es sólo un brillo molesto en la pantalla del ordenador.

En la fachada lateral del edificio había otra ventana que tenía que ser de la misma vivienda. También quedaba un poco por encima de sus ojos. Volvió al contenedor, sacó la silla plegable, la abrió, la llevó de nuevo hasta la ventana lateral y se subió a ella.

Nadie lo vio ni gritó para que no mirase.

Era la ventana del cuarto de baño. Las persianas de listones estaban bajadas, pero las rendijas le permitían espiar el interior.

La puerta estaba medio abierta. Ellis Hoile miró hacia la habitación principal.

Había dos ordenadores sobre una mesa. Un Mac y un PC. Los monitores estaban apagados.

Pero junto al PC, conectado con un cable de transmisión de datos, había un teléfono negro con una antena de goma. Un teléfono móvil.

Cuando volvió a Tesla Street, en Telegraph Hill, Ellis Hoile volvió a correr las cortinas.

Se sentó frente a uno de los ordenadores y cogió uno de los disquetes que había dejado David Hudgins sobre la mesa.

Conque daba miedo, ¿eh?

Lo copió en un disco duro y abrió el programa.

La pantalla parpadeó y se fue poniendo negra.

Se encontró en una pasarela de acero...

Stephen Leviste no tenía clase aquel lunes. Había reunión de profesores. Así que disponía de otro día entero para jugar con PRUEBA.

Había conseguido pasar siete niveles del laberinto, evitando siempre al homicida al acecho. Esta vez, tras colarse por un agujero que había encontrado en el suelo, se encontraba en una pasarela de acero.

Era la primera vez que veía la pasarela. No aparecía en la presentación del juego que había recibido, ya que aquella versión era única, modificada en exclusiva para él.

Aquel nuevo nivel era diferente. No era un laberinto sino una sala grande y abierta, cruzada por la pasarela. Presentía que el juego estaba a punto de llegar a su momento cumbre.

Y tenía razón.

Se dirigió hacia un extremo de la pasarela y descubrió una jaula de alambre que protegía una plataforma de hormigón. La jaula tenía una puerta, pero no pudo abrirla. Así que volvió hasta el otro extremo del pasadizo. Estaba abierto. No tenía barandilla.

Stephen saltó y aterrizó de pie.

Se movió por la sala: un lugar vacío, monótono, aunque en el otro extremo pudo distinguir una puerta pintada de rojo, al final de una de las paredes.

Se encaminó hacia ella. Cuando llegó a su lado se detuvo. En PRUEBA era muy frecuente que el asesino sin rostro estuviese esperando tras una puerta de aspecto inocente. Pero era la única salida.

Pulsó el ratón después de colocar el puntero sobre la puerta y su mano virtual giró el pomo. La puerta se abrió de golpe.

Una imagen bucólica de árboles y verdes campos en un día soleado le dio la bienvenida. Estaba fuera del laberinto. Había ganado el juego.

Empujó el ratón y su yo virtual dio un paso hacia la libertad.

Entonces cambió la pantalla.

Apareció un mensaje escrito:

Saludos y enhorabuena, Joyboy.

Has completado el recorrido...

Estás ya cualificado para entrar a formar parte del más exclusivo, acojonante y fabuloso grupo de hackers, crackers y phreakers...

EL ABISMO DEL MAESTRO DE LAS SOMBRAS.

Nada de ineptos, ignorantes y principiantes.

Aquí hay que ser De Verdad.

Pocos son los llamados y menos aún los escogidos.

Tus actividades han llamado la atención de

nuestros miembros. (Sí, estamos por ahí, a tu alrededor, ¡te conocemos! ¡Sabemos que existes!).

Si has llegado hasta aquí, has demostrado que no eres un perdedor total y absoluto.

Sin embargo, todavía no has sacado la espada de la piedra.

El próximo paso es mucho más difícil.

Puedes llegar a ser miembro pleno de

EL ABISMO DEL MAESTRO DE LAS SOMBRAS si apruebas un examen on line de admisión (no, no contengas el aliento).

Contesta a las veinte preguntas siguientes.

¿ESTÁS PREPARADO?

El cursor parpadeaba en el monitor de Stephen Leviste mientras el muchacho asimilaba el mensaje, que se desvaneció y fue reemplazado por estas líneas:

Si por el motivo que fuere titubeas, tal vez sea mejor que nos olvidemos de todo.

Sólo te quedan diez segundos. ¿Quieres seguir adelante?

Stephen apretó la tecla S. La máquina contestó:

Fantástico.

Escribe tu alias y tu teléfono.

Stephen obedeció. El programa siguió adelante:

¿Eres capaz de conectar el módem, oh Alma Desamparada?

Stephen encendió el módem y lo enchufó a la línea telefónica.

Se dio cuenta de que alguien había visto sus mensajes *on line* y pensado que tenía aptitudes, y por eso le había enviado el juego.

PRUEBA era una especie de examen para descartar a los ignorantes.

Un filtro de gárrulos.

«Guay del Paraguay», pensó Stephen Leviste mientras PRUEBA ponía en marcha el módem automáticamente y empezaba a marcar.

La llamada conectó con el ordenador de Corwin Sturmer, en el apartamento situado en un sótano de la Décima Avenida.

El asesino había descubierto el verdadero nombre de Joyboy leyendo sus mensajes en varios servicios *on line* de la zona de la bahía, muchos de los cuales estaban dirigidos por *cyberpunks* y monopolizados por jóvenes con edades que iban desde la adolescencia hasta los veinticinco años.

No había ningún número de teléfono ni dirección a su nombre en la zona de la bahía, y Stephen Leviste no aparecía en las guías de las universidades locales. Esto sugería que tal vez Joyboy viviera en casa de sus padres y usara su número de teléfono. Así que había mandado copias del disquete con el juego a todas las direcciones de la zona donde figuraba el apellido Leviste.

Suponía que sólo el Stephen Leviste que buscaba sabría qué hacer con el programa. Y como imaginaba que seguramente no tendría conectado el módem permanentemente (por lo que el demonio metido en el Caballo de Troya no podría hacer su trabajo), el asesino había modificado ligeramente el juego y reconfigurado el demonio para que Joyboy se conectara él mismo.

Cuando se produjo la conexión, el demonio puso en marcha un programa de ejecución automática que el asesino había escrito para cuando llegara aquel momento.

Envió el siguiente mensaje:

```
    Bienvenido, Joyboy. ¿Estás listo para jugar a LAS  
    20 PREGUNTAS?
```

Stephen Leviste tecleó:

```
    S
```

La primera pregunta apareció inmediatamente en su monitor:

```
    Pregunta 1: Definir MTMF.
```

Stephen Leviste escribió:

```
    ¿Bromeas? MTMF... ¿No sabes hacerlo mejor?
```

El ordenador exigió una respuesta:

Definir MTMF.

Stephen Leviste dejó de hacer el indio y contestó:

>Marcar Tonos de MultiFrecuencia. Pulsar teclas de un teléfono.

Bien. Pregunta 2...

Los dedos de Stephen Leviste bailaban sobre el teclado mientras contestaba las siguientes preguntas. Escribía las respuestas tan rápidamente como el Maestro de las Sombras hacía las preguntas. Era invencible. Estaba totalmente convencido de su éxito. El Maestro de las Sombras se vería obligado a abrirle las puertas.

Pregunta 18: Especificar el par de frecuencias del botón 9 del teclado numérico.

>852 Hz + 1477 Hz

Pregunta 19: Has conectado con un sistema desconocido que te muestra el prompt «ER!». ¿Qué has encontrado?

>Una supermáquina o un supermini ejecutando programas de acceso restringido. Difícil de entrar sin clave de usuario.

Pregunta 20: Especificar el procedimiento textual que origina el prompt de solicitud de datos.

>getty

Enhorabuena. Impresionante. El auténtico Maestro de las Sombras admite a Joyboy en su Abismo. Se te ordena que entres en Comunicaciones Verba esta noche a las 8 p. m. para más datos. ¡Te espera una aventura!

La llamada se desconectó.

Stephen Leviste leyó el mensaje por segunda vez. Y por tercera.

Estaba con los buenos.

Stephen Leviste dijo a sus padres que estaría ocupado en su habitación toda la tarde.

Deberes, dijo, tenía que hacer montones de deberes.

Se conectó con Verba a las 7.45. Un minuto después apareció una línea en la parte inferior de la pantalla:

```
El Maestro de las Sombras propone una charla por canal privado.
```

Se conectaron en pocos segundos. El Maestro de las Sombras escribió:

```
Estás impaciente.
```

Stephen contestó:

```
>¿Por qué no? Cumplo los requisitos.
```

```
¿Qué traes al Abismo?
```

El Maestro de las Sombras quería saber primero qué podía ofrecer el recién llegado. Stephen respondió:

```
>Tengo cinco codex vírgenes.
```

El Maestro de las Sombras contestó con rapidez:

```
Los codex son útiles donde correspondan. Pero son irrelevantes cuando has rastreado contraseñas de acceso a una terminal del departamento de informática de Stanford.
```

La forma más directa para colarse en una red de ordenadores remotos era robar contraseñas válidas. Un programa de rastreo recogía las contraseñas que los usuarios introducían en una terminal y las convertía en un archivo que se recuperaba, y usaba, más tarde.

Cualquier contraseña válida que se conseguía podía resultar útil, pero los accesos a la máquina del departamento de informática de una universidad podían comportar

grandes ventajas ante un sistema realmente interesante.

Stephen escribió:

>¿Puedes hacer eso?

Y la respuesta fue:

No dudes del Maestro de las Sombras.

Sin embargo, si necesitas convencerte de su autenticidad, puedes acompañarlo a la citada terminal y probar tú mismo.

«Qué fuerte», pensó Stephen Leviste. Una contraseña para entrar en Stanford no sólo le daría la oportunidad de explorar un gran sistema. Una vez que estuviera dentro, podría llegar a miles de otras máquinas conectadas a él por medio de Internet.

Escribió:

>¡Genial!

El Maestro de las Sombras contestó:

Así es. ¿Quieres intentarlo?

>¿Cuándo?

Esta noche. A las doce.

Joyboy tardó en contestar. El cursor hizo una pausa. Estuvo parpadeando hasta que el Maestro de las Sombras escribió:

¿Algún problema?

>Es tarde.

La mejor hora para un auténtico phreaker. Menos ojos curioseando. Pero si estás poco motivado...

>Allí estaré.

Te recogeré y nos meteremos juntos. Vives cerca del centro comercial Serramonte, ¿verdad?

>¿Cómo lo sabes?



El Maestro de las Sombras lo sabe todo. Quedamos en la parte este de Serramonte. Frente a Denny's.

>Que sea a las 0.30. Cuanto más tarde, mejor.

>¿Y cómo te reconoceré?

No temas... El Maestro de las Sombras te reconocerá a \*ti\*.

>¿Puedo preguntar cómo?

Supongo que serás el único phreaker que habrá frente a Denny's a las 0.30 y que responda al nombre de Joyboy. Es una forma educada de decirte que no lles a ningún amigo. El Maestro de las Sombras no tiene tiempo para inútiles. Si veo a dos personas no volverás a saber de mí. ¿Comprendido?

>Sí.

Espero que no te lo pierdas. No creo que vuelvas a tener una oportunidad como ésta.

Ellis Hoile estaba acorralado en un rincón.

El ogro gigante avanzaba hacia él con... ¿qué era esta vez? ¡La leche!, un bate de béisbol.

No había forma de escapar, no tenía con qué defenderse, no había armas para repeler el ataque. Ellis Hoile esperó los golpes.

Y llegó el primero, con dos manos, pero no dirigido a la cabeza de Ellis Hoile, sino a media altura.

¡Zamp!, se oyó por los altavoces conectados a la tarjeta de sonido del ordenador. Casi se podía oír el crujir de huesos.

El ogro sin rostro levantó otra vez el bate. El siguiente golpe apuntó a la cabeza y acertó. La pantalla se oscureció.

Siempre terminaba igual.

Y allí estaba otra vez el mensaje:

`¿Quieres probar otra vez?`

Incapaz de resistir la tentación, Ellis Hoile escribió:

S

Una vez más se encontraba en la maldita pasarela de acero.

Estaba jugando en un ordenador que había cerca de la ventana. De vez en cuando, cogía los prismáticos y echaba un vistazo al edificio de Russian Hill para ver si entraba o salía alguna persona discapacitada. También de vez en cuando ajustaba mínimamente la antena del videoescáner intentando recibir la imagen de algún monitor situado en el primer piso.

Pero no captaba nada. El monitor estaba completamente en blanco. Si Christian Willem Hartmundt se encontraba en casa, no usaba los ordenadores.

Cuando se cansó de jugar, Ellis Hoile manipuló un rato el código original del programa tratando de encontrar una subrutina que permitiera un final distinto, un final que no terminara necesariamente con la muerte del jugador. Tenía que haber un camino secreto que permitiera escapar del laberinto, un enfoque más positivo, una solución más alegre.

Nadie, pensaba Ellis, crearía deliberadamente un juego sin una sola puerta secreta de salida, un juego en el que no se pudiera ganar.

Nadie podía ser tan retorcido.

El asesino estaba convencido de que nunca conseguirían atraparlo. Era intocable. Operaba en un territorio que estaba más allá del alcance de la ley y el castigo.

Exceptuando el momento del secuestro y el asesinato, sus crímenes existían sólo en un plano que, aunque se superponía al mundo físico, era invisible, intangible, efímero. Un lugar inaccesible para la policía.

El asesino conocía los métodos policiales y los tenía en cuenta. Sabía que los modelos de conducta de los asesinos pueden aportar pistas sobre su carácter, por lo que variaba su manera de ejecutar cada asesinato, añadiendo deliberadamente detalles estafalarios, no por placer, sino para despistar a la policía.

Por ejemplo, despellejar la cara de una víctima... «Dejemos que se entretengan un rato con eso», había pensado.

De todas formas, no creía que realmente fuera necesario aquel tipo de subterfugios. No mientras planeara sus crímenes y seleccionara a sus víctimas en un mundo en el que las distancias no significaban nada y además se podía cambiar de identidad.

En ese mundo se movía con facilidad y no dejaba huellas. Era el maestro. Él y algunos otros conocían perfectamente las reglas, los métodos, la técnica. Para él, el dominio digital era simultáneamente un arma y una forma de camuflaje.

Su forma de citarse con Joyboy era una prueba de ello. El asesino no recordaba que hubiera un restaurante Denny's al este del centro comercial Serramonte. Pero sabía que estaba allí.

Lo podía ver en la pantalla de cristal líquido del ordenador portátil que tenía en sus rodillas.

La pantalla mostraba un mapa de la zona cercana al centro comercial. No sólo indicaba los nombres de las calles, sino también la situación de cada casa y cada comercio que tuviera un número de teléfono. Un pequeño punto rojo parpadeaba al este de la calle. En un recuadro situado en la parte inferior de la pantalla se podía leer el teléfono y la dirección del restaurante Denny's.

Tras teclear unas órdenes, el mapa mostró la calle de Pacífica donde vivía Joyboy. El asesino sabía su nombre, su dirección y el lugar al que había prometido ir después de medianoche.

Lo había conseguido de la siguiente manera: el demonio que había en el ordenador de Stephen Leviste había transmitido el número de teléfono por el que se había comunicado. El asesino había buscado el número en una base de datos que contenía los números de teléfono de la zona de la bahía. La base de datos, almacenada en un disco óptico conectado al ordenador portátil, le había facilitado la dirección correspondiente a aquel teléfono.

Los listados de teléfonos y direcciones estaban asociados al mapa de la bahía de San Francisco, que también se encontraba en el disco óptico. Además de realizar la

búsqueda a partir del teléfono, la base de datos tenía la capacidad de funcionar al revés: dada una dirección concreta, mostraba todos los nombres y teléfonos de la misma.

Tanto los mapas digitalizados como los listados telefónicos se conseguían fácilmente en las tiendas de *software*. Lo único que había hecho el asesino era asociar los datos de ambos programas.

Había sido un trabajo fácil.

Había también bases de datos mucho más completas disponibles en el mercado: registros públicos de nacimientos y defunciones, matrimonios y divorcios, quiebras, transacciones inmobiliarias o notificaciones postales. Si el asesino quería, podía perfectamente asociar todos estos datos al mapa de direcciones.

Los números telefónicos que no aparecían en la guía, los registros de tarjetas de crédito, los archivos de antecedentes penales y de tráfico o los registros de vehículos eran informaciones a las que teóricamente no tenía acceso el público, pero los usuarios de ordenadores con conocimientos suficientes podían llegar a entrar en ellos. Lo mismo pasaba con las enormes bases de datos que poseen las compañías de crédito.

Toda esa información podía relacionarse de manera que un investigador pudiera, a partir de un nombre y una dirección, llegar a reunir un informe completo sobre un desconocido y su familia, sus compañeros de trabajo y sus vecinos.

Sin embargo, el verdadero filón de la información digital está en los ordenadores de la administración nacional y regional: expedientes fiscales, expedientes militares, listas del censo y archivos de la seguridad social y de la asistencia pública.

Desde hacía varios años existían métodos para relacionar aquellos ficheros y también el *software* informático necesario para hacer búsquedas y agruparlos.

Eran herramientas con un poder inimaginable, increíble.

En teoría, era ilegal ese tipo de manipulación de datos. Pero el asesino opinaba que, dado que eran los seres humanos quienes administraban tanto las leyes como los datos, los instrumentos para controlar a los ciudadanos estaban a merced de criaturas cuyos instintos en realidad no habían cambiado mucho en los últimos diez mil años.

La idea de que los que estaban en el poder no fueran a usar aquellas herramientas para su propio beneficio le parecía ridícula... Lo harían antes o después.

Los seres humanos siempre utilizan las herramientas que tienen a su disposición. Y lo hacen en beneficio propio, para satisfacer sus deseos y necesidades; es inevitable.

Exactamente igual que él.

Invadir la vida privada de alguien, entrometerse de esa manera, era tan emocionante como el hecho de matar. Usando las herramientas digitales que conocía a la perfección, su propio ingenio y su astucia, el asesino se había infiltrado fatalmente en las vidas de Petimaître, Porcia y Chaz. Había llegado a conocerlos íntimamente.

Joyboy había supuesto sólo un desafío, le había bastado un poco de ingenio.

Ziggy había sido la más fácil.

Y estaba Avatar que, de momento, era inaccesible. Debía de ser alguien con unos conocimientos similares a los suyos.

Allí estaba su alias, por ejemplo.

Según la creencia hindú, un Avatar es la reencarnación física de una divinidad.

En los sistemas operativos de base textual (Unix), el término Avatar se suele utilizar para nombrar a los usuarios con grandes privilegios, los superusuarios, los dioses del sistema.

Y la rama de la informática conocida como «Realidad Virtual» utiliza este término para describir la imagen generada por ordenador de una persona o de un objeto.

Es decir: un avatar es algo que parece real pero no lo es. Un doble, un espejismo.

Al asesino le gustaba la idea. La posibilidad de que Avatar fuera también un experto le parecía emocionante y tentadora.

Darían sabor a la cacería.

Pero no cambiaría el resultado.

Medianoche.

Stephen Leviste saltó por la ventana de su dormitorio y cayó sobre las tejas de madera de la marquesina que había más abajo.

Pasaban unos minutos de las doce. Las últimas luces de la casa se habían apagado hacía unos quince minutos, primero en la habitación de su hermana y después en el dormitorio de sus padres.

La marquesina sobresalía unos dos metros del porche que había a un lado de la casa. Stephen caminó despacio, sin esforzarse, por la pendiente roja: era pequeño, sí, pero ágil; y no tenía miedo a las alturas. Se descolgó por el poste que había en uno de los extremos de la fachada, apoyándose en los tacos de madera que utilizaba su madre para colgar macetas.

Tocó la barandilla del porche con los pies y se dejó caer al suelo. El ruido hizo que el terrier de los vecinos se pusiera a ladrar.

«Por favor, cállate», pensó Stephen. No quería ni imaginarse el lío en que se metería si sus padres se daban cuenta de su aventura. En el caso de que descubrieran la cama vacía, había dejado una nota sobre la almohada:

Me he ido a dar una vuelta en bici. Estoy bien.  
No os preocupéis.  
Besos, Stevie.

La idea era que no se pusieran histéricos ni llamaran inmediatamente a la policía.

Anduvo con la bicicleta alrededor de la casa. El perro ladró un par de veces más y se calló. Stephen Leviste se subió a la bicicleta y empezó a pedalear. Tenía un aspecto frágil con aquellos vaqueros que le quedaban grandes y la camiseta de Batman. Pedaleaba a toda velocidad, calle abajo, por la ciudad silenciosa.

Cuando llegó a Denny's, el reloj que había detrás del mostrador marcaba las 12.24. Encadenó la bicicleta a un poste de la luz y se quedó esperando en la acera. Había poco tráfico, hacía ya dos horas y media que había cerrado la galería comercial y tuvo tiempo de fijarse en todos los coches que pasaban, ver si se paraban en el restaurante o pasaban de largo.

Al cabo de un buen rato, se acercó de nuevo a mirar la hora. 12.43.

Volvió a la acera. Se cansó de mirar a los coches. Mantuvo la cabeza baja, observando las grietas del suelo y moviéndose de un lado a otro.

Eran las 12.57 cuando volvió a pegar la cara contra el cristal del restaurante. Se dijo que esperaría tres minutos más. Si el Maestro de las Sombras tardaba más de media hora en llegar, lo lógico era pensar que no acudiría.

Pensó que le habían tomado el pelo.

A la una y cinco, abrió el candado de la bicicleta y enroscó la cadena bajo el sillín. Seguramente, el Maestro de las Sombras se estaría riendo de él en alguna parte. Lo único que no tenía sentido era que alguien se hubiera tomado todas aquellas molestias (crear el programa, mandarle los disquetes, supervisar el cuestionario) para burlarse de un niño de doce años. Era una locura.

«Pero el mundo está lleno de locos», pensó. Dio media vuelta y empezó a pedalear hacia su casa.

Mientras Joyboy iba colina arriba, el asesino daba cuenta de una ración de pastel de limón en el restaurante. Lo vio alejarse pedaleando y engulló el bocado con un sorbo de café.

No tenía prisa.

Se hallaba en el restaurante desde las doce y cuarto, en un reservado que había junto a la ventana. Unas cortinas cubrían la parte inferior del cristal, pero desde donde estaba sentado podía entreabrir las y vigilar el exterior.

Había pedido una cena completa (no se sorprendió de tener hambre en un momento en que estaba cerca su misión), tomado asiento y visto llegar a Joyboy.

¡En bicicleta!

El asesino no había pensado en semejante posibilidad. Esto hacía que el secuestro fuera a resultar mucho más fácil; en realidad significaba que podía llevarlo a cabo cómo y cuándo quisiera.

Pero Joyboy era tan poca cosa...

Era sólo un niño. No era lo que esperaba. Y se le fueron las ganas de matar.

No le cabía en la cabeza qué satisfacción podía producirle matar a un crío tan esmirriado.

Pero Joyboy tenía que morir. Ése era el plan. El crío formaba parte de un conjunto que, sin todos y cada uno de sus miembros, se rompería y no tendría sentido.

Era una birria. Podría aplastarlo como a un vaso de papel.

Y entonces se le ocurrió: Sí... Ya sabía cómo hacerlo más interesante.

Sería perfecto.

Las ansias de matar volvieron a invadir su cuerpo.

La ruta de Joyboy, desde su casa al centro comercial, resultaba visible en el mapa del ordenador. A dos manzanas de su casa estaba Skyline Boulevard, que discurría por la cadena de colinas que separaba la costa del resto de la península de San Francisco. El centro comercial se hallaba al pie de las colinas, a unos tres kilómetros de distancia.

Cuesta abajo había podido ir aprisa con la bicicleta, pero volver cuesta arriba, hacia Skyline, se le haría mucho más difícil.

Entre el centro comercial y Skyline Boulevard, el mapa mostraba una serie de zonas vacías bastante amplias, sin ninguna indicación.

Se trataba de una serie de cementerios diseminados por las faldas montañosas. El camino pasaba por algunos de ellos, que eran tan grandes como un campo de maíz de Iowa, pero allí sólo crecían lápidas.

«Es bastante apropiado para la ocasión», pensó el asesino. Dejó sobre la mesa suficiente dinero para pagar la cuenta, más una propina generosa, y salió del restaurante.

No tenía prisa, pero tenía el aspecto decidido de un hombre que sabe adónde va, un hombre que tiene un trabajo que terminar.

Stephen Leviste desmontó cuando la cuesta se hizo demasiado pronunciada. No había acera, sólo una franja de barro y hierba junto a la calzada. Empujó la bicicleta cuesta arriba. No era más lento que pedalear y resultaba más fácil.

Se encontraba a tres manzanas de la galería comercial y no había ni una casa a la vista. Estaba entre los cementerios.

Siguió empujando la bicicleta. Los chirridos de la rueda trasera, que necesitaba un poco de aceite, eran lo único que oía. Hacía cuatro o cinco minutos que no pasaba un solo coche.

No había farolas. Los habitantes de aquella zona no las necesitaban.

«Qué idea tan tonta —pensó—. Qué estupidez. Debería haberme quedado en la cama».

Los cementerios estaban totalmente a oscuras y en silencio.

Y se acercaba un coche por detrás. El motor rugía cada vez que el conductor cambiaba de marcha. Los faros iluminaban la calzada; Stephen notó que su sombra se hacía más y más pequeña y nítida a medida que se aproximaba el coche.

El coche disminuía la velocidad conforme se acercaba. Se dio la vuelta para mirar y vio que el haz de luz que despedían los faros delanteros estaba muy alto.

No era un coche. Era una furgoneta de color marrón.

Se paró a su lado. La ventana del copiloto estaba bajada. Una voz dijo:

—Eres Joyboy, ¿no? Siento llegar tarde.

Stephen no podía verle la cara.

Sólo podía ser el Maestro de las Sombras. Pero estaban a cuatro manzanas de Denny's. El Maestro de las Sombras no podía reconocerlo.

Algo andaba mal...

—Vamos, sube. Si no quieres ir a Palo Alto<sup>[1]</sup>, no importa. Ya iremos en otra ocasión. Te llevo a tu casa.

—No, gracias —dijo Stephen Leviste, un poco sorprendido de que las palabras salieran de sus pulmones agotados. Se volvió y siguió empujando la bicicleta por la cuesta.

La furgoneta empezó a moverse manteniéndose a su lado.

—Vamos, sube —insistió el hombre.



Stephen mantuvo apartada la vista, tratando de no hacerle caso, y siguió empujando.

La furgoneta siguió marchando a su lado.

Stephen aceleró el paso.

Al llegar a lo alto de la cuesta giró la bicicleta, pasó una pierna por encima y empezó a pedalear cuesta abajo, cada vez más rápido.

Pudo oír cómo, tras él, la furgoneta frenaba, cambiaba de marcha, el motor rugía y las ruedas chirriaban.

La furgoneta bajaba la colina persiguiéndolo marcha atrás, cada vez más rápido.

«Está loco», pensó Stephen Leviste.

Y el loco lo estaba alcanzando.

Stephen pedaleó más deprisa y la furgoneta rugió tras él. Por el rabillo del ojo la vio rugir y derrapar, casi fuera de control. Iba directamente hacia él.

La furgoneta derrapó y, al mirar, Stephen vaciló y también perdió el control, patinó, dio un frenazo y cayó dando tumbos por la hierba hasta chocar contra una valla de poca altura que bordeaba el cementerio.

La furgoneta dio unos bandazos hasta detenerse cerca de él, lo suficiente para que Stephen oyera cómo se abría y se cerraba una puerta.

Oyó pasos que corrían hacia él por la hierba.

Se levantó de un salto, cruzó la valla y entró en el cementerio. Corrió entre dos hileras de tumbas. Detrás de él oía otros pies que golpeaban la tierra. El desconocido saltó la valla y lo siguió.

Durante un rato se movieron los dos al mismo tiempo, los pies de Stephen que corrían entre las filas de tumbas y los del desconocido; se movían exactamente al mismo ritmo.

Stephen atajó por la derecha, pisó algunas tumbas y se acercó a una zona donde había ocho o diez panteones entre varios monumentos y algunas lápidas de mayor altura. Podía esconderse por allí. El desconocido lo seguía. Pero Stephen corrió entre las losas y los bloques de mármol y al llegar a un panteón se agachó detrás y se quedó quieto.

Los pasos que lo seguían se fueron haciendo más lentos, hasta detenerse.

Stephen esperó.

Durante un par de minutos no oyó nada. Después se asomó por un extremo del panteón para mirar en la dirección por la que acababa de llegar.

No vio a nadie. Los sepulcros lo protegían, pero también escondían al loco.

El camino había quedado a la izquierda y desde allí no podía verlo, pero sabía que no podía estar lejos. Empezó a moverse en aquella dirección. Quería apartarse del lugar en que el loco lo había visto por última vez.

Abandonó la protección del panteón y se arrastró tras un monumento, un pedestal

sobre el que se alzaba la estatua de un joven vestido con una túnica, como un ángel. No había señales del desconocido.

Stephen abandonó el pedestal y se deslizó detrás de una lápida.

Arriba, en la colina, no se veía ningún movimiento. A su izquierda, a unos veinte metros, había otro sepulcro de mármol. Desde allí podía correr hasta el camino.

La cuesta seguía pareciendo despejada. Stephen Leviste se preparó para correr hacia el camino.

En aquel momento una mano lo agarró por el hombro. Se quedó clavado del susto. Pero la fuerza de la mano también tuvo algo que ver. Otra mano le tapó la boca y le echó la cabeza hacia atrás. Eso le hizo perder el equilibrio y, cuando cayó al suelo, el otro se colocó encima de él y le puso una rodilla en el estómago.

El loco lo levantó del suelo y se lo llevó auestas. Una mano le tapaba la cara, impidiendo que saliera ningún sonido de su boca.

Stephen Leviste trató de soltarse. Pero los brazos lo presionaban con fuerza: uno le cortaba el aire de la nariz y la boca y el otro le oprimía los pulmones.

Stephen se dio cuenta de que el loco tenía la fuerza y la voluntad suficientes para matarlo allí mismo.

Dejó de retorcerse y aflojó la tensión de su cuerpo.

La presión desapareció. Stephen Leviste respiró de nuevo y dejó que su secuestrador cargara con él a través del oscuro cementerio.

En aquel momento Ellis Hoile estaba ante el volante de su Datsun, aparcado junto al agua, cerca de la entrada de la Puerta Siete.

Louis Markham le había dicho que fuera al estudio a la hora de la cena para hablar de la filmación nocturna del jaguar. Habían discutido durante un par de horas sobre imágenes infrarrojas y películas de alta sensibilidad, la única forma posible de filmar a un felino negro de noche en la selva. Era uno de esos temas de los que Ellis Hoile podía estar hablando toda una noche.

Y en aquel momento, en el aparcamiento, se dio cuenta de que estaba esperando que apareciera Kate. Pero ni siquiera la había visto cuando salió del estudio un par de horas antes de medianoche.

Al salir, se había dirigido al Datsun, un coche que tenía veinte años y parecía hecho a su medida. Había arrancado y de forma inconsciente había ido hacia el borde del agua, más allá del aparcamiento.

Estacionó el vehículo y se quedó mirando la casa de Kate y pensando en ella.

Quería verla, hacía mucho que no la miraba a los ojos, que no oía su voz. Todavía le dolía que se hubiera marchado el último día que habían estado juntos. Por primera vez, se había empezado a sentir realmente lejos de ella...

Y sufría mucho por la separación. «Fue un error —pensó—, no debería haber sucedido».

Sabía que tendría que haber hablado con ella, decirle lo que sentía. Sabía que si lo hubiera hecho de casados, él no estaría allí solo; estarían los dos juntos en su casa de Telegraph Hill.

No solía dar demasiada importancia a sus sentimientos; esto era parte del problema. Los sentimientos de Ellis se las arreglaban solos, sin aflorar y dejándole en libertad para poner la atención en otras cosas.

Ellis Hoile se olvidaba a menudo de los sentimientos; hasta el momento en que Kate decidió marcharse, no contaban en su vida.

Incluso en los pocos momentos en que era consciente de sus propias emociones (y aquél era uno), se sentía mal cuando quería hablar de ellas.

Las palabras le parecían vacías e irrelevantes, incapaces de explicar esas cosas.

Como en aquel momento. No podía imaginarse transformando en palabras lo que sentía al ver aquella casa flotante en el agua, sabiendo que ella estaba allí y que él no formaba parte de aquel lugar.

La idea de recorrer el muelle, llamar a la puerta y decírselo le resultaba inconcebible. Una fantasía. Así que se quedó donde estaba, mirando el barco, pensando en ella, hasta que dio una cabezada y se durmió apoyado contra la ventanilla.

Stephen Leviste estaba atado y con los ojos vendados. Tenía las manos y los pies ligados con una cuerda sujeta a su espalda. El loco lo había atado así en la furgoneta marrón.

Se imaginaba que habían pasado ya varias horas desde el secuestro, pero no lo sabía con exactitud. Seguía teniendo una cinta adhesiva en la boca que le impedía gritar; ni siquiera podía gemir. La capucha de tela negra que le habían puesto en la cabeza todavía estaba en su lugar, atada alrededor del cuello.

Estaba colgado, suspendido en lo que parecía ser una red de nailon trenzado. Seguramente una red de carga. Stephen no sabía de dónde colgaba ni la distancia que lo separaba del suelo. Y no podía hacer nada. El secuestrador lo había atado a la red por los pies y por la cintura, había cerrado la red con un candado (había oído un chasquido) y después la había izado, de modo que quedó balanceándose en el aire.

Pero antes había hecho algo extraño: había aflojado las cuerdas que ataban las muñecas de Stephen Leviste. Era una clara invitación a escapar. O a intentarlo.

Por eso, mientras movía las muñecas, tratando de sacar las manos, Stephen Leviste era consciente de que estaba haciendo precisamente lo que el asesino quería.

Pero no iba a quedarse allí, dondequiera que estuviera. Con mucha dificultad consiguió volverse hasta quedar de lado, de forma que el peso del cuerpo dejara de apoyarse sobre las manos. Flexionó las muñecas, tiró de un brazo y consiguió sacar la mano izquierda... Libre.

La mano derecha seguía atada a los tobillos, pero al sacar el brazo la cuerda se había aflojado y consiguió desatarse en medio minuto.

Adelantó los brazos, sacudiéndolos y moviéndolos hasta que los sintió de nuevo.

Aflojó la capucha, tiró de ella y se la quitó. Casi deseó no haberlo hecho.

Comprobó que estaba en una red. Suspendido en una especie de pozo de al menos tres pisos de alto: en total, unos diez metros hasta el fondo.

Lo suficiente para herirse gravemente, incluso matarse si caía en mala postura.

El suelo era de hormigón. El pozo tenía una abertura casi al final y por allí salía un poco de luz eléctrica de alguna lámpara que no se podía ver. Aquella luz le permitía ver el suelo en el fondo del hueco.

Se quitó la cinta de la boca. Su primera intención fue gritar con todas sus fuerzas.

Quería gritarle: «Me doy por vencido. Estoy acabado. Me rindo... Haga lo que quiera».

Pero un sentimiento de obstinación se lo impedía.

Despegó la cinta que tenía en el pecho. Otra cinta lo ataba a la red, pero no conseguía alcanzarla desde donde estaba.

La red colgaba del techo, de una cuerda. Dos mosquetones, como los que usan los alpinistas, fijaban la red a un nudo que había en el extremo de la cuerda y la mantenían cerrada.

Para abrirla, Stephen tendría que soltar por lo menos uno de los mosquetones.

Estiró la mano derecha y se asió al nudo de la cuerda. Se aflojó la tensión en uno de los mosquetones; Stephen consiguió abrirlo con la mano derecha y desengancharlo de la red.

La mitad de red se soltó de la cuerda, pero era la parte en la que descansaban sus hombros. Se había equivocado de mosquetón, había querido liberar las piernas primero.

Trató de trepar por la cuerda para cambiar de posición y poder desligarse los tobillos.

Pero su mano derecha resbaló y cayó hacia el suelo de hormigón...

A mitad de camino algo tiró de él.

Las ataduras de los tobillos lo sujetaban a la red. Y la mitad de la red estaba todavía atada al techo, enganchada por la otra anilla.

Estaba colgando cabeza abajo.

Y sentía que los tobillos se le deslizaban por las ataduras, que su peso iba venciendo a la cinta, debido a la gravedad.

Se agitó desesperadamente. Después intentó mantener la calma.

Las ataduras de los tobillos eran el último hilo que lo sostenía del techo. Abajo estaba el hormigón. En unos segundos, caería de cabeza.

Se lanzó hacia la red que colgaba a su lado. La alcanzó y se aferró a ella. Se le soltaron los tobillos. Sus piernas cayeron, pero consiguió mantenerse cogido a la retorcida red.

Ahora estaba cabeza arriba, colgando de la red dentro del pozo. Enganchó los pies en los agujeros de la red y trepó, se sujetó un poco más arriba con las manos y siguió trepando.

Mientras ascendía, pudo ver horrorizado lo que había en el extremo superior.

Estaba cerrado por tres lados. El cuarto daba a una gran sala con suelo de hormigón.

Una cueva de hormigón con paredes altísimas. Una pasarela de acero recorría la longitud de la cueva y terminaba abruptamente cerca del borde del pozo.

Estaba a la misma altura que la pasarela, agarrado a la cuerda con ambas manos. Empezó a balancearse de un lado a otro, describiendo un arco cada vez mayor. Cada movimiento lo acercaba al borde de la pasarela.

Osciló varias veces, se lanzó y consiguió caer sobre el acero agujereado de la pasarela. Había escapado del pozo.

Se sentó y miró a su alrededor. A unos pocos metros, sobre la pasarela, había una escalera plegable de cinco o seis tramos.

Stephen trató de concentrarse, de ordenar sus pensamientos.

El suelo de hormigón estaba lleno de polvo. El aire olía a rancio. Lo había notado antes, cuando colgaba de la red, pero en aquel momento no le había parecido urgente pensar en los olores.

Dejó de pensar en el olor y en el polvo. Aquel lugar le resultaba conocido: el pozo y la gran nave de hormigón.

Desplegó la escalera y empezó a meterla por el pozo. Le resultó más fácil de lo que había pensado. El aluminio era ligero y los diferentes tramos se iban extendiendo a medida que la bajaba.

Cuando terminó de introducirla, se dio cuenta de que encajaba perfectamente entre la pasarela y el fondo del agujero.

Sin embargo, no bajó por la escalera inmediatamente. Fue hasta el otro extremo de la pasarela. Empezó a oír un zumbido: supuso que sería la fuente de alimentación eléctrica de las lámparas del techo que iluminaban el lugar.

Al final de la pasarela había una jaula de tela metálica que rodeaba una plataforma de hormigón, como en el juego. Al otro lado de la plataforma había una puerta de metal gris y una escalera que bajaba y se perdía de vista.

La jaula tenía una puerta de alambre; intentó abrirla pero no pudo.

En PRUEBA tampoco se abría.

La pasarela era mucho más alta y daba más miedo que en el juego. Pero lo demás era exactamente igual. Esta vez estaba convencido: se encontraba en el último nivel del juego.

Si era así, sabía cómo salir.

Deshizo lo andado por la pasarela, hacia la escalera que estaba al otro extremo. Estaba a mitad de camino cuando se paró al oír un ruido: un crujido procedente del sitio que acababa de dejar. Se volvió y vio cerrarse la puerta de la plataforma, hacia el interior de la jaula de alambre. Distinguió una sombra, un hombre entrando en la plataforma.

—Hola, perrito —dijo el hombre.

La voz lo dejó helado, pero no llegó a paralizarlo.

El loco empezó a canturrear:

—Aquí, perrito, muchacho, ven, ven, perrito —chistaba y daba palmaditas, como si estuviera llamando a un perro.

Stephen empezó a alejarse de la voz, hacia el otro extremo de la pasarela. Trató de no perder la calma. Tenía que llegar a la escalera.

El hombre abrió la puerta de alambre y salió a la pasarela. Empezó a caminar rápidamente hacia él. Stephen echó a correr.

Llegó al pozo donde estaba la escalera. La asió y puso los pies en el primer peldaño. El hombre corría hacia él.

Stephen bajó por la escalera a toda velocidad, deslizándose casi, frenando un poco la caída con las manos, agarrándose a los bordes mientras iba poniendo los pies en los peldaños. Los pasos del hombre retumbaban en la pasarela. Se torció el tobillo izquierdo al llegar al suelo. Pero se puso de pie, se agachó, cogió la escalera e hizo fuerza para apartarla del borde poniéndola vertical.

Dio un empujón más y la dejó caer contra la pared opuesta del pozo.

En la pasarela, los pasos se detuvieron. Con la escalera fuera de su alcance, el loco sólo tenía una manera de bajar: dando un salto. Era grande y fuerte, pero Stephen Leviste dudaba que pudiera volar.

Miró hacia la gran cueva de hormigón. Vio al hombre sobre la pasarela. Le estaba mirando.

Lo siguió a lo largo de la pasarela cuando Stephen echó a correr por el interminable suelo de hormigón. En la parte baja de la pared más lejana había una puerta de metal, pintada de rojo, algo descolorida. No era tan brillante como en el juego. Pero se parecía bastante. Corrió hacia la puerta.

Por encima de él, el asesino desapareció en la jaula de metal.

Stephen se detuvo ante la puerta.

Unas horas antes, en el juego, la había abierto apretando el ratón y había conseguido escapar.

Ahora estiró la mano, cogió el pomo, lo giró, tiró... La puerta no se movió.

En su mente seguía la puerta roja del juego y al otro lado la luz del sol y el espacio abierto. Zarandeó la puerta otra vez, con desesperación. Trató de mover el pomo.

Esta vez giró entre sus dedos. La puerta se abrió hacia él. Stephen tiró de ella y dio un paso adelante.

Allí estaba el loco. Cerrándole el paso.

Stephen retrocedió.

El hombre sonrió y dijo:

—No todo es igual, ¿verdad, perrito?

Stephen no contestó. Estaba mirando a su espalda. El hombre estaba en el último peldaño de una escalera de hormigón que obviamente bajaba desde la jaula.

Detrás de la puerta no se encontraba el exterior. No había salida.

—¿Verdad? —El hombre se reía con sarcasmo.

—No.

—¿Te gustan los juegos? La respuesta es fácil. Si no te gustaran los juegos, no estarías aquí. Lo estás pasando en grande, te encanta, dime la verdad.

—No —dijo Stephen Leviste—. Estoy asustado.

—Tienes motivos para estarlo.

El hombre hizo una pausa y después añadió:

—Las luces se apagarán dentro de ocho horas. Después apareceré en cualquier momento.

Dio un paso atrás, cerró de golpe la puerta roja y se marchó.

El asesino cerró la puerta roja con llave y empezó a subir por la escalera.

Era una escalera dividida en tres tramos que terminaba en la plataforma de hormigón, al final de la pasarela de acero, a unos diez metros del suelo.

Se detuvo al final. A su derecha estaba la jaula de alambre con la puerta. Más allá de la puerta estaba la pasarela.

Y al final de la pasarela, el pozo. Sólo se podía bajar por una de las dos escaleras, la plegable y la de hormigón.

Y sólo él usaba la de hormigón. La barrera de alambre en la parte superior y la puerta roja en la inferior mantenían aislada aquella parte del edificio.

Joyboy podía seguir corriendo todo lo que quisiera. El asesino giró a su izquierda y abrió una pesada puerta de emergencia. Detrás estaba su territorio exclusivo. Entró en un pasillo corto al que daban tres habitaciones: dos a un lado del pasillo y la tercera enfrente.

Cada una de aquellas habitaciones tenía una función. El asesino era un hombre organizado al que le gustaba que cada cosa estuviera en su sitio.

La habitación de la derecha, más grande que las otras dos, era un almacén. En la segunda, al otro lado del pasillo, estaba el generador de energía eléctrica. El zumbido del motor era constante, pero estaba tan acostumbrado que ya no lo notaba.

La tercera habitación, que estaba junto a la del generador, era la que utilizaba para sus perversiones. El suelo estaba cubierto de sangre. Allí habían muerto Porcia y Petimaître. El asesino entró en el pasillo y se metió en el almacén. Parecía un espacio habitado, con un colchón y varios televisores, un teléfono móvil, una mesa de trabajo con equipo eléctrico e informático, envases de comida, bidones de agua amontonados contra una pared, una cocina de gas propano, un par de linternas y varias bombonas de gas.

Parecía un refugio. Y así lo consideraba exactamente el asesino.

Cogió una botella de agua y la llevó hasta la plataforma, al final de las escaleras. Atravesó la puerta de alambre y dejó la jarra en la pasarela, para que Joyboy la viese.

No quería que muriera de sed. La idea era mantenerlo vivo un tiempo. Ya sabía lo que iba a hacer con él.

Volvió al almacén, a la mesa de trabajo donde lo esperaban varios ordenadores y otros equipos especializados. La idea se le había ocurrido mientras miraba a Joyboy desde el restaurante. Físicamente, el chico daba risa. Pero era inteligente: si su cuerpo hubiera estado a la altura de su cerebro, habría sido todo un desafío. Y conocía PRUEBA lo bastante bien como para haber escapado del último nivel.

Al asesino se le había ocurrido aprovechar aquella inteligencia. Habría que hacer una ligera modificación en el *software* y darle un uso ingenioso al equipo eléctrico básico.

Pasó una hora concentrado en su trabajo; primero reescribió algunas partes del *software* y después hizo los ajustes necesarios en el equipo.

Luego lo probó.

Las luces parpadearon unos segundos debido a la sobrecarga del generador.

«Sí, así —pensó el asesino—. Está perfecto».

Todavía le faltaban algunas piezas un poco más complejas. Las buscaría más



tarde. De momento, dejaría que sus ansias fueran creciendo durante algunas horas.

Sabía cómo alimentar aquel fuego. En el almacén había una cámara de vídeo en un trípode. El asesino entró en la habitación, sacó la cinta de vídeo que había en la cámara y se la llevó.

Poco después abandonaba la gran cueva de hormigón y salía al aire libre, a la quietud previa al amanecer. La hora de Joyboy llegaría pronto. Muy pronto.

La luz del sol despertó a Ellis Hoile. Desde donde estaba aparcado, el sol se elevaba sobre Angel Island hasta llegar directamente a su cara.

Entornó los ojos y miró hacia la casa flotante. Había luz en la ventana de la cocina. «Seguramente ya se ha levantado», pensó.

No quería que ella lo viera allí. Eso no. Arrancó y se alejó con rapidez.

Media hora más tarde, atravesaba la puerta principal del 2600 de Tesla Street. El salón tenía un aspecto descuidado.

Ésa era una de las razones por las que no salía mucho. Cuando salía, aunque fuera sólo durante algunas horas, empezaba a ver su vida desde la perspectiva de los demás. No era una imagen agradable.

No sabía con certeza si la solución del problema era salir más o dejar de hacerlo. Aquella mañana esa pregunta no tenía respuesta.

Reflexionó durante un momento y decidió conectar con Verba para ver si tenía correo. Dejó que la máquina se conectara automáticamente y, mientras, se dirigió a la cocina. Se remojó la cara con agua fría, se secó y se sirvió un vaso de zumo de naranja.

Volvió a la mesa, frente al ordenador que había entrado en Verba. La pantalla decía:

```
Stoma> Hola, Avatar.
```

```
Stoma> ¿Avatar?
```

```
Stoma> Aquí la Tierra llamando a Avatar, ¿hay alguien ahí?
```

```
Stoma> Hola, Avatar.
```

Ellis Hoile, todavía de pie frente a la mesa, acercó el teclado. Se inclinó y escribió:

```
Avatar> ¿Sí?
```

```
Stoma> ¿Has probado ya el juego?
```

```
Avatar> Tu juego es mierda y maldad.
```

Llegó la réplica:

```
Stoma> Es una respuesta interesante. Quizá deberíamos hablar sobre ello. ¿Por qué no me das tu número
```

de teléfono?

Avatar> \*Tú\* también eres mierda y maldad.

La reacción fue inmediata:

Stoma> Siempre me alegra intercambiar información con los demás. Dame tu número de teléfono y lo discutiremos.

«¿Cambiar información? —pensó Ellis Hoile—. ¿Cambiar información?». Algo olía mal en todo aquello. Y creía saber por qué. Tecleó:

Avatar> Cómete tu mierda y muérete.

Stoma> Mmmm... No se me había ocurrido. Me gustaría discutirlo más tarde. ¿Cuál es tu número de teléfono?

Avatar> Las rosas son rojas, las violetas azules.

Stoma> Qué interesante. Quizá también deberíamos hablar de eso. ¿Por qué no me das tu número de teléfono?

Avatar> Púdrete en el infierno.

La pantalla le mostró la respuesta de Stoma:

Stoma> Siempre me alegra recibir comentarios de los demás. Dame tu teléfono y hablaremos más sobre ello.

Avatar> ¿Has tenido purgaciones alguna vez?

Stoma> Interesante pregunta. Me gustaría discutirla más a fondo. ¿Por qué no me das tu número de teléfono?

Era un «bot» un robot de *software* que operaba a partir de una serie de respuestas pregrabadas. Los «bots» están creados para imitar a un usuario humano: un buen «bot», diseñado de modo inteligente, puede mantener una conversación básica durante varios minutos, siempre que el intercambio de palabras sea previsible.

Pero los «bots» no saben improvisar. Ante una respuesta o pregunta inesperadas,

sólo puede recurrir a las respuestas preestablecidas. Y entonces es fácil descubrirlo.

Ellis Hoile volvió a probar, para estar seguro.

Avatar> El Búho y el Gatito se fueron a la mar en un bonito barco color verde guisante.

Stoma> No estoy seguro de entenderte. Dame tu teléfono y hablaremos de ello.

Avatar> Se llevaron algo de miel y mucho dinero envuelto en un billete de cinco libias.

Stoma> Estoy seguro de que podríamos discutirlo de forma más eficaz si habláramos por teléfono. Dame tu número y te llamaré.

Definitivamente era un «bot». Lo había estado buscando desde que conectó con Verba. Stoma lo había diseñado para esperar a Avatar y charlar con él, tratar de sonsacarle su número de teléfono.

Se había tomado muchas molestias por un simple número de teléfono.

«¿Quién será este tío?», se preguntó.

Se desconectó, se alejó de la mesa y descorrió las cortinas. Miró directamente al piso de Union Street.

Encendió el videoescáner y el monitor; después comprobó la orientación de la antena. Seguía señalando al piso de C.W. Hartmundt.

El monitor empezó a iluminarse. Apareció una imagen distorsionada que entraba y salía de la pantalla y se disolvía en líneas verticales.

Ellis Hoile movió ligeramente a la izquierda la antena usando el mando a distancia.

Perdió la imagen. El escáner estaba diseñado para recibir la imagen más potente dentro de un intervalo de longitudes de onda, sintonizar aquella señal y eludir el resto. La señal más fuerte era generalmente la que estaba más en la línea de la antena. Por eso, un giro en el eje de ésta, aunque fuera de menos de un grado, hacía que cambiara la señal recibida por el escáner.

Pulsó otro botón. La pantalla seguía sin mostrar nada. Otra pulsación. Nada. La había perdido. Lo intentó de nuevo, esta vez hacia arriba. Movié la antena hacia arriba y hacia abajo y esta vez una imagen quedó encuadrada en la pantalla.

Era una mujer desnuda tendida en el suelo. No podía distinguir los detalles: la imagen no era nítida, la iluminación era demasiado intensa y los colores demasiado vivos.

Pero pudo ver que había sangre en la cara y en los brazos de la mujer.

Alrededor de ella estaba todo oscuro y las luces brillantes hacían que su piel

pareciera prácticamente blanca.

Era una imagen desagradable, pero la idea de que proviniera del piso de C.W. Hartmundt le obligaba a seguir mirando.

En aquel momento, un hombre apareció desde detrás de la cámara. El encuadre no oscilaba, pero el enfoque fue cambiando hasta que el hombre se paró junto a la mujer.

«La imagen procede de una videocámara con autoenfoco», se dijo Ellis Hoile. La cámara estaba fija sobre un trípode. El hombre la había puesto a filmar y después había entrado en campo.

Parecía un hombre alto, un poco delgado. Daba la espalda a la cámara y no se le veía la cara. Los ojos de la mujer se habían reanimado y lo seguían mientras cruzaba la habitación.

Él bajó la vista hacia ella y se la quedó mirando.

Ellis Hoile también miraba.

El hombre removi6 los pies, tens6 el cuerpo y se inclin6 ligeramente. Levant6 el brazo derecho. El brazo era muy largo... Parecía tener una prolongación... Empuñaba un machete.

Lo descarg6 sobre la cabeza de la mujer. Ésta se encogió ligeramente e hizo un movimiento reflejo para detener el golpe, pero el gesto fue muy débil.

El machete se hundió en el cuello. El cuerpo se convulsion6 y la sangre brot6; el hombre apañ6 la hoja manchada de sangre y mir6 lo que había hecho.

La mujer seguía sacudiéndose. De una arteria manaba un chorro de sangre negra.

Ellis Hoile estaba seguro de que no había nadie tras la cámara. Nadie habría filmado aquello sin que le temblara la mano. La expresión de vida que había brillado en los ojos de la mujer se extingui6. Le habían cortado el cuello con una profunda incisión en la carne.

Volvi6 a hundir el cuchillo en el cuello, con fuerza.

Ellis Hoile cerr6 los ojos cuando la cabeza sali6 rodando.

Cuando volvi6 a mirar, la secuencia iba hacia atrás. Pens6 que era una cinta y que alguien la estaba rebobinando.

Volvi6 el momento en que descargaba el primer machetazo.

Ahora otra vez hacia delante. El machete volvi6 a levantarse y volvi6 a hundirse en el cuello blanco de la mujer.

La cinta se detuvo y volvi6 hacia atrás y avanz6 de nuevo.

La mujer volvi6 a hacer aquel movimiento breve, lastimero, para detener el machete que se le acercaba. Volvi6 a caer el golpe sobre ella.

Y la cinta se detuvo, volvi6 atrás y una vez más hacia delante.

A Ellis Hoile se le ocurri6 que C.W. Hartmundt no estaba viendo la cinta. La estaba devorando.

Y pens6 que él también debería grabar aquello.

Tenía otra salida de vídeo en el escáner, una salida que le permitía grabar lo que

captaba, pero nunca se había preocupado por incorporarle un magnetoscopio.

Fue hasta la estantería del salón. En el monitor, el machete caía de nuevo.

En la parte más alta de la estantería había un magnetoscopio profesional. Ellis se estiró y lo bajó.

Cuando lo puso al lado del escáner, la secuencia había cambiado. Era la misma habitación, el mismo hombre, la misma mujer o el mismo cadáver. Pero la filmación había seguido tras las cuchilladas. Ahora el hombre estaba agachado junto al cadáver y le hacía cortes con el machete, cortes calculados y cuidadosos, sin saña.

Estaba descuartizando el cadáver.

Ellis Hoile se detuvo un momento a mirar. El hombre acababa de mutilar el brazo derecho a la altura del codo. Ahora estaba cortando el otro brazo.

Ellis desvió la vista y empezó a conectar el cable. Tardó bastante. Le temblaban las manos.

Intentó poner en marcha el magnetoscopio. No tenía cinta.

Volvió a la estantería. Cogió una casete. En el monitor, la película avanzaba rápidamente. C.W. Hartmundt estaba pasando a toda velocidad la parte en que colocaba los miembros cortados formando un sangriento montón junto al tronco.

Ellis Hoile insertó la casete y empezó a grabar.

Casi simultáneamente, terminó la terrible secuencia y aparecieron en el monitor los puntos blancos y negros de la cinta virgen.

Duró unos segundos. A continuación, más cine. Era una filmación distinta, con otra iluminación y en otro escenario.

Era un aparcamiento, de noche. El plano era un enfoque con teleobjetivo que se desplazaba junto a una hilera de coches hasta llegar a un treintañero gordo que andaba hacia la cámara.

La filmación se había hecho cámara en mano. El teleobjetivo retrocedió mientras el hombre se acercaba.

La persona que estaba filmando empezó a moverse sin preocuparse de desconectar la videocámara. El plano bailaba de un lado a otro mostrando brevemente el suelo del aparcamiento, las ruedas y el parachoques de un coche.

Después un resplandor anaranjado inundó la escena. Parecía como si alguien hubiera encendido un fuego repentinamente fuera de campo. El resplandor se avivó por segunda vez, más brillante aún, como si el fuego fuera mayor.

La cámara giró hacia arriba. El que grababa se la estaba acercando a la cara y miraba otra vez por el ocular y la imagen se fijó en la zona incendiada, en el lugar en el que antes se encontraba el gordo. Las llamas se elevaban casi hasta el techo.

Ellis Hoile se dio cuenta de que el gordo no se había marchado. Seguía allí, de rodillas, en mitad de la bola de fuego. El objetivo se inmovilizó, enfocando la cara del hombre, que tenía una mueca silenciosa mientras su piel se apergaminaba y se oscurecía por el efecto de las llamas.

El encuadre estuvo así cinco o seis segundos, directamente sobre la cara

desencajada. Después se ensanchó. La cámara volvió a oscilar. La persona que filmaba estaba subida en un automóvil. La imagen rebotaba y daba saltos, filmando una puerta, las piernas y los pies del fumador, antes de que desconectara el aparato.

La señal del escáner se desvaneció.

La había perdido.

Ellis Hoile se sentó en el suelo donde había puesto el magnetoscopio.

No estaba muy seguro de lo que había visto. Tenía la mente algo embotada aquella mañana. Estaba cansado. Sólo había una manera de averiguarlo. Rebobinó la cinta y volvió a verla.

Esperaba ver el fragmento de cinta virgen antes del inicio de la grabación, pero lo que apareció fue la imagen de Kate soplando las velas de un pastel de cumpleaños.

Era la fiesta de cuando había cumplido veinticinco años. Se acordaba perfectamente: habían alquilado una casa en el lago Tahoe aquella semana. La había sorprendido con una tarta y había filmado el momento en que ella apagaba las velas.

Había cogido una cinta de las de grabaciones domésticas, no de las vírgenes.

Después Kate aparecía en la orilla del lago, en pantalones cortos y camiseta, metida hasta las rodillas en el agua transparente, mirando hacia las montañas que había más allá del lago; se volvió y le sonrió.

Una sonrisa encantadora.

Era feliz. Los dos eran felices entonces.

De pronto desaparecieron Kate y el lago Tahoe: el momento se había perdido para siempre, reemplazado por un treintañero gordo que estaba a punto de morir, un hombre que caminaba por un aparcamiento de coches.

Ellis Hoile se obligó a mirar, a prestar atención.

Los coches eran de último modelo, así que la secuencia tenía que ser de los últimos dos años, a lo sumo.

Las matrículas eran oscuras, no como las de California, que tienen fondo blanco y letras azules. No podía leerlas, pero pensó que no sucedía en un lugar cercano a San Francisco.

Miró la cara del hombre, el momento en que comprendía que lo estaban filmando. Lo que se veía en ella era perplejidad.

La víctima no conocía a su asesino.

La calidad técnica dejaba que desear. Las cámaras de mano habían mejorado mucho en los últimos años, pero todavía eran muy inferiores a los equipos profesionales.

Y aquella cámara no era la de un profesional.

El contraste era pobre, y la iluminación bastante mala. Las únicas luces que había eran las que se suelen encontrar en los aparcamientos.

Y el fuego... llegaba a convertirse en una mancha blanca. Se habían perdido todos los detalles: el brillo era mucho mayor de lo que permitían la cámara y la cinta. Un fotógrafo profesional, en una situación preparada y ensayada, habría encontrado

la forma de resolver el problema.

Era un trabajo de aficionado.

Y la expresión del gordo agonizante... No, aquello no era ensayado. Era real. Ellis Hoile vio otra vez la cámara bailando en el aire, los movimientos violentos del que filmaba cuando la bajaba del hombro y la ponía en el coche; volvió a ver sus piernas.

De nuevo apareció Kate en el lago Tahoe. La cara quedó desenfocada cuando el teleobjetivo se le acercó de pronto. Ellis se acordaba de aquel momento. Y empezó a sonreír, y su expresión se fue transformando paulatinamente en otra que Ellis Hoile reconoció con facilidad: era amor, amor sin restricciones.

La cinta siguió mientras Ellis Hoile se acercaba al teléfono y marcaba el número de la casa de Lee Wade.

—Soy Ellis Hoile —dijo cuando le contestó el policía—. Me gustaría que viniera a mi casa esta mañana. ¿Puede?

—¿Es importante? —preguntó Wade.

—Creo que sí —dijo Ellis Hoile—. Sí, sí. Es muy importante.

—De acuerdo —le dijo Lee Wade—. Estaré allí dentro de un par de horas.

—Se lo agradezco —dijo Ellis Hoile y colgó. Mientras tanto, la cinta seguía adelante. La figura de Kate llenaba la pantalla: cobraba vida en una tarde muy lejana, tanto que parecía como de otra vida. A su manera, le resultaba casi tan dolorosa como ver la espantosa muerte del desconocido. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Dejó que rodaran por sus mejillas. Sintió una gran tristeza: Kate y el cumpleaños del lago Tahoe, la felicidad perdida, el aspecto descuidado de su casa y de su vida y el horror de las imágenes del videoescáner... No podía separar unas cosas de otras.

Lloró con desconsuelo.

«No hay razón para no hacerlo», pensó. No le hacía daño. Y nadie se iba a enterar.

Después de todo, estaba solo.



Stephen Leviste estaba de rodillas en el suelo de hormigón. Delante de él, clavada en el suelo, había una reja de acero. Trató de mirar a través de sus estrechos huecos.

Había recorrido la gran sala de hormigón durante varias horas.

A pesar de lo grande que era, aquella nave era solamente una mazmorra, un lugar completamente vacío y cerrado, al parecer sin ninguna posibilidad de escape.

Por lo menos, en la parte que él podía recorrer. La puerta roja de acero de la parte baja y la jaula de alambre situada al final de la pasarela lo aislaban del resto del edificio.

Stephen Leviste no podía imaginarse ninguna razón lógica para construir una nave tan grande. Debía de haber tenido alguna utilidad en otra época. Había media docena de discos de acero en el techo: seguramente estaban allí por alguna razón.

En el suelo, debajo de los discos, había seis planchas macizas con perforaciones y abolladuras, como si hubieran sostenido máquinas muy pesadas. Pero las máquinas, fueran lo que fuesen, ya no estaban allí. La cueva de hormigón debía de ser un lugar descubierto por el asesino después de que el resto del mundo lo hubiera olvidado por completo.

Desde que el hombre se había marchado, Stephen había registrado el lugar una docena de veces. Había recorrido la nave, el pozo y la pasarela y había estudiado todas las posibilidades, que eran pocas.

En el fondo del pozo había un montón de placas de acero que parecían ser los escalones de una escalera metálica que alguien hubiera cortado.

A lo largo de toda una pared había una puerta metálica, plegable lateralmente, como las de los almacenes, cerrada y soldada.

Un conducto de aire subía por una de las paredes y recorría el techo en sentido paralelo a la pasarela, muy lejos del suelo.

Y además había encontrado la reja metálica.

Tenía un marco de acero. Parecía hecha para poderse quitar fácilmente del marco, pero estaba fijada al suelo con cuatro soldaduras, una en cada esquina.

Stephen se levantó y se dirigió a las placas de acero amontonadas en el pozo. La mayoría eran demasiado grandes para que él pudiera levantarlas, tramos completos de la escalera con la barandilla y el soporte unidos. Sin embargo, con algo de esfuerzo consiguió sacar un trozo de barandilla de unos dos metros de largo.

Lo arrastró hasta la reja.

No veía nada a través de los barrotes. La reja parecía dar al vacío.

Stephen cogió el tubo de acero por un extremo y lo apoyó en el borde de la reja. Después lo levantó unos veinte centímetros, todo lo que pudo sin que se le cayera hacia atrás.

El vacío no resultaba muy prometedor, pero era algo más que el hormigón deprimente que le rodeaba.

Con todas sus fuerzas, golpeó una esquina de la reja con el tubo. Produjo un ruido metálico. Stephen lo levantó de nuevo y descargó otro golpe. Siguió golpeando unas quince o veinte veces. Finalmente, consiguió romper la reja.

No sabía lo que habría al otro lado, pero era mejor que quedarse allí a esperar una muerte segura. Estaba dispuesto a arriesgarse.

Ellis Hoile tenía muy mal aspecto. «Parece que le han dado una paliza», pensó Lee Wade. ¿Había estado llorando?

No tenía aspecto de llorica... Y sin embargo, aquellos ojos... Nada más verlo, Ellis Hoile dijo:

—Quería enseñarle esto.

Era la cinta de la grabación procedente del piso de C.W. Hartmundt. Ellis la metió en el magnetoscopio, pero antes de apretar el botón para pasar la película le explicó cómo funcionaba el videoescáner.

Wade hizo dos comentarios. Preguntó:

—¿Es legal?

Y dijo:

—Los paisanos tienen los mejores juguetes. Los paisanos y los del FBI. Yo podría hacer muchas cosas con ese aparato, lo aseguro.

Ellis Hoile pasó la cinta. Cuando terminó, la rebobinó y la pasó de nuevo.

—Realista —dijo Wade cuando terminó de verla.

—Realista, no. Real.

—No puede estar seguro.

—Vamos, usted también lo ha visto.

—La gente filma y graba muchas cosas. Primero veo a un tipo que camina hacia la cámara. Después la cámara enfoca el suelo un rato. Luego se levanta otra vez y algo arde. Puede ser cualquier cosa. Un truco, por ejemplo. El tipo puede haber salido corriendo apenas la cámara deja de enfocarle y después lo que se ve es un maniquí... Eso o cualquier otra cosa.

—¿Para qué molestarse tanto?

—La gente hace cosas muy raras, muy retorcidas. Cosas sin sentido. Créame, tengo experiencia.

—Esto era real. No creo que haya visto nada más retorcido en su vida.

—El problema es que no estoy investigando ningún asesinato en el que la víctima se quemara en un aparcamiento. No he oído nada acerca de un caso así.

—Pero están relacionados. Donald Trask usaba Verba. Este hijo de puta usa Verba. Y está usando el sistema para hacer cosas raras.

Ellis Hoile le contó lo del juego, le habló de Stoma, de Christian Willem Hartmundt y del Caballo de Troya y del demonio.

Cuando llegó a aquella parte, los ojos de Lee Wade empezaron a nublarse. Caballos de Troya y demonios... no, no, aquello era más de lo que podía soportar.

—Que trató de colarse en su ordenador, ¿eso es lo que me está diciendo?

—Supongo que no soy el primero. La mayoría de la gente no sabría cómo atraparlo; es muy sutil.

—No sé si es un crimen meterse en los ordenadores ajenos. Pero si lo es, no es un

homicidio. Y a mí me pagan por investigar homicidios.

Ellis Hoile trataba de ser paciente. Lee Wade podía darse cuenta de ello.

—Está pasando algo malo —dijo Ellis Hoile—. Esto y lo de la cinta. Me huele mal...

—Y usted quiere que lo investigue.

—Sí.

—Que vaya y hable con ese tipo. Es eso, ¿no?

—Usted es el policía. Pero yo diría que interrogarle sería un buen comienzo.

Estaban junto al ventanal. Lee Wade miró hacia el edificio de Union Street, la cara de Ellis Hoile, ansiosa, casi desesperada, y la cinta de vídeo que tenía en la mano. Después volvió a mirar al edificio de viviendas.

Estaba cerca, al pie de Telegraph Hill; no tardaría más de unos minutos. Y Ellis Hoile parecía estar tan seguro...

—Lo mejor será que me vuelva a dar el nombre y la dirección.

Unos minutos más tarde, Lee Wade comprobaba los nombres de los buzones en el edificio de Union Street. Hartmundt, allí estaba. Sacó la chapa, se dirigió al 1.º A y llamó a la puerta. Después de unos instantes oyó acercarse a alguien (o algo) hacia la puerta. Se oía un ruido extraño: *chanc ta chanc, chanc ta chanc*, que se hacía más fuerte a medida que se acercaba.

La puerta se abrió de par en par y Lee Wade entendió de dónde procedía el sonido. El nombre que había al otro lado de la puerta tenía una pierna ortopédica. Lee Wade se identificó y dijo:

—¿Es usted Christian Hartmundt?

—Sí.

—¿Vive usted solo?

—Sí.

Lee Wade no podía apartar la vista de la pierna metálica, un aparato grande y seguramente pesado, de acero y cuero, se extendía desde el tobillo a la mitad del muslo izquierdo.

Christian Hartmundt preguntó:

—¿Hay algún problema?

—¿Lleva usted eso siempre?

—Excepto en las contadas ocasiones en que me apetece darme una hostia.

Parecía de buen humor e irritado al mismo tiempo. Lee Wade trató de imaginárselo intentando perseguir, atrapar y reducir a una víctima con aquel aparato monstruoso en una pierna.

Era imposible.

Christian Hartmundt añadió:

—Tengo esclerosis múltiple, por si le interesa. Me la diagnosticaron hace diez

años.

Lee Wade se guardó la chapa en el bolsillo de la chaqueta.

—Ha sido un error —dijo—. No tiene nada que ver con usted. Lamento haberlo molestado.

—Si no me necesita..., estoy calentando el desayuno...

Lee Wade asintió y se dio la vuelta para irse. La puerta se cerró tras él y, cuando se detuvo, oyó otra vez el sonido, chanc ta chanc, chanc ta chanc, cada vez más lejos. Christian Hartmundt se esforzaba por llegar a su desayuno.

Estaba tan enfadado que no quiso volver a casa de Ellis Hoile. Lo llamó por teléfono.

El otro contestó a la primera llamada. Lee Wade le dijo inmediatamente:

—Olvídese de su teoría. Al tipo puede que le gusten los vídeos raros, pero no es un asesino.

—¿Lo ha visto?

—Lo he visto, sí.

—¿Conocía a Donald Trask?

—No se lo he preguntado. Es imposible que sea el asesino. Es minusválido.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Cómo? ¿Que ya lo sabía?

—Suponía que podía serlo.

—¿Lo suponía? Mire, aclaremos las cosas: ¿usted sabía que era inválido y me llamó para decirme que era un asesino?

Ellis Hoile se quedó callado.

Lee Wade añadió:

—Bueno. Mierda. Mierda, mierda. No puedo creerlo. —Se dio cuenta de que estaba empezando a enfurecerse. Trató de calmarse, respiró hondo y dijo—: ¿Podría usted aclarármelo? ¿Sería tan amable? ¿Me dirá en qué demonios estaba pensando cuando supuso que un minusválido había matado por lo menos a dos personas?

—Tengo mis razones para pensarlo —dijo Ellis Hoile.

—Gracias —dijo Wade. Estaba tratando de controlar la voz—. En serio, gracias. Gracias por las pruebas, gracias por las pistas, por su preocupación. Dependemos tanto del apoyo de los ciudadanos... —Sabía que no debía seguir hablando. Pero después de un momento, al ver que Ellis Hoile no decía nada, añadió—: ¿Usted lo sabía? ¿Sabía que era minusválido? ¿Y no me lo dijo? Usted es una persona muy inteligente. Sé que lo es. Un genio, nadie lo duda. Pero yo no cambiaría ni un gramo de mi inteligencia por una tonelada de lo que usted tiene en la sesera.

Colgó y pensó: «Que le den por el saco. Tengo cosas que hacer».

Abajo, en Union Street, Christian Hartmundt estaba sentado, sin moverse, en el silencio del piso.

Un policía había llamado a su puerta.

El policía parecía haberse sorprendido. Eso era evidente: la sorpresa del policía al verlo había sido clarísima.

No le había hecho preguntas y parecía tener mucha prisa por marcharse. Mejor.

Tal vez fuera cierto que se había equivocado.

Tenía que ser cierto. Porque Christian Willem Hartmundt no había hecho nada que llamara la atención. Christian Willem Hartmundt no había hecho nada para que nadie, ni siquiera la policía, sobre todo la policía, se fijara en él.

En el sentido más estricto, Christian Willem Hartmundt no había violado ninguna ley. Era un hombre intachable. No tenía nada que temer de la policía.

Se fue relajando poco a poco.

Pero la idea de tener un policía en la puerta lo asustaba. Un policía a menos de dos metros de la prueba más reveladora, del testimonio más elocuente.

La cinta de vídeo estaba en una funda de plástico, sobre una mesa que había junto a la puerta. Tenía que quitarla de allí.

La metió en una bolsa del supermercado y se la llevó al salir a la calle. Bajó cojeando a la acera lo más rápido que le permitía el aparato ortopédico.

En la casa de Tesla Street, Ellis Hoile estaba pasando la película otra vez. La miraba en un monitor, esperando que llegara el momento en que la cámara subía desde el suelo y mostraba un hombre envuelto en llamas... Allí estaba. Congeló la imagen y conectó el magnetoscopio a la entrada de vídeo de uno de los ordenadores. Pasó la cinta un par de segundos. El disco duro empezó a sonar, recibiendo millones bits de datos. La horrible imagen de la pantalla se redujo a forma binaria y fue imposible diferenciarla de cualquier otro archivo: una lista de la compra o cualquier otra cosa. Paró la película, sacó la cinta y la puso a un lado. Volvió al ordenador. Abrió un programa de edición de vídeo y recuperó la breve secuencia copiada. Empezó a examinar el archivo fotograma a fotograma, quería encontrar alguna imagen especialmente terrorífica que pudiera confundirse con ninguna otra cosa. Casi todas las imágenes respondían a esa descripción. Eligió una en que la cámara se acercaba al hombre que se estaba quemando: se veían los detalles de la cara y al fondo distinguía el aparcamiento y los coches de alrededor. Se podía identificar perfectamente lo que estaba sucediendo y el lugar donde ocurría.

Archivó aquella imagen y borró el resto. Añadió tres palabras en la parte de abajo de la imagen y después codificó el archivo para poder mandarlo por correo electrónico.

Mientras trabajaba, Ellis Hoile seguía oyendo la voz de Lee Wade: «¿Podría usted aclarármelo? ¿Sería tan amable? ¿Me dirá en qué demonios estaba pensando?».

A Ellis Hoile, la respuesta le parecía simple. A veces uno se aferra a lo que sabe y saca sus conclusiones, pero no hace ningún juicio de valor.

Stoma, que tenía que ser C.W. Hartmundt, deseaba el número de teléfono de Avatar y lo deseaba con tanta vehemencia que había preparado un «bot» para conseguirlo.

Preparar un «bot» no era moco de pavo. Un «bot» coloquial exigía algoritmos, una serie de reglas de *software* que analizaran el lenguaje y eligieran una respuesta apropiada entre una serie de respuestas predeterminadas.

Ellis Hoile era consciente de que había descubierto el «bot» de forma accidental, sólo porque había usado palabras malsonantes en un momento en que el algoritmo no lo tenía previsto. Cuando se dio cuenta de lo que pasaba, bloqueó el «bot» con frases sin sentido que el *software* no reconocía.

Si no hubiera sido por aquel golpe de suerte, tal vez nunca se habría dado cuenta.

Y seguramente el «bot» había funcionado bien con otros usuarios.

¿Para qué lo habría usado Stoma con ellos? Ellis Hoile creía que Stoma tenía un propósito, una razón para tomarse todo aquel trabajo y, por lo que sabía de él, pensaba que aquel propósito no podía ser bueno.

No descartaba la idea de que Christian Hartmundt, a quien suponía un asesino, fuera minusválido.

Pero prefería no pensar en eso por el momento.

Entró en Verba y subió el archivo con la imagen. La dirección que escribió fue:

A: Stoma@verba.

Y el mensaje al final del archivo:

CWH: Lo sé todo.



El asesino volvió a la cueva de hormigón a última hora de la tarde con el resto del equipo que necesitaba para completar el plan iniciado por la mañana: la sorpresa que preparaba para Joyboy.

Había llegado la hora de jugar.

Volvió a entrar por el mismo sitio por el que había salido: trepó por un saliente que había a un lado de la fachada.

Llevaba una linterna: seguramente el generador se había quedado sin combustible.

Entró en la habitación del generador, llenó el depósito con una de las latas que había allí y encendió la máquina.

Durante media hora se dedicó a trabajar, inclinado sobre la mesa de trabajo del almacén. Le dio los últimos retoques al equipo que había empezado a montar aquella mañana. Cuando terminó, hizo varios viajes para llevarlo a la habitación ensangrentada, el matadero, que se encontraba al otro lado del pasillo.

Volvió al depósito y buscó una cuerda. Durante un momento se preguntó si necesitaría un palo, por si a Joyboy se le ocurría ponerse difícil.

«No —pensó—, Joyboy se portará bien».

Cogió la cuerda, salió al pasillo y se encaminó a la plataforma. Echó un vistazo a la pasarela. Estaba vacía. Joyboy se había llevado la botella de agua.

Bajó por la escalera hasta el piso inferior y atravesó la puerta roja para entrar en la planta baja.

No veía a Joyboy por ninguna parte.

«Intenta esconderse», pensó. Pero en la cueva no había muchos lugares para hacerlo. Seguramente, Joyboy estaba escondido en el pozo que había al final de la pasarela.

—Vamos, perrito —dijo—, es hora de jugar.

Se asomó al pozo, listo para atrapar a Joyboy si el muchacho trataba de salir corriendo.

Pero el pozo estaba vacío.

El asesino registró rápidamente el montón de hierro de la escalera desmantelada. Con lo flaco que era, podía haberse colado entre la chatarra.

Pero Joyboy tampoco estaba allí.

«De aquí no se puede salir —pensó el asesino—, no es posible...».

Y entonces se fijó en la reja del suelo. Se acercó a ella, se agachó y miró las esquinas donde había soldado el metal para que nadie pudiera mover la reja.

La soldadura estaba rota.

«Qué cabroncete —pensó—. ¿Cómo lo habrá hecho?».

Debajo de la reja había un pasadizo que daba acceso a las tuberías y conductos eléctricos que antaño habían discurrido bajo el suelo principal.

Era muy estrecho, apenas si se podía recorrer arrastrándose. Pero no le gustaba la idea: siempre necesitaba tener libertad de movimientos, espacio para respirar.

Joyboy tenía que estar allí debajo. Con su tamaño, tal vez no le pareciera tan agobiante, pero no tenía que resultarle agradable. Debía de estar completamente a oscuras.

Y con lo inteligente que era, ya habría descubierto que no había salida. La única forma de entrar o salir del pasadizo era por la reja.

Tenía que conseguir que saliera. Se asomó por la reja y gritó:

—Si quieres empeorar las cosas, quédate donde estás. Si no, sal ahora mismo. Ya. ¿Entiendes? Ven y no tendrás problemas.

Según se lo estaba diciendo, el asesino supo que no se lo creería. Joyboy tenía un gran problema. Y los dos lo sabían.

Al otro lado de la reja, todo seguía en silencio.

—Muy bien —dijo el asesino. Se puso de pie y se sacudió el polvo de los pantalones. Tendría que sacarlo de otra forma—. Ya veo que quieres tener problemas. Estás empeorando las cosas. Si es lo que quieres, lo estás consiguiendo.

Necesitaba una luz. Tenía varias linternas en el almacén y además había llevado otra consigo.

Atravesó la nave, abrió la puerta roja con una llave que llevaba colgada de un llavero y regresó al almacén.

Cogió una linterna y volvió a bajar con rapidez.

Levantó la reja haciendo un esfuerzo. Pensó que Joyboy era mucho más fuerte de lo que parecía, si había podido mover la reja y volver a colocarla en su lugar.

«Allá vamos», pensó. Encendió la linterna, se sentó en el borde del agujero, con los pies colgando, y empezó a bajar.

Todavía tenía los hombros y la cabeza fuera cuando tocó con los pies el suelo del pasadizo.

Y en aquel mismo instante un dolor agudo le atravesó las piernas y lo dejó aturdido, nublándole la vista.

Algo, o alguien, le había dado un fuerte golpe en los tobillos. Cuando quiso reaccionar, recibió otro golpe. Se apresuró a sacar el cuerpo y las piernas del agujero y rugió de dolor y de rabia.

Abajo, en el estrecho espacio, casi directamente bajo la reja, Stephen Leviste lo oyó gritar. Una sombra en la abertura le indicó que el asesino se había estirado en el suelo, donde gruñía y maldecía en voz baja.

Stephen había cogido la barra de acero que le había servido para abrir la reja y se la había llevado abajo con él. El pasadizo era muy estrecho (lo supo desde el principio, aun estando a oscuras), pero allí, debajo de la reja, se ensanchaba un poco. Lo suficiente para mover la barra de acero y asestar el golpe.

Se preparó de nuevo y esperó. El asesino sólo tenía aquella forma de entrar. Y cuando lo hiciera, su cuerpo quedaría expuesto, totalmente vulnerable. En aquel momento, Stephen podría herirlo. Ya lo había hecho una vez y lo volvería a hacer en cuanto tuviera otra oportunidad.

Pasaron un par de minutos. Stephen esperó. Al asesino se le había caído la linterna: brillaba en el suelo del pasadizo, bajo la abertura, pero Stephen no la cogió. Permaneció sujetando la barra, esperando.

Poco a poco, los quejidos se fueron apagando. Un cambio en las sombras le indicó que el asesino se estaba levantando.

«Ya vuelve», pensó Stephen y se preparó otra vez.

Pero el asesino se marchaba. Stephen oyó los pasos con claridad. Se estaba alejando.

Sufrió una ligera decepción. Le habría gustado romperle algunos huesos, tal vez dejarlo lisiado. Pero era evidente que el hombre no estaba herido.

«La próxima vez», pensó Stephen.

Oyó cómo se cerraba la puerta roja de metal, al otro lado de la cueva.

Después todo quedó en silencio.

Stephen apoyó la barra metálica en el suelo y recogió la linterna, la apagó y la puso junto a la botella de agua que había cogido de la pasarela.

Esperó. Poco después se abrió la puerta roja; en el silencio, podía oírlo con claridad, y oyó cómo se acercaba arrastrando los pies.

Pero pudo captar otro ruido: una cadencia, un crujido por segundo, más o menos. Como el sonido de una rueda mal engrasada.

Ya estaba cerca. Stephen levantó la barra y se preparó de nuevo.

Arriba, el asesino se paró junto al hueco del suelo. Se agachó y colocó la reja en su lugar con un ruido fuerte que sorprendió a Stephen. Esperaba que el asesino bajara otra vez a buscarlo.

Entonces oyó un suave zumbido. Le pareció que sonaba como el quemador de una cocina de gas cuando se tarda en encender el fuego.

Después otro sonido que desconcertó a Stephen: era una especie de silbido chisporroteante.

Una llamarada azul atravesó la reja. Saltaron chispas amarillas que cayeron en el suelo del pasadizo, al principio unas pocas y después una cascada que obligó a Stephen a volver la cara.

Arriba, el maníaco estaba soldando la reja.

Esta vez, pensó el asesino, haría bien el trabajo. No soldaría sólo los extremos sino que haría todo un cerco alrededor de la reja, por todo el marco.

Nadie, y mucho menos el flaco Joyboy, la rompería esta vez. Tendría que usar un soplete o una bomba para moverla. Y aunque era un chico con recursos, Joyboy no

podría conseguir ninguna de aquellas herramientas allí abajo.

El asesino cerró el gas del soplete, levantó la visera de la máscara protectora y examinó el trabajo.

Ahora Joyboy podía dar todos los golpes que quisiera. Aquella reja no se movería nunca más.

Se alejó de allí cojeando, llevándose el soplete en un chirriante carrito de mano.

Al cabo de unos días levantaría la reja. Mientras tanto, dejaría que el chico se quedara allí abajo sin agua. Acabaría suplicando que le abriera.

Sí, una gran idea. Joyboy era muy testarudo, pero cuando se le terminara el agua, se pondría de rodillas.

Ya se lo imaginaba. Él sentado tranquilamente en la pasarela, tomándose unas cervezas y escuchando las súplicas y los gritos pidiendo socorro, hasta que se cansara o los gritos se convirtieran en jadeos.

Entonces abriría la reja y le dejaría salir. O quizá no. Todavía le dolían los tobillos y pensaba que quizá sería mejor dejar la reja donde estaba, para que muriera lentamente.

Tendría que posponer el juego, retrasar la oportunidad de usar el aparato que había construido.

Pero Ziggy y Avatar todavía le estaban esperando. Y la hora de aquellos dos se acercaba. Podría utilizar su invento con cualquiera de ellos.

Bueno, lo de Joyboy significaba sólo un retraso. Le quedaba la satisfacción de dejar que se pudriera en el pasadizo, la inmensa satisfacción de dejarlo morir poco a poco en el agujero donde él mismo se había metido.

Aquella sí que era una buena idea.

Aquella noche, Ellis Hoile volvió a aparcar su Datsun en el mismo sitio donde se había despertado hacía doce horas. Bajó la ventanilla. El aire de la noche era puro. Las luces de la ciudad brillaban al otro lado de la bahía.

Tenía una cuenta pendiente que saldar antes de dejar que la vida continuara.

Durante un rato se quedó sentado allí como la noche anterior, mirando. Distinguía con claridad la casa flotante de Kate, con las luces de la cocina encendidas. Se quedó allí, vigilando, sabiendo que ella tenía que estar dentro.

La visión de la casa flotante le producía un dolor agudo, representaba la vida de Kate sin él. Y cada día que pasaba sus caminos eran más distantes; todo lo que habían compartido, los recuerdos en común, eran menos importantes, los unían menos.

Las consecuencias serían inevitables si aquello continuaba así. En algún momento, la distancia entre ambos sería tan grande que se habrían convertido en extraños. La perdería.

Aquella noche no se quedaría mirando sin hacer nada. Se apagaron las luces de la cocina. Ellis empezó a caminar hacia el muelle, en dirección al barco.

Kate Lavin recogió los últimos platos de la cena, los puso en el fregadero y apagó las luces.

Fue al salón, iluminado sólo por las llamas de un par de troncos encendidos en la chimenea sueca que había a un lado de la pieza.

Jon Wreggett entró y se colocó detrás de ella. La cogió por la cintura, le dio la vuelta y la besó.

Un beso muy largo.

Ella se abrazó a su cuerpo fuerte mientras él le acariciaba la espalda y le metía las manos por debajo de la blusa, buscando su piel desnuda, deseándola.

Habían bebido botella y media de vino durante la cena, Kate se sentía desinhibida y pensaba que Jon también.

Jon retrocedió unos centímetros, lo suficiente para que Kate pudiera verle la cara. Su expresión parecía querer decir que había llegado el momento.

«Bueno —pensó ella—, supongo que sí».

Jon se inclinó para besarla de nuevo. Sus manos empezaron a acariciarla; eran grandes, cálidas y fuertes.

Se besaron una vez más. Lo deseaba. Estaba lista para dar el siguiente paso.

Kate interrumpió el beso y, cuando estaba a punto de llevarlo al dormitorio, recordó que había dejado abierta la puerta de corredera para que entrara la brisa de la noche.

Se volvió hacia la puerta. Y vio a Ellis. Estaba en el muelle, mirando por la rendija de la puerta entreabierta. Los había visto besarse... Se preguntó cuánto

tiempo llevaría allí fuera.

Se apartó de Jon y echó a andar hacia la puerta, primero furiosa, luego avergonzada y finalmente preocupada, hasta que llegó a la puerta y pudo verlo con claridad.

Sus labios se movían, pero no decían nada. Estaba rígido, algo tembloroso, con los brazos caídos y los puños apretados.

Como si hubiera una fuerza incontrolable en su interior y estuviera luchando por contenerla...

Le miró la cara y vio que no estaba tratando de contener nada; simplemente no sabía cómo dejarlo escapar.

Sus ojos lo decían claramente. Estaban llenos de angustia y de dolor.

—No puedo más —dijo—. No puedo soportarlo. Esto tiene que terminar.

Al principio, Kate pensó que se refería a lo que acababa de ver, al beso, a ella y a Jon. Quizá en parte fuera así, pero se dio cuenta de que se trataba de algo mucho más profundo.

—Por favor —decía—, por favor.

—No deberías estar aquí —contestó Kate. Su tono fue más áspero de lo que habría querido. Las palabras le hicieron daño a Ellis, y éste retrocedió.

Kate nunca lo había visto así, tan cerca de perder el control.

Y él nunca la había mirado así. Su mirada angustiada casi la traspasó.

Al otro extremo de la habitación, Jon Wreggett dijo:

—¿Quieres que me encargue yo?

—No, está bien —dijo ella sin mirarlo. No podía apartar los ojos de Ellis.

—Si te está molestando...

—No.

—¿Quién es ese gilipollas? —dijo Ellis, mirando por encima del hombro de Kate, como si viera a Jon por primera vez.

—¿Me estás llamando gilipollas? ¿Quién te ha invitado a fiesta?

«Ya está bien», pensó Kate. Se deslizó por la abertura de la puerta, se acercó a Ellis, le puso las manos en el pecho y le hizo retroceder unos pasos mientras le decía:

—Por favor, no quiero escenas, E, no me pongas en compromiso.

No conocía bien a Jon y no tenía ni idea de cómo podía reaccionar.

Pero Ellis, cosa increíble, parecía dispuesto a pelear.

Kate habló con rapidez:

—Ven, vamos a hablar más allá —y se lo llevó por el muelle. Se volvió para decirle a Jon, que había salido a la puerta—: Por favor, espera ahí, ¿vale?

Ellis la siguió hasta el final del muelle.

—Ellis, ¿qué estás haciendo? —preguntó Kate.

—No podía dejar que ocurriera —parecía desamparado—. Esto no puede ser el final.

—Ya hubo un final, Ellis. Lo nuestro se terminó.

Ellis negó con la cabeza con decisión.

—No puede ser.

—E, por favor...

—No puede haberse terminado, porque yo todavía lo siento.

—¿De qué estás hablando?

—De nosotros dos juntos, como debería ser.

—Ellis...

—Sin ti no soy nadie. Te necesito. Nunca lo he entendido. Sabes que nunca hemos estado separados y no me daba cuenta... Pero te necesito.

Ella le tocó la cara.

Sólo fue un gesto, puso la mano en su mejilla, pero él pareció relajarse. Ya no estaba tan angustiado.

Sólo desamparado.

—Te quiero —dijo Ellis.

Se oyeron unos pasos en el muelle. Tenía que ser Jon.

—Mierda —dijo Kate.

—En serio. Te quiero. Te necesito.

—Tuviste ocasiones de decírmelo cuando aún significaba algo...

Deseó no haberlo dicho. Era verdad, pero pensaba que habría sido mejor guardarlo en su interior.

Ellis se quedó paralizado, como si lo hubieran abofeteado.

Jon se estaba acercando.

—Será mejor que te marches ya —dijo Kate.

Ellis asintió, lanzó una mirada a Jon y se alejó.

Jon Wreggett se quedó junto a ella, mientras veía a Ellis arrastrarse hasta el Datum. Ellis arrancó y empezó a maniobrar para salir. Cuando ella pensaba que ya se marchaba, acercó unos metros el coche y se quedó mirándola con una expresión herida, abatido. Se alejó, totalmente derrotado.

Jon Wreggett seguía junto a Kate. Le pasó un brazo por los hombros.

Y de pronto, Kate sintió que era el brazo de un desconocido.

—No hace falta que me lo digas. Ése tiene que ser tu ex, Ellis, ¿no?

Le había hablado de él en un par de ocasiones, cuando charlaron de su matrimonio, de su vida en común.

—Sí, es él.

—Un poco exaltado, diría yo.

Kate sonrió; una sonrisa en la oscuridad que Jon no pudo ver.

—Sólo en sus mejores momentos.

—¿Quién o qué es un avatar?

Ah, la matrícula del coche, recordó Kate.

—Es él, es el alias que usa con el ordenador —dijo.

—Matrículas personalizadas —dijo Jon—. Me gusta, es una monada.

—No, él no es así. Se las compré yo, él nunca lo habría hecho.

Por alguna razón, pensaba que tenía que defenderlo: no quería que Jon malinterpretara a Ellis.

—Es un hombre brillante.

—Si tú lo dices...

La sonrisa de Jon era burlona, casi de desprecio.

—No —dijo ella cuando él hizo amago de acompañarla al barco.

—¿Por qué?

—Quizá en otro momento.

—¿Vas a dejar que te estropee la noche?

Sonaba casi impertinente.

—Quiero estar sola —contestó Kate con frialdad.

Era desagradable descubrir aquel rasgo en su carácter. Si no se marchaba en aquel momento, dejaría de gustarle. Para siempre.

Al parecer, él también se dio cuenta.

—Claro, lo entiendo —dijo—. No hace falta que me lo aclares.

Y se alejó, en dirección a la Puerta Tres.

Había recorrido ya unos metros cuando se volvió y gritó:

—Estaremos en contacto.

Pero ella no lo estaba mirando. Tenía los ojos clavados en luces del Datsun que se fundían con el tráfico en el acceso autopista.

No volvió a la casa flotante. Se quedó en el muelle pensando en lo que había pasado. Cuando finalmente entró en el barco y encendió las luces, tuvo la sensación de haber saltado un muro: la sensación de que algo había cambiado y ya nunca volvería a ser igual.

Lavó los platos e hizo desaparecer todo rastro de la cena y de la velada. Después se metió en la cama con la ropa puesta. Se quedó así, despierta, tratando de vencer la sensación de que estaba en la casa de otra persona, en la vida de otra persona.

«¿Y ahora qué?», pensó.

Unos minutos después de medianoche, se levantó de la cama. Cogió su bolso, las llaves, se puso una chaqueta y salió.



Julia Chua seguía pensando en el inquilino de abajo. Aquella mañana Corwin Sturmer había entrado y salido del domicilio en menos de noventa segundos, otra visita sorpresa al lugar en que teóricamente vivía.

De aquello hacía doce horas y Julia todavía estaba pendiente de él. No de su presencia física, sino de las sospechas que despertaba.

Las respuestas estaban en el piso de abajo. Estaba segura.

Pensó que quizá debía echar un vistazo al lugar... si supiera cómo. Pero había un candado en la puerta.

Y entonces se acordó: había una forma...

Buscó el destornillador en un estante del sótano, sobre la secadora. Su marido no era ningún manitas, ni ella tampoco, pero tenían esa herramienta muy a mano por una buena razón.

Se acercó al tabique de madera que separaba el apartamento de abajo del resto del sótano. Era la parte trasera de la pared, así que la madera estaba sin pintar y se veían las tuberías del agua y los cables eléctricos.

El apartamento ocupaba más de la mitad del sótano. Con lo único con lo que se habían quedado era un pequeño espacio para la lavadora, la secadora y un par de estanterías de almacenaje.

Cogió el destornillador y caminó a lo largo del tabique. Allí estaba...

Había un panel que no estaba clavado. A diferencia de los demás, lo sujetaban cuatro palomillas de un solo tornillo cada una.

Era la parte trasera del armario del dormitorio.

Cuando su suegra había vivido en la casa, había insistido en cerrar la puerta de la calle por la noche. No había forma de entrar. Estaban preocupados por su salud y tenían miedo de que pudiera necesitar ayuda. Con la excusa de que había que hacer unos arreglos, habían llamado a un carpintero para que quitara el panel del armario del dormitorio y lo reemplazara por otro que pudiera quitarse aflojando algunos tornillos. Por eso habían puesto el destornillador a mano: para encontrarlo rápidamente si lo necesitaban.

Nunca les hizo falta el panel: la madre de Albert murió bruscamente mientras paseaba por Clement Street.

Todo esto había ocurrido hacía más de cinco años, pero el panel seguía en su sitio y el destornillador también.

Empezó a quitar los tornillos. Cuando terminó con el último, el panel se inclinó hacia atrás lentamente. Lo apartó y se coló por la abertura.

Estaba en el armario. Había colgadas un par de camisas y una cazadora de cuero. Las hizo a un lado y entró en el dormitorio.

Encendió la luz. Los muebles eran baratos, simples, limpios. La cama estaba hecha y la parte superior de la cómoda estaba vacía. Pudo comprobar que también

estaba limpia, cuando pasó el dedo por la madera.

Era un hombre ordenado, había que reconocerlo. Excepto por un par de zapatillas de deporte que había junto a la cama, el lugar tenía el aspecto de una habitación de hotel recién arreglada.

Lo mismo podía decirse del cuarto de baño. Estaba reluciente.

La señora Chua estaba empezando a sentir cierto respeto por Corwin Sturmer. Era muy detallista... y eso era algo admirable en un hombre.

Entró en la habitación principal, donde el ordenador llamaba tanto la atención como un Ferrari en una parada de taxis.

Los muebles eran simples, viejos, como los que se venden en un encante. La cocina portátil estaba bien cuidada y limpia. En la nevera había un bote de zumo de naranja, un poco de jamón de York en un envase de plástico y unas cuantas manzanas. Había varias latas de sopa alineadas en la despensa.

Corwin Sturmer era pulcro, pero aburrido.

No entendía por qué se había tomado la molestia de poner doble cerrojo a la puerta de un lugar como aquél. El ordenador del salón no podía ser tan valioso...

Volvió al dormitorio. Allí es donde la mayoría de la gente guarda sus secretos.

El primer cajón de la cómoda estaba lleno de ropa interior y de calcetines, tan ordenados como en una taquilla del ejército.

El segundo cajón contenía camisas bien dobladas. El tercero, un par de jerséis.

Al fondo había una cinta de vídeo. Estaba colocada de lado, apoyada contra el fondo del cajón, escondida.

La cogió y la sacó del estuche de plástico. No tenía ningún rótulo.

Corwin Sturmer no tenía vídeo. Ni siquiera tenía televisor. Pero tenía una cinta sin etiqueta escondida en un cajón de la cómoda.

Aquella cinta estaba pidiendo a gritos que la vieses. Se la llevó arriba, la metió en el vídeo y empezó a verla. Apareció un hombre en la pantalla. Un hombre joven...

... un hombre desnudo...

... tumbado en el suelo, boca arriba. Tenía los brazos apoyados debajo de la cabeza y las piernas extendidas.

«Una cinta pornográfica —pensó—. No quiero ver esto».

Pero en aquel momento apareció otra persona, y siguió mirando.

Porque el segundo hombre, y éste estaba vestido, era Corwin Sturmer.

No se le veía bien la cara. Por su posición, lo que se veía era la nuca, pero reconoció su forma de andar, su complexión. Era su inquilino. Estaba segura. Se había puesto a horcajadas sobre el otro.

El hombre desnudo se retorció. Al parecer no podía levantarse. No se le veían ni los pies ni las manos, estaban fuera de campo, pero por la forma en que se sacudía, supuso que estaba atado.

Corwin Sturmer se sentó sobre su estómago.

El hombre desnudo parecía aterrorizado.

Después puso una mano en el pecho del hombre. El hombre que vivía en el sótano de su casa tenía un clavo en la mano. Un clavo largo, brillante, como una uña larguísima, de tal vez veinte o treinta centímetros, y lo estaba poniendo sobre el pecho del hombre desnudo, sobre el corazón.

En la mano derecha Corwin Sturmer tenía un martillo.

El hombre desnudo se retorció, trató de quitarse a Corwin Sturmer de encima, pero estaba indefenso.

Corwin Sturmer sostuvo el clavo en su lugar y levantó el martillo.

Julia Chua no esperó a verlo caer. Buscó el teléfono y marcó los tres dígitos del teléfono de emergencias.

Le contestó una mujer a la primera llamada.

Julia Chua dijo:

—Llamen a la policía. Ha habido un asesinato.

Unos veinte minutos después de abandonar la casa flotante, Kate aparcó el coche frente al 2600 de Tesla Street y se dirigió a la casa.

Se sintió como una intrusa cuando usó la llave para entrar. Pero no se imaginaba llamando al timbre como si fuera una desconocida.

Entró y cruzó el vestíbulo hasta las escaleras.

Tres monitores brillaban en la oscuridad, incluyendo el que pertenecía al videoescáner. Pero Ellis no estaba mirándolos. Estaba de pie frente al ventanal, mirando hacia fuera, sin moverse.

Se preguntó si estaría haciendo caso omiso de ella. Dijo con suavidad:

—Hola, E.

Por su forma de girar bruscamente, se dio cuenta de que lo había sobresaltado... No se había percatado de que ella estaba allí.

—Kate.

Kate bajó las escaleras y se detuvo a unos pasos de distancia, al otro lado de las mesas de trabajo, mirándolo a través de los equipos y del desorden.

—Lo siento —dijo él en seguida—. Me pasé un poco... Mucho. No volverá a suceder.

—No quiero ninguna disculpa.

—Te he echado a perder un gran momento, ¿verdad?

—No, has hecho bien.

Aquello sorprendió a Ellis.

—Creí que habías venido para mandarme a la mierda.

—Eso podría haberlo hecho por teléfono.

—Entonces, ¿a qué has venido?

Se acercó a él, lo bastante para poder mirarlo a los ojos.

Y dijo:

—Quiero oírte decir otra vez lo mal que te sientes sin mí.

—No te lo puedo explicar en unos minutos.

Kate le rodeó el cuello.

—Inténtalo —dijo.

—Mi vida es un desastre, Kate. No me había dado cuenta de todo lo que hacía gracias a ti, de cuánto me has ayudado a seguir adelante día a día. Desde que te fuiste, vivo por la fuerza de la costumbre, pero mi vida no tiene sentido, todo es inútil.

Kate le tocó los labios con las yemas de los dedos.

—Después —dijo y lo besó.

Y en aquel preciso momento sonó el buscpersonas que llevaba en el bolso.

El asesino, al volante de la furgoneta marrón, cogió el busca para ver el mensaje.

El aparato era un clon del de Ziggy (la idea era parecida a la clonación de un móvil, pero más simple) y recibía los mensajes al mismo tiempo que ella. El visor mostraba la frase:

COMPRUEBE MENSAJE ORAL

Un ordenador recogía los mensajes orales que llegaban al estudio. En realidad, era algo así como un contestador automático informatizado. Al dejar un mensaje se podía introducir un código, para que el ordenador se encargara de avisar a Kate, por el busca, de que tenía un mensaje urgente.

El ordenador estaba conectado a una red local. Y el asesino había conseguido acceder a aquel sistema.

El asesino cogió el móvil, marcó el número de acceso y la contraseña.

El sistema le pasó el mensaje. Era una voz de mujer:

—Kate, soy Sandy Weil. No te lo vas a creer...

Kate colgó el teléfono.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—Nada importante.

—Vamos, conozco esa expresión.

—Hay problemas en Belice. Cynthia está en el hospital con taquicardia, Sandy dice que el guía es un borracho incapaz de encontrar un gato y mucho menos un jaguar. Están al borde de un ataque de nervios.

—Tienes que ir allá ahora mismo —dijo Ellis.

Se separó de ella y fue hasta el ordenador.

—Puedo mandar a otra persona.

—No —dijo él—. Ya vais con retraso. Y las cosas estarán por completo fuera de control si no vas. Te estás jugando medio millón de dólares en este trabajo... Tienes que hacerte cargo tú misma.

Hablaba sin apartar los ojos de la pantalla. Tenía los dedos sobre el teclado.

—Lo siento, E, de verdad. Precisamente en este momento... añadió Kate.

Él la miró a los ojos.

—¿Volverás? —preguntó.

—Sabes que sí. En cuanto pueda.

Él sonrió con cautela.

—¿Aquí?

—Directamente, E, te lo prometo.

—Es todo lo que necesitaba saber.

Ellis volvió al teclado y al monitor. Kate se acercó a él y lo rodeó con sus brazos.

—Este vuelo está completo —dijo él. Escribió algo más y adió—: Éste también.

—Y a continuación—: Aquí está. Mañana, en el último vuelo a Belice capital. A las dos menos cuarto con escala en Los Ángeles. ¿Te va bien?

—Perfecto. El de la tarde me va mejor.

—Y eso, ¿por qué?

Estaba sentado en una silla giratoria. Ella lo cogió por los hombros y lo giró hacia sí.

—Porque así podremos dormir juntos.

Kate dejó una serie de mensajes orales en el sistema de la oficina: sus planes de vuelo e indicaciones sobre lo que se debía hacer en su ausencia.

Se iría al día siguiente.

Esperaba poder volver antes de una semana.

Pero el asesino pensó que una semana era demasiado tiempo.

Estaban ocurriendo demasiadas cosas, había demasiadas complicaciones.

La hora de Ziggy había llegado.

—Le atravesó el corazón con un clavo —dijo uno de los dos patrulleros.

No tenía más de veinticinco años. Su compañero parecía todavía más joven. Habían pasado varias horas desde que habían atendido la llamada de Julia Chua. Estaban en el salón de su casa y ella permanecía de pie.

—Vosotros no habéis visto la película, ¿verdad? —preguntó Lee Wade.

—No —dijo el agente de más edad—. Pero la señora dice que la ha visto y yo la creo.

—Pero si no hay problema —dijo Julia Chua, con la cinta de vídeo en la mano—. Pueden verlo por sus propios ojos...

—No, no la ponga —advirtió Lee Wade—. No quiero verla. No la hemos conseguido en un registro legal.

—Lo que yo haga en mi casa es asunto mío —dijo ella.

El agente más joven le explicó:

—Esa cinta puede ser una prueba de asesinato. Si tomamos posesión de la prueba sin una orden, no será aceptada ante un tribunal. Y cualquier cosa que descubramos a partir de ella puede ser considerada como el fruto de un árbol envenenado.

Aquella frase solía aparecer con bastante frecuencia en las clases sobre la Cuarta Enmienda en la Academia de Policía. Sin duda, aquel hombre había aprobado el curso hacía poco.

El patrullero tenía que haber sacado buenas notas.

Y cuando terminaron de oír la descripción de Julia Chua sobre lo que había visto, se ganaron unos puntos extra llamando a homicidios para preguntar si alguien sabía algo sobre un hombre blanco con un clavo atravesado en el corazón.

Así fue como Lee Wade llegó a casa de Julia Chua a las cuatro de la madrugada.

Le dijo que quería esperar en el salón por si volvía Corwin Sturmer.

Se sentó en el sofá azul de terciopelo y cogió el teléfono para llamar al departamento. Habló con su compañero, Ronson.

Necesitaban los antecedentes de Corwin Sturmer.

Necesitaban una orden de registro.

Necesitaban los registros de llamadas telefónicas de Corwin Sturmer: «Sacude bien el árbol de la compañía telefónica: esta vez no podemos esperar dos semanas».

—Todavía tengo la cinta —dijo Julia Chua—. ¿Qué quiere que haga con ella?

—Me haría usted muy feliz si la pusiera donde la encontró. No me diga ni siquiera dónde estaba. Pondremos el apartamento patas arriba cuando tengamos la orden.

—¿Y cuándo la tendrán? —preguntó la propietaria.

—Vamos a ponernos en marcha en este mismo instante. Hay que sacar a un juez de la cama. Tal vez tardemos unas horas.

—¿Y si vuelve a casa?

—Entonces tendré una interesante charla con él.

—Es un asesino.

Lee Wade también lo creía. El dueño de aquella cinta tenía que ser culpable o cómplice de asesinato.

—Ya veremos —se limitó a decir.



El hombre que se hacía llamar Corwin Sturmer enfiló Clement Street con la furgoneta. A aquellas horas no había mucho tráfico, pero la calle solía estar llena de coches aparcados.

Se detuvo en el cruce con la Décima Avenida y echó un vistazo a la esquina.

Había dos coches patrulla aparcados en doble fila. En la casa de Julia Chua las luces estaban encendidas. No entró en la avenida; siguió derecho por Clement Street una manzana más y después giró por Geary. Mientras conducía, cogió el móvil y marcó un número.

Llamó a su propio apartamento. El ordenador contestó en silencio y Corwin Sturmer marcó un código de seis dígitos.

El código activó un pequeño programa que empezó a destruir los datos del disco duro y a reescribir los archivos para que cualquiera que lo examinara más tarde encontrara sólo *bytes* grabados de forma aleatoria. Siguió por Geary Street. No estaba asustado y no tenía prisa.

Al final de Geary Street estaba el mar. Se encaminó hacia el sur por la autopista, con la playa y las olas a su derecha. A la izquierda había un aparcamiento que los fines de semana se llenaba de coches de bañistas. Pero no había casas cerca y aquella noche, como casi todas las noches, el lugar estaba desierto. Siguió conduciendo hacia el sur sin rebasar el límite de velocidad.

Unos tres kilómetros más allá había un coche solitario en el aparcamiento. Un Chevy Cavalier blanco. El asesino aparcó cerca de él y apagó el motor.

Las olas golpeaban con fuerza. La playa estaba vacía y por la autopista no pasaba ni un coche.

Sacó de la guantera los papeles del seguro, el registro del coche y una pequeña caja de herramientas.

Rompió los papeles en pedazos y los lanzó al viento, que soplaba hacia el mar. Cuando la policía accediera a la base de datos de la Dirección de Tráfico y buscara la foto del permiso de conducir de Corwin Sturmer, descubriría que la imagen había sido borrada de los archivos informáticos. También averiguarían que la información que contenían los archivos era completamente falsa y que los propios archivos habían sido introducidos por alguien hacía varios meses.

El asesino había estado preparándose para aquel momento durante meses. Sabía desde siempre que tendría que desprenderse de Corwin Sturmer como una serpiente que se desprende de la camisa... aunque no había supuesto que tendría que hacerlo tan pronto ni tan bruscamente.

Las identidades falsas eran como los guantes quirúrgicos: desechables.

Abrió la puerta del Cavalier blanco, metió el equipo de herramientas y las matrículas y sacó el aparato ortopédico de entre los asientos. Se lo puso en la pierna derecha y después entró y cerró la puerta.

Arrancó el Cavalier, encendió las luces y se alejó conduciendo con el embrague de mano especial para minusválidos.

Ser C.W. Hartmundt tenía sus inconvenientes, pero de momento les sacaba una gran ventaja.

C.W. Hartmundt era invisible.

Nadie sospecharía que pudiera ser un asesino.

Bajó la ventanilla y respiró la brisa del mar. Se sintió reconfortado. Aquel aire sabía a libertad.

En la casa de Tesla Street, Kate y Ellis compartieron la cama por primera vez desde hacía más de un año.

Ellis estaba medio despierto, feliz, relajado y liberado por primera vez desde que se separaron.

Abrazaba a Kate, que dormía a su lado, como si quisiera retenerla.

A ella le gustaba.

Al mismo tiempo, a unas manzanas de distancia, al pie de Russian Hill, C.W. Hartmundt entraba en el piso de Union Street.

Tres de los monitores de Ellis Hoile permanecían encendidos en la oscuridad de la gran sala de trabajo, fuera de la vista del dormitorio.

La imagen cambió de pronto en uno de ellos: era el monitor conectado al videoescáner, que seguía apuntando al piso de Stoma, en Russian Hill.

C.W. Hartmundt había encendido el monitor y el escáner estaba captando la imagen. En el dormitorio de Tesla Street, Ellis Hoile sólo sentía el calor de Kate a su lado.

El monitor del escáner, sin que nadie se fijara en él, siguió mostrando el trabajo de C.W. Hartmundt.

Hartmundt se conectó con la central de reservas de una compañía aérea, introdujo un código de acceso y buscó la reserva de Kate Lavin para Belice.

La encontró en menos de un minuto y la canceló. Automáticamente, el sistema asignó la reserva a uno de los tres pasajeros en lista de espera del vuelo de Los Ángeles a Belice.

Después, el asesino salió de la central de reservas y entró en el mapa de Los Ángeles.

Escribió un nombre:

Hoile, Ellis

En el dormitorio, Ellis Hoile abrió los ojos. Kate lo estaba zarandeando.

—E, escucha —decía—. Tengo una gran idea, ¿me estás escuchando? —Él asintió—. ¿Por qué no vienes conmigo a Belice? Coge un avión en los próximos días y podremos estar juntos. Si quieres, me puedes ayudar. Me vendría muy bien. Y no tiene por qué ser todo trabajo. Además, estaremos juntos, que es lo que importa.

Ella le pasó una pierna por encima hasta que quedó de rodillas, encima de él, con las manos sobre sus hombros.

—Como antes —añadió—. ¿Qué te parece?

Él no dijo nada, pero la cogió por los hombros, la acercó y la besó, apurándola hasta las heces.

En el salón, el monitor mostraba un mapa con el área de Telegraph Hill.  
El punto rojo parpadeaba debajo del símbolo de Coit Tower.  
Un cuadro de diálogo decía lo siguiente en el extremo inferior de la pantalla:

Hoile, Ellis  
2600 Tesla Street  
San Francisco

Christian Hartmundt tenía un último trabajo que hacer antes de dormir. Entrar en Verba y examinar el correo electrónico. Procuraba hacerlo una vez al día, pero no lo había hecho desde la noche anterior.

El sistema le informó:

Bienvenido, Stoma.  
Hay correo.

El directorio del correo mostraba sólo un mensaje nuevo, del día anterior. Era de Avatar.

C.W. Hartmundt empezó a bajar el mensaje. Su programa de correo lo descodificó automáticamente y le mostró el contenido del archivo enviado por Avatar.

Era una fotografía.

Apareció línea por línea desde la parte superior de la pantalla. El efecto fue el de un telón que se va cayendo poco a poco hasta mostrar la pintura que hay detrás.

El asesino sintió que la rabia le invadía cuando empezó a reconocer la imagen que aparecía en la pantalla.

Un aparcamiento de coches.

La expresión de Chaz, muriendo con la boca abierta al dar un alarido.

Avatar le había mandado un fotograma de una de sus propias filmaciones.

Sus manos se clavaron en el borde de la mesa. El corazón le latía a toda velocidad. Se dio cuenta de que lo que sentía no era sólo furia.

También era pánico.

La imagen siguió bajando hasta que terminó con el breve mensaje que Avatar había añadido al final:

CWH: Lo sé todo

Apagó rápidamente el ordenador. Pero siguió mirando la pantalla vacía, tratando de obligarse a pensar, de dominar el pánico y la rabia.

No era posible. No.

C.W. Hartmundt era intachable.

C.W. Hartmundt era invisible.

Primero el policía en la puerta. Y después aquello.

Pensó en la posibilidad de que su situación fuera realmente comprometida.

Se levantó de la silla, cruzó la habitación y descorrió las cortinas. Desde allí veía claramente Telegraph Hill y Coit Tower en la cima... y debajo mismo la casa del hombre que se hacía llamar Avatar.

«Yo también lo sé todo», pensó.

## **QUINTA PARTE**

### **Refugio 12 de mayo**

David Hudgins oyó la música mientras subía por el camino detrás de su abuela, hacia la casa de Ellis Hoile.

Era música clásica y procedía del interior de la casa. David estaba casi seguro de que era Bach; el sonido era diáfano y el volumen alto.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Roberta Hudgins.

Una vez dentro, pudieron ver que el sol entraba a raudales por las ventanas y la música sonaba todavía a mayor volumen. Cuando llegaron a la escalera oyeron unas risas de mujer que provenían de la cocina.

David los vio a través de la puerta de la cocina: eran Ellis Hoile y una mujer guapa, ambos tan concentrados en mirarse mientras desayunaban que al principio no se dieron cuenta de que ya no estaban solos. La abuela de David se plantó en la entrada de la cocina y se quedó esperando a que la vieran.

David no conocía a la mujer, pero su abuela sí parecía conocerla: se acercó a ella y le dio la mano. Supuso que era la mujer que había contratado a su abuela, la exmujer de Ellis Hoile.

Aunque aquella mañana no parecía una «ex».

Vio que besaba a Ellis Hoile y se levantaba de la mesa. Llevaba puesta una camisa de hombre. Nada más. Dirigió a David una sonrisa rápida, lo saludó con la mano y se fue hacia el dormitorio.

David conocía a su abuela y se dio cuenta de que a ella le agradaba ver la casa así, llena de luz y de vida después de semanas de oscuridad enfermiza. Pero también sabía que estaba un poco preocupada por su futuro laboral.

Lo supo por el tono de broma que dio a sus palabras cuando le dijo a Ellis Hoile:

—A lo mejor esto quiere decir que usted ya no me necesitará más.

Y Ellis Hoile le contestó:

—Puede que ahora la necesitemos los dos.

Lee Wade seguía esperando la orden de registro cuando la compañía PacBell mandó el listado de llamadas telefónicas de Corwin Sturmer, poco antes de las diez. El marido de Julia Chua tenía un fax, así que Ronson le envió las páginas con las llamadas registradas en los últimos dos meses en el número de teléfono del apartamento de la planta baja.

También mandó una copia de las llamadas de teléfono de Donald Trask.

Ronson ya había examinado la lista y había señalado las llamadas significativas. En tres ocasiones, Trask y Corwin Sturmer habían conectado por teléfono con Comunicaciones Verba a la misma hora.

Una de las veces era la noche del asesinato. Lee Wade pensó en Ellis Hoile y en su teoría de que el asesino y las víctimas se conocían *on line*, no personalmente, sino a través de una conexión por ordenador.

Corwin Sturmer había pasado mucho tiempo conectado con Verba: en algunas ocasiones incluso varias horas el mismo día, como pudo comprobar por la duración de sus llamadas. Un punto para el genio, se dijo Lee Wade: Ellis Hoile se había equivocado de sospechoso, pero quizá su teoría era correcta.

Aparte de las llamadas a Verba, Corwin Sturmer no pasaba mucho tiempo al teléfono. Había llamado a unos quince o veinte números distintos, la mayoría locales. Y había recibido una docena de llamadas.

Lee Wade tenía un teléfono móvil y empezó a llamar a la gente que había estado hablando con un asesino. Primero a los que habían recibido llamadas de Sturmer. La compañía telefónica le había mandado una relación con el nombre que correspondía a cada uno de los números. La mayoría fueron pura rutina: pequeñas empresas locales que no habían oído hablar de él.

Había dos llamadas a un teléfono de Mendocino County, en Point Arena, a nombre de Jane Regalia. Cuando llamó, sólo le contestó un pitido. «Un fax o un ordenador», pensó.

Había además dos conferencias a un número de Missouri. Corwin Sturmer había recibido tres llamadas de aquel mismo número.

Lee Wade hizo un intento. El teléfono sonó cinco, seis veces y estaba a punto de colgar cuando finalmente contestaron.

Una voz de hombre dijo:

—¿Sí?

Lee Wade se identificó y dijo:

—¿Hablo con Charles Obend?

La pausa fue tan larga que Lee Wade se preguntó si el tipo de Missouri habría colgado.

Finalmente, la voz dijo:

—Charles Obend era mi hermano. El entierro será mañana. Estoy recogiendo sus



cosas.

Lee Wade se puso tieso en el sofá azul.

—¿Cómo murió? —preguntó.

El hermano de Charles Obend se lo contó. El asesinato del aparcamiento del aeropuerto. Por la forma en que lo contaba, era evidente que le costaba creerlo, aceptar que alguien le hubiera hecho aquello a su hermano.

Pero Lee Wade lo creía. «Yo lo vi», pensaba mientras escuchaba al hermano de Charles Obend. Lo había visto en una grabación que Ellis Hoile había captado en el piso de Union Street.

¿Quería decir aquello que Corwin Sturmer le había dado una copia de la cinta a Christian Hartmundt?

El hermano de Charles Obend le dijo que el asesinato había sido durante la noche del sábado. Se acordó de que el fax anónimo enviado al departamento de homicidios había aparecido el domingo por la mañana, pocas horas después.

Charles Obend era Carneware 3.

Lee Wade sólo tenía otra pregunta.

—Su hermano tenía ordenador, ¿verdad? —dijo—. De esos que pueden conectarse por teléfono.

—Sí, lo tengo aquí delante.

La orden de registro llegó unos minutos más tarde. La llevó Ronson en persona.

Julia Chua acompañó a los dos policías hasta el apartamento del sótano y les enseñó cómo se quitaba el panel de madera. Volvieron a coger la cinta del cajón de la cómoda, donde la había vuelto a poner la propietaria del inmueble.

Subieron a la casa de Julia Chua y metieron la cinta en su vídeo. Julia Chua se marchó a otra habitación: ya la había visto, y una vez era más que suficiente.

Empezaba con un cuerpo tendido en un suelo de hormigón, un joven con una mancha oscura extendiéndose sobre su pecho, a la altura del corazón. Alguien, un hombre cuya cara no se veía, estaba sentado sobre el estómago del muerto. Se estiró hacia la mancha y sacó un largo clavo de metal del cuerpo.

Lee Wade se imaginó que aquél debía de ser el momento en que Julia Chua había parado la cinta. La detuvo, la rebobinó y empezó a verla desde el principio.

Era una experiencia muy extraña. Nunca había sido testigo de un asesinato que estuviera investigando.

Tenía que ser Donald Trask el que estaba atado allí de pies y manos en el suelo. Debía de tratarse de aquel asesinato.

Lee Wade sintió cierta desilusión ante la película. Esperaba ver la cara de Corwin Sturmer, pero no apareció. El tipo daba la espalda a la cámara todo el rato. No entendía cómo Julia Chua podía estar tan segura de quién era.

La película sola no servía para acusar a nadie. Las sombras, la forma en que se colocaba el asesino con respecto a la luz y a la cámara, hacían imposible una identificación.

Después de ver la película supo que no reconocería a Corwin Sturmer si se encontrara con él por la calle.

La vio de principio a fin, casi diez minutos, la rebobinó y la volvió a ver hasta que no hubo señal y apareció la nieve de una cinta virgen.

Estaba a punto de parar la cinta, sacarla y llevársela; pero unos segundos después la parte nevada desapareció y apareció otra grabación.

Parecía el mismo suelo de hormigón que en la primera película, pero esta vez había una mujer. Estaba viva; sin embargo, parecía a punto de morir, a juzgar por las imágenes. Un hombre salió de detrás de la cámara con un machete en la mano.

Levantó el machete y se volvió ligeramente hacia la cámara, mostrando su cara.

Lee Wade se irguió en el sofá y buscó el mando a distancia. Quería rebobinar la película.

Conocía a aquel tipo. Lo había visto hacía menos de veinticuatro horas.

Era Christian Willem Hartmundt, pero no llevaba el aparato ortopédico; caminaba perfectamente.

El machete cayó sobre el cuello de la mujer mientras Lee Wade buscaba el teléfono. Llamó al teniente pidiéndole refuerzos para detener al asesino de Donald Trask.

Sacó la cinta y se despidió de Julia Chua diciéndole que si aparecía Corwin Sturmer debía abandonar la casa inmediatamente y llamar a la policía desde el teléfono más cercano.

Pero estaba seguro de que el inquilino no volvería.

Tenía otro lugar donde esconderse, supuso Lee Wade. Un piso en Union Street.

Aunque no por mucho tiempo.

Stephen Leviste se despertó en la más completa oscuridad, dentro del agujero destinado a ser su tumba. Se había quedado dormido cinco minutos después de que el asesino soldara la reja.

Llevaba despierto día y medio, obligándose a mantener los ojos abiertos mientras esperaba: tenía que estar alerta, tenía que estar preparado para defenderse cuando volviera el loco.

Sin embargo, cuando el loco selló la reja se acabaron sus esperanzas y él se desmoronó. Bajó la cabeza y se dejó vencer por el sueño.

Había dormido el resto de la tarde y durante toda la noche.

Cuando se despertó, sintió una oleada de pánico al recordar dónde estaba y cómo había llegado allí. Se acordó de lo que había planeado hacer antes de dormirse.

Buscó la linterna que se le había caído al asesino y la encendió. Bebió un sorbo de agua de la jarra y empezó a explorar el espacio en que se encontraba. No había podido hacerlo el día anterior, en la oscuridad.

Dirigió el haz de luz a uno y otro lado del pasadizo. Al parecer era un corredor estrecho que discurría bajo el suelo de hormigón.

No ofrecía demasiadas esperanzas. No parecía haber ninguna salida (si hubiera alguna, ¿para qué se habría molestado el asesino en soldar la reja?), pero como no tenía nada que hacer, se levantó, se encorvó y empezó a moverse por el túnel.

Llegó hasta el extremo en que suponía que estaba la puerta roja de la pared del fondo: seguía la misma dirección que la pasarela de metal.

El espacio no tenía variaciones. Llegó hasta la pared del fondo, dio media vuelta y volvió por donde había llegado hasta situarse bajo la reja.

El pasadizo continuaba en dirección opuesta, hasta la pared contraria de la nave de hormigón. Se preguntaba qué sentido tenía seguir explorando. Visto desde la reja, parecía igual que el otro lado.

Pensó que de todos modos iría hasta el fondo. Era mejor explorar que quedarse sentado sin hacer nada.

La mayor parte del recorrido era igual que lo que había visto hasta el momento. Estaba a punto de darse por vencido, cuando la linterna iluminó el final del túnel.

Vio que el fondo no era como el resto.

Se acercó con rapidez. En lugar de una pared, como en el otro extremo, encontró una especie de caja de acero.

No era exactamente una caja: era una salida de aire. Con una pantalla protectora. La caja era parte de un conducto de ventilación.

«Una salida de aire», pensó. Se acordó del conducto que discurría por el techo, por encima de la pasarela. No se había fijado mucho en él. Pero tenía que ser el mismo que descendía por la pared de la cueva y atravesaba el suelo.

Atravesaba el suelo...

Empezó a dar puntapiés a la pantalla protectora hasta que se soltó y la desprendió con las manos. Dejaba un hueco de unos treinta centímetros de largo por veinte de ancho.

Se tumbó de espaldas, ladeó la cabeza y consiguió meterla por el hueco. Pero estaba totalmente oscuro. Metió la linterna, la dejó apuntando hacia arriba y volvió a meter la cabeza.

A la luz de la linterna, vio el interior del conducto. Se elevaba en vertical hacia arriba y se hundía en la oscuridad, lleno de telarañas que colgaban moviéndose ligeramente en el aire.

El trozo de barandilla que había utilizado para defenderse el día anterior estaba atrás, en el túnel, cerca de la rejilla. Su primera intención fue usarlo como maza, golpear el conducto por donde atravesaba el suelo hasta soltarlo o deformarlo lo suficiente para poder salir a la cueva. Pero se detuvo.

¿Qué ganaría con eso? ¿De qué le serviría escapar hacia la cueva?

Ya había estado allí y no había encontrado ninguna forma de escapar. El asesino quería que él subiera a la cueva. Allí sería fácil de atrapar y de matar. Abajo, por lo menos, no estaba a su alcance.

A pesar de que deseaba salir de aquel espacio estrecho y terrible, escapar hacia la cueva no era realmente escapar.

Se sentó en el hueco del conducto de ventilación con los hombros abatidos. Después de todo, el conducto no era mejor que una pared lisa. Sintió que el desaliento lo dominaba y se le llenaron los ojos de lágrimas. Aunque trató de contenerlas, algunas se le escaparon y mojaron sus mejillas.

«Basta —se dijo—. Llorar no servirá de nada».

Se limpió la cara. La sintió fría. Se le estaban secando las lágrimas muy rápidamente.

Se dio cuenta del porqué. No podía creer que se le hubieran escapado esos detalles: las telarañas oscilando y las lágrimas secándose con rapidez en la piel.

El aire se movía dentro del conducto; era una brisa muy leve, pero perceptible.

Un conducto de ventilación tiene que conducir aire. Claro. El aire viciado sale al exterior y se renueva con aire fresco. Seguro que antiguamente habría un gran ventilador que generaba la corriente; pero lo que sentía en aquel momento era la corriente natural de aire que se movía en virtud de los cambios de presión.

«Pero la presión no cambiaría nunca en un sistema de ventilación completamente cerrado», pensó.

Y entonces pudo sentirlo. Pudo olerlo: el aire. No era un sistema de ventilación cerrado. El aire que bajaba por el conducto y le llegaba a la cara tenía un olor, un significado que sólo podía tener un origen.

Aquel aire provenía del exterior.

Kate se marchó después del desayuno: tenía que hacer el equipaje y necesitaba acercarse al estudio antes de coger el avión.

Ellis la abrazó, la miró a los ojos y la besó antes de dejarla marchar. Cuando se fue, examinó el programa que David Hudgins había compuesto durante la semana anterior. Después reservó un billete de avión a Belice capital para tres días más tarde.

La señora Hudgins seguía limpiando, se quedaría casi todo el día, y David estaba concentrado trabajando en un ordenador.

Ellis Hoile volvió a ver la cinta que había captado con el escáner en el piso de Christian Hartmundt, la bola de fuego en el aparcamiento.

La había estado examinando durante varios minutos la noche anterior, cuando todavía estaba solo en casa. Buscaba algún detalle que pudiera haber pasado por alto.

La búsqueda era deprimente y agotadora: odiaba aquella maldita cinta, pero pensaba que le resultaría más llevadero hacerlo por la mañana, a la luz del sol, tras todos los cambios que había vivido durante las últimas doce horas.

Empezó a pasarla a cámara lenta, rebobinándola una y otra vez.

Necesitaba verla fotograma a fotograma. Pero entraba demasiado sol. Procuró evitar el reflejo sobre la pantalla.

A la señora Hudgins y a su nieto parecía agradecerles. «A todo el mundo le gusta sentir el calor del sol», pensó: en realidad a él no le molestaba, pero a veces le suponía un obstáculo.

En la planta superior había una habitación que había servido antiguamente como garaje. Estaba adosada a la casa. Cuando él y Kate compraron la casa, la había transformado en despacho.

La utilizó durante varios años, incluso después de que ella se marchara. Sólo cuando el divorcio se hizo efectivo empezó a trasladarse hacia el salón, no tanto por necesidad de espacio cuanto para que la casa le resultara más soportable, menos vacía.

Desconectó un ordenador (el Pentium estaba equipado con editor de vídeo) y lo llevó arriba.

No había entrado en el despacho desde hacía varias semanas. La habitación estaba vacía: lo único que quedaba era una mesa y una silla. Suficiente. Dejó el ordenador sobre la mesa y bajó a buscar el magnetoscopio y la casete, y en un tercer viaje un monitor en color.

Le dijo a la señora Hudgins que se quedaría un rato arriba. Estaba a punto de salir por la puerta principal cuando David Hudgins le gritó preguntándole por Verba. Quería saber cómo entrar, qué había que hacer para conectarse.

A Ellis Hoile no le gustaba que lo interrumpieran cuando estaba metido en algo. Y ya estaba pensando en la cinta de vídeo, en lo que iba a hacer con ella.

Dio media vuelta y se dirigió al vestíbulo, aún con el monitor en los brazos.

David estaba en la máquina que usaba Ellis Hoile para conectarse *on line*. Había una forma fácil de resolver el problema.

Con voz alta y clara, dijo:

—Comunicaciones. Verba. Conectar.

Abajo, el módem empezó a marcar los tonos.

—Lo he programado para que se conecte de forma automática —dijo Ellis Hoile desde el vestíbulo.

Recibió contestación a la primera llamada. El sistema leyó la contraseña de forma automática y dio la bienvenida a Avatar.

—Ya estás dentro —dijo—, eres Avatar por un día. Hazme quedar bien, no hagas nada que yo no haría. Si tienes alguna duda, llámame —concluyó y se fue al despacho.

Dejó el monitor en la mesa y conectó los cables del ordenador al vídeo que había grabado la horrible muerte en el aparcamiento de coches.

Cerró la puerta y apagó las luces. Le bastaba con el resplandor del monitor.

La tranquilidad y la oscuridad le sentaron bien. Así era como obtendría resultados.

Empezó a pasar la cinta de vídeo. Vio la terrible escena una vez más: la aparición de la víctima, inocente y confiada, en el aparcamiento; la bola de fuego. El equipo de edición leyó la señal, la digitalizó y la almacenó en el disco duro del ordenador.

Ellis Hoile volvió a pasar las imágenes, no las de la cinta, sino de la copia digital. Fijó la velocidad a un fotograma por segundo. A aquella velocidad no parecía una película, sino una proyección de fotografías casi idénticas que aparecían una a una en la pantalla, hacían una pausa y daban paso a la siguiente.

La película tenía 1372 fotogramas. Cada fotograma era una imagen congelada, robada al tiempo y guardada como puntos de color (píxeles) ordenados en líneas.

A velocidad normal, treinta fotogramas por segundo, la película duraba unos cuarenta y seis segundos.

A un fotograma por segundo, Ellis Hoile necesitaría unos veintitrés minutos para terminar de verla.

Se inclinó hacia delante en la silla y observó la pantalla mientras las imágenes pasaban una tras otra, a intervalos de un segundo.

Siete minutos. Detuvo el flujo de imágenes y se frotó los ojos. Todavía nada.

Otros cinco o seis minutos. Nada.

Se estaba acercando al final de la película. «¡Ah!..., un momento...».

Se inclinó hacia delante, se fijó con atención y mediante el teclado detuvo la progresión de imágenes y volvió atrás.

Un fotograma hacia atrás. Allí...

Era el reflejo de alguien en un espejo retrovisor.

El que grababa la película había bajado la cámara y se había colocado detrás de un coche aparcado. Había filmado su propia imagen en el retrovisor lateral, debido a

la alineación casual de la cámara y el reflejo.

Ellis Hoile se acercó para escrutar el fotograma. La imagen de la cara reflejada en el espejo era demasiado pequeña para verse con claridad.

Utilizó el teclado para aislar la zona donde estaba el espejo retrovisor.

Aquella imagen era la cara de un asesino. Y Ellis Hoile sabía cómo reconstruirla.

El ordenador de Christian Hartmundt emitió un sonido grave y prolongado.

Se trataba de una alarma. Se acercó rápidamente al escritorio en el que estaba la máquina y vio que Avatar había conectado con Verba. Había conseguido averiguar algunas cosas acerca de Avatar. No demasiadas, pero en aquel momento sólo le importaban tres cosas:

Avatar vivía solo; era un hombre solitario.

Vivía su solitaria vida en una casa situada a menos de dos kilómetros de Union Street.

Y en aquel momento estaba sentado frente al teclado.

Pocos minutos después el asesino subía por Tesla Street.

Se había puesto un mono y una gorra de béisbol azules y llevaba una bolsa de lona con cremallera. Caminaba con paso decidido, parecía un obrero de camino al trabajo: un operario que se dirigía a arreglar una avería urgente en la casa.

En cierto modo, la impresión era cierta.

La avería era Avatar. Aunque había planeado algo mucho más espectacular y ritual, Avatar había adelantado su propia muerte al dejar aquella imagen en el correo de Stoma.

Avatar tenía que ser eliminado.

Como no tenía salida, Tesla Street no estaba muy transitada. Los únicos que la utilizaban eran los que vivían en ella. Y como se trataba de un barrio caro, era una zona en la que casi todo el mundo se pasaba el día trabajando para poder pagar la casa.

El asesino no se sintió observado mientras se acercaba. No lo adelantó ni un coche.

La casa estaba en la falda de Telegraph Hill. La habían construido en pendiente y casi toda la parte destinada a vivienda estaba por debajo del nivel de Tesla Street. Había un solar vacío entre el 2600 y la casa vecina. No era muy grande, pero sí lo suficiente para que él se deslizara por allí, saltara una cerca y bajara por la pendiente.

Era más empinada de lo que había imaginado; tuvo que asirse a una tubería que pasaba por un lado de la casa, para no resbalar.

Casi había llegado ya al nivel principal de la vivienda. Unos metros más abajo había un ventanuco. Se deslizó hasta allí y miró dentro.

Era un dormitorio. La puerta estaba abierta y por ella podía ver parte del salón.

Nadie a la vista.

Se detuvo para coger aire. No tenía prisa; en aquel escondite no podían verlo desde la calle ni desde la casa. Y desde abajo, si alguien lo veía, parecería un obrero haciendo algún trabajo.



Abrió la bolsa.

Contenía unos zapatos de repuesto, una bolsa de pañuelos de papel, una cajita de herramientas, bolsas de plástico para guardar las ropas ensangrentadas, un rollo de cinta adhesiva, una barra de acero y otras cosas que no estaban a la vista: entre otras, un juego de ganzúas y un cuchillo.

Sacó unos guantes y un pasamontañas. La ventana estaba cerrada. Cogió una ventosa, la pegó al cristal superior y dibujó un círculo alrededor de ella con un cortavidrios.

Dio un golpecito y el círculo de vidrio se soltó. Lo dejó a un lado y metió la mano por el agujero para correr el pestillo.

Guardó la ventosa y el vidrio. Sacó el machete del fondo de la bolsa.

No era de acero inoxidable, pero estaba limpio, sin una mancha; la hoja estaba reluciente.

Lo dejó en el suelo un momento y usó las dos manos para abrir la ventana.

Después, ya con el machete en la mano, se deslizó en silencio dentro del dormitorio.

Oyó el rumor de un teclado al atravesar la habitación y se paró en la puerta, en la entrada del salón.

Examinó detenidamente el lugar. Parecía aún más grande desde dentro: el techo, a una altura de dos pisos, contribuía a aumentar el efecto.

Y los escritorios, los estantes llenos de material, los ordenadores.

Avatar era un genio de la informática, sin duda.

El rumor procedía de la izquierda, cerca del ventanal.

El asesino preparó el machete, lo levantó un poco con el brazo derecho doblado y pasó por el umbral hacia la izquierda, hacia el sonido.

A nueve metros, una figura estaba agachada sobre el teclado dándole la espalda, de cara a la ventana.

Se acercó con cuidado, cruzó la habitación en silencio. Pasó ante otra puerta, más ancha. Parecía la cocina; la vio de reajo, mientras mantenía la vista fija en la persona que había sentada frente al teclado. Se concentró en el punto del cuello en el que empieza la curva de los hombros. Levantó el machete.

Se dio cuenta de que algo andaba mal. Aquel individuo no parecía Avatar.

Entonces sonó el teléfono.

Sonó detrás de David Hudgins.

Éste apartó la vista del monitor, se volvió y vio al hombre del pasamontañas, con el machete en alto, acercándose a él con rapidez.

No es Avatar, comprendió el asesino cuando la figura del teclado se volvió y lo

miró.

La sorpresa lo hizo dudar y bajó un poco la hoja del machete. Entonces se dio cuenta de que ya no podía dar marcha atrás; tenía que terminar lo que había empezado y levantó otra vez el machete y dio un paso adelante.

Y entonces, a su izquierda, en la cocina a la que no había prestado la debida atención...

... Ocurrió algo.

Roberta Hudgins se hallaba en la cocina.

Estaba cerca de la entrada que daba al salón, junto a un mármol sobre el que colgaban unas cacerolas y pucheros de cobre que habían acumulado mucho polvo desde que la señora de la casa se había marchado.

Echó una mirada al teléfono cuando lo oyó sonar.

Había cacerolas amontonadas sobre el mármol, frente a ella. Les estaba sacando brillo y poniéndolas otra vez en su lugar cuando miró hacia el teléfono y vio al hombre con la cara tapada y el cuchillo («¡Un cuchillo, Dios mío!») que pasaba por su lado.

El hombre no la vio.

David se dio la vuelta.

El hombre enmascarado dudó, pero volvió a levantar el machete y dio otro paso...

... y, de pronto, todo empezó a suceder con lentitud dolorosa, cada instante se eternizaba...

... Sin mirar, Roberta quiso coger una sartén grande que tenía a su alcance, y sin querer dio un codazo a los cazos, que cayeron al suelo produciendo un estrépito.

—¡ALTO AHÍ! —El grito le salió del alma. Primero fue un alarido, pero después se transformó en un aullido, un grito casi animal que le subía desde las entrañas y llevaba toda la fuerza del amor por su nieto.

El teléfono volvió a sonar.

El grito y el ruido de las cacerolas hicieron detenerse al asesino, que se volvió hacia ella.

Delante de ella, sus ojos vacilaban tras los agujeros del pasamontañas.

Mientras tanto, David se había levantado de la silla y se había alejado de su abuela y del hombre del pasamontañas que empuñaba un largo cuchillo afilado.

Buen chico.

Roberta alargó la mano hacia la sartén y esta vez consiguió agarrarla por el asa, un asa firme y larga que le llenó la mano.

El hombre lanzó una mirada a David, pero David se estaba alejando.

El teléfono sonó una vez más.

El hombre la miraba con fijeza, como quien calcula lo que va a hacer, Roberta pudo verlo en sus ojos; finalmente levantó el machete y fue hacia ella.

Pero ya no estaba tan seguro de sí mismo.

Se acercó unos pasos; ella se puso junto al extremo del mármol y esgrimió la sartén...

... Roberta oyó el teléfono por cuarta vez, en el umbral de su percepción.

... El hombre se estiró sobre el mármol.

Y la hoja cayó.

La mujer se movió para parar el golpe. El machete chocó contra el lado de la sartén, resonó y rebotó.

Roberta dio un paso atrás.

El hombre volvió a levantar el machete, pero Roberta descargó la sartén y golpeó de lleno el machete.

La sartén, como una campana, se puso a vibrar y resonar con el golpe; el machete saltó de la mano del hombre y salió volando.

Chocó contra un armario y cayó al suelo, a los pies de ella.

El tiempo volvió a su velocidad normal. La señora Hudgins se agachó y cogió el machete. En el salón, David había descolgado el teléfono y marcaba tres dígitos, tres números mágicos, 911, emergencias.

Ella lo oyó y también pudo oírlo el hombre del pasamontañas. Vio a David con el teléfono y la vio a ella con el machete en la mano.

Se dio la vuelta y salió corriendo.

Ellis Hoile no oyó el ruido de las cacerolas ni el grito de Roberta Hudgins. Oyó sonar el teléfono repetidamente y se preguntó por qué no contestaban. Había un enchufe arriba, pero ningún receptor.

Se olvidó del asunto: tenía que seguir con su trabajo.

Fue ampliando el plano que mostraba la cara del asesino en el espejo retrovisor del coche aparcado.

Al llegar al tamaño de la pantalla, la imagen se tornaba borrosa. Si la ampliaba más, se volvería más borrosa aún.

Sólo se le ocurría una forma de solucionar el problema.

Pero no podía hacerlo allí.

Seguía oyendo ruidos abajo. Gritos. El nieto de la señora Hudgins estaba pidiendo auxilio.

Ellis Hoile se levantó y salió corriendo.

Llegó al vestíbulo y vio a la señora Hudgins abrazada a su nieto.

Ella levantó la vista.

—Había un hombre alto vestido de azul —dijo—. Ha intentado matar a David. Se ha escapado por el dormitorio. Tenga cuidado. La policía está en camino.

Bajó al dormitorio. La ventana estaba abierta.

Ellis Hoile se asomó por ella. No vio nada.

Corrió arriba y abrió la puerta principal.

No había nadie en la calle.

El asesino bajó por la cuesta.

Había salido por la ventana del dormitorio y bajaba por la ladera en dirección a la

siguiente manzana, con la bolsa en la mano. Mientras caminaba, se quitó el pasamontañas y los guantes.

Nadie lo detuvo. Nadie lo vio.

Había dejado el Cavalier muy cerca. Lo abrió, metió la bolsa, subió y arrancó el coche. Se alejó con rapidez.

Los primeros polis que vio estaban en un coche patrulla blanco y negro, al pie de Telegraph Hill. Iba a girar hacia Embarcadero, cuando vio aproximarse el coche por su derecha, con rapidez.

Se detuvo y los dejó pasar. Las destellantes luces de emergencia le dieron en la cara un momento y el coche patrulla se alejó colina arriba.

Fue recuperando la calma. Se sentía seguro. Estaba poniendo distancia entre él y el desastre de la colina. Todavía no sabían quién era, así que no podían cogerlo.

Cuando giró por el cruce vio el puente Golden Gate sobre los tejados de las tiendas y restaurantes que había en Fisherman's Wharf.

Quería llegar al puente.

El puente, Marin, Sausalito, la costa.

«Basta de rodeos», pensó.

Había llegado el momento de la verdad.

Kate Lavin esperó a que el teléfono sonara cuatro veces en el 2600 de Tesla Street; entonces guardó el móvil en el bolso.

Seguramente, Ellis había salido. Cuando estaba en su mesa de trabajo, contestaba siempre a la primera o a la segunda llamada.

Estaba en el mostrador de billetes del aeropuerto. Necesitaba el número de reserva. Ellis lo tenía. Él le habría solucionado el problema.

—Por favor, inténtelo otra vez —le dijo al empleado de la compañía aérea. El hombre hizo un ligero gesto de impaciencia. La cola que se había formado detrás de Kate era bastante larga.

—Estoy mirando la lista —dijo el empleado—. He examinado la lista entera y le aseguro que su nombre no figura. Tampoco hay ningún nombre parecido.

—Mire —dijo Kate—, tengo que irme cuanto antes. ¿Dónde puede colocarme?

—La puedo poner en la lista de espera para Los Ángeles, si quiere —dijo el empleado—. Pero es larga y no creo que pueda volar. Si quiere, le hago una reserva para mañana.

A Kate no le apetecía pasar la noche sola en Los Ángeles. En cambio, la idea de pasar otra noche con Ellis le parecía maravillosa.

Puso la tarjeta American Express sobre el mostrador.

—Mañana —dijo.

No se puede llegar desde el aeropuerto al puente Golden Gate sin atravesar la ciudad ni pelear con los atascos. No quería volver a llamar a Ellis. Pensó en invitarlo a pasar la noche en la casa flotante, pero antes quería relajarse, darse un buen baño.

Tardó una hora en llegar al puente. Varios minutos después salía de la autopista hacia el aparcamiento de la Puerta Siete.

Kate llevó la maleta por el muelle hasta llegar a la puerta de corredera de su casa flotante. La abrió y entró, dejó la maleta en el suelo y cerró la puerta por dentro.

Una brisa fresca le golpeó la cara al entrar en el dormitorio.

Algo andaba mal. Siguió el rastro de la corriente de aire hasta el cuarto de baño. Encontró la ventana abierta.

Se acercó para cerrarla, diciéndose a sí misma que habría olvidado hacerlo por la mañana.

Empujó la ventana y la cerró.

El hombre salió de detrás de la cortina de la ducha.

Roberta Hudgins y su nieto estaban contando lo sucedido a los policías de uniforme cuando llegó Lee Wade y aparcó su coche junto a los tres coches patrulla que había frente a la casa.

Wade no había oído la llamada de emergencia del 2600 de Tesla Street. Iba sólo a pedir disculpas a Ellis Hoile, a decirle que tenía razón con respecto a C.W. Hartmundt.

Habló un momento con uno de los policías, un sargento, y después se llevó a Ellis Hoile aparte.

—¿Qué cojones pasa aquí? —preguntó.

—Alguien ha entrado en la casa y ha intentado matarlos. Pero estoy seguro de que venía por mí.

—¿Por qué usted?

—¿Por qué mata a la gente? —dijo Ellis Hoile, que añadió—: Sabe que tengo el vídeo.

Lee Wade dijo:

—Ah, sí, el vídeo era real. Durante la mañana del sábado, uno de los que contactaban por teléfono con Corwin Sturmer fue quemado vivo en el aparcamiento del Aeropuerto Internacional de Kansas City. Tiene que ser lo que usted vio.

Le explicó quién era Corwin Sturmer, lo que había encontrado en su registro de llamadas, sus conexiones con Verba y con Charles Obend, y también le habló del vídeo que había en el piso de Julia Chua en el que se veía a Donald Trask.

Después le contó que había ido con Ronson y con un par de policías de uniforme al piso de Union Street para arrestar al hombre que se hacía llamar Sturmer y también Hartmundt.

Los dos policías de uniforme se habían quedado junto a las ventanas mientras Wade y Ronson llamaban a la puerta. Llamaron al timbre, golpearon la puerta y gritaron, pero no hubo respuesta.

Cuando el portero les abrió la puerta del piso, comprobaron que no había nadie. El asesino se había ido.

—Creo que Sturmer es su verdadero nombre —dijo Lee Wade—. Christian Hartmundt es un nombre falso. Tan falso como su minusvalía. Pero ya nos enteraremos de la verdad cuando lo detengamos. No creo que le quede mucho tiempo.

—¿Por qué está tan seguro?

—Bueno, hasta ayer tenía dos sitios seguros donde esconderse. Ahora ya no tiene ninguno. ¿Cuántos escondites más puede tener? Está huyendo, sin duda. Ya no volverá a conectarse a la red, ahora vive en el mundo real... y ése es mi terreno.

«Parece seguro de sí —pensó Ellis Hoile—, alegre y confiado».

No tenía mucho sentido decirle que se equivocaba.

Kate Lavin estaba atada y amordazada.

No podía moverse. No veía nada más que el nailon azul de la bolsa donde el hombre la había metido antes de cerrar la cremallera.

Era una bolsa muy grande, como un sudario. La gente pensaría que era la funda de una vela de barco.

El asesino la levantó, se puso la bolsa al hombro y salió de la casa flotante. Parecía un marinero llevando aparejos a un barco, cosa bastante frecuente en Sausalito.

Se balanceaba un poco al caminar, mientras cargaba con ella por el muelle.

Se la llevaba a otro sitio.

El conducto de ventilación parecía infinito.

Stephen Leviste supuso que la distancia hasta el techo era de unos doce metros o más. Para él, que permanecía con el cuello torcido dentro del conducto, era interminable.

Se las había arreglado para meterse por la abertura de la base del conducto. Metió primero los brazos y los hombros, y después hizo fuerza para pasar el resto. Entraba a duras penas. Tenía que mantener los brazos estirados sobre la cabeza para lograrlo.

Una vez dentro, con el cuerpo doblado en ángulo, se dio cuenta de que tal vez fuera posible subir.

Pero la idea lo aterrorizaba.

Permaneció en el fondo, sujetando la linterna sobre la cabeza e inspeccionando las paredes del conducto. El tubo metálico convergía en un punto, arriba, en la oscuridad, recto como una lanza dirigida al corazón.

«Tengo que subir», se dijo. No podía quedarse mucho tiempo dentro del conducto. Además, no sería capaz de darse la vuelta en un sitio tan estrecho.

Soltó la linterna. Necesitaría las manos para otra cosa. La linterna cayó, le golpeó el pecho y se quedó allí. Estiró el cuerpo y la linterna resbaló por la cadera y cayó al suelo.

En aquel momento lo único que le quedaba era la oscuridad. «Mejor así», pensó.

Bajó los brazos. Tuvo que torcer un poco el cuerpo para conseguirlo. Cruzó los brazos sobre el pecho. Luego los estiró un poco y apoyó las manos en los lados del conducto.

De un tirón consiguió separar los pies del suelo. Torció los hombros y los apoyó contra los laterales. Metió las punteras de las zapatillas en los rincones del conducto.

Se quedó allí, a unos centímetros del suelo, encajado. Después se retorció, subió los hombros y empujó con las piernas.

Subió unos centímetros más.



Había ascendido unos centímetros, pero le quedaba un largo camino.  
Siguió trepando.

La señora Hudgins y David se habían ido a su casa en taxi.

Lee Wade había dejado un coche patrulla delante de la casa por si Sturmer volvía a aparecer.

Ellis Hoile estaba examinando la ventana rota del dormitorio y pensaba que tenía que llamar a un cristalero para que la arreglara.

Pero había otra cosa que le rondaba la cabeza.

Estaba pensando en el asesino, un hombre con varias identidades y direcciones, con muchos niveles. Sus métodos y sus acciones decían mucho sobre él. Y también, aunque inconscientemente, había dado indicios de sí mismo en el juego y en su forma de programarlo.

Pero había que saber dónde y qué buscar. Encontrar la verdad era como pelar una cebolla. Siempre había otra capa debajo.

Y era muy cuidadoso, puntillosamente cauto.

Según Lee Wade, Corwin Sturmer había usado un teléfono normal para ponerse en contacto con una de sus víctimas, por lo que había dejado un rastro.

Pero seguramente Sturmer sabía que eso podía comprometerle de alguna manera.

Eso significaba que su nombre no era Corwin Sturmer, que aquella identidad era desechable. Prescindir de ella no le había costado nada que no pudiera reemplazar.

Pero ¿que conseguía con eso?

Ellis Hoile lo comprendió. Recordó la cara que había puesto Lee Wade hacía sólo unos minutos: de avidez y seguridad.

Ése era el efecto que buscaba el asesino. Había arrojado unas cuantas migajas a sus perseguidores, algo de carnaza para los sabuesos, algo que los excitara.

Quería que lo persiguieran. Le gustaban los juegos. Pero siempre tendría preparada una forma de escapar, un lugar donde refugiarse y una identidad con la que se sentiría intocable.

Tal vez en aquel refugio bajaría la guardia. Quizás allí sería más vulnerable.

Ellis Hoile buscó la fotocopia que le había dado Lee Wade unos días antes. La sacó de un lado del monitor, donde la había metido.

CARNEWARE Versión 1

4-16

Captado: 17424 05071

Eliminado: 17441 05086

CARNEWARE Versión 3

5-7

Captado: 17029 21067

Eliminado: 17029 21067

## INÚTILES INÚTILES IGNORANTES

El asesino estaba burlándose de sus perseguidores. Se estaba riendo de ellos en sus propias narices.

Esto significaba que la respuesta, probablemente, sería muy sencilla.

Ellis Hoile pensaba que los números eran las coordenadas de un mapa. Pero no correspondían a ningún sistema conocido. Tal vez el asesino hubiera trazado su propia red de cuadrículas sobre el mapa.

Pero eso era fácil de solucionar. Si se tienen dos puntos conocidos, se puede reconstruir la red entera y compararla con la de cualquier otro mapa, con el sistema estándar. Era un simple cálculo matemático.

Uno de los asesinatos había ocurrido en el Aeropuerto Internacional de Kansas City.

En la red del asesino, aquel lugar era el 17029 21067.

Ellis Hoile recuperó en pantalla un atlas informático y localizó el punto exacto. Las coordenadas estándar eran: 39. 21 N, 94. 70 W.

Había localizado un punto.

Donald Trask vivía en el distrito de Marina. Supuso que lo habrían secuestrado cerca de su casa.

En las coordenadas del asesino, el punto era 17424 05071.

El atlas lo marcaba como 37. 81 N, 122. 42 W.

Ellis Hoile se sentó ante el teclado y se puso a trabajar. Escribió varias docenas de líneas de un programa simple.

Lo tradujo y el programa le pidió una coordenada.

Escribió:

```
17441 05086
```

Era el lugar en que habían matado a Donald Trask, si el mensaje era correcto.

Y la máquina contestó:

```
37. 85 N 122.41 W
```

Nada más verlo supo que era algún lugar próximo a la bahía. Pero no sabía dónde estaba exactamente.

Introdujo el dato en el programa del atlas.

El mapa se movió sobre la bahía. Ellis Hoile lo amplió para ver el lugar donde había muerto Donald Trask.

Y entonces se quedó sentado mirando lo que mostraba la pantalla. Vio que 37. 85 N 122. 41 W era su lugar favorito, un lugar lleno de árboles, colinas cubiertas de hierba y acantilados. Si le hubieran obligado a vivir apartado de las habitaciones oscuras, de los teclados y los ordenadores, habría elegido aquel lugar para exiliarse.

Angel Island.

A Donald Trask lo habían matado en Angel Island.

Y entonces Ellis Hoile se acordó de lo que estaba haciendo cuando le interrumpieron los ruidos de la planta baja.

Subió las escaleras de tres en tres, hacia la habitación donde había estado trabajando.

La cara borrosa del asesino, captada en un reflejo fugaz, llenaba la pantalla del monitor. Copió la imagen en un disquete que se guardó en el bolsillo y salió corriendo.

Casi chocó con el policía uniformado que había junto a la puerta.

—¿Volverá pronto? —le preguntó el hombre.

Ellis Hoile se encogió de hombros y siguió caminando.

Para Stephen Leviste, la ascensión por el conducto de ventilación supuso un purgatorio de dolor y de miedo.

Le dolía todo el cuerpo. Había sufrido calambres en ambos tobillos. Las telarañas le colgaban por la cara. No podía quitárselas porque necesitaba las manos para apoyarse, y se le metían por la nariz y por la boca cuando respiraba.

No sabía cuánto tiempo llevaba retorciéndose en el conducto. Pero le parecía una eternidad.

En la oscuridad no veía lo que le quedaba por subir, pero sabía que si se relajaba, el descenso sería lo suficientemente rápido para dejarlo inválido o matarlo.

Se obligó a seguir. Apretó las palmas contra las paredes del conducto, se impulsó con las piernas e hizo fuerza con los hombros y las caderas contra las esquinas, para no caerse. Después repitió la serie. Otra vez. Otra. Otra. Diez, doce centímetros cada vez, puede que menos.

Manos. Pies. Caderas y hombros.

Manos. Pies. Caderas y hombros.

Manos. Pies. Caderas y hombros.

Manos...

Las manos palparon buscando el conducto y no encontraron nada.

El pánico aceleró su corazón.

Apretó los pies contra las paredes del conducto.

Agitó las manos en el aire.

Y encontró un borde. Un apoyo para los dedos. Se aferró, empujó otra vez con las piernas y se elevó.

Se recostó en el conducto. Un conducto horizontal. Había llegado arriba.

El asesino la había llevado a un barco.

Durante quince o veinte minutos, Kate, todavía dentro de la funda de la vela, oyó el ruido del motor y sintió las vibraciones y los golpes del agua contra el casco.

Luego paró el motor, la levantó de nuevo y la dejó en un suelo curvado y oscilante. Pudo oír el ruido de un motor fuera borda. Estaban en una lancha.

Menos de un minuto después, la lancha encalló en la playa. Volvió a levantarla y a cargarla sobre sus hombros.

Después abrió la cremallera de la funda de lona. Kate miró a su alrededor.

—¿No es una putada? —dijo él. Sonreía. Parecía de buen humor—. Bueno, puede que no estés de humor para bromas.

Después la metió por una abertura que parecía un pozo de hormigón, bajo tierra.

Hacia la oscuridad.

Cada vez más lejos de la luz del sol, cada vez más lejos del aire fresco, Kate bajaba...

Nada más llegar al estudio, Ellis Hoile vio el Miata rojo aparcado junto al muelle. Tenía que ser el de Kate. Se preguntó si habría perdido el avión.

La recepcionista se marchaba a casa, salía por la puerta principal. Ellis Hoile le preguntó:

—¿Dónde está la jefa?

—No la he visto —dijo ella—. Creo que está a varios miles de kilómetros.

Así que no había llamado. No había ido a trabajar.

Ellis Hoile entró en el edificio, buscó la oficina de Kate y se sentó delante del ordenador.

Llamó por teléfono a la casa flotante, pero no le respondieron. Probó con el móvil, pero se conectó el buzón de mensajes.

«Quizá se haya ido a dar una vuelta en *kayak*, o a correr», pensó. Cuando terminara lo que tenía que hacer, iría a la casa flotante y la esperaría.

Encendió el ordenador y examinó los archivos. El ordenador de Kate estaba conectado a la red interna del estudio y tenía acceso a los directorios del servidor de archivos, es decir, al corazón del sistema. Él mismo había instalado la red.

Estaba buscando un programa. Uno que había escrito él y que había guardado en el estudio hacía tres años. Había olvidado el nombre que le había puesto.

Pero lo reconoció cuando pasó frente a él en el directorio llamado «Varios».

Abrió el programa y recuperó el archivo que había llevado en el disquete: el reflejo borroso de la cara del asesino.

La imagen apareció en pantalla: la misma que había copiado de la cinta de vídeo.

El programa se llamaba «Nitidez» y mejoraba la calidad de las imágenes. Lo había programado como un ejercicio, para ver si la idea era viable. La copia del estudio era la única que existía. Se servía de matemáticas fractales para volver nítidos los perfiles borrosos de las fotografías. Daba una mayor resolución aparente de imagen, remarcaba los bordes y aumentaba el contraste.

A veces, las transformaciones que realizaba empeoraban la calidad, pero, en general, si la imagen no estaba demasiado borrosa, funcionaba bastante bien.

Pulsó una tecla y el programa comenzó a trabajar. Realizaba cuatro pasadas sobre la imagen. Empezaba siempre por la línea superior de píxeles e iba descendiendo. El efecto era el de una ola que bajaba lentamente por la pantalla, esculpiendo la imagen.

La primera pasada no hizo muchas mejoras.

La segunda remarcó la imagen ligeramente.

La tercera, todavía más: Estaba empezando a ver algo: algo que hizo que se le acelerara el corazón. Acercó la cara a la pantalla y la miró fijamente, tratando de distinguir los rasgos del asesino.

La cuarta pasada aclaró totalmente la imagen. En aquel momento era una cara definida, un verdadero rostro. Ellis Hoile se agarró al borde de la mesa. Había visto

antes aquel rostro.

Como no le contestaban al teléfono, Ellis Hoile salió corriendo del edificio, cruzó el aparcamiento y bajó por el muelle hasta la casa flotante.

La puerta de corredera no estaba cerrada con llave. Entró y llamó a Kate, pero en seguida se detuvo. Era evidente que no iba a encontrarla. Se la habían llevado. El cuarto de baño estaba destrozado: la puerta de la ducha, rota; una mesa, volcada. Al parecer, la lucha había continuado en la cocina.

Ellis Hoile pronunció el nombre de su mujer con angustia y dolor. Kate no estaba.

Miró hacia el otro lado de la bahía, hacia Angel Island, a kilómetro y medio de distancia, y trató de imaginársela como el lugar al que un loco llevaba a sus víctimas para matarlas.

Era un sitio tranquilo y apartado. Millones de personas la veían cada día desde la bahía, pero la isla estaba lejos, sólo se podía llegar a ella desde el aire o en barco.

Al asesino debía de encantarle. Un lugar escondido, pero a la vista de todos.

Y sin embargo, la isla era un lugar abierto y visible. Aquel hombre no estaría cómodo allí. Había demasiados cabos sueltos. Y él necesitaba tenerlo todo bajo control. Cuando mataba a alguien, quería ser completamente dueño de la situación.

Y seguramente querría hacerlo lejos del mundo, en un lugar apartado, que le perteneciera sólo a él: la antítesis de Angel Island, un lugar salvaje y abierto.

Ellis miró hacia la isla: era una gran mancha verde al otro lado del agua. Recordó las horas y los días que había pasado allí y todo lo que sabía sobre ella.

Se acordó del laberinto de hormigón, un lugar casi invisible, totalmente escondido. Los recuerdos fueron poco a poco reconstruyendo el lugar.

—Tengo que hablar con Lee Wade. Me conoce, sabe de qué se trata —dijo Ellis Hoile.

El detective que contestó la llamada dijo que Lee Wade no estaba, pero que lo podía localizar con el busca si se trataba de algo importante. ¿Era importante?

—Sí —dijo Ellis Hoile—. Es muy importante.

—¿Cuál es el mensaje?

—Recibirá un fax dentro de un par de minutos —dijo Ellis Hoile.

Colgó y se acercó al ordenador de Kate. Entró en la red del estudio, recuperó el mapa de Angel Island y escribió cinco líneas de texto encima:

HARTMUNDT/STURMER ESTÁ AHÍ.

ES SU LUGAR SECRETO.

TIENE A MI MUJER.

NOS ENCONTRAREMOS ALLÍ.

DESE PRISA.  
ELLIS HOILE

Añadió una flecha que marcaba un punto en el mapa y lo transmitió por la red. El mapa empezó a salir inmediatamente por el fax del Departamento de Homicidios.

Dejó el ordenador y subió a la popa de la casa flotante, a buscar el *kayak*. Lo bajó al agua, se metió dentro y empezó a remar por Richardson Bay.

A su derecha estaba la costa de Sausalito, la ciudad que subía por las colinas a orillas del mar. En la cima había niebla. Era como un manto blanco que cayera en cascada desde lo alto.

Miró hacia el estrecho de Golden Gate. Un espeso banco de niebla gris procedente del océano lo tapaba casi por completo; sólo quedaba a la vista la parte más alta del puente.

Siguió remando hacia el sur, hacia la isla verde y espesa que tenía frente a él.



—¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó Kate al asesino.

La había llevado al almacén y la había sentado contra la pared mientras trabajaba en un PC.

Ella seguía atada, inmóvil.

—Lo que yo quiera no tiene la menor importancia —contestó sin levantar la vista—. Porque voy a conseguir todo lo que me proponga, sea lo que sea. Tu decisión no cuenta. No puedes cambiar nada. —Levantó la vista—. Cuenta los minutos que te quedan. Cuenta los latidos de tu corazón. Estás acabada. Es el fin, te lo aseguro. —Dejó lo que estaba haciendo y se acercó a ella—. Y lo mejor es cómo va a suceder... Pero eso lo vas a ver por tus propios ojos.

Stephen Leviste estaba inmóvil. Se recuperaba lentamente. Le olían los hombros y las articulaciones de los brazos y de los dedos, le habían dado calambres en las piernas.

Estaba en el conducto horizontal que corría sobre el techo la gran cueva de hormigón. «En algún lugar —pensaba— este conducto dará al exterior». Y él encontraría la salida en cuanto recobrará las fuerzas.

Ya no sería tan difícil. Allí arriba el conducto era mucho más grande que el tubo vertical por el que acababa de subir, así que no estaría tan incómodo.

Respiró hondo y sintió que sus miembros volvían a la vida.

Estaba listo para seguir.

Se puso boca abajo y empezó a arrastrarse sobre el estómago a lo largo del conducto, a tuestas, en la oscuridad. Pronto llegó a un cruce. El conducto se dividía en dos direcciones.

A la izquierda, supuso Stephen, habría un largo trayecto que discurriría paralelo a la pasarela de acero, por el techo.

A la derecha, si sus cálculos eran correctos, el conducto pasaría a través de la pared trasera y saldría a la superficie.

Aquél era el camino. Estaba a punto de ir hacia la derecha cuando oyó ruidos en la parte izquierda del conducto de aire.

«El loco», pensó.

Pero no estaba solo.

Había dos voces. Una era de mujer. Era una voz inestable y aguda. Stephen no podía entender lo que decía, pero el tono le llegaba claramente por el conducto.

Siempre había sido un niño muy curioso. Le gustaba averiguar cómo funcionaban las cosas, rebuscando en las entrañas de la vida para encontrar respuestas.

Dudó sólo un momento. Allí abajo pasaba algo y él tenía que saber qué era.

Giró hacia la izquierda, hacia el lugar de donde procedían las voces.

Ellis Hoile seguía remando. Le dolían los brazos, pero no paró. Recordaba las tardes que había pasado con Kate en el *kayak*, aprendiendo a vencer el cansancio para poder estar con ella.

La niebla cubría Sausalito y avanzaba hacia el agua, directamente hacia él.

La isla se había hecho más grande. Pudo distinguir la cala de rocas, en el extremo sur de la isla, donde las olas rompían a unos cincuenta metros de la orilla.

Había un barco anclado: era un velero grande, de unos quince metros de eslora. Parecía vacío. Ellis Hoile lo rodeó con el bote y decidió seguir hasta la orilla.

La niebla se acercaba con rapidez. Lo alcanzó cuando cruzaba las olas, pero él siguió remando hasta que el *kayak* tocó fondo. Había llegado a la isla.

El asesino levantó a Kate y la llevó al pasillo, hacia la habitación de la muerte. La puerta estaba entreabierta. La empujó con el pie.

—Mira esto —dijo.

La habitación estaba oscura, pero ella distinguió poco a poco algunas formas.

El primer objeto que le llamó la atención fue una cámara de vídeo colocada sobre un trípode, apuntando hacia una silla con respaldo de madera. También había un ordenador, con teclado y monitor, sobre una mesita pegada a la pared del fondo.

«Esa silla tiene algo raro», pensó.

El hombre puso a Kate en el suelo y encendió una luz para que ella pudiera ver mejor. La silla...

Las voces resonaban contra la chapa de metal mientras Stephen Leviste se arrastraba por el largo tramo del conducto que recorría el techo de la cueva de hormigón.

La voz de hombre era la del loco, de eso no había duda.

Y la mujer estaba en apuros. Eso también era indudable.

El conducto daba un giro de noventa grados hacia la izquierda. Stephen dobló el recodo y siguió adelante. Las voces eran más claras y más cercanas. Había algo de luz. Cuando se acercó, vio que la claridad provenía de los agujeros de una rejilla de ventilación que había en la pared de un cuarto.

Se movió en silencio, con mucho cuidado.

Se acercó al lugar donde terminaba el conducto y miró a través de los agujeros.

Vio una habitación de hormigón. Debajo de él estaba el hombre, casi al alcance de su mano. Se encontraba de pie bajo la rejilla de ventilación.

Junto a él había una mujer atada a una silla. Estaba de espaldas y Stephen no podía verle la cara. Pero había desesperación en sus hombros caídos. Apartaba su cabeza del loco como si tratara de rehuir su mirada.

Stephen conocía aquella sensación.

Apretó la cara contra la rejilla para ver mejor a través de los agujeros. Así pudo ver la silla en que estaba sentada y el suelo que había bajo sus pies.

La silla tenía tiras de nailon en los brazos, en las patas y también a la altura del pecho.

Y de pronto, Stephen pudo distinguir claramente, mientras contenía la respiración, un par de gruesos cables eléctricos, forrados de negro, que salían de una de las paredes.

Los cables estaban enroscados en el suelo junto a la silla y terminaban en puntas peladas, sin aislante.

El loco sostenía un casco. Stephen lo reconoció: era un visor de Realidad Virtual.

—Es hora de jugar —dijo el loco.

Lee Wade estaba en Diamond Heights, en la parte norte de Market Street, cuando recibió el mensaje.

El coche no llevaba radio, por lo que necesitó tres o cuatro minutos para encontrar un teléfono público.

Un oficinista del Departamento de Homicidios le leyó el fax de Ellis Hoile. Lee Wade pidió refuerzos, una unidad de rastreo con perros, si había alguna disponible, y un medio de transporte rápido para llegar a la isla.

Se dirigió al despacho con la sirena y las luces destellantes puestas. Tardó unos nueve minutos en llegar. Ronson había localizado al perro y al adiestrador que estaban de guardia. Pero el helicóptero del departamento estaba atendiendo otro servicio. Tuvieron que pedir ayuda a la policía de tráfico.

Estuvieron esperando más de diez minutos en el helipuerto de la azotea del Palacio de Justicia, empuñando los rifles que había llevado Ronson, hasta que el Jet Ranger de Tráfico se perfiló sobre el horizonte sur de Market y aterrizó junto a ellos.

Se agacharon bajo las hélices y subieron al helicóptero. Wade entró el último y se sentó junto al piloto.

Habían pasado veinticinco minutos desde que Ellis Hoile había mandado el fax.

El helicóptero se elevó en seguida. Wade seguía buscando el cinturón de seguridad. El aparato se dirigió hacia el mar.

Todavía no veían el agua: Nob Hill les tapaba la vista.

Sólo cuando se elevaron por encima de la colina apareció la bahía.

Los ojos de Lee Wade buscaron Sausalito, Richardson Bay, la isla.

Lo único que encontraron fue un manto espeso de niebla que lo cubría todo.

Lee Wade había empezado a preguntarle al piloto si, pese a la densa niebla, no podría intentarlo. La isla tenía que estar allí abajo.

Pero no tuvo tiempo de terminar la frase. El piloto movía ya los mandos, de vuelta a Bryant Street.

—Imposible —dijo—. No tenemos la menor posibilidad.

Ellis Hoile saltó a la orilla.

Se subió a un pequeño montículo, un saliente verde con forma de colmillo que se adentraba en la bahía.

El saliente era de unos cien metros de ancho y tenía una playa a cada lado. Ellis no veía el agua: la niebla era demasiado espesa. Pero había estado allí muchas veces. Su mente reconstruía los espacios ocultos por la niebla.

Se subió al techo rectangular de hormigón que había sobre el antiguo depósito de misiles.

Kate tenía que estar allí.

El asesino tenía unas tijeras. Le estaba cortando el pelo casi al cero, con rapidez y brusquedad.

—¿Por qué yo? —preguntó ella.

—Ya te lo he dicho: no te preocupes por eso. No tiene la menor importancia.

—Si vas a matarme, por lo menos tengo derecho a saber el porqué.

Él se inclinó y le susurro al oído:

—Ya deberías saberlo —dijo despectivamente—. Eres tan inteligente...

Las tijeras estaban muy cerca de su cara, pegadas a sus ojos y a sus mejillas.

—Todos vosotros —dijo él—. Os creéis muy inteligentes, creéis que lo sabéis todo. Y no tenéis ni idea. —Se acercó un poco más. Kate percibió su aliento—. Os metéis en cosas que no entendéis. Tenéis a vuestra disposición un poder inimaginable, ¿y qué hacéis con él? Lo volvéis mediocre. Lo malgastáis. Sólo entráis en las charlas, los juegos y los intercambios eróticos *on line*. Encendéis y os conectáis sólo para pasarlo bien.

Estaba hablando de ordenadores.

—Sois como niños mimados —añadió—, con un tigre domesticado como mascota. Un animal magnífico que sólo utilizáis para que se tire al suelo, se siente y os pida una recompensa. Y os creéis que estáis haciendo algo importante.

Agarró un mechón de pelo y tiró con fuerza hacia atrás.

—Pero el tigre tiene dientes —dijo.

Le estaba haciendo daño.

—Si juegas con un tigre —prosiguió el asesino—, es muy probable que acabe atacándote.

Soltó el mechón y alejó su cara de la de Kate.

Sólo hizo un último comentario.

—Se os ha acabado la profundidad. A todos vosotros.

Siguió cortándole el pelo en silencio. Después le afeitó dos puntos del cráneo con una cuchilla, uno a cada lado de la cabeza.

Se apartó de la silla, levantó los cables, los desenrolló en el suelo y cruzó la habitación en dirección al teclado.

—¿Te gustan los juegos? —dijo—. ¿Los juegos de ordenador?

—No.

—Qué pena. Lo tenía planeado para alguien a quien le gusta jugar. Pero servirá para ti. Eres lista y aprenderás rápido.

Utilizó el teclado y el monitor mostró una imagen creada por ordenador. Ellis la había utilizado más de una vez. La imagen mostraba un pasillo de hormigón no muy diferente del que había fuera de aquella habitación.

El visor de Realidad Virtual estaba sobre el regazo de Kate. Se acercó a ella y se lo puso en la cabeza.

La imagen era similar a la del monitor, pero más real y cercana.

El asesino se agachó, cogió los cables eléctricos y le puso uno en cada mano.

—El juego consiste en que te encuentras abandonada en un edificio aterrador. ¿Te suena?... Te está persiguiendo un malvado. Lo que tienes que hacer es alejarte de él lo más posible, porque si te encuentra...

En la pantalla del visor se abrió una puerta y apareció una figura. Llevaba un cuchillo en la mano. Se acercaba a ella.

El asesino de la pantalla levantó el cuchillo y asestó un golpe.

La pantalla se volvió totalmente roja. Kate sintió una fuerte descarga en las manos. Gritó, soltó los cables y éstos cayeron al suelo.

—Vamos. Esto no ha sido nada. Está sólo al dos por ciento de potencia. Sé que no te ha dolido mucho.

Le levantó el visor y señaló la pantalla. Había un rectángulo amarillo en el extremo izquierdo. Ella ya lo había visto.

—Es un gráfico. Está marcando el dos por ciento de potencia. Está casi al mínimo.

Colocó los cables juntos en el suelo, apenas separados un par de centímetros.

Pulsó algunas teclas y el rectángulo amarillo cruzó casi por completo la parte inferior de la pantalla.

—Ahora está al noventa por ciento de potencia. Es decir, a unos diez mil ochocientos voltios... Mira.

En la pantalla volvía a aparecer la misma habitación de antes.

Unos segundos después, una puerta se abrió en el pasillo y salió una figura. Esta vez con un garrote en la mano.

La banda amarilla de la pantalla oscilaba a uno y otro lado.

La figura se acercó, levantó el garrote y lo descargó.

De nuevo la pantalla se volvió roja.

En el suelo, los cables se retorcieron formando un arco azul entre los extremos metálicos.

Las luces de la habitación parpadearon.

El rectángulo amarillo desapareció cuando el asesino volvió a tocar el teclado.

—El ordenador controla un interruptor. Al accionarse, circula energía por los cables.

Tenía un gran rollo de cinta aislante en la mano. Cogió uno de los cables del suelo y se lo pegó a la parte afeitada de la izquierda de su cabeza. Estaba muy caliente.

Casi exactamente encima de ella, al otro lado del techo de hormigón reforzado, estaba Ellis Hoile.

«La policía debe estar a punto de llegar», pensó. Cuando llegaran les enseñaría cómo entrar.

Creía haber encontrado la entrada, una trampilla de metal sin cerrojo.

Pero cuando tiró de la trampilla, descubrió que estaba cerrada por dentro.

Había una puerta lateral en la instalación, que se había utilizado antiguamente para introducir los misiles. Comprobó que estaba bloqueada por escombros.

Decidió dar otra vuelta alrededor de la antigua instalación militar y buscar otra forma de entrar.

La niebla lo protegía. Los últimos rayos de sol desaparecieron por el oeste.

Caminó sin perder de vista el depósito. Con la niebla, sólo alcanzaba a ver a un par de metros de distancia. Era como si estuviera solo en el mundo.

Pero no lo estaba. Kate estaba allí, en alguna parte, muy cerca, y también el hombre que la había secuestrado.

Siguió caminando.

Una gran tubería metálica apareció entre la niebla, delante de él. Medía unos sesenta centímetros de ancho y casi lo mismo de alto. Tenía una abertura protegida por una especie de campana, como un sombrero de metal.

«Un conducto de ventilación», pensó. Oyó una voz que gritaba dentro:

—Sáquenme de aquí...

Cuando terminó de fijar los cables a la cabeza de Kate, el asesino le puso otra vez el visor en la cara.

En un brazo de la silla, bajo los dedos de la mano derecha de su prisionera, le colocó el ratón.

—Tienes que alejarte del malo —dijo—. Cada vez que mueras en el juego, sentirás una descarga. Al principio sólo será un cosquilleo. Después de todo, estás aprendiendo. Pero poco a poco las descargas se harán más intensas.

Se acercó a la cámara que había sobre el trípode. La encendió, miró por el ocular y la enfocó hacia ella.

—Si te equivocas, morirás. Te unirás a la lista de ignorantes que tengo en vídeo. —Ahora estaba de pie junto a ella, murmurándole al oído—. Te estaré vigilando desde otro ordenador. Hazme disfrutar, es lo único que te pido. Si lo haces, te perdonaré la vida. Haz como Scherezade: si quieres salvar el culo, tienes que conseguir que me divierta. Juega bien y te salvarás.

Salió de la habitación y cerró la puerta.

Unos segundos después, el pasillo virtual volvió a aparecer en la pantalla del



visor.

Volvió a aparecer el rectángulo amarillo en la parte inferior de la pantalla.

Kate movió el ratón. La perspectiva de la imagen iba cambiando a medida que la joven se desplazaba a lo largo del pasillo.

Pero no iba lo bastante rápido.

Se abrió una puerta que había delante de ella y apareció el asesino. Llevaba una motosierra. Arremetió contra ella.

La pantalla se volvió roja. Sintió unos pinchazos en la cabeza.

Se puso rígida. Aquello era algo más fuerte que un simple cosquilleo.

El pasillo volvió a aparecer en el visor. El rectángulo amarillo había crecido.

Esta vez, ella empezó a correr...

El asesino la estaba observando.

Se encontraba en el almacén, con un visor idéntico al de ella. Su ordenador estaba conectado al de su víctima mediante una red Ethernet.

Estaban jugando al mismo juego, pero no seguía las mismas reglas.

Además del ratón, disponía de un teclado. Controlaba el juego, que funcionaba de la misma forma, pero le permitía intervenir cuando quisiera.

Podía aumentar la excitación de la caza controlando los movimientos del asesino de la pantalla, o simplemente seguirla a través del laberinto y ver lo mismo que ella veía. Meterse en su piel para aumentar el interés.

En cualquier caso, había una gran diferencia: él no estaba conectado a doce mil voltios de electricidad.

Podía variar la intensidad de la descarga, hacerla tan potente como quisiera.

Era completamente falso que ella tuviera alguna opción de salvarse si aprendía rápido y jugaba bien. Era una mentira necesaria: si no, se habría dado por vencida desde el principio.

Pero no podía salvarse. Aunque aprendiera muy rápido y jugara muy bien. Él iba a divertirse un rato, eso era todo. Después, la chica moriría.

Aumentó la potencia al siete por ciento. Sentiría una sacudida intensa pero breve.

En el visor adoptó el punto de vista del asesino. Le cortó el paso y abatió el hacha sobre la cabeza de la figura virtual que representaba a su presa.

Las luces volvieron a parpadear.

En el exterior, Ellis Hoile estaba golpeando la campana de metal que cubría el conducto de ventilación con una piedra grande que había encontrado.

La campana era vieja y se había oxidado por el efecto de la brisa del mar. La fuerza de los golpes iba abollándola poco a poco.

Le sangraban las manos, pero siguió golpeando sin cesar.

La campana se partió en dos. Tiró la piedra, se apoyó contra el metal y empujó con fuerza.

Dentro del conducto, Stephen Leviste estaba empujando hacia arriba. Juntos consiguieron que la tapa de metal cediera finalmente. Ellis Hoile estiró un brazo, Stephen se agarró a él y consiguió salir.

Le preguntó:

—¿Has visto a una mujer ahí dentro?

Stephen asintió.

—¿Está bien?

—Está viva. Pero no por mucho tiempo.

—¿Puedo llegar hasta ella entrando por aquí? —dijo señalando la salida de ventilación.

—Sí. Pero él también está ahí abajo.

Ellis Hoile miró a su alrededor. La niebla era espesa. No se oía ningún barco. No le parecía que la ayuda que esperaba estuviera en camino.

Se oyó un grito de mujer que llegaba a través del conducto.

Sin decir nada más, Ellis Hoile se coló dentro.

Libre por fin, después de dos días de encierro, Stephen Leviste aspiró el aire fresco.

Sólo durante unos segundos.

Después también se metió por el conducto del aire.

Conocía perfectamente el lugar. Y también conocía al asesino: había visto sus ojos y oído su voz.

Cualquiera que fuera lo bastante valiente para enfrentarse a él, necesitaría ayuda.

Kate corría huyendo del asesino.

Jadeaba, le latía el corazón tan rápido como si realmente estuviera corriendo por el laberinto de hormigón.

El rectángulo amarillo del extremo inferior de la pantalla se había hecho más grande aún, y la última descarga había sido realmente dolorosa. La siguiente sería aún peor.

Estaba en una plataforma de hormigón. Frente a ella había una pasarela de acero. No la había visto antes. Corrió hacia ella.

Pero se dio cuenta demasiado tarde de que terminaba bruscamente. No llevaba a ningún sitio. El suelo quedaba muy abajo.

El asesino la siguió por la pasarela. Llevaba un cuchillo en la mano.

Se estaba acercando.

Ella miró hacia abajo y saltó al vacío. Se preguntó si alguien podría sobrevivir a aquella caída.

La pantalla se tiñó de rojo.

La corriente le atravesó el cerebro.

Cuando recuperó la vista, el juego había vuelto a empezar. El rectángulo amarillo era un poco más ancho. Supuso que había perdido el conocimiento unos instantes; no estaba segura.

Empezó a correr de nuevo.

Estaba totalmente inmersa en la realidad virtual y no se dio cuenta de que algo se movía detrás de ella. Alguien le estaba hablando en voz baja.

Sintió que unas manos le quitaban el visor.

«No lo hagas —pensó—. Lo necesito».

Alguien le arrebató el ratón y la reemplazó. Movía el ratón con seguridad y eficiencia.

Sabía lo que hacía.

Miró desconcertada la mano y alzó la vista. Se volvió para mirarle la cara.

Era Ellis.

Al asomarse por la abertura, Ellis había comprendido inmediatamente lo que sucedía: cables, ordenador, silla.

Reconoció el juego. Se trataba de PRUEBA. Había examinado su código de programación y había jugado a aquel juego durante horas.

Lo conocía perfectamente.

Kate estaba tan concentrada que no lo había oído llegar. No se dio cuenta de que entraba en la habitación con Stephen Leviste tras él. Ellis miró en el monitor en qué parte del juego se encontraba, puso la mano sobre la de Kate y la reemplazó.

En aquel momento era él quien estaba jugando.

El asesino también estaba totalmente concentrado en el juego.

Con su visor siguió a la víctima a través de una escalera que daba a un vestíbulo con cinco puertas a cada lado. Nueve de ellas daban a habitaciones idénticas que estaban totalmente vacías y no tenían salida. La cuarta puerta de la derecha daba a otra escalera y era la única forma de escapar.

Levantó el machete y se preparó para matarla.

Su presa corrió sin vacilar hacia la cuarta puerta de la derecha y desapareció por la escalera.

«Una decisión acertada», pensó el asesino.

La escalera iba a parar a otro nivel, que consistía en un laberinto muy complejo con una única salida.

Desde el punto en que se encontraba partían siete corredores en forma radial. Sólo uno de ellos ofrecía la posibilidad de llegar a la salida del laberinto. Elegir cualquiera de los otros suponía perderse para siempre.

Su víctima eligió el camino acertado.

«Qué suerte ha tenido», pensó.

Conseguía mantenerse a distancia. Al llegar al final del corredor volvió a elegir la opción acertada, una y otra vez.

«Le está resultando demasiado fácil. Necesita algo más de que preocuparse».

Tecléo una orden y el rectángulo amarillo creció hasta extenderse de un lado a otro de la imagen.

La potencia estaba al cien por ciento.

La siguiente descarga sería la máxima, doce mil voltios.

La próxima vez que muriera sería de verdad.

—Córtalos, arráncalos como puedas —dijo Ellis Hoile.

Había ocupado su lugar en la silla y se había puesto el visor. Sin embargo, los

cables seguían estando pegados a la cabeza de Kate. Stephen le estaba quitando las tiras de cinta adhesiva, pero había muchas capas superpuestas.

Ellis vio que el rectángulo amarillo aumentaba al cien por ciento.

Si el gráfico significaba lo que se temía, tenía la vida de Kate literalmente en sus manos.

Corrió por el laberinto.

Detrás de él, Stephen Leviste dijo:

—Uno fuera. —Y uno de los cables cayó al suelo.

Salió del laberinto deslizándose por una barra metálica vertical que lo llevó hasta un vestíbulo.

Había cuatro puertas. Tres de ellas iban a parar a habitaciones sin salida. La cuarta se abría hacia la plataforma de hormigón que daba a la pasarela de acero.

Ya conocía aquel lugar.

—El segundo fuera —dijo Stephen.

Con la vista clavada en el visor, Ellis Hoile dijo:

—Quiero que hagas algo más.

Stephen Leviste escuchó lo que le decía y esbozó una sonrisa:

—Podría funcionar.

Para escapar del laberinto había que realizar dieciséis elecciones acertadas, sin equivocarse ni una sola vez. Cualquier decisión errónea hacía que la huida fuera imposible.

Dieciséis oportunidades para cometer un error fatal: el asesino las había contado.

Dieciséis ocasiones para morir.

Vio cómo su víctima tomaba siempre la decisión acertada. Catorce veces, quince, dieciséis. Nadie podía tener tanta suerte.

No podía haber aprendido tan rápido. Ella no había visto el laberinto antes... Algo andaba mal.

Se quitó el visor y se levantó. En la pantalla, el malvado del juego seguía persiguiendo infructuosamente a la mujer, en aquel momento de forma automática, controlado por el ordenador.

El asesino de carne y hueso cogió un hacha de doble filo y salió al pasillo.

Kate Lavin se metió en el conducto y ayudó a subir a Stephen.

Ellis Hoile les había dicho que se fueran lo más lejos posible. Él permaneció sentado en la silla de madera, con el visor en la cara, y siguió jugando.

Continuaba junto al extremo de la pasarela. A su derecha había una larga escalera. La elección era fácil: la pasarela era un callejón sin salida. Se moría siempre, por la caída o a manos del asesino.

Para sobrevivir, siguió adelante por la pasarela. Estaba totalmente expuesto.

Tras él se abrió una puerta. El asesino sin rostro se acercó a la pasarela.

Y lo siguió por ella.

Detrás de la silla de Ellis Hoile sonó un golpe en la puerta.

Fuera, en el pasillo, el asesino lanzó una maldición. Alguien había cerrado la puerta por dentro. Soltó el hacha y sacó el llavero.

En la habitación de la muerte, Ellis Hoile saltaba del mundo virtual al real.

En el virtual se encontraba sobre la pasarela, mientras el asesino avanzaba hacia él.

En el real, oyó un ruido de llaves detrás de la puerta. Se percató de que una de las llaves entraba en la cerradura.

En el visor, el asesino virtual levantaba un machete y seguía acercándose.

En el pasillo, el asesino giraba la llave.

Cuando el malvado sin rostro estaba a punto de alcanzarle, Ellis Hoile saltó de la pasarela hacia el vacío.

Empezó a caer...

La caída fue fatal, como siempre.

La pantalla se tiñó de rojo en el momento exacto en que el asesino, furioso, giraba el pomo de la puerta.

Los doce mil voltios se descargaron en el pomo de metal en el que Stephen Leviste había colocado las puntas peladas de los cables.

La descarga traspasó la puerta y atravesó el cuerpo del asesino, produciendo un estruendo. Las luces parpadearon.

Después todo terminó.

El indicador amarillo estaba a cero.

Ellis Hoile se quitó el visor y se levantó.

El cuerpo estaba tendido en el pasillo.

Por un momento, Ellis Hoile se quedó allí mirando la expresión de miedo, furia y sorpresa que tenía el cadáver.

Era la cara de Jon Wreggett.

Ellis Hoile volvió a entrar en la habitación. Stephen Leviste se asomó por la salida de ventilación.

—¿Ha funcionado?

—Sí, a la perfección. Se oyó la voz de Kate: —¿Estás bien?

—Perfectamente.

—Vámonos de aquí.

—Sí —dijo Ellis Hoile. Acercó la silla a la pared, para meterse por el conducto.

Y en aquel momento se acordó de algo.

Se acercó nuevamente al ordenador. Buscó el interruptor y lo apagó.

La pantalla quedó a oscuras.

Le dio la espalda a la máquina apagada, trepó por el conducto y salió al mundo

exterior.

# NOTAS



[1] Población situada al sur de la bahía de San Francisco donde se encuentra la Universidad de Standford. (*N. del E.*) <<